OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

X

CONSTANCIA POÉTICA

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

REIMPRESIÓN • 1996

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

X

CONSTANCIA POÉTICA

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

REIMPRESIÓN • 1996

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

X

OBRAS COMPLETAS DE

ALFONSO REYES

X



ALFONSO REYES

Constancia poética

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1959
Tercera reimpresión, 1996

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (Obra completa)
ISBN 968-16-0863-1 (Tomo X)

Impreso en México

CONTENIDO DE ESTE TOMO

El presente tomo reproduce y completa con nuevas páginas el libro *Obra poética* (México, Fondo de Cultura Económica, 1952, 8º, XIII + 426 págs. Letras Mexicanas núm. 1. Colofón: 30-IX-1952). Se han añadido, en efecto, poesías que no aparecen en aquel libro, ya sean inéditas, no recogidas antes en tomo, o bien posteriores al año de 1952.

El "Prólogo", la "Noticia sobre esta edición" y los "Apéndices" —donde se han hecho las adiciones y los retoques indispensables— explican suficientemente la elaboración del volumen.

Para facilitar la consulta, las indicaciones sobre procedencia y fecha, que en la citada *Obra poética* aparecían en el "Índice", se han puesto al pie de cada poesía.

De todo ello se da cuenta en las respectivas notas, y de cualquier otra circunstancia que convenga al mejor entendimiento y manejo del volumen, como de las correcciones de importancia en su caso, y aun de ciertos antecedentes bibliográficos de algunos poemas.

"Constancia" significa a la vez continuidad y documento probatorio.

PRÓLOGO

Este libro es mi obra poética, salvo algunos versos castigados, que omito por ciertas razones. Aún no me atrevo a proponer mi verdadera antología. Tal vez ello, si ha de ser algún día, ni siquiera me corresponda. El criterio del autor y el del lector nunca pueden confundirse del todo. Y confieso que la sola palabra "antología" me amedrenta, y la hallo poco recomendable para aplicada a la obra propia. ¿Quién puede estar cierto de ofrecer flores y no espinas, antología y no acantología?

Por ahora me he limitado a releerme lápiz en mano, suerte de repaso con asomos de contrición, a objeto de poner en orden mis papeles. Me han movido varias razones:

1) *El recoger las poesías que por algún modo me interesan, y no porque las declare aciertos, organizando el conjunto de manera más comprensible que hasta ahora.*

2) *El sustituir las ediciones anteriores, a veces de difícil acceso.*

3) *El rectificar los muchos errores que afean algunos de mis tomos ya publicados, y no sólo por las erratas, sino por deslices de mayor importancia, como versos fuera de lugar, estrofas suprimidas, palabras cambiadas, etc.*

4) *El restablecer, en lo posible, los lugares y fechas de cada poesía, que también andan equivocados en otros libros.*

5) *El ofrecer el texto definitivo de muchas poesías que han sido corregidas y no me resigno a dejar que sigan circulando en su versión anterior.*

6) *El intentar una primera selección, descartando, desde luego, algunas poesías de que, por lo demás, doy noticia en su caso, con referencia bibliográfica, para el lector que quiera juzgarlas sin atenerse a la "confesión de parte". Estas poesías quedan a medio retocar en mis ejemplares personales, pero ni así me contentan, aunque a veces haya versos justos que pagaron por pecadores, pues no me creí con derecho a recomponerlo todo al extremo de la falsificación.*

7) *El incorporar al material ya publicado que aquí reúno las poesías inéditas que de años atrás vienen acumulándose y reclaman el aire libre.*

Prescindo de los versos que andan mezclados en la prosa y de las traducciones en verso, limitándome a dar cuenta de todo ello en los apéndices finales.

Algunos de mis libros poéticos tienen cierta unidad, y los he dejado como estaban. En otros preferí proceder a una reorganización cronológica de las muchas poesías dispersas. De aquí la sección I, que llamo Repaso poético, *donde sólo me consiento una excepción, por conservar la igualdad de tono, entre los años 1922 y 1923. Lo propio hago en "Cortesía" con los XIII "versos sociales", y también con los grupos afines de la "Jornada en sonetos".*

La lealtad a la cronología puede ser discutible. La afinación estética exige muchas veces mezclar las edades en vista de una armonía superior. Era mucha la tentación de ordenar los versos del Repaso poético *conforme a temas afines. Y yo soy el primero en saber que mi veleidad en asuntos y estilos —de que no me arrepiento y a que me refiero en la* Teoría prosaica— *ha contribuido a que se me vea un tanto borroso. Pero, en la aplicación, este criterio de las semejanzas temáticas o las formales me resultó poco seguro, orillado a confusiones, sólo posible para pequeños grupos de poesías, y no tan justificado como el apego a la serie histórica, una vez puestos a desarticular los conjuntos artificiales anteriormente establecidos. Y volví al criterio cronológico, único hilo conductor.*

Para la cronología del Repaso poético *tuve que atenerme a las fechas iniciales o de la primera versión, únicas que puedo establecer y únicas que importan. Pues, fuera de casos extraordinarios, un poema hoy retocado sigue siendo el mismo de ayer, aun cuando, en términos platónicos, represente una mayor aproximación al poema que está en el cielo.*

Comienzo, pues, con la prehistoria de los diecisiete (1906), la edad pastoral o neolítica, y relego la paleolítica a la piedad de las reliquias caseras. Tales los tres sonetos —La duda— *inspirados en un grupo escultórico de Cordier y publicados en* El Espectador *(Monterrey, 28 de noviembre*

*de 1905), acaso mi primer salida en letras de molde.** *A los pocos meses, ya se hacía sentir la influencia parnasiana. Ella rectificó el romanticismo amorfo de la adolescencia, el cual —impericia aparte— era el pecado de todos mis versos anteriores, que conservo inéditos en cuadernos manuscritos desde los once años. Ella trajo su consejo de respeto y amor a la física de la palabra.*

La presente colección consta, pues, de las siguientes secciones:

I. Repaso poético: *1906-1958.*
II. Cortesía: *1909-1947.*
III. Ifigenia cruel: *1923.*
IV. Tres poemas:
  1. Minuta: *1917-1931.*
  2. Romances del Río de Enero: *1932.*
  3. Homero en Cuernavaca: *1948-1951.*
V. Jornada en sonetos *(inéditos o por primera vez recogidos): 1912-1951.*
[*VI.* Romances sordos, *añadidos en la presente edición: 1938-1953.*]
VII. Apéndices.

* Antes, *Nuevo estribillo* (parodia de intención política al *Viejo estribillo* de Amado Nervo), *Los Sucesos,* México, 24 de mayo, 1905.—*Nota de 1958.*

NOTICIA SOBRE ESTA EDICIÓN

I. *REPASO POÉTICO*

Procedencia de las poesías agrupadas aquí bajo este título:

H.—*Huellas.* México, Biblioteca Nueva España, 1922.
P.—*Pausa.* París, 1926.
CS.—*5 casi sonetos.* París, Ediciones Poesía, 1931.
OV.—*Otra voz.* México, Fábula, 1936.
AP.—*Algunos poemas.* México, Nueva Voz, 1941.
RA.—*Romances (y afines).* México, Nueva Floresta en la Editorial Stylo, 1945.
VS.—*La vega y el soto.* México, Editora Central, 1946.
OP.—*Obra poética.* México, Fondo de Cultura Económica, 1952. A fin de evitar repeticiones inútiles, esta sigla sólo se usará para las poesías que fueron recogidas o publicadas por vez primera en dicho volumen.
I.—Versos inéditos o no recogidos hasta ahora.

II. *CORTESÍA*

1ª edición: México, Editorial Cultura, 1948. Con dibujos de A. R. En la presente edición se suprimen todos los versos ajenos y algunos propios. *Cortesía* fue, en buena parte, un juego de sociedad: inútil reproducir aquí todas sus páginas.

III. *IFIGENIA CRUEL*

El poema fue escrito entre agosto y septiembre de 1923 (Deva y Madrid).

1ª edición: Madrid, Biblioteca Calleja, 1924. 2ª edición (de 200 ejemplares): México, Ediciones La Cigarra, 1945. La 3ª edición, corregida, en *Obra poética,* 1952. 4ª edición: A. Magaña Esquivel, *Teatro mexicano del siglo xx,* 2º tomo, págs. 302-347, México, Fondo de Cultura Económica, 1956 (Letras Mexicanas, nº 26). La presente es la 5ª edición.

La *Breve noticia,* publicada en francés *(Revue de l'Amérique Latine,* París, 1 de febrero de 1926), fue presentada en español, como prólogo a una lectura del poema, con intermedios de quenas bolivianas, en la casa del escritor Gonzalo Zaldumbide, entonces Ministro del Ecuador en Francia (París, 2 de diciembre de 1925).

El Teatro de Orientación patrocinado por la Secretaría de Edu-

cación Pública de México, Departamento de Bellas Artes, llevó la obra a las tablas del Teatro Hidalgo, los días 29 y 30 de agosto y 1 y 2 de septiembre de 1934. Director: Celestino Gorostiza; escenógrafo, Agustín Lazo. Reparto: Coro, Felipe del Hoyo y Ofelia Arroyo; Ifigenia, Josefina Escobedo; Pastor, José Neri; Orestes, Carlos López Moctezuma; Pílades, Jorge Sanromán; Toas, Román Solano; pastores, guardias.

El Teatro de Ensayo Hispanoamericano de Madrid presentó la *Ifigenia cruel* el 12 de abril de 1958 bajo la dirección de Aitor de Goiricelaya con el siguiente reparto: Narrador, Ricardo R. Tundidor; Ifigenia, Carmina Santos; Pastor, Carlos J. Boldó; Orestes, Carlos Ballesteros; Pílades, Simón Vélez; Toas, Antonio Gary; Coro, África Martínez, Concepción Álvarez-Mon, Paquita Fajardo, Delia Zamalloa, Carlos Villafranca, Luis González y Víctor Ruiz Ortiz: Montaje musical, Marcelo Tobajas; Peluquería y maquillaje, Goyo; efectos luminotécnicos, José Manuel Gallardo. La obra fue precedida por unas palabras de José María Souvirón.

IV. *TRES POEMAS*

1. MINUTA. 1ª edición, Maestricht, Oficinas Gráficas Halcyon, A. A. M. Stols, 1935. Algunas estrofas del poema datan de 1917; la mayoría, de Buenos Aires, 1929 a 1930; y otras pocas, de Río de Janeiro, 1931. El poema fue ordenado y sacado en limpio el 17 de mayo de 1931, día de San Pascual Bailón y aniversario del autor, para ofrecerlo a algunos amigos. Se adoptó el sistema de sustituir la puntuación por espacios, ensayo en honor de Mallarmé.

2. ROMANCES DEL RÍO DE ENERO. 1ª edición, Maestricht, Oficinas Gráficas Halcyon, A. A. M. Stols, 1933. Algunos de estos romances fueron reproducidos después en el volumen *Romances (y afines)*, lo que se indica mediante la sigla RA.

3. HOMERO EN CUERNAVACA. *a)* Revista *Ábside*, México, XII, 4, 1948, pp. 413-426: Los doce siguientes sonetos: *¡A Cuernavaca!*, 1 y 2; *Homero; De Agamemnón* (sin título); *Menelao y la Sombra; Paris; Dice Hera; Tiresias* (error, por "Tersites"); *Llanto de Briseida; Entreacto para una Afrodita núbil; Casandra* y *De mi padre.*

b) México, tirada aparte de *Ábside*, México, 1949: Se añaden tres sonetos más: *Tregua espontánea, Genealogías troyanas* y *Una metáfora.* Los quince sonetos aparecen precedidos de unas bondadosísimas palabras de la revista que, entre otras cosas, dicen: "...dejándose llevar *humildemente, de la mano, por las Musas del Renacimiento y del Siglo de Oro* —sin mengua de su siempre alerta y ubicua modernidad—, Alfonso Reyes nos da... una poesía *muy antigua y muy moderna;* muy sabia y hasta erudita, pero henchida y vibrante de humanidad; regocijada y sonriente como las Gracias,

pero —como ellas— limpia y decorosa; auténticamente helénica, y genuinamente mexicana..."

c) México, Tezontle, 1952: Treinta sonetos en total, por haberse añadido a los anteriores otros quince. Éste es el texto aquí reproducido, con algunas correcciones.

El 1º de agosto de 1958, en el Brevard Music Center (Orchestra of the Faculty and Staff, North Carolina) se ejecutó una sinfonía inspirada en estos sonetos, obra del compositor Serge Saxe.

V. *JORNADA EN SONETOS*

Estos sonetos se recogieron por primera vez en el libro *Obra poética,* 1952, y hasta entonces eran inéditos en su mayoría.

VI. *ROMANCES SORDOS*

Nueve romances sordos. Alcance a *Huytlale,* II, nº 13, 1954, 8º, 26 págs. Aquí sólo quedan seis romances, por haberse suprimido las tres poesías siguientes: "Noche de consejo" y "Gaviotas", que aparecen ya en otras páginas del presente tomo y en sus respectivas fechas (abril de 1913, y 1934); y "A la puertas del cielo" (el romance que empieza: "¿De dónde vienes, viajero?", incorporado en el artículo "El llanto de América", *Los trabajos y los días,* mencionado en el apéndice nº 4, entre los versos aquí omitidos por figurar en libros de prosa.

VII. *APÉNDICES*

Se explican en sus respectivos lugares.

1

REPASO POÉTICO

[*1906–1958*]

1

[1906–1913]

DE MI PRISMA

Otro invoque a la Musa de ceño rudo
que esquiva de sus labios las ricas mieles,
y admire más a Fidias que a Praxiteles
y el pliegue de la túnica más que el desnudo.

En el arte lo ingenuo tentarme pudo.
¡Que las Minervas porten fieros broqueles!
Yo prefiero la fresca flor de las pieles
y la mamila erecta por solo escudo.

Los ojos de Calíope resultan fieros:
amo más los de Filis, por lo sinceros;
y si a veces prefiero los de Melchora,

es porque en la zampoña gimo y deploro
no revivir la gracia del siglo de oro
que confunde a la reina con la pastora.

México, febrero, 1906.—H.

MERCENARIO

Arrostrando las iras de la Parca
me aventuré a las guerras orientales,
y rompí del Egeo los cristales
ora en ágil trirreme, ora en mi barca.

Luché por un magnífico monarca
que compró mis servicios; y eran tales
sus riquezas que casi los rivales
se rendían al oro de su arca.

Mas ¿cuál tesoro como el del prudente
que, al volver de sus ímprobas fatigas,
halló en su hogar el fuego consagrado?

Esposa: no hay marfil como tu frente,
ni oro más rubio que el de mis espigas,
ni dosel como el techo suspirado.

México, marzo, 1906.—H.

ORACIÓN PASTORAL

PASTAD, oh mis ovejas, y cuando el sol decline,
bajo el haya de Títiro, aunque la yerba espine,
tendremos calma deleitosa;
que, cuando se despierte la blonda madrugada,
dejarán vuestras ubres el ánfora colmada
de tibia leche y espumosa.

Oh madre, buena madre que das frutos y mieles,
madre que beneficias terruños y vergeles:
sacra Deméter, dame trigo;
y llevaré a tus templos, al acabar el año,
vellones impolutos que crío en mi rebaño
y que serán para tu abrigo.

Mi labio en la zampoña suspira dulcemente,
y va la vida rústica fluyendo como fuente
sobre su lecho de verdura;
y, a las invitaciones de la naturaleza,
aspiro en una onda de paz y de belleza
el solo aroma que perdura.

¿Cómo puedo explicarlo, si el viento no se explica
ni se explican las voces del agua que salpica,
ni los arrullos del follaje?
No hay voces ni hay acentos, murmullos ni rumores
para imitar los cantos que gustan los pastores
en esa música salvaje.

El raudo Pan derrame su difusa presencia
que inunda en sus temblores el valle y la eminencia.
¡Amo la vida por la vida!
Que respeten las Parcas los brotes de mi tronco,
hasta que por las venas de mi ramaje bronco
la savia corra empobrecida.

Fecunda madre Tierra: cuando ese trance llegue,
que sea tempestuosa la racha que me siegue,
no haya ocasión a tristes quejas.
Y que, sobre mi tumba dejando sus fatigas,
entre platas y oros de arroyos y de espigas
trisquen y abreven mis ovejas.

México, mayo, 1906.—H.

TERMÓPILAS

COMO RELIEVES trágicos tallados por la muerte,
en bloques de montañas graníticas y oscuras
se admiran las marmóreas y atléticas figuras
de aquellos espartanos electos de la suerte.

Allí los amplios bustos de contextura fuerte
y los torcidos nervios y las musculaturas,
allí la dolorosa masa de crispaturas
que el tiempo ha congelado en actitud inerte.

Lucharon "a la sombra de flechas extranjeras",
y alzando todavía las frentes altaneras,
ya caídos, retaban sin miedo a la Victoria.

Tú que de las virtudes preservas la memoria,
contémplalos desnudos, a grupas de quimeras,
trepando por el arco severo de la Historia.

México, junio, 1906.—H.

VIÑAS PAGANAS

VIAJERO: detén tu marcha veloz;
la viña es aquí, si anhelas beber,
si anhelas oír mi jónica voz
que canta placer.

La calma rural te brinda el vergel,
te brinda la vid su ardiente licor,
te brinda el panal un sorbo de miel:
yo te brindo amor.

Mis labios mojó el vino cordial,
con que al beso doy sabor y salud,
y late en mi sien la savia vernal
de la juventud.

Sobre el azahar nevado de abril
la madre común el seno oprimió:
como libación lozana y gentil
su leche virtió.

Y brinda el vergel
la calma rural
y un sorbo de miel
ofrece el panal.

En mis huertos hay un rústico dios
que al canto de Pan imita el vaivén,
y tiene la faz del sátiro, y dos
pitones también.

Viajero: a tu amor el jugo daré
de mi uva carnal, mi rojo pezón;
y el dios cantará triunfal *Evoé*
como una ovación.

México, julio, 1906.—H.

LAMENTACIÓN BUCÓLICA

Rústica, distraída,
siempre al acaso,
canturrea la vida
como remanso.

¡Oh mi dolor!
Ni adoro a una zagala,
ni soy pastor.

TAIMADO intento volver
a las edades de oro:
taimado no puede ser,
y dolientemente lloro
entre ansiar y merecer.

Yo no sé cómo no fui
algún pastor de la Arcadia.
Astro adoro desde aquí
que, a los reflejos que irradia,
brotan las quejas de mí.

Amo el acento de las
dulces trovas que Dionysos
cantaba, siglos atrás,
mientras los chivos sumisos
iban danzando al compás.

Me place la ingenuidad
de las canciones añejas
que dicen: "Por caridad,
oh dioses, a mis ovejas
trigos y pastos les dad."

Y sólo trato conmigo
los secretos que me digo.

Y sueño que tornaré
a la que causa mi empeño
venturosa edad que fue,

y ved aquí lo que sueño
y que siempre soñaré:

Constante sueño en volver
al rebaño y las campiñas,
y en ir a Baco a ofrecer
que, cuando fruten mis viñas,
vendrá conmigo a beber.

Sueño que el fausto real
olvido por las cabañas,
y que divierto mi mal
soplando las siete cañas
del caramillo rural.

Y sólo trato conmigo
los secretos que me digo.

Y a lo que pide mi amor
ningún capricho se iguala,
que es mi deseo mayor
cortejar a una zagala
disfrazado de pastor.

Rústica, distraída,
siempre al acaso,
canturrea la vida
como remanso.

¡Oh mi dolor!
Ni adoro a una zagala,
ni soy pastor.

México, julio, 1906.—H.

ANÁNKEE

AGRIO MONJE que escrutas la carcoma
de viejos y enigmáticos escritos
y, rezando latines eruditos,
esperas ver el oro en tu redoma:

sólo traza el compás de punta roma
el círculo vicioso de tus mitos,
y al cabo de tus cálculos malditos
la cifra cede y la pasión asoma.

Bajo el sayal, oh célibe arcediano,
bulle tu carne con furor insano:
Claudio Frollo, la ciencia no te cura...

Pronto hallarás el imantado polo,
Piedra Filosofal que te tortura:
tu ley, que es la caída, Claudio Frollo.

México, julio, 1906.—H.

LA TUMBA DE MANUEL JOSÉ OTHÓN

LLEGA CALLADAMENTE, oh peregrino,
a donde moran las campestres diosas:
ellas mantienen sin cesar mis losas
de miel regadas y de leche y vino.

La suerte admira que venció al destino
y que deja tus lágrimas ociosas:
brotan de mi ataúd perennes rosas
al austro asolador o al cierzo fino.

Sangre son que al abrigo de la tierra
se transmudó para alfombrar mi albergue,
que en mi humano despojo nada expira:

Mi alma en el canto de las aves yerra,
y en mi tumba un laurel dos ramas yergue
que remedan los cuernos de una lira.

México, enero, 1907.—H.

SONETOS OFRECIDOS A ANDRÉ CHÉNIER

1

MUSA DE antigua prez: el pecho anhela
el consejo escuchar que ayer decías.
Hoy con alborozadas armonías
tu voz renace y tu palabra vuela:

Ecos de Arcadia y de su pastorela,
del Asia griega y de sus elegías,
del ágil yambo, de las melodías
que lloran junto al mar y el mar consuela;

las islas y los barcos, y el tesoro
de aquel país de las cigarras de oro
adonde son de mármol las montañas,

las fuentes ninfas, dioses los torrentes,
y narran los torrentes y las fuentes
duelos y amores, fábulas y hazañas.

2

HIJO FELIZ de la más dulce zona,
próvida Grecia lo acogió a sus pechos,
ofreciéndole todos los provechos
de sus cuatro estaciones. La zumbona

abeja sus panales le abandona,
y el emparrado, derramando a trechos
la verdura, le allega los deshechos
tintos racimos que nutrió Pomona.

Como el claro latino, menosprecia
la muchedumbre que le estorba el paso:
va tras una visión, y entre gemidos

clama altivando el rostro: "¡Grecia! ¡Grecia!",
y a tal evocación, tiemblan acaso
los venerables montes adormidos.

3

EN LA GRATA estación, en los lagares,
dentro el vino que hierve y que chorrea,
la gente viñadora se recrea
con danzas y canciones familiares,

y moja los sedientos paladares
el zumo que en los cántaros se orea.
Tú, consagrado a la mejor tarea,
concierta con su ritmo tus cantares,

y obedeciendo el pulso de su pauta,
cuéntanos de Jasón el Argonauta,
Héracles moribundo y Deyanira,

Orestes vengador y Europa incauta,
o con las siete bocas de la flauta
o con las siete cuerdas de la lira.

4

INSPIRA tu cantar en las ligeras
coplas de Anacreonte; en la sabrosa
tonada de las viñas que rebosa
mieles de otoños y de primaveras;

en el tardo cultivo de las eras;
en la rabia de Aquiles desastrosa,
y en los bravos que fueron abundosa
ración para las aves carniceras.

Y como logres que tu voz se adiestre,
prueba a tañer la música silvestre:
ensaya, ensaya en el carrizo tosco,

a ver si resucitas con tu encanto
—¡ay manes de Teócrito y de Mosco!—
la imperativa sencillez del canto.

5

¡Y VA A CANTAR! Oídlo, mis zagales,
sombras amigas de los años muertos,
zagales que posabais por los huertos
o que corríais tras los recentales;

Dafnis, Tirsis, Menalcas, inmortales
por la virtud de la canción, y expertos
en lides de pastores, y disertos
en palabras y en ánimos cabales.

Oíd la sinfonía cómo brota,
ya cual raudo torrente que borbota
o ya cual sesgo vagabundo río.

Oíd suspensos, detened el paso,
y ofreced al cantor el mosto frío,
ungiendo en cera perfumada el vaso.

6

EL ÉTER brilla. Rúbea su lumbre
aviva el sol, y sosegadamente
gana Helicón, lo incendia de repente,
y llamean después cumbre tras cumbre.

Tiembla un bosque de lauros. La quejumbre
de la avena canora se presiente
más que se oye, y rinden torpemente
los árboles su añosa pesadumbre

como asombrando idilios de pastores.
¡Oh dulce Tierra, oh Gay, y cuántas gomas
suda el tronco! Los hímenes dan flores,

cunde la savia, se derrumban pomas,
se buscan los cabritos triscadores,
¡oh Gay, y todo es luz y amor y aromas!

7

A JUZGAR por el ruido de la fronda,
alguien llega. Un temblor en el ramaje
revela fuga, o tímido espionaje
de caprípedos. Surgen de la honda

selva las ninfas y, bailando en ronda,
cercan a Diana que olvidó el ropaje
y se recata mal con la salvaje
y enmarañada cabellera blonda.

De pronto escapan: un galope truena,
ceden las juncias, la hojarasca suena.
Y en lugar del raptor que las espanta,

ciervo nervioso y ágil aparece,
huella el suelo y extático levanta
la grave cornazón que lo ennoblece.

México, agosto, 1907.—H.
Los sonetos omitidos de esta serie
se mencionan en el apéndice nº II.

A UN POETA BUCÓLICO

TÚ QUE, huyendo el rumor y los ardides
cortesanos, vivías ignorado,
sabio cultor, no dejes tu sembrado,
tu grey no olvides, tu heredad no olvides.

Las silvestres faenas no descuides
y no abandones tu sencillo estado,
ya que guarda Virgilio de tu arado
y guarda Anacreonte de tus vides.

Poda los brotes del laurel de Apolo
y educa los racimos de Leneo
pacientemente, diligente y solo;

y goza de tus años, tú que abrevas
el labio con gustoso paladeo
en vino añejo de tus hidrias nuevas.

Monterrey, diciembre, 1907.—H.

EN LA TUMBA DE JUÁREZ

MANES del héroe cantado, sombra solemne y austera:
Hoy que de todos los vientos llegan los hombres en coro,
echan la sal en el fuego y, al derramar la patera,
rezan el texto sagrado de gratitud, y el tesoro
de sus ofrendas esparcen entre licores y mieles;
y con tu lanza de piedra y con tu escudo de pieles
vienes a oír los cien himnos de las cien bocas, y el quieto
aire se anima de pronto con tu carcaj, que repleto
de tus saetas sonoras a tus espaldas resuena;
hoy que por montes y valles se oye el triunfal caracol
con que a los pueblos anuncias tu advenimiento, y serena
yergues la estoica figura bajo la lumbre del sol;
hoy que a tu influencia divina gana el espanto a los seres
y que combaten las águilas entre las nubes, y el rudo
Genio del Bosque despierta toda su fauna —pues eres
el Domador de los Pumas, y con tu lanza y tu escudo
vienes a oír nuestros himnos; pues con tu clava titánica
grave dominas, y el ceño torvo contraes, y ahuyenta
sorda tu cólera el brío de los guerreros, y grávida
se hincha la tierra en volcanes a tu mandato, y violenta-
mente su entraña vomita, para servir tus hazañas,
armas forjadas a fuego dentro las propias entrañas—,
alto Señor de la Selva, por tu vigor primitivo,
¡salve!; por las armaduras y las coronas deshechas
que con estrago derrumbas a tu poder; por el vivo
hálito heroico que infundes a tus designios audaces,
¡salve, Maestro del Arco, por la virtud de tus flechas
con que clavaste en el cielo rojas estrellas fugaces!

Ánimo sobrio y rígido de los primeros romanos
que, con interno furor, indignaciones cultiva,

hasta que el fuego madura y hace brotar de las manos
todos los rayos, y enciende todas las cumbres, y aviva
todas las fuerzas del cielo y siembra pavor en los llanos.

Camina con bíblico paso, y su sombra en desiertos y eriales
siembra germen y abona y provoca primaveras de verdes
[rosales.
Va en romería seguido de augures, poetas, guerreros,
que soplan las trompas fatídicas para derribar la muralla.
Tiembla el cielo un instante: páranse a ver los romeros:
toda la luz, de pronto, se concentra en aurora, que estalla
desde el zenit a la tierra en lluvia de sangre potente.
Alzan los hombres los brazos: buscan al Ojo Clemente.
Cantan los propios esclavos sacudiendo la grave cadena.
Gana el espanto a los seres, se oye el triunfal caracol
y —oh Vencedor de Dragones, héroe cantado— serena
yergues la estoica figura bajo la lumbre del sol.

Tal como, al alba, la luna se licúa en el lácteo vano,
tal palidece de súbito el cándido Maximiliano.

Vengan de lejos las gentes cantando los innumerables
himnos; los nobles provectos rememoren los bélicos años;
emprendan la danza pírrica los adolescentes amables;
írganse rotas banderas; oigan hasta los extraños
el trueno de júbilo y gloria de nuestro festejo sonoro;
luzcan de día los astros sus cinco fulgores de oro;
presida la sombra de Píndaro en el triunfo de los gladiadores:
—*¡Io Peán!* ¡Los oráculos aconsejan el canto, cantores!—.
Y ancianos y adultos y niños celebren el aniversario,
los unos callados, los otros disertos, los otros locuaces.
La pulsación de la tierra se agita; en el ímpetu agrario
se revela empujando los tallos, y las fieras están voraces
y los pájaros gritan y asordan. Nosotros, vestidos los ánimos
de orgullo y respeto, traemos hasta el montón funerario
la vieja oración que aprendimos, los votos, el hereditario
ritual. Y los prístinos manes de los abuelos magnánimos
oigan la misma plegaria, presente de labios paternos
—legado común y tesoro, vigor de la raza—; nosotros

nos damos al gozo franco que, como los ritmos eternos,
año por año renace, prende en amor a los potros,
conmueve las ansias dormidas, revela las fuentes oscuras,
sopla lujuria en la selva, quema las castas cinturas
—oh Primavera—, y abruma el aire de polen, de frutos
los árboles, bulle los gérmenes, atiza el fecundo calor;
y año por año nos rinde, para servir los tributos
en las Calendas de Julio, una cosecha de amor.

El aire encantado aguarda la voz de las vírgenes; yedra
corona las sienes. Lleguemos al catafalco de piedra,
hoy que, anunciado a los pueblos por el triunfal caracol,
yérguese el héroe, gigante, bajo la lumbre del sol.

México, 18 de julio, 1908.—H.

EL DIOS DEL HUERTO

Esto que voy a contar
lo vine soñando
por unos besos traidores
que se me fugaron
de junto a los labios.

¡Mal haya mi astro!
Que se me fugan los besos
de junto a los labios!

AL PILAR de un viejo Término
—espanto de robadores—
enredó una vid el tallo,
y fue trepando hasta donde,
privada de más apoyo,
coronó la frente noble.

Hojas soltaba la vid
y racimos de colores;
de modo que en tanta pompa
el dios Término adornóse,

que a poco desaparece
y entre el follaje se esconde.

¡Mas no! Que el rostro surgía,
asomado entre verdores,
para vigilar el huerto
de pájaros y ladrones.

En tanto, la vid soltaba
sus racimos de colores;
y, por virtud de la suerte,
sobre los labios inmóviles
del dios, suspendió un racimo:
¡racimo de tentaciones!

¿Fue verdad o fue mentira?
¿Lo inventaron los pastores?
¿O tal vez los caminantes?
¿O quien los versos compone?
No, que lo vio quien lo canta:
créalo, pues, quien lo oye.
A tanto el ansia llegó,
que el viejo Término, entonces,
hasta movía los labios,
hasta lanzaba clamores;
y esto el cuitado decía
con amarguísimas voces:

¡La vid desdeñosa!
¡Me tienta y se mofa!
En muy mala hora
me vino a tentar.

¡Y mucho que anhelo,
y nada que puedo,
y aínas que muero
de tanto anhelar!

Y el racimo desdeñoso
—¡racimo de tentaciones!—

iba nutriendo su jugo,
concentrando sus dulzores.
Hasta que, a influjo del año
—buena la sazón—, cayóse
la primer perla de mosto
sobre los labios temblones.
Y a su vez todas las uvas
(creedlo, quien lo conoce
lo cuenta), dulces, hinchadas,
deshechas, cayeron sobre
la boca del dios de higuera
que guarda la linde al bosque.

Unos besos prometidos,
pero con engaño,
ha un año que me tenían
confuso y huraño.

¡Me río del daño,
y ya ni me plaño,
pues que maduran los besos
a influjos del año!

México, octubre, 1908.—H.

LA CATEDRAL

A ENRIQUE AP. HENRÍQUEZ

(La Catedral de Santo Domingo, la más antigua de América, quedó sin torre por vicisitudes del tiempo. A los cuatro siglos quisieron agregarle una torre.)

¡CATEDRAL de cien blasones!
Y cómo te quieren mal
los que intentan con baldones
cubrir tus mutilaciones,
Catedral.

¡Cuán livianos los livianos
que, al mirarte desigual,

piensan en teñir los canos
cabellos de los ancianos,
Catedral!

A trocar daños por daños,
opón verdades a engaños,
Catedral:
cicatrices de los años
honran al mundo mortal.

No te veneran lo justo
los tuyos, oh Catedral,
si dejan que el templo adusto
se vaya tornando al gusto
de los que te quieren mal.

De lueñes tierras venía
gente sobria y porfïada,
a par belicosa y pía;
tanto, que plantar quería
la cruz en donde la espada.

Eran bravos paladines,
según dejaron señal,
y de tan piadosos fines
que al canto de los clarines
alzaron su catedral.

Y como su fe no arredra,
antes la acrece el destierro,
con presteza el templo medra,
y acarreaban la piedra
los batallones de hierro.

Sobre tus muros senectos
vaciando el hondo caudal,
labraron odios y afectos
tus soldados arquitectos,
Catedral.

Y pues hoy manos herejes
hurgan la herencia inmortal
que con tus muros proteges,
¡no las dejes, no las dejes,
Catedral!

Pon un grito en tus campanas
(¡Ah de los usurpadores!)
y a las tierras quisqueyanas
llama las sombras cristianas
de aquellos conquistadores.

Ellos escalen tus muros
para prevenir la gesta,
revistan los petos duros,
y con los brazos seguros
armen la tensa ballesta.

Que si se yergue en la tierra
retando, la torre, al rayo,
cielo y tierra harán la guerra:
prevenga un temblor la tierra
y el cielo descargue un rayo.

¿Será que callen los bardos?
¿Será que callen, será
que no haya piedras ni dardos,
si hay artífices bastardos
que tal emprendan? ¿Habrá

tamaña mengua? De juro
no será, de juro aquel
que al templo se atreva, impuro,
será clavado en el muro,
y con el propio cincel.

Bardos, los hombres de antaño
os legaron tal misión:
Cerrad el templo al extraño.

Os toca guiar el rebaño
ya que tenéis la canción.

México, 1908.—H.

ESTA NECESIDAD...

Esta necesidad de sacrificio,
que me hace vivir como muriendo,
me subleva de modo que no entiendo
cómo me tiene amor a su servicio.

Quédate, amor, y váyase el suplicio
inútil que me tienes padeciendo:
¡si el alma claro me lo está diciendo,
que amar amor es amar sacrificio!

¡Cuánto exiges, amor, ay, cuánto exiges!
¡Y cómo en tus oscuros arrebatos
disfrutas, alma, cuanto más te afliges!

¡Y qué bien miro lo que voy perdiendo!
¡Y qué bien miro que son insensatos
los que quieren vivir como muriendo!

Monterrey, enero, 1909.—H.

ODA NOCTURNA ANTIGUA

Pues que la noche sugiere cánticos,
apresta, Lidia, la arcaica péctide:
  yo siento a los dioses antiguos
  que me inspiran no escuchados cármenes.

En ronda llegan ya por la córnea
puerta los sueños; su aliento cálido
  exhala, al fulgor de los cielos
  estrellados, la dormida tierra.

Otros reposen, yo no que, trémulo,
siento transido de gozo el ánimo
en esta quietud donde duermen
los rumores gárrulos del día.

Lidia, semejas inmenso pájaro,
y de las manos las palmas cándidas
en alto ofreciendo a la luna,
y el espíritu y la frente en alto,

tú, deslizando la blanca túnica,
Lidia, semejas inmenso pájaro,
y acude a tus hombros de diosa
de palomas el sagrado ejército.

¡Lidia, despiertas toda la fábula!
Tiembla en mis labios un grito helénico,
y siento pesar en mi frente
palpitante la corona antigua.

Otros procuren los templos bárbaros
donde veneren signos estériles:
yo no, que la sal crepitante
doy aún a la encendida brasa.

Mi sed apagan Cécubo y Másico
bienal; yo guardo sellada un ánfora,
amigos, que espera los triunfos
con que amor os signará los pechos.

Como el altivo nieto de Rómulo,
canto las fuentes, canto las Tíades
que anuncian con ruido de címbalos
la llegada del tebano Evios.

Digo los juegos y el dios magnánimo
de los ardientes coros, los héroes,
y Marte vestido de bronce
y de Aquiles el sonante carro.

Ni desconozco la voz de Títiro,
ni los idilios, ni las arcádicas
    pacíficas lides que emprenden
    los pastores por ganar el "quéramo".

Si hoy me seducen los cantos plácidos,
dejad que lleguen los años gélidos,
    y al grado de las estaciones,
    como el campo, mudaré mis frutos.

No sólo quiero voces de júbilo,
mas den los vates su aliento máximo,
    y con valerosa palabra
    den eternidad a los instantes.

Hoy suena el gozo sus dobles crótalos,
y yo en la corva lira ensayándome,
    celebro mi vino y tus besos,
    Lidia, y mis guirnaldas y mis años.

Huye la noche con su magnífica
diadema, oh Lidia, y yo, nombrándote,
    anhelo acrecer en mis versos
    de tu vida las fugaces horas.

México, mayo, 1909.—H.

LAS HIJAS DEL REY DE AMOR

En la más diminuta isla,
donde nadie la descubrió,
habitada por bellas formas
diminutas que nadie vio...
—¡Oh, los pájaros saben tanto!
La gaviota que la encontró,
la que vuela por tantos mares,
la gaviota me lo contó—,
... un castillo de miniatura,
el castillo del Rey de Amor,

con sus torres y sus puentes
se levanta sobre un terrón.

A la siesta, frente al castillo
—el castillo del Rey de Amor—,
diminutos lagartos verdes
suelen ir a beber su sol;
y en los frescos anocheceres,
a la hora del pastor,
por el aire revolotean
las dos hijas del Rey de Amor.

Hete aquí que a la mayorcita,
que se llamaba Flor de Amor,
un lagarto salió al encuentro
y le dijo cuando salió:
—¿Me darás tu precioso anillo?
Con fatigas lo quiero yo—.
Y en galante doncel de amores
al decirlo se convirtió.
Y la niña ¿qué le responde?
Bien oiréis lo que respondió:
—¡Que te alejes y te me apartes,
que lagartos no quiero yo!—
Más no dijo ni más dijera,
que el doncel desapareció,
y quedó sin hablar la niña
que se llamaba Flor de Amor.

Y hete aquí que a la menorcita,
también llamada Flor de Amor,
un garrido galán de amores
en amores la requirió.
Y la niña ¿qué le responde?
Bien oiréis lo que respondió:
—¡Hora sús, lindo caballero!
Que contigo me fuera yo;
que me robes sobre la grupa
de tu corcel
galopador,

y me lleves a donde sabes
que apetece mi corazón—.
Más no dijo ni más dijera,
que el doncel la espuela hincó,
y por el aire huyó la niña
también llamada Flor de Amor.

¿Quién dirá cómo sigue el cuento,
que no atino a seguirlo yo?
¿Para qué recordar los años
—fueron años de dolor—,
cuando lloraba, hilando el copo,
la mayorcita Flor de Amor?

Una tarde, frente al castillo,
una libélula llegó.
Sobre su dorso cabalgaba
la menorcita Flor de Amor.
Era la hora en que las olas
se acariciaban con rumor,
las luciérnagas encendían
sus farolillos de color,
y por el suelo verdeaban
los lagartos del Rey de Amor.
Y un lagarto y una libélula,
y la mayor y la menor,
tanto charlaban y reían
que la gaviota no entendió...

La gaviota de tantos mares,
la gaviota me lo contó.
Cuando ya todos son felices
¿a qué seguir con la canción?
Otro venga a acabar el cuento,
que no acierto a acabarlo yo.

México, junio, 1909.—H.

ODA NOCTURNA DE LA ESPOSA

ESTA NOCHE todos los pájaros
quieren cantar.

¡Ah, dejemos dormir la monótona
ley del hogar!

No me brindes tanto reposo,
que soy de pasión.

Ni he de echar el aceite al fuego
ni la sal, señor.

Cultivaré más bien tus cantos,
y de mi amor

ya tendrás un hijo armonioso
como Euforïón.

Nuevo amor te ofrezco que aliente
sólo de cantar,

de reír, de agitar antorchas
y de danzar.

Danzas pide la noche, amigo,
y es fuerza osar;

deja andar mis pies en la danza,
déjalos andar.

Esta noche todos los pájaros
quieren cantar.

¡Ah, dejemos dormir la monótona
ley del hogar!

A las cotidianas faenas
me libertaré,

tú estarás ansioso admirándome
y yo danzaré.

Yo, a gustar la noche libérrima,
que soy de pasión;

y tú, a la mejor de tus siembras:
las semillas de tu canción.

Nuevo amor te ofrezco que aliente
sólo de cantar,

de reír, de agitar antorchas
y de danzar.

Ya te daré un hijo armonioso,
como Euforïón.

Esposo:
oye, deja andar mis pies en la danza,
que soy de amor.

México, septiembre, 1909.—H.

LA ELEGÍA DE ÍTACA

NI FORMA de la vida, ni pensamiento pasa,
ni luz, ni voz, ni tengo calor ni compañía,
cuando, súbitamente, rompiendo el alma mía,
penetran, como pájaros, los ruidos de la casa.

¡Claro rumor del agua bajo los platanares,
y canto de las aves en el amanecer!
Y ¡oh visión de las nobles figuras familiares,
que ya no he de miraros donde estabais ayer!

Dispersos los hermanos, ¿qué harás, antigua casa
adonde cada objeto me saludaba ya?
¡Si hasta la misma tierra, después que el agua pasa
ansiosa se pregunta si ya no pasará!

Camina con tu cruz; llévate, peregrino,
lo poco que guardábamos de paz y de virtud.
Yo voy también abriendo con los pies el camino,
soltando a cada trecho mi gota de salud.

Los remos temblorosos esperan la partida:
Ítaca y mis recuerdos, ay amigos, adiós.
Somos dos en la barca: el agua está dormida.
¡Ya diremos los cantos del mar entre los dos!

México, septiembre, 1909.—H.

SALUTACIÓN AL ROMERO

A Ricardo Arenales

—Caminas por el prado, que está de primavera
y, ciego, ¿no contemplas sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde, ciego, conduces la carrera,
alzando a Dios las palmas que llevas en la mano?

Ciego del mundo, y sabio para mirar al cielo,
sueltas la mente por donde los astros van,
como en la noche oscura, por el Monte Carmelo,
erraba, libre, el alma del místico San Juan.

La tierra estaba verde, el cielo estaba rosa
y, lejos, en el cielo, fulguraba una cruz.
Pasaste tú, romero, y no mirabas cosa,
sino, en el cielo, la maravillosa luz.

¿Andabas por el prado, que está de primavera,
y, ciego, no mirabas sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde, ciego, llevabas la carrera
alzando a Dios las palmas que ofrecía tu mano?

A mí, que, donde piso, siento la voz del suelo,
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?
¿Qué buscas, con los ojos fatigados de cielo,
más alto que la vida y sobre la pasión?

Romero: en el crepúsculo vuelan los serafines.
En la dorada luz te borras para mí.
Tu alma y el crepúsculo se mezclan por afines,
y en la tarde tu lámpara arde como un rubí.

La sacrosanta lámpara donde quemar perfumes;
la de alumbrar, nocturna, la trabajosa senda;
la que ha de velar por ti, cuando te abrumes
en medio de la noche azul, bajo la tienda—.

El romero, que estaba en medio de la tarde,
me miró silenciosamente, con claridad:
yo no vi en sus ojos mentira ni alarde,
sino la inmóvil luz de la fatalidad.

La lumbre de la tarde se apaga. Raudo giro
de imperceptibles pájaros vibra con suave son.
Y un grito, y un sollozo, y un canto, y un suspiro
se ahogan en la tarde como en mi corazón.

México, noviembre, 1909.—H.

FILOSOFÍA A LÁLAGE

DUERME EN la chispa frágil la palpitante fragua,
y en el fugaz intento nuestra fatalidad:
seamos, por el noble silencio, como el agua
quieta, que se enamora de su inmovilidad.

Al remero del alma, que dé paz a los remos;
al destino, que frene de pronto su corcel.
Apaga el ansia, baja la voz, filosofemos,
y no nos oiga el sueño lo que decimos dél.

México, 1910.—H.

EL DIOS DORMIDO

AL ARRULLO de sus brazos,
dormido un Amor reía.

Ella, de verlo tan niño,
muy inocente lo hacía.
Yo, contemplando a los dos,
desazonado decía:
"Aguerrido es el chicuelo,
duro de llevar, amiga.
Las cautelas que aquí pienso
razón es que te las diga.
(Cuida no nos oiga Amor,
que en sueños oír podría:
si escuchara lo que hablamos,
¡sabe Amor lo que sería!
Canta en voz baja, señora,
que abrir los ojos podría,
y si abre el Amor los ojos
se nos oscurece el día.)

"Bien nos estamos, señora,
ni yo tuyo, ni tú mía.
Mira que son los instantes
cicatrices de la vida,
y se gana, hablando gustos,
sólo granjear fatigas.
(Cuida no nos oiga Amor,
que en sueños oír podría.)
No hagamos dolor de siempre
el regocijo de un día.
¡Si abriera el Amor los ojos,
sabe Amor lo que sería!

"Yo, al arrimo de tu puerta,
por las noches lloraría,
y la gente que pasara
de fijo que se reía.
Lo que hoy me das en confianza
recelo se tornaría.
Hoy puedo besar tu mano,
entonces la esquivarías.
Hoy me miras a los ojos,
entonces los bajarías.

El tierno niño que arrullas
verdugo se trocaría;
y luego de tanto daño,
como es tan travieso, iría
a echar los dados con otros
niños de su compañía. . .
(Cuida no nos oiga Amor,
que en sueños oír podría.)"

Y, con el fardo en los brazos,
ella, a par que lo mecía,
entre dormida y despierta
escuchaba y sonreía,
escuchaba y sonreía.

México, julio, 1910.—H.

ODA EN LA MUERTE DE TOLSTOI

ALTA ENCINA y oráculo, milagro de la tierra,
que hablaba estremecida del viento de la mar:
hoy, en el corazón antiguo de la sierra,
la mano se ha secado que la pudo plantar:
la que estallaba en rojos rayos de profecías
y echaba por las tribus bendiciones de pan;
la que, en la sal del llanto que llora Jeremías,
amasaba las ásperas harinas de su pan.
(Porque, desde la noche primera de los días,
los hijos de los hombres no se redimirán.)

Inmensidad de cielo y mar,
alta virtud de consolar,
de alimentar, de perdonar
—oh Satanás— y de matar.

Alegría funesta, consuelos enemigos,
piedad sañuda y flora turbia de bien y mal:
limosna de la muerte, que alarga a los mendigos
en ademán de dádiva la hoja del puñal.

La cruz de aquel profeta, larga como un gemido,
subía hasta las nubes en pos de tempestad:
por ella descendía el dragón encendido
a devorar el fruto de la posteridad.
(Porque la humanidad es perenne gemido,
y es mejor no nacer para la humanidad.)

Desolación, desolación.
Es nuevo Herodes la razón;
sea, en el ara del perdón,
la humana mies, degollación.

Con la sabiduría clásica del Sileno,
avanza por los campos de hielo el redentor;
el carro de su voz rodaba como un trueno,
su frente era promesa, sus ojos estupor.
Venerable como un tronco vestido de heno,
el redentor tenía la cara de Moisés.
Bajo el cabello, lívido reverberar de plata,
copiosa barba llueve como una catarata.
Lleva alas de relámpago prendidas a los pies.
Cuando deja salir la voz a predicar,
es como si gritara súbitamente el mar.

Desolación, desolación.
Maldita está la Creación,
y es una larga convulsión
el palpitar del corazón.

Y el coro de los pueblos hierve como la espuma
—oh asalto de las olas—, persigue al redentor;
el vaho de los hombres forma en el éter bruma,
y la tierra se moja de llanto y de sudor.
(Flota en la estepa un vívido reverberar de plata
que llueve de la tarde como una catarata.)
Y la terrible boca pronuncia la sentencia,
y ardiente espada surge de la terrible boca;
consúmese a lo lejos el Árbol de la Ciencia,
y el Arca de Noé se parte en una roca:

"Hermanos, replegaos al útero materno.
Abrid tumbas, la vida es vergüenza y error.
La carne de los hombres es pasto del Infierno.
La Creación es mancha del manto del Señor."

Inmensidad de cielo y mar,
alta virtud de consolar,
de alimentar, de perdonar
—oh Satanás— y de matar.

México, noviembre, 1910.—H.

A UN CAMPESINO

I

TIENES TU casa rústica vestida
con los signos de paz, fuerza y decoro,
donde arde, como lámpara escondida,
tu viudez de varón, esquiva al lloro.

Tienes la tierra de sembrar vencida,
inundados los campos en tesoro;
y tienes amarguras de la vida
para saciar tu corazón de oro.

A lo largo del día te contemplo,
bajo tus cielos, como en ancho templo,
corriendo entre los riscos y cañadas,

vigilando tus mieses y tu presa,
desde el potro gritando a las manadas,
alzado en los estribos con fiereza.

II

¡OH, QUE llene tus trojes y graneros
todo el vigor que siembras por la tierra!
Y que eduques tus hijos caballeros:
ella, de la ciudad; él, de la sierra.

Que prospere la yerba en los potreros
donde, a la tarde, tu yeguada yerra;
y que eduques tus hijos caballeros:
ella en la paz, y él para la guerra.

Porque en tu alma no se cicatriza
la irrestañable plenitud del sano,
que chorrea virtud por donde pisa;

y eres, en tu precioso temple humano,
como en la ley de la moral castiza,
duro al soberbio, a los humildes llano.

México, diciembre, 1910.—H.

VENTANA AL CREPÚSCULO Y AL CAMPO

A LA HORA en que está muriendo el día
en regalada paz y luminosa,
siento subir el ánima olorosa
del verano del campo que se enfría.

¡Tarde, playa del mar constante y pía!
Nave del corazón: al fin reposa.
Salte, alma, como una mariposa,
a temblar en la luz que se desvía.

Yaces, amiga, sobre la ventana,
por donde nuestra lenta vida mana
hacia el ocaso, hacia la inmensidad.

Y en el desvalimiento de la tarde,
la dulce lumbre de tus ojos arde
para consuelo de mi soledad.

México, 28 de diciembre, 1910.—H.

CANCIÓN BAJO LA LUNA

ELLAS VAN coronándose de flores y de espigas;
nosotros, dialogando de amor y de fortuna;
y sobre los cabellos claros de las amigas
—oh Alemania romántica de ayer— brilla la luna.

¡Qué noche cristalina y qué deleite raro!
En hilos de la luna la plática se enhebra,
y es nuestra paz más blanca que un pensamiento claro
arrullado a la margen del lago de Ginebra.

Y suben grandes olas de sueño y de ventura
en la música sola de aquella soledad,
y el agua de la luz lunar se vierte, pura,
se derrama en el cielo, tiembla en la inmensidad.

—¿Habláis de amor, amigas discretas, de fortuna,
de clara paz dormida como la luz lunar,
oh románticas, bajo la plata de la luna,
oh coronadas, sobre el oro del espigar?

Hablan de los lejanos poetas de Inglaterra,
y las oímos como se oye un manantial.
Parece aquélla un hada: va sin pisar la tierra,
canta un verso de Milton, sagrado y musical.

Otras danzan en coro, los brazos en los brazos,
al ritmo de los versos, de la hojarasca al son.
Otra sueña en Ofelia: guirnaldas teje y lazos
de rosas, y hecha pájaro se deshace en canción.

Ah, pero la que lleva una estrella en la frente
—sueños de amor, ensueños de gozo, oh noche, oh luz—;
ah, la que lleva una estrella refulgente
y tembloroso el pecho y los brazos en cruz,

—Oh, no —proclama—, amigas; oh, no más por mi vida:
Ni Ofelia, ni Cordelia, ni Lancelot, ni Childe

Harold. . . Oh noche, oh luna, yo sigo suspendida,
sí, suspendida al blanco cuello de mi Oscar Wilde.

México, diciembre, 1910.—H.

SÁTIRA DE LA COMPAÑÍA

¡Oh mis sabios, mis filósofos:
cerrada hallasteis mi puerta!
Ocasión es de marcharos:
la casa tengo hoy de fiesta.
¿Qué se os dan mis interiores
ni qué mis cosas domésticas?
Idos, que en mi corazón
muchas visitas se hospedan,
y hoy recibo en mi taller
mis libros de cabecera.

Robásteisme ayer en charlas
toda mi sustancia entera:
burla hicisteis de mi vida,
chismorreos de mis penas,
hablillas de mis amores,
escarnio de mis cadenas,
de mi ademán comentarios,
discursos de mis maneras,
críticas sobre mi andar,
sobre mi vestir sentencias,
de mis días efemérides,
de mis noches analectas,
notas de mis desayunos,
de mis comidas polémicas,
escolios de mis bebidas,
corolarios de mis cenas.
Tal, amigos, me dejasteis
peor que no digan dueñas,
castigado por fiarme
de las orejas ajenas.
¡Mal hayan los que reclaman

caricias para sus penas,
amigo en sus alegrías,
compañía en sus dolencias!

Ya mis amigos censores
me alzaron pendencia y guerra,
porque quieren que las Musas
caminen con andaderas.
En malos tiempos vivimos
pues que reír no es prudencia,
sufrir es indiscreción,
maldecir es indecencia.
¿Dónde están los humanistas,
buenos hijos de la tierra,
que me sepan tolerar
todas mis inconsecuencias?

¡Y yo que cambié por versos
tantas desdeñables prendas,
y el humor manso troqué
por unas pocas de letras;
el pasaporte social,
por las tablillas de cera;
los recuerdos de familia
arrojé por la tronera,
y me quedé en mi taller
con mis libros a la vera!

¡Santos ellos! Que el humor
ni me lo juzgan siquiera;
que todas mis maldiciones
Horacio me las celebra,
y me perdona Aristófanes
todas mis inconsecuencias.
Traigo a Marcial junto a mí,
por si me importuna Séneca,
y Villon me quiere bien
y también Lope de Vega.
Tirso-de-Molina-mente
mi Musa al balcón me espera;

me auxilia Trotaconventos
con una escala de seda;
el Arcipreste de Hita
me invita de su merienda,
y hasta el Obispo de Hipona,
fuerte brazo de la Iglesia,
me ayuda con las fatigas
de los sentidos en guerra.

Pero discordantes golpes
oigo sonar a mi puerta,
y se asustan los espíritus
que andan en mi biblioteca,
y la paz se me encabrita
y el gusto se me amedrenta...
¡Oh mis sabios, mis filósofos:
se me resiste la puerta!
No hallo cómo introduciros,
que hoy tengo en la casa fiesta.
Idos, que en mi corazón
muchas visitas se hospedan,
y hoy recibo en mi taller
mis libros de cabecera,
y leo a mis humanistas,
buenos hijos de la tierra,
que me saben tolerar
todas mis inconsecuencias.

México, 25 de febrero, 1911.—H. RA.

ROMANCE DE MONTERREY

Monterrey de las montañas,
tú que estás a par del río;
fábrica de la frontera,
y tan mi lugar nativo
que no sé cómo no añado
tu nombre en el nombre mío:
pues sufres a descompás

lluvia y sol, calor y frío,
y mojados los inviernos
y resecos los estíos, —
no sé cómo no te amañas
y elevas a Dios un grito,
por los pitos de tus fraguas
y de tu industria en los silbos,
por que te enmiende la plana
y te enderece el sentido,
diga a la naturaleza
que desande lo torcido,
y te dé lluvia en verano
y sequedad con el frío.

Monterrey de las montañas,
tú que estás a par del río
que a veces te hace una sopa
y arrastra puentes consigo,
y te deja de manera
cuando se sale de tino
que hasta la Virgen del Roble
cuelga a secar el vestido;
Monterrey de los incendios
que, tostada en fuego vivo,
las rojas llagas te vendas
cada semana por filo, —
no sé cómo no te amañas
y elevas a Dios un grito,
por los pitos de tus fraguas
y de tu industria en los silbos,
por que hable a los elementos
y te enderece el sentido,
y diga al fuego y al agua
que lleguen a un tiempo mismo,
para que el mal que te buscan
te lo cambien en servicio.

Monterrey, donde esto hicieres,
pues en tu valle he nacido,

desde aquí juro añadirme
tu nombre en el apellido.

México, 26 de febrero, 1911.—H. RA.

CENA PRIMERA DE LA FAMILIA DISPERSA

YA LLEGAN los hermanos de todos los caminos,
mojados de la lluvia, quemados del simún. . .
¡Ya llegan! y en sus labios hay unos vagos trinos
que brotan al recuerdo de la infancia común.

Bienvenida la ansiada tropa de los hermanos
que vuelven como pájaros a la nueva estación:
alce el augusto padre las bienhacientes manos
y sobre los hermanos eche la bendición.

Para nosotros no se edificó la casa
que hospitalariamente nos brinda su calor:
bajo los techos flota cual una leve gasa
el vaho de la vida de su antiguo señor.

¿Qué importa, si hoy partimos juntos los panes puros
a la hora ritual de la distribución?
Yo, contra el maleficio de los ajenos muros,
el cofre de esmeraldas vierto de mi canción.

Al amor de la lumbre reposan la fatiga.
¡Oh, qué gritar de párvulos del gusto de llegar!
Cuenta las aventuras la misma voz amiga,
unas sobre la tierra, otras sobre la mar.

Desde el jardín, los gritos salvajes de las ocas
alzan su algarabía sordos y a descompás.
¡Ay, mas súbitamente callan todas las bocas,
que trae cada hermano una dolencia más!

—Yo —dice la amarilla madre con un gemido—
las maternales fuerzas dejé en la enfermedad;

y oigo como un lamento muy vago, muy perdido,
el llanto de los hijos muertos en la heredad.

"Mis brazos hacendosos metidos en la masa
de la labor doméstica ¡oh, quién los viera ayer!
Déme, para el aseo de la modesta casa,
el hombre su recato, su escoba la mujer."

—Y yo —dice un hermano— por la tierra fangosa
paso amando el decoro limpio de la salud.
¡Oh, poseyera yo la palabra preciosa
que da perfecta vida y eterna juventud!

"Y no que, cuando canto al son de mi salterio,
intruso llanto empaña la honda sonoridad,
e inciertas llamaradas de horror y de misterio
laten bajo la cumbre de mi serenidad."

—Y yo —dice otro hermano de rostro pensativo
y cívicos furores y cóleras de mar—
debátome en la fiebre, y ya ni sé si vivo,
tirando de la hora que está para llegar.

"Al grito de la vida las cien salidas cierro
bajo la tiranía de una sola pasión;
cien deberes me ciñen con cien mallas de hierro,
y bajo tanto peso se ahoga el corazón."

—Callad —dice una hermana— tanto gemir prolijo:
la silenciosa entraña soy del mundo, callad.
Yo en la inquietud sagrada de vigilar al hijo
sueño, y en el misterio de la fecundidad.

(Desde el jardín, los gritos salvajes de las ocas
alzan su algarabía sordos y a descompás.
¡Ay, mas súbitamente callan todas las bocas,
que trae cada hermano una dolencia más!)

—Y yo —grita una hermana, como rompiendo el nudo
del medroso silencio con daga de cristal—,

yo, en la memoria, el mármol del catafalco mudo
confundo con la pila sagrada bautismal.

"Flores regué con lágrimas sobre el sellado foso.
Mi niña al son del llanto se sabe adormilar.
Tú, Reina de los Cielos, vigílame al esposo,
en tanto que tu mano me viene a libertar."

—Y yo —dice otra hermana— di la esperanza al fuego
y el sueño de un hogar clavé sobre la cruz,
y fuime como Antígona en pos del padre ciego,
en tanto que sus ojos recobraban la luz.

—¿Y quién más inseguro —dice el adolescente—
que el que lleva la planta virgen de caminar?
Los signos de la vida mostráis sobre la frente,
y al fin fue espina vuestra la que os pudo sangrar.

"¡Oh, diéranme sentir la voz de mi destino,
palpara yo el obstáculo para mi voluntad!
¡Supiera ya beber del gozo como vino,
o el llanto, amarga hiel de la virilidad!

"¿Cuándo será que el ansia alce en mí sus banderas
y salga a la cruzada de la fatalidad?
¡Oyera yo sonar las fraguas altaneras
forjando los metales para mi voluntad!"

Pero la voz lejana, la del hermano ausente,
la del eterno hermano que no pudo venir,
—Hermanos, mis hermanos —grita lejanamente—:
vuestro festín de lágrimas yo quiero compartir.

"Recordad al hermano que se salió a la guerra
del mundo, y que os recuerda sólo para llorar.
¡Ay, y que halló cizaña sembrada por su tierra,
y muerta entre cenizas la lumbre del hogar!"

Y el anciano severo, rojo y encanecido,
dice con el acento bíblico de Moisés:

—Siento que, como un Atlas, un mundo he sostenido,
mirando las legiones de siglos a mis pies.

"¡Vivid! Que de la vida nace el fulgor del cielo,
y sube de la tierra una celeste luz.
Hijos: que mi virtud sea vuestro consuelo:
¡creced de mis dos brazos bajo la abierta cruz!

"Ejemplo de varones os dejo con mi ejemplo.
Besad mis manos, hechas a gobernar la grey.
La muerte ha de encontrarme, sobre el frontón del templo,
grabando las mayúsculas doradas de la Ley."
....

Callan. Yo espero, mudo, que respondiendo al alma,
por entre mis angustias salga mi propio grito.
Pero reina en las cosas una celeste calma,
y olvido mis dolores al tiempo que medito.

Callan. Sobre la hora solemne de la cena,
el tiempo es una vaga presencia que resuena
y el instante separa el infinito en dos...
Afuera, de temblores y de misterios llena,
la noche llora estrellas sobre la paz de Dios.

México, agosto de 1911.—H.

LAMENTACIÓN DE NAVIDAD

I

Desolada la noche que algún día
fuera el asilo del placer eterno
y, roja de leyenda, se encendía
a templar los rigores del invierno.

La Virgen desataba su corpiño:
surge el milagro original que encierra,
y era, bajo los ojos de aquel Niño,
reciente creación toda la tierra.

¡Faro del mundo, estancia iluminada!
Como una mirada del destino,
la bandera de luces desplegada
salta de la ventana hacia el camino.

Y, lejos, brillan seis chispas de oro
de seis ojos ardientes. Y son ellos,
y trotan, con un ímpetu sonoro,
a la luna, dorados los camellos.

Noche llena de luz. Hay un derroche
de estrellas en vibrante caravana,
y palpitan los senos de la noche
al jadear de la familia humana.

II

"No PARA ti se edificó la casa
modesta y recatada en el camino,
ni el lecho para ti, ni el pan, ni el vino.
Cobra tu fardo y adelante pasa.

"No se encendió el fogón a tu regalo,
ni la charla sencilla de la venta
se movió para ti, ni te contenta,
que a golpes de dolor te has hecho malo.

"No las claras surgentes de la vida
busques para tu labio consumido:
tú, a la prisión de hielo del olvido,
no a la íntima fiesta recogida.

"Déjanos disfrutar las bendiciones
que en ti apagó el soplar de la razón:
sigue, viajero, ya tendrás canciones
para que puebles tu desolación."

Sigo... Mi labio en el dolor Te nombra.
¡Ni el lecho para mí, ni el pan, ni el vino!
La tea empujo a descubrir camino:
se apaga en las pestañas de la sombra.

III

Señor, mi Dios, corona de los mundos,
rey de la Biblia, voz de los arcanos:
hiéreme con tus dientes iracundos,
úsame como una de tus manos;

dame obras que cumplir, hazme profundos
signos con que me atiendan mis hermanos,
o hazme volar como haces con los granos
hasta la tierra en que han de ser fecundos.

Asombros quiero porque estoy lloroso,
y de Tu Majestad sentir las huellas
para seguir mi rumbo sin reposo.

Surge, pues, con tu azote de centellas,
y sobre el universo clamoroso
ruede tu carro castigando estrellas.

México, diciembre, 1911.—H.

CUENTO ALEMÁN

A la hora en que el gato salta sobre el tocino,
en las vidrieras arde un rayo de oro fino
y el Hombre de la Luna comienza su destino,
en todas las botellas se oyó cantar el vino.

Cantaba entre el bochorno de las obesas pipas
que roncan y que sueñan que les saca las tripas
el nocharniego pinche de las regias cocinas,
terror de las doncellas y de las golosinas.

Cantaba como canta el viento en las veletas,
mientras los zafios duermen y velan los poetas.

En sueños, la princesa, que lo oye cantar,
en sueños se entregaba al gusto de bailar,

mientras la dueña, gente de condición vulgar,
se emborrachaba en sueños, que así suele pasar.

El rey, como discreto, como persona honrada,
el rey. . . pues nada sueña porque no escucha nada.

El rey tiene por barbas dorado vellocino,
cual si las empapara en el dorado vino,
y es su consuelo único y su mejor consejo
tomar a cada rato un trago de lo añejo.

Roba el tocino el gato. Ya trepa hacia la luna
bebiendo las hebrillas de luz una por una:
volar es cosa propia de la raza gatuna,
si ayuda el plenilunio y ayuda la fortuna.

En tanto, el regio parque se embriagaba de luna,
y la luna se daba baños en la laguna.

—¡Ay viejo duendecito, prenda usía su vela!
Diga: aquello que sube ¿es un gato que vuela?
—¡Ay, viejecita duende! ¿Para qué me desvela?
¿No sabe que es el Diablo que nos ronda y nos vela?

¡Bien haya el duendecito que todo lo sabía!
A cada primavera, la barba le crecía.

Desnuda la mañana su dorado puñal
y canta el gallo de oro que hay en la catedral.
Despierta la princesa rendida de bailar;
la dueña, de beber; la dueña, de roncar.

El rey, como discreto, como persona honrada,
el rey. . . pues nada sabe porque no sabe nada.

La gente que a la plaza sale a ver el reló
cuenta que el Holandés de las Botas pasó
de noche por el pueblo, vaciando las botellas,
hundiendo las tinajas y empreñando doncellas,

y, como de costumbre, sopeaba su vino
con su poco de queso, de lardo y de tocino.

La princesa pariera un feísimo gato;
la dueña confesara que se distrajo un rato;
y el rey, como magnánimo, el rey, como sensato,
iba desayunándose hasta limpiar el plato,

y sin decir palabra gustaba del guisote,
sorbía su cerveza, se chupaba el bigote;
si bien no cabe duda que, para su capote,
el rey... nada pensaba, aunque nada se note.

¡Así tengáis salud y así tengáis fortuna,
guardad a vuestras hijas del Hombre de la Luna!

Hicieron estos versos cuatro monjes goliardos,
de vidas vagabundas si de familias ricas,
discípulos de Erígenas y alumnos de Abelardos
—aunque no eran mancos, ni tuertos y ni cojos—,
que, de beber, tenían volumen de barricas
y cuatro caras como cuatro soles muy rojos.

México, 1911.—H.

LA HORA DE ANÁHUAC

YA CON incierta pupila el crepúsculo parpadea;
ya las prudentes aves, regalo de tus estaciones,
cimbran la cuna del ramo; ya tu laguna humea
al fresco de la tarde sus nubladas exhalaciones;

Cuando, en hilera rítmica, bajan del monte a los llanos
ciervos del Anáhuac, ostentando las altas diademas:
hijos de los vientos, articulando las manos,
corren sobre las puntas de las flores y de las yemas.

Ya los hocicos frágiles rayan la onda por
donde los cuerpos rasgan como por una red:

escúrrenles las jetas y hay en la pierna un temblor
que pinta sobre el agua palpitaciones de sed.

Así —oh siglos— hallábanles los cazadores de pumas,
atisbadores pacientes del inefable minuto:
vibra en el cuello del ciervo la flecha regida de plumas
y dóblase el ciervo, súbito, arrodillando el tributo.

Hora que viste acaso rodar su corona al suelo:
recata con tu manto las agonías felices.
Crudo el ojo explora la lobreguez del cielo:
negros hilos corren de las hinchadas narices.

Hora que vas girando hacia las horas perdidas:
suelta alucinaciones de tus entrañas nutrices.
Ya llora la leyenda por las selvas estremecidas,
adonde canta el Rey nutrido con dulces raíces.

A quien, bajo los tiros que atinan su honda y su piedra,
águilas y serpientes saltan, figurando blasones;
a quien la roja venganza rindió su cuchillo de piedra:
a quien la blanca justicia dio las riendas de tres naciones.

Crinados los guerreros, van en legión escogida:
¡temerosa muerte la que su puño asesta!
Mientras de las cabezas huye indignada la vida,
las enemigas orejas colmaban flexible cesta.

Hora que ya desmayas en el cendal de la noche:
cifran tus estrellas unas fatídicas fechas.
Surges tú, Ilhuicamina, bajo el capuz de la noche,
y alargas la mano a los astros para recobrar tus flechas.

Y tú, Rey Sacerdote, los horóscopos meditando,
eras miserable como la última flor.
Huye la casa de esmaltes, ve por las aguas llorando,
que los cometas mortales anuncian al Hijo del Sol.

Nacen de la sombra cubos ciclópeos y bárbaros,
donde cuadrado el ídolo abre las pupilas sin luz;

y sobre los cúes, como siniestros relámpagos,
en zozobras de oro cintilan fulgores de cruz. . .

Huérfano el santuario de corazones vivos,
y los oídos del llano del ululato guerrero,
irás con frente pálida, y a tus ojos sensitivos,
las danzas de tus enanos serán el alivio postrero.

Él, erizado de púas como enemigo cardo,
tú, dulce y turbador como magnético lirio,
mira, bajo el penacho y el amenazante dardo,
alzarse un bulto de hombre más capaz que tú de martirio.

¡Príncipe de la Piragua! ¿Qué te valdrían perdones?
¡Siégale, Conquistador, con el cuchillo que llevas!
(Última hora de Anáhuac: llora sobre las naciones,
hora que tiendes el cuello a la hoz de las horas nuevas.)

México, 1912.—H.

LLUVIAS DE JULIO

Aquí donde al arrullo de las dormidas ánimas
—sueño de los espíritus—, he resuelto vivir
(pululan y palpitan anímulas simpáticas
y salta entre los libros el demonio Elzevir);

aquí donde las letras pintan oscuras cábalas,
sonríen y se tuercen como interrogación;
donde, a mis ojos ávidos, se enciende cada página
en un visible trémolo y una sensación;

adonde el cosquilleo paciente de la pluma
entinta los renglones, apura el español;
aquí, donde la mente poco a poco se abruma
y se enciende la lámpara al apagarse el sol;

¡aquí! Bien hayas tú, hada que me recluyes,
la del flotante velo de cuentas sonador;

inacabable lluvia que brotas y refluyes
e inundas la morada de místico rumor.

Apréstase el doméstico desfile de mujeres
a proteger los tiestos, a cerrar el balcón:
humildes, invisibles, minúsculos deberes
cumplidos como una ritual celebración.

De repente los ojos de los gatos chispean
y, en fantástico celo, corren por la mansión.
Al golpe de la lluvia las plantas cabecean.
El cielo tiembla como si fuera un corazón.

El cielo se estremece todo como si fuera
un corazón. Yo acerco el rostro a la vidriera
y digo al alma mía: —¡Mira la bendición!...

... Mira la bendición que flota sobre el campo,
dormido con la lluvia que tanto apeteció;
mira, bajo la lumbre del amarillo lampo,
correr la presurosa silueta de Melampo,
que chorreando trota a zaga del pastor.

De los colmados cántaros, al borde de la fuente,
el agua se derrama que el cielo les envía,
y canta tan vivaz y tan alegremente
que evoca las mañanas frescas en que la gente
moza suelta en la fuente su loca parlería.

Enjambre desgranado que suenas a recuerdo,
al ansia de reír y al ansia de llorar:
si tú no me iluminas la noche en que me pierdo,
hada del aire, con el brillo de tu collar,

disuelve en un venero sonoro como el tuyo
la nube que ha cien años resuella mi dolor:
a ver si, como tú, me expando y vuelo y fluyo
y caigo en un relámpago de plata temblador.

Insectos ateridos, al tiempo que anochece,
fatigan en los vidrios su punta de alfiler.
El campo en la ventana se ofusca y desvanece,
y en tanto que la sombra con la tormenta crece,
comienza el té a cantar y la llama a tremer.

Entrada es ya la noche. Palpita con zozobra
debajo la tetera la llama de alcohol.
El alma de los libros despierta y se recobra.
Es la hora en que, a diario, para seguir la obra,
enciéndese la lámpara al apagarse el sol.

México, julio, 1912.—H.

NOCHE DE CONSEJO

Nave de la medianoche
que, en las fatigas del tiempo,
llevas a la borda atada
la cólera de los vientos;
boya de los desengaños,
balsa de los contratiempos:
a todos tus navegantes
hoy prevenirles intento
que estoy mirando en los astros
amargos presentimientos,
que hay un azoro, un espanto
en la mitad del silencio,
y una perenne inquietud
nos contempla desde el cielo.

De la adusta medianoche
sobre el témpano de hielo,
flotan cual polares osos
mis perdidos pensamientos.
Ayer yo tuve canciones
para saludar contento
al arroyo de mi fuente
y al árbol de mi sendero.

Hoy, en frío y soledad,
tan aterido y señero,
¿quién dirá que soy el mismo,
quién dirá que soy el dueño
de aquella mansión dorada,
morada de mis recuerdos?

Por ladrón lo he merecido,
por adelantarme al tiempo,
por violentar con premuras
la miel de cada momento.
Porque, al potro de la vida,
acicates del anhelo
son como brazos alzados
para gobernar el cielo.
¡Bien nos decías, Villon,
y qué bien que lo recuerdo:
—Mozos, que perdéis la más
bella gala del sombrero!

México, abril, 1913.—H. RS.

2

[1913–1924]

LA TONADA DE LA SIERVA ENEMIGA

CANCIONCITA sorda, triste,
desafinada canción;
canción trinada en sordina
y a hurtos de la labor,
a espaldas de la señora,
a paciencia del señor;
cancioncita sorda, triste,
canción de esclava, canción
de esclava niña que siente
que el recuerdo le es traidor;
canción de limar cadenas
debajo de su rumor;
canción de los desahogos
ahogados en temor;
canción de esclava que sabe
a fruto de prohibición:
—toda te me representas
en dos ojos y una voz.

Entre dientes, mal se oyen
palabras de rebelión:
"¡Guerra a la ventura ajena,
guerra al ajeno dolor!
Bárreles la casa, viento,
que no he de barrerla yo.
Hílales el copo, araña,
que no he de hilarlo yo.
San Telmo encienda las velas,
San Pascual cuide el fogón.
Que hoy me ha pinchado la aguja
y el huso se me rompió.

Y es tanta la tiranía
de esta disimulación,
que aunque de raros anhelos
se me hincha el corazón,
tengo miradas de reto
y voz de resignación."

Fieros tenía los ojos
y ronca y mansa la voz;
finas imaginaciones,
y plebeyo corazón.
Su madre, como sencilla,
no la supo casar, no.
Testigo de ajenas vidas,
el ánimo le es traidor.
Cancioncita sorda, triste,
canción de esclava, canción:
—toda te me representas
en dos ojos y una voz.

París, 1913.—H. P. R.A.

FANTASÍA DEL VIAJE

Yo DE la tierra huí de mis mayores
(¡ay casa mía grande, casa única!).
Cardos traje prendidos en la túnica
al entrar en el valle de las flores.

Llegué hasta el mar. ¡Qué música del puerto,
qué feria de colores!
No lo creerán, ¡si me juzgaron muerto!
¡Ay, mi ciudad, mi campo aquel sin flores!

He visto el mar. ¡Qué asombro de los barcos!
¡Qué pasmo de las caras tan cobrizas!
Los ojos, viendo el mar, se tornan zarcos,
y la luz misma se desgarra en trizas.

¿Y el marinero aquel, hijo de Europa
(¡ay ubres de la Loba, ay ubres!)

que ostentaba, acodándose en la popa,
los brazos recamados de mayúsculas azules?

Yo iré por mis natales caseríos
como una fatalidad:
¡Ay montañas, árboles, hombres míos,
he visto el mar!

Lo grabaría yo sobre la seca
madera de mis árboles nativos;
lo gritaría en la casona hueca
para oír resonar sus ecos vivos:
—¡He visto el mar!

Lo diría en las polvorosas calles
de mis aldehuelas, de aquellos pueblos
cálidos, donde el aire del ventalle
se lleva las palabras en sus vuelos.

¿Quién lo creería de los viejecitos
que cuentan nuestros años con los dedos?
Hablan: el aire de los abanicos
se lleva las palabras en sus vuelos.

Ninguno ha visto el mar.—Palmas. Un río
sesgo y apenas rumoroso corre.
Viven urracas negras en la torre,
oros vestida con el sol de estío.

Polvo en la villa, polvo en las afueras;
hornazas de metal, bocas de fragua.
Y, por invierno, un vaho en las vidrieras
que se va deshaciendo en gotas de agua.

Madrid, 1915.—H. P.

EL DESCASTADO

I

EN VANO ensayaríamos una voz que les recuerde algo a los hombres, alma mía que no tuviste a quien heredar;
en vano buscamos, necios, en ondas del mismo Leteo, reflejos que nos pinten las estrellas que nunca vimos.
Como el perro callejero, en quien unas a otras se borran las marcas de los atavismos,
o como el canalla civilizado
—heredera de todos, alma mía, mestiza irredenta, no tuviste a quien heredar.

Y EL hombre sólo quiere oír lo que sus abuelos contaban;
y los narradores de historias
buscan el Arte Poética en los labios de la nodriza.

Pudo seducirnos la brevedad simple, la claridad elegante,
la palabra única que salta de la idea como bota el luchador sobre el pie descalzo. . .
Mientras el misterio lo consentía, mientras el misterio lo consentía.

Alma mía, suave cómplice:
no se hizo para nosotros la sintaxis de todo el mundo,
ni hemos nacido, no, bajo la arquitectura de los Luises de Francia!

II

¿QUIÉN, a la hora del duende, no vio escaparse la esfera, rodando, de la mano del sabio?
Con zancadas de muerte en zancos échase a correr el compás, acuchillando los libros que el cuidado olvidó en la mesa.
Así se nos han de escapar las máquinas de precisión, las balanzas de Filología,
mientras las pantuflas bibliográficas nos pegan a la tierra los pies.

(Y un ruido indefinible se oía, y el buen hombre se daba a los diablos.

Y cuando acabó de soñar, pudo percatarse de que aquella noche los ángeles —¡los ángeles!— habían cocinado para él.)

III

SAN ISIDRO, patrón de Madrid, protector de la holgazanería;
San Isidro labrador: quítame el agua y ponme el sol.

San Isidro, por la mancera que nunca tu mano tocara;
San Isidro: quítame el sol, a cuya luz se espulgó la canalla; quítame el sol y ponme el agua.

Si por los cabellos arrastras la vida, como arrastra el hampón la querida,
ella trabajará para ti.
San Isidro, patrón de Madrid: deja que los ángeles vengan a labrar,
y hágase en todo nuestra voluntad.

IV

BÍBLICA fatiga de ganarse el pan, desconsiderado miedo a la pobreza.
Con la cruz de los brazos abiertos ¡quién girara al viento como veleta!

Fatiga de ganarse el pan: como la cintura de Saturno, ciñe al mundo la Necesidad.
La Necesidad, maestra de herreros,
madre de las rejas carcelarias y de los barrotes de las puertas;
tan bestial como la coz del asno en la cara fresca de la molinera,
y tan majestuosa como el cielo.

Odio a la pobreza: para no tener que medir por peso tantos kilogramos de hijos y criados;
para no educar a los niños en escasez de juguetes y flores;

para no criar monstruos despeinados, que alcen mañana los puños contra la nobleza toda de la vida.

Pero ¿vale más que eso ser un Príncipe sin corona, ser un Príncipe Internacional,
que va chapurrando todas las lenguas y viviendo por todos los pueblos, entre la opulencia de sus recuerdos?
¿Valen más las plantas llagadas por la poca costumbre de andar
que las sordas manos sin tacto, callosas de tanto afanar?

Bíblica fatiga de ganarse el pan, desconsiderado miedo a la pobreza.
Alma, no heredamos oficio ninguno —ama loca sin economía.

Si lo compro de pan, se me acaba;
si lo compro de aceite, se me acaba.
Compraremos una escoba de paja.
Haremos
con la paja
una escalera.
La escalera ha de llegar hasta el cielo.
Y, a tanto trepar, hemos de alcanzar,
siempre adelantando una pierna a la otra.

Guadarrama, 1916.— II. VS.

VOTO

Te quiero para reacia,
alma temblorosa y nueva;
para sed que no se sacia;
émula en locura y gracia
de la onda que se subleva:

—Bien como revuelta, choca
y alza encarrujada pluma
y en el vaivén se disloca,

y escupe sobre la roca
los alacranes de espuma.

Madrid, mayo, 1917.—H.

LAS PRIMERAS LETRAS

I

DÍA de sol o día de nublado,
me arrastras al camino de la escuela;
y sonrío al augurio de un cuidado
que obliga a madrugar, no que desvela.

Pajarillo que vive alborotado
y, alborotando, la prisión consuela,
como tiene en la jaula su reinado,
haciéndose feliz, no se rebela.

¿A qué más libertad si estás contento
e ignoras la cadena todavía?
Y callo para ti la voz que siento

subir del fondo de la vida mía:
la de sublevación, la de tormento,
la bárbara, la inculta, la bravía.

2

PERO nueva virtud entra en la casa
y es tu inocente mano quien la guía,
mano que sin saber ordena y tasa
un ancho paraíso de armonía.

Por tu pupila dulce y seria pasa
la reposada luz de cada día;
giran las horas mientras las abrasa
como en dorados orbes tu alegría.

Al sabor de la vida te conformas.
Mi paz renace al paso que procuras
la ley ceñir. Y al seno de las Normas

yo te confío con plegarias dóciles,
como si te dejara entre las puras
rodillas de los ángeles inmóviles.

Madrid, 1917.—H.

LUCERO

No de la centinela que vigila
el ansia imitas impaciente y dura,
ni el lloro de la lámpara que apura
el vino escaso y al arder vacila.

Lucero que dilatas la pupila
en el abrigo de la sombra pura:
eres quietud y soledad segura,
y en olvidado mar nave tranquila.

Oh ¿cómo solitario resplandeces?
¿Cómo tan solo, cómo tan severo,
si tan radioso y fúlgido pareces?

Yo sé de una onda en que tus luces meces:
tu soledad pudo copiar a veces,
no tu firmeza ni tu paz, lucero.

Madrid, junio, 1917.—H.

GLOSA DE MI TIERRA

Amapolita morada
del valle donde nací:
si no estás enamorada,
enamórate de mí.

I

Aduerma el rojo clavel
o el blanco jazmín las sienes;
que el cardo es sólo desdenes,
y sólo furia el laurel.
Dé el monacillo su miel,
y la naranja rugada
y la sedienta granada
zumo y sangre —oro y rubí;
que yo te prefiero a ti,
amapolita morada.

II

Al pie de la higuera hojosa
tiende el manto la alfombrilla;
crecen la anacua sencilla
y la cortesana rosa;
donde no la mariposa,
tornasola el colibrí.
Pero te prefiero a ti,
de quien la mano se aleja:
vaso en que duerme la queja
del valle donde nací.

III

Cuando, al renacer el día
y al despertar de la siesta,
hacen las urracas fiesta
y salvas de gritería,
¿por qué, amapola, tan fría,
o tan pura, o tan callada?
¿Por qué, sin decirme nada,
me infundes un ansia incierta
—copa exhausta, mano abierta—
si no estás enamorada?

IV

¿NACERÁN estrellas de oro
de tu cáliz tremulento
—norma para el pensamiento
o bujeta para el lloro?
No vale un canto sonoro
el silencio que te oí.
Apurando estoy en ti
cuánto la música yerra.
Amapola de mi tierra:
enamórate de mí.

Madrid, agosto, 1917.—H. P.

LAS QUEJAS

Sátira de los expatriados

—QUÉJOME, España, de ti.
—¿De mí, Coridón, por qué?
—Tiempo ha que desembarqué,
y nunca he cobrado aquí
lo que en mis playas dejé.
    —¡Ay Coridón, Coridón,
que en el lejano Catay
buscas lo que sólo hay
adentro del corazón!

—Y porque alejas de mí
a la dama que soñé:
que ni sus muros salté,
ni por sus trenzas subí
hasta el balcón de su fe.
    —¡Ay Coridón, Coridón!
Tardado has trescientos años:
con la dama no hay engaños,
¡y habrá cerrado el balcón!

—Quéjome, España, de ti.
—¿De mí, Coridón, por qué?

—Con tus amores pequé,
con tu Dios me arrepentí,
y con todos me engañé.
    —¡Ay Coridón, Coridón!
No sabes lo que te dices:
reincidencias y deslices
las flores del alma son.

—Y porque apenas bebí
tus soleras y probé
tus manteles, y tal fue
mi desazón, que me vi
como el patriarca Noé.
    —¡Ay Coridón, Coridón!
Risa me inspiran tus llantos,
cuando duelos y quebrantos
son mi ordinaria ración.

—Quéjome, España, de ti.
—¿De mí, Coridón, por qué?
—Con tu orgullo me encendí,
con tu humildad me quemé:
cenizas soy del que fui.
    —¡Ay Coridón, Coridón!
Claro está que no me amas:
no sabes lo que son llamas
y arder con resignación.

No sabe, no, lo que son,
cuando a llorarlo se atreve,
ni las llagas del tizón,
ni las llagas de la nieve
que afligen mi corazón.
Me acusa con intención
cada vez que lo interrogo;
pero ¿y las penas que ahogo,
las conoce Coridón?

Madrid, octubre, 1917.—H.

LA MANDOLINA DEL OTOÑO

YA ROMPES, mandolina de lamentos,
gotas de trino salpicando al prado,
y revuelcan las faldas de los vientos
el oro fatigado.

En el crepúsculo del año, canta,
ceñida de violetas la garganta.

—¡Venturosa de ti!— clama la rosa
que, falleciente, al rodrigón se aprieta;
y al eco del suspiro: "venturosa",
se abre, azul de celos, la violeta.

El listado melón desaparece
entre racimos como de corales,
y es una mandolina que florece
perezosa entre sueños vegetales.

En éxtasis de son la araña huelga,
salta la abeja como chispa fatua,
y el heno de los árboles descuelga
su blanco airón a coronar la estatua.

En el crepúsculo del año, canta,
ceñida de violetas la garganta.

Pero —¡memorias que el otoño dora
ácidamente con punzante júbilo!—
si a nuevas fiestas amanezco ahora,
otras recuerdo con un llanto súbito.

De mis delicias joya cortesana,
de mis virtudes rosa campesina,
óyeme tú, que para ti se ufana,
temblando, el alma de mi mandolina.

Y en el crepúsculo del año, canta,
ceñida de violetas la garganta.

Madrid, 1917.—H. P.

LA AMENAZA DE LA FLOR

FLOR DE las adormideras:
engáñame y no me quieras.

¡Cuánto el aroma exageras,
cuánto extremas tu arrebol,
flor que te pintas ojeras
y exhalas el alma al sol!

Flor de las adormideras.

Una se te parecía
en el rubor con que engañas,
y también porque tenía
como tú negras pestañas.

Flor de las adormideras.

Una se te parecía...
(Y tiemblo sólo de ver
tu mano puesta en la mía:
tiemblo no amanezca un día
en que te vuelvas mujer.)

Madrid, 17 de octubre, 1917.—H. P.

EL MAL CONFITERO

ES TOLEDO ciudad eclesiástica.
Para sola una noche del año,
sus vides domésticas
dan un vino claro.

Un vinillo que el gusto arrebola
del epónimo mazapán,
y que predispone muy plácidamente
para recibir hasta el alma el aroma
canonical
de las uvas negras en aguardiente.

Y es que la Iglesia
consiente la gula:
para cada antojo hay una licencia;
para cada confite, una bula.

Y cándido azúcar chorrea
por el transparente de la Catedral;
y en sus brazos arrulla la Virgen
al pequeño dios comestible,
rosado y salmón;
y ¡oh, qué famosas tajadas de Alcázar
si, como es granito, fuera turrón!

Y es que la Iglesia consiente la gula;
y monja sé yo que toda es azúcar.
Y que tiene vicioso al cielo
de la miel hilada del pelo,
y sabe hacer unos letuarios de nueces,
y otros de zanahorias raheces,
y el diacitrón, codonate y roseta,
y la cominada de Alejandría,
y otras cosas tantas que no acabaría.

¿Pero aquel confitero que había,
que en azúcar y almendra y canela
los santos misterios hacía?
La Pentescostés y la Trinidad,
y el Corpus y la Ascensión,
y un Jesús casi de verdad
con una almendrita en el corazón.

Pero tiene sus reglas el arte,
y a cada figura, su parte.
Y también hacía un Luzbel
con una cara ácida y larga,
y le ponía en el corazón
una insólita almendra amarga.

¡Terror de las madres: muerte solapada
en las golosinas!

¡Sazón a mansalva,
con el cardenillo de las cocinas!

Bien sé yo que tiene sus reglas el arte,
y a cada figura le toca su parte.
Mas ¿garapiñar almendras amargas,
así sean las del corazón?
Caridades excusadas,
a fe mía, son.

¿Disfrazar un Luzbel con maña,
que se lo confunda con un Salvador?
Caridades excusadas,
a fe mía, son.

¡Oh, buen hacedor!
Hay arte mejor:
no me vendas rencor en almíbar,
si he de hallar acíbar
en el corazón.

Madrid, 1918.—H. P.

CARLOS LOZANO

Concierto a bordo del Espagne, *matrícula St.-Nazaire, 1913.*

UN PIANO sobre el mar, trémulamente
a los arrullos de la onda sueña,
sueña con abordar a la risueña
playa de gasa de la luna, y siente

como entre raso azul, crespón crujiente,
nube y espuma, flámula y enseña,
que la trémula nota se diseña
en cifra desflecada por la frente

del mar y el cielo. Resollando angustia,
al ansia pesarosa del instante
—pálida sombra tú, mirada mustia—

confiabas al fin las manos pías:
y eras, al fin, exhalación errante,
y en la paz de la luna te perdías.

Madrid, 25 de junio, 1918.—H.

FONÉTICA

AYER, gritando una muchacha: —¡Jaime!—,
desde un balcón, al tiempo que pasé,
sorda la "jota", sólo dijo: —¡Aime!—,
y, por engaño de la voz: —¡Ay me!

"¿Ay me?" Quien tan arcádica se plañe
¿pudiera ser la Diana sin Amor?
O bien pudiera ser que yo me engañe,
atento al modo, pero no al valor.

Voz de mis quietas alucinaciones,
callado eco de mi pensamiento:
tú parlas y tú ríes y tú pones
golondrinas de notas en el viento.

Madrid, 11 de octubre, 1918.—H. ("Anacronismo").

AMADO NERVO

TE ADELGAZAS, te desmayas,
y te nos vas a morir.
¡Qué fina inquietud, qué ansia
la de vivir sin vivir!
Por el hilo de la araña
tal vez te vimos subir;
de la luciérnaga fatua
ardías en el candil,
y eras la voz que cantaba
en el grillo más sutil.
Te buscábamos el alma...
¡y estaba ya en el zenit!

¿En la estrella más lejana?
—"Te engañas, más lejos fui.
Noche, misteriosa hermana:
tú lo sabes, tú lo dí."

Te adelgazas, te desmayas,
y te nos vas a morir.
¡Si ya, de tenue, escuchabas
lo que nadie puede oír!
Sirena que no cantaba
te podía seducir;
lucero que se apagaba,
te guiñaba el ojo así.
Tus tiestos sólo brotaban
un capullo, por abril.
Las flores que tú criabas,
¿eran de la noche, dí?
Tus aves, que no trinaban,
¿eran de la luna, dí?
—"Te engañas: más lejos fui
que la estrella más lejana.
Noche, misteriosa hermana:
tú lo sabes, tú lo dí."

Te adelgazas, te desmayas...
¡Qué saber para morir!
¿Vivir? No: cosquilleabas
ritmos, mejor que vivir.
Más que pensar, palpitabas;
y más bien que sonreír,
desde los ojos vibrabas
una vaga chispa gris.
Y creyendo que te escapas,
que nadie lo va a sentir
—con travesuras del alma—,
te nos deslíes al fin,
no sé si en una palabra,
si en una cadencia, si...
—"¡Te engañas: más lejos fui

que la estrella más lejana.
Noche, misteriosa hermana:
tú lo sabes, tú lo dí."

EPITAFIO

Eras cosa pequeñita:
vivías en una nuez.
Pero es tanta la malicia
de morirse de una vez,
que ya parece mentira
lo que nos faltas después.

Madrid, † 24 de mayo, 1919.—H. P. RA.

OCTUBRE

El espíritu de las rosas tiene
vago reflejo azul. Y tus cabellos,
que eran azules bajo nuestros cielos,
rojean desde el ébano ondulado,
sin que falte la vibración de plata
—hebra purísima— de la primera cana.

Preguntándome, cuando ronca el viento
—náufrago de la espuma de la noche—,
si a la resucitada juventud
faltarán fuerzas para arder al sol
—grano de aroma, gota de perfume—,
cómplice grita mi propio corazón:

—Remo en borrasca,
ala en huracán:
la misma fuerza que azota
es la que me sostendrá.

(Y estremecidas en el fondo del pecho,
siento agolparse las fieras del recuerdo.)

Madrid, 1919.—H. P.

CONFLICTO

En sordina

DE LAS uvas que se pasan,
hasta los granos se vuelven azúcar:
¡y así te veo venir, Octubre,
agrio de Abril, bajo el cielo morado!

Todo soy interrogaciones
por haber tenido en poco a los vicios,
y hasta carezco del gesto grave,
decisivo, del fumador.

Para imitar al Indiferente
de Watteau, resulto sanguíneo
y regordete, y para cubista
¡me sobran tantas curvas líricas!

Yo soltaré mi secreto un día,
renunciando a todas mis canciones.
¡Ay, pegadiza juventud,
terca y blanda en mi corazón!

Por ti no me hallo, y por ti
no acierto a llevar el compás.
Harto estoy ya de mis recursos
y funesta facilidad.

¿Me cortaré la mano diestra,
que es la enemiga natural?
¿Cómo hacer, que estoy disonando,
cantando donde todo es hablar?

Gravemente sin gravedad,
torpemente ágil, al fin
me pintaré canas postizas
para huír, juventud, de ti.

¡Porque me he quedado tan solo,
sobreviviendo a las sirenas,

que estoy viejo de juventud
en este mundo sin pecados!

Madrid, 1919.—H. P.

CARICIA AJENA

Exhalación clara que anhelas
—a no perturbar un temblor—
por iluminar si desvelas,
por dormir si enciendes amor.

Desde el hombro donde reposas,
caricia ajena, ¿cómo puedes
regar todavía mercedes
en complacencias azarosas?

Tu fidelidad sobrenada
en vaga espuma de rubor,
y te vuelves, toda entregada,
y regalas, desperdiciada,
los ojos cargados de amor.

Madrid, 12 de diciembre, 1919.—H. P.

EL GRILLO

I

Cri-cri, cri-cri.
A prima noche, al runrún de la lluvia;
junto al fogón, en la velada tibia;
o entre los tapices sordos de la sala
donde, recogiéndose, el sueño se asila.
Cri-cri, cri-cri.

Las niñeras no saben ya historias:
las inventan los niños a solas.
(En el fondo de cuartos oscuros,
con luz propia, los grandes espejos fulguran.)

Los frescos naranjos del patio
se mecían, borrachos de luna.
Son antigua visión las columnas
de los corredores:
a la casa le dan una vaga
anchura de templo.
Cri-cri, cri-cri.

La madre todavía era fuerte:
sus brazos gobiernan la casa,
distribuyen sus manos el pan.
El padre todavía era joven:
tiene cara de rey.

II

Cri-cri, cri-cri.
En gracioso montón sobre el suelo
—derramada cosecha de amor—,
y rodando en las pieles de osos,
aunque fingen reír, los chicuelos,
como están a solas, están temerosos:
los espían las sombras en su derredor.

Cri-cri, cri-cri.
Las bujías de inmóviles flamas...
Las caras atónitas en la luz igual
contemplan, absortas, los muebles tallados,
los bronces, los barros.
Cri-cri, cri-cri.

Contaría una historia la hermana:
no se oye su voz, por lejana.

Afuera, en los campos —arriba, en las lomas—,
gime un son el viajero nocturno,
palpita el destello de las alcandoras,
duerme el gavilán.
Cri-cri, cri-cri.

III

Cri-cri, cri-cri.
Dos rostros asoman entre los tapices,
sonríen;
pero los chicuelos no los han visto.
Y la estancia se puebla de ángeles;
pero los chicuelos no los han visto.

Afuera, en la noche —arriba, en el cielo—,
parece que quieren bajar las estrellas.
Y la casa es nave de paz.
¡Bendiciones caigan sobre ella!

Y el padre:
—Dejemos que duerman los hijos así,
rodando en las pieles de osos,
bajo los retratos de aquellos abuelos.—
La madre:
—Señor, tu deseo es ley para mí:
dejemos que duerman los hijos así
hasta la mañana,
que a los hijos sanos estrecha es la cama.—

Los hijos, en tanto, dormían:
sobre los regazos están de los ángeles.
Cri-cri, cri-cri.

IV

Cri-cri, cri-cri.
El rumor familiar; las escobas
andan hacendosas.
Oíd las pisadas: amos y criados.
Despierta la casa, vuelven los cuidados.
En los corredores se mecen las jaulas:
las jaulas son grandes como palacios.
Cri-cri, cri-cri.

La casa era próspera.
La madre todavía era fuerte:

sus brazos gobiernan la casa,
distribuyen sus manos el pan.
El padre todavía era joven:
tenía una cara de rey.

Los niños despiertan y al punto alborotan
de ver que no están en la alcoba.
Oyendo sonar las escobas
adivinan los niños la hora.

Hora de rumores y de regocijo:
tambor y clarines: la diana
pregona el afán matutino.
Y afuera, en el aire de la mañana,
zumban las saetas del frío.
Cri-cri, cri-cri.

V

Los grillos del Norte, que saben mi infancia,
devanan, de tarde, la fábula lenta:
Cri-cri, cri-cri: ¡qué penosa cuenta!
Cri-cri, cri-cri: ¡qué larga distancia!

Fecha imprecisa: 1913-1920.—I.

LA PIPA DEL CANTÁBRICO

LA PIPA que ataqué en Lequeitio llega humeando hasta Mo-
[trico,
donde suelta una murga marinera, desde un balcón aéreo, su
[música a la plaza.
Casas negras —los ojos venecianos— se arrojan sobre el mar
[a pico,
y, a lomos de la iglesia —telaraña de yodo—, una inmensa
[red se solaza.

Hinchada de domingo, brinca en el frontón la pelota.
Ruedan por la calle en torrente los destrozos de música.

El aire en guiñapos irrumpe por la tarde rota,
y un agua de plomo en los regazos del muelle se acumula.

Anda en la resaca de boinas y camisas la danza
—pueblo vegetal que agradece los regalos del suelo.
Y cuando el cohetero sus racimos de estrellas lanza,
descorchado el astro, saltan temblorosos rayos de sidra por
[el cielo.

1921.—P.

VENECIA

Tra-la-la, tra-la-la-la-laire...

TH. GAUTIER

I

ESTA NOCHE cantan solas,
cantan solas las góndolas,
y las voces que lanzan
ruedan sobre las aguas.

Sobre las aguas ruedan
las voces apenas
cuando las recoge
y envuelve la noche.

Colgada en la luna,
se balancea
—tenue de bruma
y plata— Venecia.

Esta noche ruedan
las voces solas,
para que puedan
mecerlas las olas.

Góndola serena,
luna el farolillo,

se desliza Venecia
con rumbo al Lido.

Un recuerdo a remolque
navega en paz:
fábulas del estoque
y el antifaz.

Y en la puente anda
errando tal vez
negro cavaglier,
las llaves doradas.

Cargada de voces
el agua corre;
pero tan apagadas
que apenas se oyen.

Porque cantan solas,
cantan solas
las góndolas.

2

POR LAGUNA y por tramonto,
surta la tarde, recibe
el vaho de sangre y oro
que resuella el Campanile.

La luna salta en el ponto,
y en el ponto se deslíe.

Tiemblan y arrugan las aguas
una Venecia al revés
—azul acero y naranja,
en lienzos del Veronés.

Y una vaga chispa roja
raya el espacio callado:

una mística paloma
de San Marcos,

que tiene su palomar
más alto que la ciudad
—de donde los Doce Apóstoles
le arrojan migas de pan.

¡VUELCO!

Toledo tiene dos famas:
sus noches y sus espadas;
cien iglesias, un alcázar
—y corre debajo el agua.

1921.—P.

FLORENCIA

¡SALUD! Soy el Ignoto Fiorentino:
soy el pintor de las Anunciaciones
y Sagradas Familias: soy el mismo
que alzó los arcos y trazó la torre.

En siete frescos puse los retratos
de siete gremios, y mis flores están
labradas en las puertas de "mi hermoso San Juan".*

Mi corazón era una llama sola;
mas tendida a los dos vientos que soplan:
bien al Medici, bien al Savonarola.

Dividiendo y reinando entre los míos,
tuve unos años de presidio
en una torre, sobre la colina y el río;
pero el Arno se llevó mis suspiros.

Supe al fin alternar risas y lloros,
y cediendo a mis gustos, daba gusto a otros mil:

* Dante.

si en el retablo pintaba para todos,
debajo —en el gradino— pintaba para mí.

Yo estuve junto al generoso Lucas
cuando mezcló su arcilla de colores
para dar a la vida más dulzura,
haciendo un arte grato al pobre.

Yo era capaz de discutir con Pico
desde la terraza de Fiesole.
(Un día, Marsilio Ficino
se durmió a los pies de Gemistos.)

Triunfa en aquella plaza mi David,
y en la fuente, mi niño pescador con el delfín.
Y tal vez —lo dije y lo hice—
lancé un florín más alto aún que el Campanile.

Yo era en todos los verbos la primera persona.
Aunque el Papa logró llevarme a Roma,
volví a Florencia entre furor y estrago,
y quemé mis desnudos y empecé mis Madonas
por consejo del claro profeta de San Marcos.

De entonces más no hay vanidad que siga:
¡oro y azul! ¡rojo y azul de esmalte!
Y dóblese la Virgen —blanda espiga—
ante el rayo que salta de los ojos del Ángel.

¡VUELCO!

Sevilla. Jardín. La tarde.
Murillo seca el pincel.
Las yemas de San Leandro.
¡Cristo!
¡Don Juan!
(¡Doña Inés!)

1921.—P.

A MI HIJO

HONDA MIRADA encendida
en quieta lumbre interior;
alegría sin rumor
que estás colmando mi vida:

déjame ganar virtudes
bañándome en tu conciencia;
y para que nunca dudes
de la ley que te sentencia,

en la vida y en la muerte,
a ser atisbo de Dios,
mira si hay yedra que injerte
dos árboles de esta suerte:
con cada brazo a los dos.

Madrid, 1921.—P.

AL ENCENDER LA LÁMPARA

1

AL DAR el reloj las siete,
cuando ya no alumbra el sol:
pausa en que la tarde queda
en alas de una oración.

Premio corona las sienes,
pasadas de un resplandor,
y las palabras sumisas
alzan a su domador
la voz de que son trasuntos.

¡Ay cunde, llama, consumirás por puntos
y mis dolores y mis goces juntos!

2

PERO ¿qué invasora loba
echa la sombra del seno,
que arriesga —lejana— un grito
y empaña de mal recuerdo?

Calla, vencido rencor
que por el freno sujeto;
huye o muere, donde al fin
con ambas manos destuerzo
tus cuidados cejijuntos.

¡Ay cunde, llama, consumirás por puntos
y mis dolores y mis goces juntos!

3

VAGO coloquio de luces
untadas en el cristal;
relámpago donde nace
la sensación del hogar;

voz de niño envuelta en aire;
claro beso impersonal,
pleno de halagos presuntos,
que da en la frente del alma
y la estremece de paz.

¡Ay cunde, llama, consumirás por puntos
y mis dolores y mis goces juntos!

Madrid, 1921.—P.

POR LOS DESHIELOS...

POR LOS deshielos de abril
confusamente respiro
el calosfrío sutil
de cada vez que te miro.

Verde —como mi locura—,
dorada sobre marfil,
blanda en luz y en hielo dura,
¡y deseada entre mil!

Éxtasis, vórtice, giro
que los sentidos apura,
y dos ojos por ventura
donde un rayo de zafiro
celestemente madura.

Madrid, 1922.—P.

AL FIN

AL FIN con arrobamiento
dejas el alma caer,
jarro que el vino secreto
rezuma por una vez.

Y se constela tu sueño,
y se comienza a encender
con estrellas de recuerdos
que han sido flores ayer.

Y hay centellas en el fondo
de tu noche, porque ves
cuatro o seis ardientes ojos
de dos mujeres o tres.

Madrid, 1922.—P.

ENGAÑADOS

ENGAÑADOS del sosiego
con que los conduce amor,
llegaron tus pensamientos
a las puertas del temor.

En tus azorados ojos
quise beber tu estupor,
donde —entre esmeraldas y oros—
tuve otra suerte mejor:

porque vi cómo salían,
a modo de confesión,
dos lágrimas perseguidas
de cerca por otras dos.

Madrid, 1922.—P.

INCREPACIÓN

¿No VES que das a la vida
más de lo que ella te da,
si hablas, si ríes, si miras
y si alientas nada más?

Del bien y del mal confundo
la intercadencia sutil,
viendo que tus ojos rubios
arrancan gritos de mí.

Lógico error cometí,
por no hacer de juez y parte,
todo lo que consentí
en verte sin adorarte.

REFLEXIÓN

A un profundo zahorí
le pedí consejo en balde:
¡Cuán otro soy del que fui!
Hoy no se lo digo a nadie.

ENVÍO

Músico: si tu instrumento
no presta voces contigo,

con cuerdas de mi tormento
a dar más voces me obligo.

Madrid, 1923.—P.

AIRES DE LA BOCACALLE...

AIRES de la bocacalle
enredan por las esquinas.
Primavera.

Se me queda en las pestañas
un copo de una semilla.
Primavera.

Trepa la saltaparedes
y el lagarto se desliza.
Primavera.

Todo el día, el gato a caza
de mil diminutas vidas.
Primavera.

Temblores por tus ojeras
y por las de tus amigas.
Primavera.

Madrid, 1923.—P.

BLANDA, PENSATIVA ZONA...

BLANDA, pensativa zona
de la mañana de abril,
deriva en pausa segura
la dolencia de vivir.
Entre pestañoso el sol
no sabe cómo salir,
y flota en pompas el sueño
tal vez sin poder subir.

Yo, con inefable risa,
estoy velando por ti.
Las mañanitas de abril
buenas son de dormir.

Sueñas campo y hortaliza
que no se atreve a jardín;
charla honesta de gallinas
con escobas en trajín,
y mil virtudes domésticas
colgadas en el mandil,
para que, al correr el día,
se les caigan por ahí,
como desprendidas plumas,
las mil virtudes, las mil.
Las mañanitas de abril
buenas son de dormir.

Sueñas un árbol sin hojas
en cuyo lomo senil,
plañéndose a lo viudo
una vez no y otra sí,
tal pájara compasiva
desgrana en brizna sutil
pares y nones de horas
pulidas al esmeril
en el pico de la pájara
—que los sueños son así.
Las mañanitas de abril
buenas son de dormir.

Sueñas que sueñas que sueño
—que los sueños son así—
que el solterón del paraguas
se ha enamorado por fin;
que abre capitulaciones,
confiando mucho en el sí,
y como novia aldeana,
pudibunda e infeliz,

la lluvia se echa a llorar
cuando la van a pedir.
Las mañanitas de abril
buenas son de dormir.

Madrid, 1923.—P. RA.

ROMANCE INTERRUMPIDO

Como desde el suelo mismo
la copa empieza a brotar,
descalzos pisan la tierra
árboles sin tronco ya.

Son árboles de rodillas,
árboles a la mitad,
árboles en fin clavados
a más de lo natural...

(No colguéis, pájaros, nidos
al alcance de un rapaz.)

Madrid, 1923.—P.

RETO DE HACHEROS CÁNTABROS

Oscuro dios que has olvidado el habla
en el recinto azul de tus montañas:
te siento hervir, oh ruido sin palabras,
en el pulso profundo de las hachas,
y en la respiración de las olas iguales.

El aizcolari viejo se descalza,
y se persigna con la mano santa;
y por la arista de los pies a escuadra,
el filo de un relámpago descarga
sobre la lealtad del leño derrotado.

Deva, 1922.—VS.

MADRID QUE CAMBIAS...

Madrid que cambias luces con las horas:
Madrid, nerviosa exhalación de vidas:
con ímpetu de lágrimas golosas
interrogo la cara de tus días.

No disfrace tu sol la pestañosa
niebla que el Guadarrama engendra y cría,
y no enrede tus árboles la tosca
manta de viento que barre a Castilla.

Desconozco tu voz en la persiana,
a pesar de saber que es tu manía
aullar de lobo y sacudir con zarpa.

Y me dejo rodar entre tus días
—tu huésped viejo al fin— de mala gana,
como ruedan tus hojas amarillas.

Madrid, 1922.—CS. VS.

EMANACIÓN DE TI...

Emanación de ti, prenda tardía,
un blando sol doraba el alto muro,
y yo me preguntaba, ya inseguro,
si vería tus ojos todavía.

Y para adivinar si te quería,
junté mi voluntad en un conjuro;
pero mi voluntad huyó de suyo,
como la derramada luz del día.

. . . Una última ceja de la tarde,
última libertad, último gozo,
última paz, última fortaleza. . .

Llega la noche y me defiende en balde,
porque tus zapatitos cautelosos
ya venían pisando mi conciencia.

Madrid, 1922.—CS. VS.

TARDES ASÍ...

TARDES así ¿cuándo os he respirado?
Sueltos cabellos, húmedos del baño;
olor de granja, frescor de garganta,
primavera hecha toda flor y agua.

Se abrió la reja y fuimos a caballo.
El cielo era canción, caricia el campo,
y la promesa de la lluvia andaba
viva y alegre por las cumbres altas.

Cada hoja temblaba y era mía,
y tú también, de miedo sacudida
entre presentimientos y relámpagos.

Latían entre nubes las estrellas,
y nos llegaba el pulso de la tierra
desde el tranco ligero del caballo.

Madrid, 1922.—CS. VS.

INVIERNO FIEL...

INVIERNO fiel: júntame las memorias
de la quietud que pierdo cada día,
y al lado de mi lámpara convoca
—ángeles inefables— mis fatigas.

El minuto con el minuto asocia
dando al tiempo una única porfía,
y el silencio, cargado de coronas,
fluya —río del alma— en onda viva.

Invierno fiel: devuélveme a los senos
de la hora recóndita y alegre:
la de colmar la voluntad de sueños,

mientras toda la sangre se suspende
y las palabras, hechas de resuellos,
aletean en torno de las sienes.

Madrid, 1923.—CS. VS.

MADRE

VIENEN Y VAN, me cuentan cómo cambias,
pero me basta a mí que permanezcas
y sienta yo como un batir de alas,
voz de tu ausencia o voz de tu presencia.

Ayer, con valerosa confianza,
me entregaste a mi propia fortaleza:
—Ve en pos de ti— dijiste. Y me alargabas
la daga corta y la breve rodela.

Hombre soy: traigo para tu regazo
frente con duelo y trabajadas sienes;
pero mis brazos son los mismos brazos

que recogieron tu viudez endeble,
cuando caíste sobre mí gritando,
el día de llorar, el día fuerte.

Madrid, 1923.—VS.
Versión corregida.

SOBRE MI CORAZÓN...

SOBRE mi corazón ternura nueva.
Ofrecida una vez y otra la llama,
a poco llanto, a poca lumbre queda,
como tibieza de la tierra en calma.

Árbol que no conozca enredadera
tributos frutará, pero sin ansia;
sin apurar el gusto de la tierra
ni el paladeo de su sangre escasa.

¡Oh consumida, oh lenta paz que suma
luz en racimos, aura azul de sombra!
Juntas las bocas y las manos juntas,

mi pensamiento.—cuando no te nombra—,
será que te derrama en agua muda
—ternura igual— sobre mi corazón.

Madrid, 1923.—CS. VS.

DE ALONDRAS Y DE TÓRTOLAS...

De alondras y de tórtolas a coro
días amanecidos y llorados;
martirio que una sola vez corono
con siemprevivas para todo el año;

no cumplida promesa, paz con lloro,
agradecidas prendas de un engaño,
orgullo de un silencio valeroso,
contentamiento de sufrir en vano.

¿Esto diciembre fue y esto es enero?
¿Esto me quitan y esto me dejaron?
Te diste y te cobraste, ay hondo sueño;

pero tus manos frágiles sembraron
plantas para retoños duraderos
y siemprevivas para todo el año.

Madrid, 1924.—VS.

HONDA TAZA DE VINO...

Honda taza de vino tibio y blando
baña en piedades la naturaleza.

Labriego y yo: paz entre los hermanos
donde un mismo cansancio nos estrecha.

Hasta de ti, con quien nunca contrasto
mi gusto de pensar, así me llega
un valor que abre surcos en mi ánimo,
al paso que te inunda y que te alegra.

Hoy doy la mano a toda mano, y fío
en las bodas del campo con el hombre,
en el sudor con que revienta el trigo,

y en el anuncio de blancas naciones
—flor de algodón y maíz en racimo—
que saltan a la frente de la noche.

México, 1924.—VS.

DIVINIDAD INACCESIBLE...

DIVINIDAD inaccesible al tedio
reina en el sol del aire, hecho bondad;
sobrias plegarias cuelgan de los techos;
junto a la escuela nace la ciudad.

Manos iguales y frentes sin ceño;
hombro capaz de ala, pecho en paz.
(Y la mujer conquistarás sin duelo,
y será sin rencor tu voluntad.)

Breve hora de afán, y sacrificio
suficiente a la cólera de Adán;
ley deseada en fin, pan compartido,

mansas espigas, astros de piedad;
hombres y bestias en gozoso abrigo:
nace junto al establo la ciudad.

México, 1924.—VS.

GOLFO DE MÉXICO

VERACRUZ

La vecindad del mar queda abolida:
basta saber que nos guardan las espaldas,
que hay una ventana inmensa y verde
por donde echarse a nado.

LA HABANA

No es Cuba, donde el mar disuelve el alma.
No es Cuba —que nunca vio Gauguin,
que nunca vio Picasso—,
donde negros vestidos de amarillo y de guinda
rondan el malecón, entre dos luces,
y los ojos vencidos
no disimulan ya los pensamientos.

No es Cuba —la que nunca oyó Stravinsky
concertar sones de marimbas y güiros
en el entierro de Papá Montero,
ñáñigo de bastón y canalla rumbero.

No es Cuba —donde el yanqui colonial
se cura del bochorno sorbiendo "granizados"
de brisa, en las terrazas del reparto;
donde la policía desinfecta
el aguijón de los mosquitos últimos
que zumban todavía en español.

No es Cuba —donde el mar se transparenta
para que no se pierdan los despojos del Maine,
y un contratista revolucionario
tiñe de blanco el aire de la tarde,
abanicando, con sonrisa veterana,
desde su mecedora, la fragancia
de los cocos y mangos aduaneros.

VERACRUZ

NO: AQUÍ la tierra triunfa y manda
—caldo de tiburones a sus pies.
Y entre arrecifes, últimas cumbres de la Atlántida,
las esponjas de algas venenosas
manchan de bilis verde que se torna violeta
los lejos donde el mar cuelga del aire.

Basta saber que nos guardan las espaldas:
la ciudad sólo abre hacia la costa
sus puertas de servicio.

En el aburridero de los muelles,
los mozos de cordel no son marítimos:
cargan en la bandeja del sombrero
un sol de campo adentro:
hombres color de hombre,
que el sudor emparienta con el asno
—y el equilibrio jarocho de los bustos,
al peso de las cívicas pistolas.

Herón Proal, con manos juntas y ojos bajos,
siembra la clerical cruzada de inquilinos;
y las bandas de funcionarios en camisa
sujetan el desborde de sus panzas
con relumbrantes dentaduras de balas.

Las sombras de los pájaros
danzan sobre las plazas mal barridas.
Hay aletazos en las torres altas.

El mejor asesino del contorno,
viejo y altivo, cuenta una proeza.
Y un juchiteco, esclavo manumiso
del fardo en que descansa,
busca y recoge con el pie descalzo
el cigarro que el sueño de la siesta
le robó de la boca.

Los Capitanes, como han visto tanto,
disfrutan, sin hablarse,
los menjurjes de menta en los portales.
Y todas las tormentas de las Islas Canarias,
y el Cabo Verde y sus faros de colores,
y la tinta china del Mar Amarillo,
y el Rojo entresoñado
que el profeta judío parte en dos con la vara,
y el Negro, donde nadan
carabelas de cráneos de elefantes
que bombeaban el Diluvio con la trompa,
y el Mar de Azufre,
donde perdieron cabellera, ceja y barba,
y el de Azogue, que puso dientes de oro
a la tripulación de piratas malayos,
reviven al olor del alcohol de azúcar,
y andan de mariposas prisioneras
bajo el azul "quepí" de tres galones,
mientras consume nubes de tifones
la pipa de cerezo.

La vecindad del mar queda abolida.
Gañido errante de cobres y cornetas
pasea en un tranvía.—
Basta saber que nos guardan las espaldas.

(Atrás, una ventana inmensa y verde. . .)
El alcohol del sol pinta de azúcar
los terrones fundentes de las casas.
(. . . por donde echarse a nado.)

Miel de sudor, parentesco del asno,
y hombres color de hombre
conciertan otras leyes,
en medio de las plazas donde vagan
las sombras de los pájaros.

Y sientes a la altura de las sienes
los ojos fijos de las viudas de guerra.

Y yo te anuncio el ataque a los volcanes
de la gente que está de espalda al mar:
cuando los comedores de insectos
ahuyenten las langostas con los pies
—y en el silencio de las capitales
se oirán venir pisadas de sandalias
y el trueno de las flautas mexicanas.

México, 1924.—Pliego suelto, Buenos Aires, Colombo, 1934. VS.

BARRANCO

EL ESPANTO nos pega, hechos ventosas,
a la tabla que cede hasta el abismo
colgada de la vena de acero;
y la trepidación del malacate
brinca, hecha pulso propio, en las entrañas.

Girando en el embudo de la tierra,
nos hartamos de cielo a grandes tragos.
A nuestra espalda pesan los de arriba,
y nuestros pies se afianzan en los huesos
de los que van —crispándose— debajo.

Y Dante mal domado,
turbión de abismo preso
ruge y tiembla en el vientre de los caños,
mientras el agua brava
salta al circo de roca,
y abriendo ala de nube
se salva de caer en los Infiernos.

Parásitos del mundo,
frágiles tegumentos adheridos
a la cuchara de la máquina,
entramos en la boca del barranco
borrachos de catástrofe.

¿Qué rueda espiritual, qué molino de almas
hace de nuestro miedo magnetismo de astros?

Eléctrica inminencia carga el aire
y nos tornamos piedras en el trance,
como otros gigantes aplastados por dioses.
—El seno de la tierra se sustenta
con el peso de todo lo que cae.

La barca, que navega contra el cielo,
gime del fardo estremecido y mudo,
y apretamos los dientes con el óbolo,
Carón, por no perderlo en la zozobra.

Rara tripulación, cosecha inesperada,
abajo el ingeniero Minos
ve llegar a su puerta
una cuadrilla de sombreros anchos,
botas fuertes, cinturones de balas,
y el bulto edificante —la pistola—
prendido en el cuadril.

Necaxa, 1923.—VS.

VIENTO EN EL MAR

ENTRANDO en el Canal de las Bahamas,
el barco se poblaba de insectos y de pájaros.
Un puñetazo hace bailar las copas,
y una voz al descuido
desdeña el horizonte de Florida.

—¡Sabor apenas tímido de América!
¿No habéis estado en Río?
Los helechos son árboles
como en la misma infancia de la Tierra.

"Hay riesgo de que broten claveles las solapas,
o que se espontaneen los sombreros
con plumas de color de guacamayo.

"La escoba abandonada
suele criar raíces por el mango
y flores por las barbas."

Entrando en el Canal de las Bahamas,
truena un voto entre el corro de las copas vacías:

—¡No conocéis el Sur, viajeros rubios,
humanidad sin cocción todavía!
Allí la vida penetra en la muerte,
y ésta se cambia oficios con la vida;
el vaso de agua pura se torna venenoso,
engendra mariposas la campana neumática,
y las ideas se vuelven Generales.

(Y bajo la piel cruda de los blancos,
los nudos y arabescos de las venas,
y la bomba del corazón, a duras penas.)

México, 1924.—VS.

CARAVANA

HOY TUVIMOS noticia del poeta:
Entre el arrullo de los órganos de boca
y colgados los brazos de las últimas estrellas,
detuvo su caballo.

El campamento de mujeres batía palmas,
aderezando las tortillas de maíz.
Las muchachas mordían el tallo de las flores,
y los viejos sellaban amistades lacrimosas
entre las libaciones de la honda madrugada.

Acarreaban palanganas de agua,
y el jefe se aprestaba
a lavarse los pechos, la cabeza y las barbas.

Los alfareros de las siete esposas
acariciaban ya los jarros húmedos.
Los hijos del país que no hace nada
encendían cigarros largos como bastones.

Y en el sacrificio matinal,
corderos para todos
giraban ensartados en las picas
sobre la lumbrarada de leños olorosos.

Hoy tuvimos noticia del poeta,
porque estaba dormido a lomos del caballo.
Dijo que llevan a Dios sobre las astas
y que tiende la noche ácidas rosas
en las alfombras de los dos crepúsculos.

México, 1924.—VS.

3

[1925–1937]

ARTE POÉTICA

1

ASUSTADIZA gracia del poema:
flor temerosa, recatada en yema.

2

Y se cierra. como la sensitiva,
si la llega a tocar la mano viva.

3

—Mano mejor que la mano de Orfeo,
mano que la presumo y no la creo,

4

para traer la Eurídice dormida
hasta la superficie de la vida.

París, 1925.—VS.

JACOB

NOCHE a noche combato con el ángel,
y llevo impresas las forzudas manos
y hay zonas de dolor por mis costados.

Tiemblo al nacer la noche de la tarde,
y entra sed de cuchillo por mis flancos,
y ando confuso y temeroso ando.

Quiere correr a consunción mi sangre
y aunque sé que en su busca me deshago,
otra vez lo persigo y lo reclamo.

Bajo las contorsiones del gigante,
aúllo a veces —oh enemigo blanco—
y dentro de mí mismo estoy cantando.

¡Oh sombra musculosa, oh nube grave!
Derrótame una vez para que caiga,
o de una vez rómpeme el pecho y ábreme
entre los dos reflejos de tu espada.

París, 1925.—VS.

ODA CONTENTA

¡ALELUYA, la pata de gallo
y el buen humor con melancolía!
En aguavinos de entretiempo,
yo me soy como sol de cabañuelas.

¡Aleluya, la hebra de plata
confusa en los ricillos de las sienes!
Y este trabajo de abrir cauce a las venas
sangre nuestra de cada día...

Surtían chorros de silencio
hasta las vigas del alero,
y entre cada última rosa
latían las sensibles telarañas.

Avenimiento en el sabor del aire:
la mariposa conquista su ley.
Un dios ya cuarentón ríe de veras:
todo lo sabe su filosofía.

Henchido y acendrado el tiempo,
iban sin ruido nuestras voluntades;

y caían a nuestras plantas
las horas cargadas de minutos.

¡Aleluya! La mano entró en la mano.
Sólo quemamos dos o tres palabras;
que yo ya suelo ser sencillo y sabio,
y tú, fiel como el agua confesada.

París, 19 de octubre, 1925.—AP. VS.

DOS HORAS PARA TI

I

TE BUSCO en la ciudad de piedra,
último seno todavía blando,
en la ciudad de piedra donde el cielo
se rompe en las paredes.

Los árboles, labrados
en la plata del aire,
cuajan, entre cenizas de crepúsculo,
el temor esponjado de las aves.

Y el río se dilata, sesgo y verde,
enfrïado de brumas amarillas.

Niebla en sangre de sol, la tarde rueda
—apenas— una hora.

II

TE BUSCO en la ciudad de piedra,
fugaz en los recodos de la tarde.
Vaga ondina del aire, tus cabellos
chorrean por el cielo de la calle.

Y el campo balancea
estrellas desiguales,
y en la evaporación de las esquilas
el cielo azul se colma de vocales.

¿O si te esconderás, amontonada
en la gruta de agua de mis sueños?
Tierna la noche, jadeando arrastra
—apenas— una hora.

París, 1925.—VS.

TONADA DEL ACERO DE LA MAÑANA

A Toño Salazar

I

Hay una ceniza dulce
—¡y saberla bucear!—
en el fondo de la noche
como en el fondo de un mar.

Hay una ceniza dulce
—y hay que saberla gustar:
resale al amanecer
como a la orilla de un mar.

(Era tan azul e intacta
la luz de la madrugada,
que parecía que andabas
sobre la hoja desnuda
de una espada.)

II

Del árbol de los poetas
ruedan hojas a la calle:
papeles que aún no borra
la escoba municipal.

Y andan de brujas en ronda
bajo los picos de gas,
las malicias que persigue
la escoba municipal.

(Era tan azul e intacta
la luz de la madrugada,
que parecía que andabas
sobre la hoja desnuda
de una espada.)

III

Las comparsas de murciélagos
de cascabel y antifaz
—errabundos en la música,
náufragos de la ciudad—

sobre el cielo telegráfico
enredan cifras de paz:
la mano en el hombro lánguido:
caricia —casualidad.

(Era tan azul e intacta
la luz de la madrugada,
que parecía que andabas
sobre la hoja desnuda
de una espada.)

ENVÍO

Oh musa desconocida
de los bailes de Bullier
—en las pestañas ceniza,
y entre los labios también—:

de prisa y a la callada,
si te veo no te veo:
que eres musa y no te creo.
Dulce amargor paladeo:
ceniza de madrugada.

París, Miércoles de Ceniza, 1925.—OV.

EL HOMBRE TRISTE

Secuencia

BASTA leer a Plinio el Viejo para saber que la vida empieza con llanto.

Otros dicen que acaba mejor: no me atrevo a asegurar tanto.

UN día conocí un hombre triste que había llorado desde los diez años hasta los cuarenta,

concediendo que, entre el hipar de las lágrimas, no se equivocara él en la cuenta.

Tenía diez años cuando, sin querer, sorprendió una charla detrás de la puerta:

sus padres hablaban de él como de una promesa cierta.

Hasta entonces no había sido elogiado, y tuvo miedo de la alabanza oída:

—¡Agua derramada! —se dijo—. ¡Virginidad rota y, de seguro, virtud perdida!

Y lloró desde los diez años hasta los quince por el fruto en que habitaba el gusano:

—Vendí mi paz por una palabra escuchada —se decía— y esto es lo que pierdo y lo que gano.

TENÍA quince años cuando, sin querer, escuchó una conversación liviana:

—Así pues —se dijo— la naturaleza es una amante y no es una hermana.

La imaginación comenzó en él sus largos estragos,

más profundos y dolorosos cuanto más inciertos y vagos.

Lloró de los quince hasta los veinte por el fruto en que habitaba el gusano:

—Vendí mi paz por una palabra escuchada —se decía— y esto es lo que pierdo y lo que gano.

TENÍA veinte años cuando, sin querer, sintió florecer un beso en los labios.

—Ahora comprendo a los poetas —se dijo— que son más sabios que los sabios.

Cunde la llama insaciable, que el golpe de la sangre atiza.

Pero hay algo que nunca se alcanza, y toda boca mortal acaba por saber a ceniza.

¿Qué fue del gozo? ¿Qué del vino claro de la razón? ¿Del gusto de vivir para entender? ¿Del *lucidus ordo*?

(Y arriba, el cielo era lejano y sordo.)

Lloró, pues, de los veinte años hasta los veinticinco, por el fruto en que habitaba el gusano:

—Vendí mi paz por una caricia probada —se decía— y yo creo que pierdo lo mismo que gano.

LLORÓ de los veinticinco a los treinta porque el arte es largo y el plazo breve;

porque todo esfuerzo tiene obstáculos, toda conquista es efímera, toda ciencia es leve.

Lloró de los treinta a los treinta y cinco porque la mujer y los hijos —con ser tan amados— eran cadenas materiales,

y pretextos para seguir viviendo, a pesar de la muerte de las esperanzas principales.

YO lo conocí a los treinta y cinco: tenía una manzana en la mano,

y lloraba por el fruto en que habitaba siempre el gusano.

Yo lo frecuenté después, cuando cumplía los cuarenta

(concediendo que, entre el hipar de las lágrimas, no se equivocara él en la cuenta).

Vivía tan temeroso, que ya nunca osaba abrir una puerta.

¡Y tan olvidado de todo, que ignoraba el nombre de todos los árboles de su huerta!

Yo me empeñaba en vano, predicándole hora tras hora,

porque, en verdad, bajo el sol, no hay ninguna razón seria para consolar a un hombre que llora.

París, 1926.—VS.

SI SÓLO FUERA...

SI SÓLO fuera un animal de amor,
agradecidamente dejaría

rodar la noche, despeñarse el día;
si sólo fuera un animal de amor.

Concertar un violín fuera mejor
que, entre una y otra pulsación, diría
el regocijo, la melancolía,
el sol, la paz, la vid, la miel, la flor.

O que cayeran glorias de los árboles
de modo que, al andarlos sacudiendo,
se coronara la frente de olor.

¡A ver si, al hora de colgar las alas,
se me rendía en premio la palabra:
"Si sólo fuera un animal de amor. . ."!

París, mayo, 1926.—VS.

APENAS

A VECES, hecho de nada,
sube un efluvio del suelo.
De repente, a la callada,
suspira de aroma el cedro.

Como somos la delgada
disolución de un secreto,
a poco que cede el alma
desborda la fuente un sueño.

¡Mísera cosa la vaga
razón cuando, en el silencio,
una como resolana
me baja, de tu recuerdo!

Buenos Aires, 1927.—OV.

YERBAS DEL TARAHUMARA

HAN BAJADO los indios tarahumaras,
que es señal de mal año
y de cosecha pobre en la montaña.

Desnudos y curtidos,
duros en la lustrosa piel manchada,
denegridos de viento y sol, animan
las calles de Chihuahua,
lentos y recelosos,
con todos los resortes del miedo contraídos,
como panteras mansas.

Desnudos y curtidos,
bravos habitadores de la nieve
—como hablan de tú—,
contestan siempre así la pregunta obligada:
—"Y tú ¿no tienes frío en la cara?"

Mal año en la montaña,
cuando el grave deshielo de las cumbres
escurre hasta los pueblos la manada
de animales humanos con el hato a la espalda.

La gente, al verlos, gusta
aquella desazón tan generosa
de otra belleza que la acostumbrada.

Los hicieron católicos
los misioneros de la Nueva España
—esos corderos de corazón de león.
Y, sin pan y sin vino,
ellos celebran la función cristiana
con su cerveza-chicha y su pinole,
que es un polvo de todos los sabores.

Beben tesgüino de maíz y peyote,
yerba de los portentos,

sinfonía lograda
que convierte los ruidos en colores;
y larga borrachera metafísica
los compensa de andar sobre la tierra,
que es, al fin y a la postre,
la dolencia común de las razas de hombres.
Campeones del Maratón del mundo,
nutridos en la carne ácida del venado,
llegarán los primeros con el triunfo
el día que saltemos la muralla
de los cinco sentidos.

A veces, traen oro de sus ocultas minas,
y todo el día rompen los terrones,
sentados en la calle,
entre la envidia culta de los blancos.
Hoy sólo traen yerbas en el hato,
las yerbas de salud que cambian por centavos:
yerbaniz, limoncillo, simonillo,
que alivian las difíciles entrañas,
junto con la orejuela de ratón
para el mal que la gente llama "bilis";
la yerba del venado, el chuchupaste
y la yerba del indio, que restauran la sangre;
el pasto de ocotillo de los golpes contusos,
contrayerba para las fiebres pantanosas,
la yerba de la víbora que cura los resfríos;
collares de semillas de ojo de venado,
tan eficaces para el sortilegio;
y la sangre de grado, que aprieta las encías
y agarra en la raíz los dientes flojos.

(Nuestro Francisco Hernández
—el Plinio Mexicano de los Mil y Quinientos—
logró hasta mil doscientas plantas mágicas
de la farmacopea de los indios.
Sin ser un gran botánico,
don Felipe Segundo
supo gastar setenta mil ducados,

¡para que luego aquel herbario único
se perdiera en la incuria y en el polvo!
Porque el padre Moxó nos asegura
que no fue culpa del incendio
que en el siglo décimo séptimo
aconteció en el Escorial.)

Con la paciencia muda de la hormiga,
los indios van juntando sobre el suelo
la yerbecita en haces
—perfectos en su ciencia natural.

Pliego suelto, Buenos Aires, Colombo, 1934.—VS.

A LA MEMORIA DE RICARDO GÜIRALDES

I

SILENCIO EN EL CAMPO

PARADÓJICA HERENCIA DEL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA

FINO abuelo tuvimos, como hecho de plata y marfil viejo,
aunque él nunca lo seguía, supo darnos un buen consejo.

Él era una fuente de palabras, un río rumoroso y ancho,
pero alguna vez confesó: —Hijo, al buen callar llaman
[Sancho.

Y el campesino de América sabe ya muy bien lo que quiere,
porque heredó, entre otros refranes, lo de que el pez por
[su boca muere.

Y de allí nuestros "tapaos" de poco hablar y caras foscas,
a todo evento ver y callar, y en boca cerrada no entran
[moscas.

Lástima que nuestros poetas se nos hayan vuelto facundos:
aprendieran el mucho-en-poco de los peones errabundos.

Hay cada amansador de potros que apenas dice: "Esta boca
es mía"
¡y todo lo que promete, el "cabo de güeso" lo fía!

Desde la tierra del sarape hasta la tierra del chiripá,
nadie puede sospechar lo que este silencio dirá.

II

DON SEGUNDO DE LA PAMPA

SENTIDO ESPIRITUAL DE ESTA HISTORIA

Ya no lo sigue el escudero, siempre tan leal con la tierra:
ahora lo ronda un muchacho que asaltó la vida en acción de
[guerra.

Frente alucinada en el cruce cardinal de cuatro distancias,
el muchacho —a lomos del pingo— ventea el olor de las
[estancias.

Como cardo prendido al traje se lo había llevado su padrino,
y con el lazo y las boleadoras lo fue haciendo mejor latino.

Y aprendió a cebar la paciencia esperando que la pava hierva,
y el antiguo comunismo agrario en la comunión del mate y la
[yerba.

¡Oh, sueño de los campos iguales, siempre acostados sobre
[el suelo!
¡Oh, camino que anda y no llega, a lo largo del desconsuelo!

Hay que ser solidario: o perderse o seguir los rastros,
bajo la constancia severa y nocturna de los astros.

Siempre el menor tras el mayor, a quien no conoce y casi
[nunca nombra:
¡Fantasma o promesa a caballo, con cuánta razón te llaman
[Sombra!

III

LA TRANQUERA

CIFRA DE LA TIERRA ARGENTINA

SANTA parrilla de palo, cuadrícula breve;
refugio apenas insinuado, cuando pica el sol o cuando llueve.

Aquí se organiza el paisaje y de aquí arrancan las medidas;
único accidente geográfico, índice alerta entre las llanuras
[dormidas.

La cita de amores y de riñas tiene que ser en este punto:
sola huella de la mano, sola geometría en el conjunto.

Donde atar las cabalgaduras, donde apoyar el ensanche de
[los ojos;
reja sin otra caricia que la bronca macolla de abrojos.

Así, tan escueto como esta pobre tranquera;
tan entre dos infinitos que de cada lado se está afuera;

Tan atado en lo suyo que el campo sin él (sin ella) se me
[va en el viento;
así —árbol según el hombre, necesidad del pensamiento—;

Así —nudo de sus hilos, araña en la malla de su mundo—,
como la tranquera en el campo, así veo yo a Don Segundo.

IV

RICARDO SOMBRA

ENVÍO

LLEGASTE cuando yo no estaba y yo vine cuando habías
[partido,
y nuestra alianza queda encinta de todo lo que pudo haber
[sido.

Tal vez te recogieron, como en tu cuento al Trenzador,
arrugando con crispada mano la carta en que te dije adiós.

Hoy, tus ecos juntando, te alzo una estatua de reflejos,
y por la señal de tu planta te voy campeando desde lejos.

Cada uno me habla de ti con un elogio diferente:
puedo pensar que, sólo contigo, se me murió mucha gente.

Nunca se dio una amistad tan parecida a una idea.
Tanto despojo me conforta: acaso es mejor que así sea.

Ya eres una fotografía —y lo demás se desmorona.
¡Ojalá que tu alma tenga la esbeltez de tu persona!

Espérame: nos encontraremos en la posada vecina.
Aquí te dejo estas palabras en el regazo de tu Adelina.

Buenos Aires, 1929.—Prólogo al libro de R. Güiraldes, Seis Relatos, *Buenos Aires, "Cuadernos del Plata", Edit. Proa, 1929.—VS.*

NORAH JUGANDO A LAS ESTRELLAS

A NORAH BORGES DE TORRE, dibujante.

¡QUÉ ABEJA del panal
de tierra, cielo y mar!

Golosa de las letras
que pintan las estrellas,
del Alfa y de la Beta
la firma deletrea,

de Régulo y Proción,
Arturo y Algenib,
Donébola y Algol,
Canope y Belatrix.

La eternidad del mundo
se vuelve familiar,

y suelta lo minúsculo
sabor de eternidad.

Colúmpiate, sonámbula, colúmpiate,
mientras tu sueño queda
mecido en el estambre de una estrella.

(La imagen no se ve:
busquémosla otra vez.)

Apenas cazadora
del pájaro y la rosa,
en una raya sola
enreda cada cosa.

Cuando "pesca a la línea"
(equívoco francés),
en el sedal que tira
queda lazado el pez.

Alternan, al primor
del dúo concertado,
el tiple de su voz
y el tiple de su mano.

Colúmpiate, sonámbula, colúmpiate,
mientras tu sueño queda
mecido en el estambre de una estrella.

ENVÍO

Tanta luz, que se borra de mi vista;
tan candoroso afán, que es ya travieso.
Temo que mi canción no lo resista,
y a tan delgado peso
no hallo balanza fiel, Norah. Por eso
es mejor que desista.

Buenos Aires, 1929.—OV.

JARDÍN

País de abanico

LENTA LUZ. Tarde pasiva
en que algún jardín se borra
y derrocha en plata viva
lo poco de azul que ahorra.

Égloga de estrella y rosa.
Apenas-luna. Y el mar
presentido en la anchurosa
incitación de cantar.

Perc tú —segur de flores,
cuantas abraza tu amor—
te abrumas en los colores.
Ya sólo eres (no llores)
raudo fantasma de flor.

Mar del Plata, 1929.—OV.

MIS AMORES

1

A MADRID llegaba un día,
y en San Isidro y el Prado
lindas mujeres había.
Pero mis amores son mexicanos.

Que algún doctor en amor
no me venga con regaños:
parece que digo mucho,
pero más es lo que callo.
¡Cuando salí de mi tierra,
no se me había casado,
y era torre sin escudo,
o mejor, vino sellado!
Yo no la buscaba, no:

ella se me puso al paso,
yegua de rasgados ojos
y de pelaje dorado.

2

En el aire de París
hay muchos besos sembrados
como flores en jardín.
Pero mis amores son mexicanos.

Yo de las filosofías
de tantos enamorados
hago lo que manda el cielo,
que nunca les hizo caso.
La morena de pasión,
el pajarito de barro,
color de café con leche,
que es color guadalupano,
¿cómo la puedo olvidar
si, mientras vivió en mis brazos,
el tiempo estaba completo
y estaba henchido el espacio?

3

Aires los de Buenos Aires
para los amores bravos,
altivos y desiguales.
Pero mis amores son mexicanos.

Aquí las fuerzas me faltan,
aquí caigo, aquí desmayo,
aquí me derribo al suelo
y con pena me levanto.
¡Oh pasión que eres paloma
como el Espíritu Santo!
¿Por qué te dan tantos nombres,
por qué te llaman pecado?

¡Oh sin estribos jinete,
galope contra barranco!
Quedarme aquí fue mi suerte
con los peligros jugando,
que siempre ha sido la muerte
novia de los mexicanos.
(Luz de luna por tu tez,
fuego dormido en tus flancos:
sólo tus ojos y el cielo
se veían en el campo.)

Río de Janeiro,
12 de diciembre, 1930.—VS.

CACERÍA DIVINA

Se mecía en la luz como entre espadas,
azuzaba con voces las estrellas,
amanecía con locuras nuevas
y dormía celado de fantasmas.

Retozaba en el viento hecho palabras,
iba entre flores sin burlarse de ellas
y volteaba en la campana hueca
del cielo, sordo de la campanada.

Pero en el aire se juntaban fuerzas,
tretas de cazador, silbos de flechas. . .
—Y quiere huír. Y rueda sin sollozo.

Que lame el asta atravesado el oso,
y éste miraba sonriendo el bronco
árbol que salta de su corazón.

Río de Janeiro, 1931.—VS.

TEORÍA PROSAICA

I

En mi tierra sancochaban
los cabritos en la estaca,

con otra estaca arrancando
el pellejo hecho carbón.
Pero en el campo argentino
lo hacen mejor:
con la costumbre judía
de que hablan los Tharaud,
el noble asado con cuero
se come junto al fogón,
en la misma res mordiendo,
cortando con el facón.
¡Hasta la gente del campo
nos da lección!
Alguna vez hay que andar
sin cuchillo y tenedor,
pegado a la humilde vida
como Diógenes al charco,
y como cualquier peón.

II

¡Y DECIR que los poetas,
aunque aflojan las sujetas
cuerdas de la preceptiva,
huyen de la historia viva,
de nada quieren hablar,
sino sólo frecuentar
la vaguedad pura!
Yo prefiero promiscuar
en literatura.
No todo ha de ser igual
al sistema decimal:
mido a veces con almud,
con vara y con cuarterón.
Guardo mejor la salud
alternando lo ramplón
con lo fino,
y junto en el alquitara
—como yo sé—
el romance paladino

del vecino
con la quintaesencia rara
de Góngora y Mallarmé.

III

ALGO de ganga en el oro,
algo de tierra sorbida
con la savia vegetal;
la estatua medio metida
en la piedra original;
la voz, perdida entre el coro;
cera en la miel del panal;
y el habla vulgar fundida
con el metal
del habla más escogida
—así entre cristiano y moro—,
hoy por hoy no cuadran mal:
así va la vida,
y no lo deploro.

Río de Janeiro, 1931.—OV.

ÁNGELES

A JEAN COCTEAU

LOS ÁNGELES con joroba,
Juan Coqueto,
los ángeles con joroba
no llevan cruz en el pecho.
No llevan escapularios,
ni llevan nada.
Sólo —Dios sabe por qué—
cargan alas a la espalda.

En tiempo de mis abuelos,
los ángeles con joroba
solían contar un cuento,

sabían labrar, sabían
cocinar para el convento.
Se han olvidado de todo
ahora, con tanto invento.
Si antes, a todo apurar,
eran ángeles domésticos,
como no sirven de nada
son ahora más angélicos,
del modo que, sin la rima,
el verso ha de ser más verso.
Ya no ayudan, ya no velan,
ya no nos cuidan el sueño;
ya no vamos recostados
en ellos, como el poeta.
La ley de gravitación
los deja insensibles. Ellos
y los suspiros no hacen
nada por el Universo.
Ya no sirven para nada,
son ángeles, sólo eso.

Río de Janeiro, 1931.—OV. RA.

CONSAGRACIÓN

YA NO pedirás albricias,
mitad del conocimiento,
que te hice de cristal
para siempre.

Ya verás, mitad del día;
ya verás, mitad del tiempo,
lo que vale ser recuerdo
para siempre.

A la gala de la luz,
y a la noche no,
fija en acciones volcadas,
aquí te sujeto yo.

Con tres compases de santa,
de santa sin resplandor,
bajaste de la peana,
que es el milagro mayor.

Hoy te adoran las sandalias
que aplastas con el talón;
te adoran los candeleros
que tiemblan en el salón,

y hasta la forma del aire,
en el hueco que dejaste,
donde se cuajó tu vida
para siempre.

Ya no corres ni te vas:
te matamos, te maté.

—Y vosotras, a soñar
sin decir palabra,
que las estrellas nacieron
para estar calladas.

Río de Janeiro, 1934.—OV.

VISITA DEL PARNASO

Los poetas, los poetas
—qué cosa tan singular—
beben su vino de gallo
y lo duermen hasta el mar.

Musa de grandes orejas,
si hay huevos en tu panal,
entre cada sol y sol
tiende otro verso a secar.

Los poetas, los poetas
—qué cosa tan singular—

beben su vino de gallo
y lo duermen hasta el mar.

El amor tira con letras,
que es mucha su libertad;
da la hora el alfabeto,
y la pluma, la señal.

Los poetas, los poetas
—qué cosa tan singular—
beben su vino de gallo
y lo duermen hasta el mar.

El cuco de los doctores
crece en la bota marcial,
y el clavel suelta sus trinos
en la hembra natural.

Los poetas, los poetas
—qué cosa tan singular—
beben su vino de gallo
y lo duermen hasta el mar.

Ya no sabe la campana
de qué mano ha de tirar,
y el sastre a cortar empieza
su pesebre y su portal.

Los poetas, los poetas
—qué cosa tan singular—
beben su vino de gallo
y lo duermen hasta el mar.

Salta el árbol de la historia
de la manzana de Adán:
de cada pezón, a Eva
se le salía el maná.

Los poetas, los poetas
—qué cosa tan singular—

beben su vino de gallo
y lo duermen hasta el mar.

Río de Janeiro, 1931.—OV.

COPACABANA

—PARASOL de las mujeres:
¿cuántas me quieren a mí?
(El ave de la sonrisa
deja volar, parasol.)

—Playa de cebra de sol,
templo de fotografía.
(Se te metió una pestaña
hasta la pupila.)

—Acróbata de la arena,
mientras el pan se te cuece,
llevas a la espalda un triángulo
rojo.

—Plantas las de Robinsón:
¿adónde vais tan parejas?
(Las pisadas sólo fingen
ganchos de interrogación.)

—¡Qué lástima de los cuentos
para contarlos en rueda!
(Se tratan a monosílabos
las muchachas de hoy en día.)

—Cada granito de arena
se empeña en hablar inglés:
¡luego andan con que si galgos,
podencos o *Pau-Brasil!*

—La verdad baja del vino
vestida en hojas de parra:

como es indiscreción,
quieren esconderla en agua.

—Quieren esconder la enagua
tajándola en pantalón:
¡Déjate, Copacabana,
que te van a dar masaje!
¡Déjate, Copacabana!

Río de Janeiro, 1931.—OV.

AUGURIOS

De la curuja y del buho
en el fruncido entrecejo,
quien desenreda el consejo
llega a viejo.

Al que madruga por gusto
y tiene un XIII romano
en las rayas de la mano,
le amanece más temprano.
Le amanece,
con tal de que tenga el XIII.

El que busque un penco rucio
de buena alzada,
si es garañón y lo junta
con yegua y sale preñada,
tendrá potrillos en yunta:
y es cosa probada.

El que lleva, por mal uso,
la corona por montera,
échese fuera,
ponga pies en polvorosa;
no le suceda otra cosa,
ya el mundo no es lo que era.

El frágil catrín de lujo
que, por cuidarse la ropa,
huye de todo el que topa,
échese fuera:
ya el mundo no es lo que era,
no se junte con la tropa.

Ya no es lo que era el mundo,
sabio del *Panta chorei*,
poeta del *Nevermore*.
Si hay que vivir —dura ley—,
seguir la voz de la grey,
acomodarse al folklore.

—Y en amor ¿qué es lo que hubo?
¿qué es lo que harán?
—Lo van a dar recetando,
como las purgas se dan.
—Las veredas borrarán,
pero la querencia, ¡cuándo!

Río de Janeiro, 1931.—OV.

PANDERO

Españolada

PUENTE DE los matuteros,
en mi caballo alazán,
me escondo en el abanico
para poderla besar.

Tiene en la cara dos ojos
y una cruz por más señal.
Su mantón abre en la grupa
cola de pavo real.

Los mendigos de la feria
nos querían atajar;

la guitarra echaba ensalmos
y maldecía el puñal.

Desembozó de repente
su linterna el sacristán,
y... perdí las herraduras
a fuerza de cabalgar.

Tronaban sus castañuelas
los cascos al galopar.
Con la hoz de las espuelas
segué madroño al pasar.

Las chispas del eslabón
me pudieron delatar:
cuando me siguen trabucos,
siempre me da por fumar.

La noche se hundió en claveles,
y nacía el azahar
de la mañana, en la venta
donde fui a desensillar.

El sol con traje de luces,
desde el fondo de Alcalá,
nos pegó el trapo a los ojos
y nos empezó a matar.*

Río de Janeiro, 1931.—OV.

ORÁCULO

Por el cielo más antiguo
siete naciones volaban:
bandera del arcoiris
con reyes de la baraja.

* Ver A. R., *Obras Completas*, II, pág. 206.

¿Quién le puso el cascabel
a la punta de la espada?
La mano del aire iba
agitando su sonaja.

Una escalera subía
y una escalera bajaba,
y otra como cruz de arpegios
las otras atravesaba.

En el centro de la vida,
nudo de la telaraña,
un triángulo con pupila
nos miraba.

Abajo, para escarmiento,
se retorcían las almas
como piezas de marfil
en un tablero de llamas.

Todo grito de dolor
daba un trueco de palabras,
que la gallina de oro
con sus plumas cobijaba.

El vientre nos dirigía,
la esfera nos gobernaba:
¡qué triste geometría,
qué menguada!

Un errabundo cometa,
una gloria desterrada,
sobre el cerco de la luna
sus dos cuernos asomaba.

Un saetero en la sombra
sus flechas desperdiciaba,
que solas se le partían
del aljaba.

Cuando el tiempo dio la voz,
cuando volvimos la cara,
un bosque había crecido,
todo de manos airadas:

Entre la luz roja y negra,
como en molino de aspas,
las hoces y los martillos
giraban.

Río de Janeiro, 1931.—OV.

MARINA DE TORREJUANA

YO, LLEGANDO a Torrejuana,
de todos me despedía,
que los goces son así:
nada quieren con los otros.

Desde que arrimo el bordón
y silbo lo que sabía,
tu conciencia, por los ojos,
me clava la puntería:
¡no quieren a otro!

No quieren a otro. Chistan
detrás de la celosía.
Y yo soy el pajarero
que está a la puerta;
y yo soy el jardinero
que hace que duerme la siesta,
que hace que duerme
y tiene el alma despierta.
¡No quieras a otro!

A tus nubes, a tus olas
les traigo mi adivinanza;
a tus ventanas de cárcel

y a cuanto mi voz alcanza:
¡Oigan, que empiezo!

"¿Quién es el que ronda, y cuando
la ronda le quitan, donde
le dan su ración de pena,
si le hablan no responde?
¿Quién es, digan quién?"
Y el eco me aplaude: —¡Bien!

¡Oh qué torrente de sueño,
de sueño frío, en tu torre!
¡Oh qué despeinada al viento
tú, desde aquella mañana
en que me olvidé un momento
yo, llegando a Torrejuana!

Mar de acero y las gaviotas.
La ocasión y la ventana.
Tus dos manos transparentes
me arrojan el ancla azul.
Zumba una piedra, un hondazo:
—desde entonces llevo el ancla
como señal en mi brazo.

Río de Janeiro, 1931.—OV.

SUFRIR *

Haré de mi corazón
un baluarte, una muralla,
para que tú te guarezcas
y vivas como abrigada.

Haré cuenta que perdí
lo que la vida me daba,
y cerraré a tentaciones
mis puertas y mis ventanas.

* Suprimido involuntariamente en el tomo *Obra poética,* 1952.

Compraré la dicha tuya
con la dicha que me falta;
ataré mis fantasías,
aherrojaré mis ansias.

Que yo no sé andar en cieno
ni vivir pisando entrañas,
y entre todas las tristezas
escojo la de mi casa.

No será la vez primera
que deshago mi esperanza
y dejo secarse en mí
su rosa vistosa y vana.

Al cabo eres la nodriza
de mi amor, desde la infancia.
Tanto has penado conmigo
que te han nacido las alas.

Buenos Aires, 1929.—OV.

MORIR *

En el más cariñoso lecho
me siento morir,
cunado en la naturaleza,
toda mansa como jardín.

Muelle, el ala del ángel blanco
—¡qué piedad, qué ternura al fin!—,
primera vez roza mis hombros
como el arco roza el violín.

Esta frescura de saber
que también nos vamos de aquí,
¡qué novedad en la conciencia,
qué persuasión blanda y sutil!

* Suprimido involuntariamente en el tomo *Obra poética*, 1952.

¡Qué conformidad, qué tersura,
qué dejarse ir!
Sus filos y puntas los actos
redondean al llegar a mí.

Ni la sangría del estoico
que se amenguaba sin sentir,
ni el áspid que apenas besaba
el botón de ansioso carmín:

Lento declive, y tan seguro
—hinchado de sí—
que ni da lugar a lamentos
ni a temores, ni

siquiera al vago cosquilleo
de ese minuto por venir
en que se ha de abrir a mis ojos
algo que se tiene que abrir.

¡Qué natural lo que se acaba
cuando ya se acaba por sí!
Voy con la razón satisfecha,
dormido, contento, feliz.

¡Y yo que viví tantos años,
tantos años como perdí,
sin dar oídos a la esfinge
que susurraba junto a mí!

Yo no sabía que la vida
se reclina y se tiene así
en esa gula de la nada
que es su diván, es su cojín.

Río de Janeiro, 1932.—OV.

SOL DE MONTERREY

No CABE duda: de niño,
a mí me seguía el sol.

Andaba detrás de mí
como perrito faldero;
    despeinado y dulce,
    claro y amarillo:
    ese sol con sueño
    que sigue a los niños.

Saltaba de patio en patio,
se revolcaba en mi alcoba.
Aun creo que algunas veces
lo espantaban con la escoba.
Y a la mañana siguiente,
ya estaba otra vez conmigo,
    despeinado y dulce,
    claro y amarillo:
    ese sol con sueño
    que sigue a los niños.

    (El fuego de mayo
    me armó caballero:
    yo era el Niño Andante,
    y el sol, mi escudero.)

Todo el cielo era de añil;
toda la casa, de oro.
¡Cuánto sol se me metía
por los ojos!
Mar adentro de la frente,
a donde quiera que voy,
aunque haya nubes cerradas,
¡oh cuánto me pesa el sol!
¡Oh cuánto me duele, adentro,
esa cisterna de sol
que viaja conmigo!

Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.—
Cada ventana era sol,
cada cuarto era ventanas.

Los corredores tendían
arcos de luz por la casa.
En los árboles ardían
las ascuas de las naranjas,
y la huerta en lumbre viva
se doraba.
Los pavos reales eran
parientes del sol. La garza
empezaba a llamear
a cada paso que daba.

Y a mí el sol me desvestía
para pegarse conmigo,
  despeinado y dulce,
  claro y amarillo:
  ese sol con sueño
  que sigue a los niños.

Cuando salí de mi casa
con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:
—¡Ya llevas sol para rato!—
Es tesoro —y no se acaba:
no se me acaba —y lo gasto.
Traigo tanto sol adentro
que ya tanto sol me cansa.—
Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.

Río de Janeiro, 1932.—OV. RA.

† 9 DE FEBRERO DE 1913

¿EN QUÉ rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.

Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.

Río de Janeiro, 24 de diciembre, 1932.—VS.

SAN SEBASTIÁN

El tronco atado al tronco, y las temblonas
pestañas de las flechas, que se hincan
en la maceración de cada herida.

Mana la dulce sangre, lenta gloria.
Mana la dulce sangre, correntía
por numerosas abras despedida.

¡Fluir y darse por la vena rota!
¡Dolencia natural de varonía!
¡Virtud que sólo anhela ser vertida!

—Me voy de aquí, flecheros, por la honda
comunidad del aire, que se eriza
en la punción de sus estrellas vivas.

Me voy de aquí, flecheros, minuciosa-
mente gozado en fuentes diminutas,
que van calcando afuera en cifras rojas
todo el hervor de mis entrañas mudas.

Río de Janeiro, 1933.—VS.

GUANABARA

YA LA luz, como una flor alada,
en la segura tarde se mecía,
y eran raudos torrentes de naranja
y leche de los mangos amarilla.

Hubo una vasta plenitud de entraña
y un latido animal por la bahía,
y como el gusto de una dentellada
donde el mar y la tierra se mordían.

¡Oh salta, Adán marino! Oh sangre, brota
y chorrea en el ímpetu gozosa
sobre los flancos de tu Eva única!

Sopla el viento nupcial su caracola
y doblan los retumbos de las olas
desde la catedral del Pan de Azúcar.

Río de Janeiro, 1933.—VS.

EL DOBLETE

SENTIRSE cazador feliz,
ora de garza o martinete;
apuntar y hacer el doblete
de liebre y perdiz.

En el billar ser siempre impar,
maestro del taco y la bola,
y nunca perder carambola
ni lo que es "doblete" en billar.

Domar, como hace el buen jinete,
ora un potro y luego otro potro;
prender un cigarro con otro,
que todo ello es hacer doblete.

Nos trazó la naturaleza
con una simetría noble:
aunque se sea de una pieza,
siempre se es por juego doble.

Que para oír son dos orejas
el pro y el contra en las consejas;
dos pies, para cambiar el paso
cada vez que se ofrece el caso.

¡Ay del que, teniendo dos ojos,
y por tener el alma manca,
no sabe filtrar la luz blanca
mezclando los verdes y rojos!

¡Ay del que, teniendo dos manos,
es manco para el *bis* tal vez!
Que, como dicen los peruanos,
Arrugas y canas
son ganas:
arrastrar los pies
y no poder otra vez
es vejez.

Río de Janeiro, 1934.—OV.

GAVIOTAS

"—Pero si quieres volar
—me decían las gaviotas—
¿qué tanto puedes pesar?
"Te llevamos entre todas."

Yo me quité la camisa
como el que quiere nadar.
(Me sonaba en los oídos:
"¿Qué tanto puedes pesar?",
expresión muy dialectal.)

Unas muchachas desnudas
jugaban entre las olas,
y aun creí que me decían:
"Te llevamos entre todas."

Al tenderme boca arriba,
como al que van a enterrar,
el cielo se me echó encima
con toda su inmensidad.

O yo resbalé hacia el aire
o el mundo se nos cayó,
pero que algo se movía
nadie me lo quita, no.

Eppur si muove! —exclamé
fingiendo serenidad.
Me decían las gaviotas:
"—¡Pero si quieres volar!"

Allá abajo, los amigos
se empezaron a juntar:
¡mi ropa estaba en la arena,
y yo no estaba en el mar!

Yo les gritaba su nombre
para más tranquilidad:
¿quién había de escucharme,
si hoy nadie sabe escuchar?

Ellos alzaban los brazos,
ellas hacían igual.
Comprendí que estaba muerto
cuando los oí llorar.

Río de Janeiro, 1934.—OV. RA. RS.

INFANCIA

Yo VIVÍA entre cazadores
que guardan el cañón del rifle,

desarmado, en tubos de aceite,
y que arrancan a martillazos
el alza y la mira.
"Porque —dicen— eso sólo estorba
para la buena puntería."

Yo vivía entre jinetes
que montaban en pelo, y a lo sumo
usaban bozal o almartigón;
que regían con la voz, y apenas
con un leve quiebro del tronco
o con la presión de las piernas.
"Porque —dicen— hasta el estribo
parece cosa de catrines."

Yo vivía entre vaqueros
que huelen a res
y traen las manos cuarteadas,
porque nada endurece tanto
como ese calor de las ubres
y la nata seca en la piel.

Yo vivía entre gendarmes rurales,
contrabandistas en su tiempo,
que sabían de guitarra y de albures
y de pistola y de machete,
tan bravos que no se escondían
cuando les daba por llorar.

Yo vivía entre improvisadores
que, aconsejados del mezcal,
componían unos corridos
dignos del Macario Romero,
dignos del Herácleo Bernal,
sobre recuerdos del Río Bravo
y las hazañas de Crispín,
el que tenía pacto con el Diablo.

Yo me vivía en las moliendas
viendo cómo la piedra trituraba
la caña, y echa a un lado el bagazo
y al otro cuela el aguamiel
que se concentra al fuego en los peroles
y se va ennegreciendo y espesando.
El campo, a veces, al relente,
daba el olor de jara mojada en el arroyo,
y las haciendas olían todas
al cigarrillo de hoja de maíz.

Yo me vivía entre cerveceros
viendo mezclar el lúpulo,
viendo escurrir los hilos rubios;
y entrábamos después en la cámara del hielo
que tenía un aroma de marea y pescado,
y donde parecía que los párpados
perdían su peso natural
y los ojos se dilataban.

Yo me vivía entre gentes de fragua
y sabía mover los fuelles,
y para ver los hornos
me ponía gafas ahumadas.
Corrían chorros de metal fundido,
había llamas por el suelo,
había grúas por el aire;
y había laderas de brasas
que teñían de rojo medio cielo.

Yo me vivía en las minas,
viendo torcer los malacates,
oyendo tronar la dinamita,
viajando en canastillas y ascensores,
charlando con las tres categorías
—las tres edades de mineros—:
tigres, peones y barreteros.

Después... he frecuentado climas y naciones
y he visto hacer y deshacer entuertos.

¡Ay de mí! Cada vez que me sublevo,
mi fantasía suscita y congrega
cazadores, jinetes y vaqueros,
guardias contrabandistas,
poetas de tendajo,
gente de las moliendas, de las minas,
de las cervecerías y de las fundiciones;
y ando así, por los climas y naciones,
dando, en la fantasía
—mientras que llega el día—,
mil batallas campales
con mis mesnadas de sombras
de la Sierra-Madre-del-Norte.

Río de Janeiro, 23 de junio, 1934. Pliego suelto: Buenos Aires, Asteria, 1935, VS.

LOS CABALLOS

¡CUÁNTOS caballos en mi infancia!
Atados de la argolla y cabezada,
en el patio de coches de la casa,
desempedrando el suelo en su impaciencia
y dando gusto a las rasposas lenguas,
los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Aprendí a montar a caballo
en el real de San Pedro y San Pablo.
Éste era un alazán de trote largo
que se llamaba —pido perdón —el Grano de Oro.

Mi padre, poeta a ratos,
y siempre poeta de acción,
cuidaba como Adán del nombre de las cosas:
—Para algo tienen cuatro cascos,
para andar de prisa.
Pónmele un nombre raudo como el rayo,
quítale ese nombre que da risa.—

Los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Me hacían jinete y versero
el buen trote y sus octosílabos
y el galope de arte mayor,
mientras las espuelas y el freno
me iban enseñando a medir el valor.

Pero, aunque yo partiese a rienda suelta,
mi fuga no pasaba de la esquina:
el caballo era herencia de un gendarme borracho
y paraba solo en los tendajos.
¡Oh ridículo símbolo
de una prudencia que era apenas vicio!

Y me fui haciendo al tufo dulzón
y al fraseo del guadarnés
y a todos los refranes del caso:

> *En la cuesta,*
> *como quiera la bestia,*
> *y en el llano,*
> *como quiera el amo.*

Y aquella justa máxima que parece moneda:
Nunca dejes camino por vereda.

Y aprendí de falsa y de almartigón
y de pasito y trote inglés,
que no va nada bien con la silla vaquera;
porque yo nunca supe de albardón,
y esto es lo que me queda del color regional.

Los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Mi segundo caballo
se llamaba Lucero y no Petardo:
él sólo entendía por su nombre

y en vano quisieron mudárselo.
Pequeño y retinto,
nervioso y fino,
con la mancha blanca en la frente. . .
Nunca tuve mejor amigo,
nunca he tratado mejor gente.

Rompía el cabestro,
pisoteaba el huerto,
cruzaba el parque a las volandas,
atravesaba el corral de los coches,
entraba resbalando por esos corredores,
abría con la cabeza la puerta de mi alcoba
y venía hasta mi cama de niño
a despertarme todas las mañanas.

¡Oh mi brioso Lucero,
mi leal verdadero!

En una enfermedad que tuve
me lo llenaron de oprobiosas mañas,
que ya ni yo lo conocía:
me lo volvieron pajarero,
lo hicieron duro del bocado
y cabeceador,
y le enseñaron esas vilezas
de arrancar el galope al levantar la mano
y otras torpes costumbres que pasan por proezas.
Y yo ya no lo quise montar
y, como había que hacer algo,
se lo vendimos a un alemán.

Porque el verdadero caballo
se ha de conocer en el tranco:
geometría plana, destreza lineal
de la auténtica equitación,
implícita en el bruto y no de quita y pon.

¡Oh mi brioso Lucero,
mi leal verdadero!

Me dejaba a la puerta de la escuela
y luego regresaba por mí;
era mi ayo y mi mandadero.
Y yo me río de Tom Mix
y de su potro que le hace de perro
cuando me acuerdo de mi Lucero.

Los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Y vino el Tapatío, propio bridón de güerra,
mucha montura para el muchacho que yo era.
Allá cerca del Polvorín,
quiso un día sembrarme en el barranco;
que aunque él siempre me pedía azúcar
y me lo negaba,
yo bien se lo entendí,
que su voluntad bien clara estaba.

Y vino el Pinto, un poney
manchado como vaca de blanco y amarillo;
un artista de circo
que también entendía de tiro.
Y como yo ya había crecido
—vamos al decir—,
con las piernas le sujetaba
todas las malas intenciones.
Por las cumbres del Cerro del Caído
siempre andaba conmigo.
En la Capital siempre lo usé
para tirar de un cabriolé,
en el paseo —ya se ve—
del Zócalo a Chapultepec.

Los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Y luego se confunden las memorias
de la cuadra paterna:

uno era el Gallo, de charol lustroso,
otro se llamaba el Carey,
yo no sé bien por qué,
y aquel enorme Zar que se abría de patas
para que mi padre montara,
(como el Bucéfalo de Alejandro,
según testimonio de Eliano);
y aquel otro Lucero en que él vino a morir
bajo las indecisas hoces de la metralla.

Lo guardaron como reliquia,
como mutilado de la patria,
aunque, cojo y clareado de balas,
no servía ya para nada.

Hubo una leva en la Revolución:
se llevaron al pobre en el montón,
sin hacer caso de su orgullo:
—¡Que los maten a todos,
y que Dios escoja los suyos!

Río de Janeiro, 13 de diciembre, 1934.—I.

SALAMBONA

¡Ay, Salambó, Salambona,
ya probé de tu persona!

¿Y sabes a lo que sabes?
Sabes a piña y a miel,
sabes a vino de dátiles,
a naranja y a clavel,
a canela y azafrán,
a cacao y a café,
a perejil y tomillo,
higo blando y dura nuez.
Sabes a yerba mojada,
sabes al amanecer.

Sabes a égloga pura
cantada con el rabel.
Sabes a leña olorosa,
pino, resina y laurel.
A moza junto a la fuente,
que cada noche es mujer.
Al aire de mis montañas,
donde un tiempo cabalgué.
Sabes a lo que sabía
la infancia que se me fue.
Sabes a todos los sueños
que a nadie le confesé.

¡Ay, Salambó, Salambona,
ya probé de tu persona!

Alianza del mito ibérico
y el mito cartaginés,
tienes el gusto del mar,
tan antiguo como es.
Sabes a fiesta marina,
a trirreme y a bajel.
Sabes a la *Odisea*,
sabes a Jerusalén.
Sabes a toda la historia,
tan antigua como es.
Sabes a toda la tierra,
tan antigua como es.
Sabes a luna y a sol,
cometa y eclipse, pues
sabes a la astrología,
tan antigua como es.
Sabes a doctrina oculta
y a revelación tal vez.
Sabes al abecedario,
tan antiguo como es.
Sabes a vida y a muerte
y a gloria y a infierno, amén.

Río de Janeiro, 20 de agosto, 1935.—VS. RA.

AMOR QUE AGUANTAS...

AMOR QUE aguantas y aturas
las verdes y las maduras,
amor que atacas sin venda
para que nadie lo entienda,
amor con erudición:
lo que te sobra es razón.

¿Cómo das en los excesos
cuando no te faltan sesos?
¿Cómo, si la ves abierta,
estás llorando a la puerta,
amor que aguantas y aturas
las verdes y las maduras?

Amor, me has puesto en un brete,
que ando ya en cuarenta y siete,
y hay que ser menos quimérico
a vistas del climatérico.

Pero a ti nada te importa,
viendo que la vida es corta,
y a ti poco se te da
si el arte es largo, ¿verdá?

Reniego de tanta fiebre
y desordenado afán:
reniego de "lo muliebre",
como diría Gracián.

Río de Janiero, 8 de diciembre, 1935.—VS.

RETRATO

CUANDO LA LLUVIA no los precipita,
ángeles flotan junto a tu ventana,
festones de alas, gigantescas flores,
cabelleras de arañas voladoras.

Rueda la aparición como en cascadas;
y a tu balcón de luz, cuando te asomas,
quieren subir las manos de los árboles.

Te echas a andar como agresión hierática:
sienes para lucir el áspid de oro,
justo animal, desnudo y faraónico,
cintura de temblor, hombros cuadrados,
y el ánfora del anca generosa,
a cuyo peso estampas en la arena
unas huellas de pájaro sagrado.

Tus ojos, de perfil, casi con lágrimas.
Tu mirada redonda, frente a frente,
arde magnetizada, seria y pura,
y sin dar tiempo a la piedad, se hinca.
Ni adormecer ni subyugar le importa:
nos traspasa y se va, trueno suspenso,
vigor cabal del huracán parado.

Tu vida, tan oculta, que tú misma
te inventas otra historia cada día,
tan fugitiva que no puede vérsela,
o no se sabe si se transparenta.
Y la curiosidad llega a tus labios
y se queda de pronto sin beberlos.

El lazo de tu voz, nudo de acentos,
todas las tretas de vencer al hombre,
con un resabio de perversa infancia
hecha de cuchicheos y de antojos,
de las bellaquerías tras la puerta
y un descuido de muslos y rodillas.

Tu desmayo de fuente que se rompe,
tu sorpresa de niño que se muere,
tu amanecer de rebosante entraña
cuando te vino a destrozar el gozo;

y la magullación menuda e íntima
en que supiste ser verdugo y víctima.

Río, 15-XII-1935.—I.

CUATRO SOLEDADES

1ª

CLARA VOZ de mis mañanas,
¿dónde estás?
Mi Rua das Laranjeiras,
donde aprendían los pájaros
a cantar en español.
¿Dónde estoy?
¿Dónde estáis y dónde estoy?
Cielo y mar, sonrisa y flor,
¿dónde estáis y dónde estoy?
Último sueño del tiempo
gracia, esperanza y perdón,
¿dónde estáis y dónde estoy?
¿Dónde la secreta dicha
que corría sin rumor?
¿Qué se hizo el rey don Juan,
los Infantes de Aragón?
¿Dónde estáis y dónde estoy?
¿Dónde las nubes de antaño?
¿Adónde te fuiste, amor?
¿Dónde apacientas tus greyes
y las guareces del sol?
Digan: ¿Quién la vio pasar?
(Y todos dicen: ¡Yo, no!)

2ª

LOS TIERNOS ojos del niño
que me prestaban su luz.
Los graves ojos del mozo
que se abrieron a la vida
como quien mira su cruz.

Reposo, abrigo y solaz,
Todo lo sumabas tú.
Todo lo he perdido yo
desde que vivo tan lejos,
tan lejos de tu virtud.
Tu virtud brotó de mí,
largo alarido de sed:
que sólo engendran su sueño
un hombre y una mujer.
Todo lo tenías tú.
Y ahora que te me alejas
¿qué voy a hacer?
Entre libros y entre gentes
¿qué voy a hacer?
Entre pasiones ajenas
¿qué voy a hacer?
Entre ciudades y ruinas
¿qué voy a hacer?

3ª

ESTE RATITO que hurto
al tiempo de los demás;
este último refugio
para juntar mis pedazos;
este acallantarme solo
un instante nada más;
este acordarme de mí,
que se me quiere olvidar;
este engañarme a sabiendas
y tratarme con piedad;
este ver lo que me falta,
este ordenar y contar,
este llorar;
y empezar y no acabar,
y cuando estoy acabando,
sentir que me falta más...
Dizque íbamos a vivir,
dizque íbamos a viajar,

dizque ibas a acompañarme
y a entenderme y lo demás.
Y bien sé que no, y no importa,
y qué más me da,
¡si lo poco que durara
era de felicidad!
Despierto, cierro los ojos,
vuelvo a despertar.
¡Qué difícil engañarme,
durmiendo con la verdad!
¡Resucitar y morir,
morir y resucitar!

4ª

—¿QUÉ TIENES, alma, que gritas
a tu manera y sin voz?
—Los caminos de la vida
no llevan a donde voy.
—Mal sabes lo que procuras,
mal puedes con tu dolor.
Échate el alma a la espalda,
alma, y sigue con valor.
—No puedo, que salí al mundo,
y no me desengañó.
Vi una torre, vi una fuente,
vi una mujer, vi una flor,
sentí una canción, vi un ave,
adiviné un resplandor.
La torre se iba rindiendo,
se agotaba el surtidor,
mujer y flor se mudaban
perdiendo aroma y color,
el ave se estremecía:
ya no volaba, ya no;
y el resplandor que pasaba,
¿dónde se fue el resplandor?

—¿Qué tienes, alma, que gritas
a tu manera y sin voz?

—Los caminos de la vida
no llevan a donde voy.

Buenos Aires, 1937.—VS. RA.

CANTATA

En la tumba de Federico García Lorca

Voces

El padre — *La madre*
La hermana — *La novia*
Guardia de milicianos (Coro)

La Cantata *salió como brota un quejido, aunque naturalmente tuvo que pasar por la razón.*

Precisamente el esfuerzo consistió en darle cierta expresión objetiva de "epos". Por eso, en vez de acudir a resortes de la propia sensibilidad, se acudió a los símbolos eternos; el tributo de la naturaleza amontonado sobre una tumba: las regiones, la geografía humana de España; el Padre, la Madre, la Hermana, la Novia —los cuatro costados del corazón—. Situada así la acción en el espacio físico y en el "espacio del alma", había que situarla en el tiempo. El trueno de los Milicianos, desde el fondo, la arraiga en el presente; la evocación de los temas líricos gratos a Lorca, la reminiscencia del Caballero de Olmedo, la atan a la tradición, al pasado: y el grito vengador final (tras los esfuerzos abortados de la Madre, que por más que hace no logra salir de la obsesión de una frase trunca: "¡Pero tu sangre...!"), la lanza al porvenir, al porvenir que es nuestro.

Una preocupación musical, que Pahissa interpretó cabalmente, domina la elaboración del poema. Tras la recitación de Mony Ermello, el poema quedó confiado a la teatralización de Margarita Xirgu.

La traducción francesa de L. Z. de Galtier fue recitada por Georgina de Uriarte en el Teatro Marigny de París, 1951.

EL PADRE

Madre de luto, suelta tus coronas.

LA HERMANA

La flor de ojeras, la risa de los llanos,
tus azucenas y tus amapolas,
claveles de pudor, jacintos pálidos,
y tréboles y fucsias y retamas,
y espliegos y laureles,
y hasta juncos, sarmientos y gavillas,
acres rastrojos, sápida verbena,

menta de ardor y cuasia de amargura;
y vengan estambradas
todas las trenzas de la tierra.
Madre de luto, suelta tus coronas.

LA NOVIA

Junta y apila en la silvestre tumba
los fragantes limones y naranjas,
túmulo vegetal, cerro de aromas,
la carne cristalina de las uvas,
gusto seco de nueces y castañas,
la granada vinosa,
la cidra vaporosa,
paltas y tunas y piñas de América,
y las anonas y los tamarindos,
y las lanzas del cacto mexicano...

GUARDIA

Y el trueno, fruto de la carabina.

EL PADRE

Madre de luto, suelta tus coronas
sobre la fiel desolación de España,
sacudido rosal, zarza entre lumbres.

LA NOVIA

Inquieto jardín
que hoy mecen clamores,
ayer castas flores
en olor de abril.

EL PADRE

Hoy cóleras negras, llamaradas rojas,
espadas de cardos, banderas de hojas,
jardín; y en las sienes y en el corazón,
tónicos de buena y mala intención.

LA HERMANA

Perdida canción
de flauta y rabel.

LA NOVIA

Mustio girasol,
tronchado clavel.

LA HERMANA

Lo lloran los montes,
lo lloran los ríos.

LA NOVIA

Y los de las otras,
y los ojos míos.

LA MADRE

¡Pero tu sangre, tu secreta sangre!
¡Abel, clavel tronchado!
¡Pero tu sangre, tu secreta sangre
que revuelve la tierra y ciega el puente,
colma los surcos y amenaza el vado,
Abel, clavel tronchado!

EL PADRE

Presente tú donde el vino se cuela,
los crótalos redoblan y las palmas,
mana la voz y la guitarra vuela;
presente tú donde la gente baila,
donde la moza cesaraugustana
lanza en palillos de tambor las piernas...

LA HERMANA

Y las espuelas de Amozoc repican,
las barbas del rebozo de la china
cosquillean el vello de la boca,

y el gaucho zapatea,
el suelo santiguando con las botas.

EL PADRE

Hoy te lloren los pueblos,
el gitano solemne y el andaluz exacto,
el "maño" terco y bueno como el agua y el pan,
ebrio de luz el lírico huertano,
el catalán de las sagradas cóleras,
el forzudo gallego melancólico,
el dulce, hercúleo vasco,
el recio astur y el castellano santo.

LA NOVIA

El lazador de América y el fiero mexicano.

LA HERMANA

Matronas con los senos agitados,
vírgenes con las manos compasivas...

GUARDIA

Y el trueno, fruto de la carabina.

LA MADRE

¡Pero tu sangre, tu secreta sangre,
Abel, clavel tronchado!

EL PADRE

Te lloren la garúa y el tornado,
el turbio meteoro,
la gota del orvallo,
la pedriza que siega las mazorcas...

GUARDIA

Y el trueno, fruto de la carabina.

LA NOVIA

Que de noche lo mataron
al caballero,
la gala de Granada,
la flor del suelo.

LA HERMANA

En Fuentevaqueros
nació la gala:
traía cascabeles
entre las alas.

LA NOVIA

Crezcan la mejorana,
la yerbabuena,
dalia y clavel del aire,
flores de América.

LA HERMANA

Que de noche lo enterraron
entre cuatro velas,
cuatro ángeles mudos
por centinelas.

EL PADRE

Madre de luto, suelta tus coronas
sobre la fiel desolación de España.
Ascuas los ojos, muerte los colmillos,
bufa en fiestas de fango el jabalí de Adonis,
mientras en el torrente de picas y caballos
se oye venir el grito de los campeadores:
"¡Aprisa cantan los gallos
y quieren quebrar los albores!"

LA MADRE

¡Pero tu sangre, tu secreta sangre!
¡Pero tu sangre, tu secreta sangre!

TODOS

¡Pero tu sangre, tu secreta sangre,
Abel, clavel tronchado,
colma los surcos y amenaza el vado!
        ¡Aprisa cantan los gallos
        y quieren quebrar los albores!

Buenos Aires, mayo de 1937.—VS.

4

[1938–1958]

CIUDAD REMOTA

ENTRE espadas de cristal
que tajan tu luz radiosa,
¿de dónde tanto misterio,
México, ciudad remota?

Vuelo de un águila un día
que en sus garras desabrocha,
sobre el peñón de la fábula,
las semillas de tu historia.

A tus lagos ofrecida,
del altiplano señora,
cuna o balsa para el sueño
de tu raza suntüosa;

pronto tus muros valientes
espía el agua envidiosa,
mientras tus climas serenos
todas las flores convocan.

Codicia del español
que en sus ansias te. avizora,
y donde dicen que el sol
muda en oro lo que dora.

Casi inaccesible valle
que dos sangres acrisola
para los duros destinos
de la muerte y de la gloria;

que aúllas bajo la planta
de las enemigas tropas,

y te defienden tus niños,
cayendo, la entraña rota;

que abres al príncipe rubio
los dos senos, voluptuosa,
y lo trituras después
en tu abrazo de leona;

que vas labrando en los siglos,
con la pica vengadora,
la pirámide viviente
que ha tanto tiempo amontonas:

¿Por qué te acercas de lejos,
México, ciudad famosa,
y estando cerca de ti
te me apareces remota?

¿Qué vidrio irreal te aísla,
te suspende y te arrebola?
¿Si del peso de tus nubes
o de aire tenue te ahogas?

¿Si triunfas o desfalleces,
cuchicheas o alborotas,
que ya no acierta el sentido
la pauta de tus cabriolas?

¿Qué rumor de oculto río
en tus adentros borbota?
¿Qué pavor sube del blando
suelo que se desmorona?

¿Por qué las torres ladeas
y los monumentos doblas,
y eres como mar de tierra
con su vaivén y sus ondas?

¿Qué esperanza te sustenta,
consigna te corrobora,

virtud te arma, prestigio
te levanta y te corona?

Tibio te acaricia el día,
y tu pecho no reposa,
porque jadea tu aliento
a lo largo de las horas.

No duermes, no te fatigas:
en la noche fría bogas,
y de tu noche en el seno
laten las locomotoras.

México, 1938.—VS. RA.

A SOLAS

PREFIERO, para pensarte,
la soledad donde reinas,
tan altamente radiosa
que la empaña tu presencia.
No creí que llegaría,
vencida toda la fuerza,
a ceñirte con mis ansias
mejor que con mis cadenas.
Chispa en el vuelo captada,
sagrada cosa ligera,
te mudas para vivir
de constancia y transparencia.
Dulce fuego ya, perduras;
por los sentidos te entregas,
y asciendes luego a la cumbre
donde te asfixias de ilesa.

¿Qué sortilegio rompió
esta natural corteza?
¿Quién desató las amarras
que te tenían sujeta?
En vértigo superior,

toda giras, toda vuelas,
en mi sueño angelicada,
más cerca de ti, más cierta.
Más cerca de mí. La duda
que el filósofo aconseja,
si no te forjé yo mismo
a mi oído cuchichea.
Y en el agudo argumento
que la duda desmadeja,
me voy desangrando a solas
y otra vez solo me dejas.

Río de Janeiro, 1938.—AP. VS. RA.

DOS AÑOS *

—DUÉLOME, España, de ti.
—De mí, Coridón, ¿por qué?
—¡Tanto puñal en tu seno,
tanta traición en tu fe!
Nunca volveré a encontrarte
la misma que te dejé.
Dos años que te sacudes
en angustias otra vez;
dos años que te revuelcas
para levantarte en pie;
dos años de sangre y luto
que no te logran vencer:
que las máquinas de guerra
del enemigo poder
pára el hombre con su pecho,
con su cuello la mujer,
con su blanda vida el niño,
y el muerto no sé con qué.

—Huélgome, España, de ti.
—De mí, Coridón, ¿por qué?
Madre de historia, muralla

* Referencia a "Las quejas", pág. 76 de este libro.

de pueblos, virtud y ley;
sembradora del erial
que tu arado hizo plantel;
pródiga sangre del mundo
que sólo sabe correr;
racimo de voluntades;
granero, lagar, vergel.
No te seca la codicia
de Europa, no puede ser;
que "aún hay sol en las bardas",
como dijo el loco aquél,
y hay los "cien cachorros sueltos"
con que amenazó Rubén,
para resistir el mal,
para morir por el bien.

—Me ufano, España, de ti.
—De mí, Coridón, ¿por qué?
—Ya tus duelos no son tuyos,
ni tus goces; ya no es
prenda propia el pabellón
que empujas sobre el vaivén
de airadas manos en alto.
Tu combatido bajel
carga un viento de esperanza:
todos respiran en él.
Sordos no quieren oírlo,
ciegos no lo quieren ver:
contigo se salva el mundo
o se acaba de una vez.
La llama que nos alumbra
se quería oscurecer,
y la protege del viento,
oh madre, tu mano fiel.

Río, julio de 1938.—I.

UN DÍA

Persuasión en verso

I

NOCTURNA PERSUASIÓN

CUANDO, entre burlas y veras,
suelta la noche sus gatos
¿qué conquista se propone,
qué batallas ni qué asaltos?

¿Qué se propone la flor
cuando, retorcido el tallo,
se ahoga de respirar
con todo el cuello alargado?

¿Qué la estrella, cuando deja
traslucir por el nublado
aquel malicioso guiño
como amor disimulado?

¿Pues la vela, cuando trae,
cóncava, el aire robado,
con el cordaje más tenso
que el clavecino templado?

¿El pájaro, que se olvida
en lo más hondo del ramo?
¿Y todo esto que vive,
y que vive de regalo?

¡Y tú que me defendías
a qué te sigo adorando,
ociosamente rendido,
sin porqué, cómo ni cuándo!

Que te lo diga el vaivén
del aire que resollamos,

el torrente de la sangre,
goce y dolor derramados;

el afán de los sentidos,
el coraje y el desánimo,
y toda esa cuenta larga
de virtudes y pecados.

Entre la hacendosa noche
rasga Penélope el manto,
sin acertar a saber
por qué lo esta labrando.

La gracia se da de gracia,
y el amor, tan porfïado,
anda buscando razones,
sin ver que las busca andando.

Rueda, imantada, la luna
encima de los tejados.
Se apaga tu luz. Yo espero.
Yo espero, y pasan los años
¡tan callando!

II

PERSUASIÓN MATINAL

AURA del cielo mejor,
aroma de madrugada:
¿por qué terrazas del tiempo,
por qué balcones del alma,
por cuáles abras del aire,
con qué aliento, con qué alas
respiras hasta mi frente,
corres hasta mis entrañas,
invades mi pensamiento,
me rindes y me levantas,
aura del cielo mejor,
aroma de madrugada?

Por las faldas recogidas
de la materna montaña,
juegan las nubes rollizas,
apenas ruborizadas.
El cerro carga en el hombro
una vibradora lanza.
Manto de dulce carmín
le cuelga por las espaldas.
Y abajo revuelve el mar
leche y sangre, acero y plata,
retumbando entre retozos
de espuma desordenada.

Aura del cielo mejor,
aroma de madrugada:
confuso vuelo de ángeles
caído de tu ventana;
canción que brotó de ti
cuando no decías nada;
piedad en que me arropaste
con la paz de tu mirada;
caliente gota de alivio
que llovió de tus pestañas.
Aquí se rindió la voz
y enmudeció la palabra.
¡Vuela, pensamiento, y díle
que calle y no diga nada:
aura del cielo mejor,
aroma de madrugada!

III

PERSUASIÓN DEL MEDIODÍA

ESTE tórrido elemento
¿es aire o es sentimiento?

Es aire, sin duda, porque
laten los árboles, como

las fieras domesticadas
con una mano en el lomo.
Aire es que se evapora
humedeciendo los poros,
tostando tu piel desnuda
con vagos vahos de oro.
¡Aire que colma el resuello
y desaltera el ahogo;
aire que cierra y ataca
con sus batallones rojos,
con bayonetas de fuego
y a paso de carga y todo!

Este tórrido elemento
¿es aire o es sentimiento?

Porque fluye por las venas,
dulce veneno miedoso,
golpeando el corazón
su galope de siroco.
Es, entonces, sentimiento
que se anda fingiendo loco,
mirando si se insinúa,
a ver cuándo y a ver cómo.
Es sentimiento sin duda,
que está limando el cerrojo,
ladrón deshecho en las ondas
y lumbres del meteoro,
hijo fiel del mediodía,
dulce veneno miedoso.

Este tórrido elemento
es aire y es sentimiento.

Rompe y funde los metales,
rinde murallas y estorbos,
derrumba la pesadumbre
de bastiones cautelosos,
hunde puertas con el puño,

alza puentes con el hombro,
avasalla voluntades
en su pánico gozoso...
Y entre el circo de los montes,
bajo el azote del trópico,
diminutos en el orbe
que los enmadeja todos,
se enlazan sobre la arena
Eva y Adán, temblorosos.

IV

Persuasión del crepúsculo

Toda la tarde es cobijo,
toda la luz es fantasma.
Gorgoritean los cántaros
y se arrima la cayada.
No hay más rumor en los ámbitos
que el cuchicheo del agua.
Ya todo se dijo y ya
se durmieron las palabras.
Ya todo se hizo y ya
lanza el lucero su barca,
sesgo bogador del sueño,
camino de la esperanza.

¡A ver cómo se entretejen
la tarde con la mañana!
A ver qué noche discurren
donde rendir sus espadas.
A ver qué regazo buscan
para calentar su alianza.
¡A ver dónde refugiamos
tanta fatiga lograda,
tanto vencido arrebato
de pasiones y de almas!
¡A ver cómo procuramos
que ya no se mueva nada,

prenda y lujo de mi hombro,
fiel cabeza, dulce carga!

Como que se pára el día,
como que el tiempo se alarga,
como que en los corazones
las eternidades cantan.
Como que la paz te inunda
los ojos por donde mana,
y te rezuma del seno
una delicia callada.

¡Envidia del calosfrío
que te escurre por la espalda!
¡Envidia de las dos manos
que se juntan y se ensamblan!
¡Envidia de las palomas
entre tus brazos cunadas!
¡Envidia del mismo suelo,
porque lo pisas descalza!
¡Ternura del cuerpecito
que gemía y que temblaba!
¡Lástima de las violetas
a tanto afán estrujadas!
¡De los arrugados pétalos
y de los pimpollos, lástima!

Pero cunde por el aire
una gloria fatigada,
grave de germinaciones
y de pólenes cargada.
Besa la frente, y las sienes
acaricia con su ala,
y endulza el sabor del tiempo
al tiempo que se desmaya.

Yo no lo puedo decir,
sé muy poco, no sé nada:
es mejor que lo confíe

a las sombras sosegadas,
a las antenas del tacto,
al silencio, a la mirada.
¡Vuela, pensamiento, y díle
que calle y no diga nada!

Río de Janeiro, 10 de julio, 1938.—AP. RA. VS.

INSOMNIOS

I

VÍCTIMA soy de un verdugo
que, en las pausas de la noche,
ha dado en palpar las zonas
íntimas de mis dolores.

Adelanta el cauteloso
paso sin alzar rumores;
cede la puerta; la estancia
parece que lo conoce.

Yo le opongo el corazón
como el escudo se opone,
y abre por el pensamiento
y las imaginaciones.

Usa de mis propias armas,
me ataca con mis mandobles.
No me concede refugio
ni tregua que me conforte.

¿Por qué no me deja exhausto
y no me consume entonces?
¿Para qué me da esperanzas
que al otro día retoñen?

¿Qué destino me reserva
para tormentos peores,

si a cada cordel que aprieta
falta voz a mis clamores?

¡Si ya no me quejo, si
ya no tengo municiones;
si ya no imploro siquiera
ni piedades ni perdones!

Afilado el sentimiento
en tanta fatiga y roce,
parece que de mí mismo
quiero huir, y no sé adónde.

¡La mano que me sofoca,
máteme cuando me toque,
y no me dé la limosna
de otro día, de otra noche!

II

¿A QUÉ me convidas, sueño,
sueño de los desvelados,
el de los ojos abiertos,
el de los perdidos pasos?

¿El de fatigar el aire
con las batallas que labro,
motín de puertas adentro
y tempestad en el vaso?

Fabricador de embelecos
que barre el día en su manto;
dolor que yo no he nutrido
y sufro como heredado.

Porque parece que viene
desde el fondo del pasado
acarreo de clamores
y patrimonio de llanto.

¿A qué me convidas, sueño,
sueño de los desvelados
que no entiendes de razones
ni ves más allá de un palmo?

¿Que te quiebras de sutil,
que te ahogas en un charco,
que cada paso que das
es porque cedes un paso?

Pues si no te doy confianza
¿cómo me tienes confiado?
Si cada día te niego
¿por qué de noche te aguanto?

Me enredas y me atolondras
en tus compases de mágico,
aunque yo soy el primero
en reír de tus enfados.

Aquí te doy testimonio
del poco caso que hago
de tus torvas amenazas
y de tu ceño enojado.

¡Vuelve Adán con sus fatigas,
pide mi cuerpo prestado,
y me retuerce en la cama
sumiso y atormentado!

¡Viva la primera luz
y viva el canto del gallo!
¡Voy a enjugarme la frente,
sueño de los desvelados!

III

**Una ciudad escondida
debajo de mi almohada,**

en las pausas de la noche
labra y bulle, sufre y canta.

Si se escurren por los muros
las cien voces de la casa,
no lo sé;
si, en los engaños del eco,
llegan, de lejos, palabras,
no lo sé.

Pero pienso que germinan
en canteras subterráneas
unas surgentes ocultas,
como unos ríos de almas.

Chorrean risas sin boca
y gritos que nadie lanza;
suben estremecimientos
y hasta fugitivas ansias.

En vano alargo los brazos
al vuelo de mis fantasmas:
a la nube de Ixïón,
en vano Ixïón se abraza.

El amor infatigable
me dice: "Yo soy, aguarda";
pero es un amor más alto
el que me desvela y llama.

Es una onda cordial
que todo lo inunda y cala,
un alivio de la tierra,
una cumplida esperanza.

Una bandera de luces
sobre el mundo se levanta,
una fiesta de los hombres,
una acción que se solaza.

La mano traza en el aire
certezas que al fin alcanza;
laten jubilosas sienes,
cunde una delicia abstracta.

Y la ciudad escondida
debajo de mi almohada
—oh, promesa de los fuertes—
canta y sufre, bulle y labra.

Río de Janeiro, septiembre, 1938.—AP. RA. VS.

ACUARELA SOÑOLIENTA

AMANECE sobre el mar
y el cielo hasta el mar se inclina
para derramarle su
primera lumbre cautiva.

Cuéntame, mar, otra vez,
la fábula de la vida:
tengo que aprender a no
creer en lo que me digan.

Largos rasgones de nubes
los cinabrios esfuminan
sobre el azul tierno de
la luz imaginativa.

Cada día que amanece
inventaré otra mentira,
con la constancia del mar-que
se muere todos los días.

Medio temerosa el agua
está oscura todavía:
parece que el agua ánda-pe-
rezosa con este clima.

Poco a poco me convenzo
del oro que se me brinda:
no sé si amanece o si
lo sueña mi fantasía.

Conforme una oculta mano
las estrellas engavilla,
cunde entre espumas violéta-la
celeste leche amarilla.

Lenta impregnación de fuego
me va persuadiendo el día:
es cosa de huir del már-cuando
ya su misterio se explica.

Ya entre la virgen arena
hay máculas de bañistas.
Ya salió el sol, ya no vále-la
pena de buscarle rimas.

¡Qué dulce que era la aurora
poco antes de ser mía!
¡Quién va a perder tiempo en
cortejarla, si es la misma!

La misma de ayer, la que
me hizo llorar; y si la
misma cada día, voy
a acabar por no sentirla.

Ya me la sé de memoria:
ya no me cuenten la vida.
¡Venga nueva luz, y vengan
nueva paz o nueva riña!

Que juro por esta tierra-y
por este mar que nos mira,
no apearme del estríbo-si
no encuentro posada digna.

Río de Janeiro, 3 de noviembre, 1938.—RA. VS.

EL PEREGRINO

UN PACIENTE peregrino,
que a nadie se lo contaba,
va juntando por el mundo
los haces de su esperanza.
Envidias lo perseguían,
celos no le perdonaban,
pero él corta las rosas
y las espinas aparta.
Desengañado tal vez,
como sabe que se engaña,
hay prudencia en su locura,
pero hay locura en sus ansias.
Y al ver cómo lo despiden
los adioses de la playa,
ahoga un grito de hombre,
cierra los ojos, y exclama:

—Amor, yo nunca pensé
que siempre me acompañaras,
ni te pedí eternos goces,
sabiendo que todo acaba.
Dudé si tantos deleites
no cabrían en el alma,
que es justo que la fortuna
tenga condición de avara.
Algo que me dio la vida
y algo que yo le robaba
me servían para ir
remendando mis jornadas.
Que yo bien sé que los velos
de la noche acariciada
los tejía el ruiseñor,
la alondra los desataba.
¿Cómo puedes, siendo frágil,
urdir de acero tus mallas?
Si así me tienes sujeto,
¿por qué, a la vez, te me arrancas?

Amor, entraste furtivo
y hoy gritas sobre las plazas.
Me dijeron que vivías
sólo de aventuras vanas,
y te dejé niñear
creyendo que te burlabas,
para luego retorcerme,
vencido de tus tenazas.
Amor, yo nunca pensé
que siempre me acompañaras:
hasta ahora que lo sé.

Río de Janeiro, 1938.—AP. RA. VS.

TENTATIVA DE LLUVIA

La luz, en fin, que se desata,
no sabe dorar de otras mieles,
de otra libación, la constancia
del insomnio, rey vigilante
desde el trono mismo del día.
No se resigna, sino que
se revuelca en desordenado
gozo, la estéril Salomé
que tantas cabezas deshoja.
Cuela en el embudo su ley,
su ley de vino y de alegría,
el que por mejor merecerte,
oh engaño del sol, te ensangrienta.
Y la virgen de sacras cóleras,
a tantos terrores sedienta,
no desenreda los tobillos
para mejor sufrir el hacha;
que al frío del cielo se opone,
solo dislate, el corazón.
Entretanto, de voces ebrio,
eco y caracol, trompa y fama,
sobre los lomos de la aurora
y al ijar el talón desnudo,

otro Mercurio sin espuelas,
otro mensajero delgado,
por las quebraduras del tiempo
viola sin ruido tus tesoros.

México, 30 de abril, 1939.—RA. VS.

TOLVANERA

LANZA la tolvanera sus turbiones,
azuza sus lebreles amarillos;
tromba de embudo gris, levanta en vilo
miserias que recluta en los rincones.

Aura mortal, disgregación de montes,
movediza prisión, telón de olvido.
Suspende el pecho su latiente alivio
y entra la garra hasta los corazones.

La metralla del átomo, el desquite
del tiempo contra el mundo de las formas. . .
Con pesuñas de polvo, Atila embiste;

mata el color, las yerbas y las glorias,
y en el valle que todo se le rinde
vuela el gemido de la gente loca.

México, 6 de agosto, 1939.—VS.

DESENGAÑO

¿ESTO ES vivir, memoria, éste es el día
que me ofreciste para mi corona?
¿Para esto volvía la paloma
con el anuncio de la mansa oliva?

¿Dónde están la retama y siempreviva
que habían de alfombrar la vida toda?
Fango estéril y charca tembladora
los horizontes pávidos animan.

La mano explora desde la ventana
aire yerto, sin pólenes ni aves;
clima sin promisión, cielo sin alba;

y desdeñosa del timón del arca,
el término anhelando a sus afanes,
busca y no encuentra el puño de la daga.

México, 6 de agosto, 1939.—VS.

PESADILLA

POR ESAS casas que visito en sueños,
confusas galerías y salones,
escalinatas donde vaga el miedo
y ruedan las tinieblas en temblores,

pálido el rostro, los amigos muertos
asoman en lo alto de las torres,
o vienen hasta mí con labios secos,
blandas manos de sombra y tristes flores.

Cunde la noche, la tiniebla absorbe
la diáfana verdad. No se conoce
si son fantasmas o si son recuerdos,

amenazas o solicitaciones. . .
Y es la manada de gigantes huecos
que en torno al pozo de la sangre corren.

México, agosto, 1939.—VS.

CAZADORES

CAMELLOS de rodillas
y tiernos elefantes en lágrimas bañados:
esto fue la jornada.

Jirafas enlazadas del cuello por parejas,
octópodos bicéfalos,

con ocho cuernecillos florecidos:
esto fue la jornada.

Piojosos monos, sonrojado el culo,
y besos imposibles, húmedos en las jetas:
esto fue la jornada.

Y el entrevisto tigre para soñar despierto,
famélico de ijares tremulentos,
flojos pellejos y encendida pipa:
esto fue la jornada.

Melancólicamente,
los siete cazadores se contemplan
y no se atreven a decir palabra.

México, 5 de noviembre, 1939.—VS.

SUICIDIOS

¿PARA QUÉ triunfo, para qué derrota
cargaba la escopeta entre suspiros,
y apretando el gatillo con el dedo del pie,
ceremonial, entraba en el suicidio?

¿A qué esperanza, a qué desesperanza
colgaba de la viga
los racimos de huesos y de carnes,
con un palmo de lengua como único adiós?

¿Qué alquimia diluída
de rojos polvos y humeante copa
echó por sus entrañas
las alígeras ondas de la muerte?

Honesto comerciante de Romeo:
tú le diste la pócima;
tú la cuerda, baúl del abuelo marino;
hato de los deportes veraniegos,
tú la pólvora, tú los perdigones.

Todo estaba previsto, hasta el anzuelo
del insaciable dios que pesca las criaturas;
hasta la carcajada con que se fue del mundo,
oh sacramento,
dejándonos la burla de un pelele,
para arrastrarlo en carro de triunfo, lentamente,
con manos delirantes y coronas.

México, 5 de noviembre, 1939.—VS.

LOS PELÍCANOS

DESPLOMA el ancla, pájaro de bronce
y saetero de tu propio pico;
tú, flechador del pez atravesado,
mole grave y alígero velívolo;
ánfora sobre el mar y lanzadera
en el agua y el aire entretejida;
potro para cuadrigas de la onda
en barca donde sueña
la fecunda deidad lustrosa y negra,
ascuas los ojos, agitando palmas,
mujer medusa o raya quemadora,
hija de la malaria,
con dientes blancos y afiladas uñas,
temblorosa en el cinturón de iguana.
mano de destruír, ruina del tiempo,
Venus no de crear, sino la estéril,
del lodo enamorada,
pesadilla y modorra,
machete por espejo,
toda desengañada de la tierra;
la que despide fiebre en el resuello,
cuando arrima a la orilla su venera
y desploman el ancla sus pelícanos.

Desploma el ancla, pájaro de bronce
que viste, en siglos, el derroche asiático
de la nao cargada de malicia
que en vano quiso seducir las costas

de la dormida gente,
cabeceante en el escalofrío
y la reseca piel, y consumida
entre la comezón de los mosquitos
y el caldo al rojo blanco de tus soles;
que en vano acarreó las filigranas,
las lacas, los ventalles,
y el mar artificial
de la seda crujiente, y los juguetes
espantables, sagrados y panzudos,
y el jade y el marfil
y la rosa celeste que se nombra
con una nota musical, la pólvora
de los cohetes negros para quemar de día,
el humo que se masca y que consuela,
y el exótico clima que empujaba
los equipajes de torcidos ojos,
atados de la trenza en el palo mayor,
cuando en la proa el mascarón soplaba
con gesto de tritón
por la espuma violada, en cuyo fango
desplomaban sus anclas los pelícanos.

Desploma el ancla, pájaro de bronce,
galera de encallar en los desiertos
donde todos los árboles
son racimos de polvo,
y donde los oasis se desgajan
dejando caer hombres
como dátiles negros,
zurrón de piel y hueso calcinado;
vencimiento de civilizaciones,
frustrado intento de sembrar jardines,
venganza de las abras de la sierra
que el terremoto cría;
donde sólo el océano tiende su grito azul
entre el silencio vengador que avanza
en tropa de esqueletos y guadañas,
baja del monte y se difunde al llano,

en el vaho amarillo y venenoso
de las últimas tardes
que aún se atreven a mirar al cielo;
y bajo las estrellas cimbradoras,
impasibles, distantes,
incuba la conspiración del mundo
cansado de ser mundo,
anestesiado en las jeringas cómicas
del pájaro grotesco que desploma
y desploma sus anclas.

Desploma el ancla, pájaro de bronce.
Paz a tus tardos remos.
Tal vez aquí se encuentra y no lo sabe;
y se ignora a sí misma como el cielo,
eterno porque vive de inconsciencia.
Tal vez aquí se encuentra,
en vano perseguida por caminos
y por los siete mares;
donde a cada palmera sacudida
huye la luna y el lucero cae,
y en el brebaje insípido del coco
brinda el trago sin hiel de los lotófagos
que hace presente y único el instante.
Tal vez aquí se encuentra.
No cede a invocación, no tiene nombre,
se burla del conjuro
como la luz que escapa entre las manos:
y a veces, en la noche de los trópicos,
en rondas de guitarras y canciones,
la sentimos llegar. Tal vez aquí se encuentra,
entre el ardor y entre la polvareda,
en el torpor que mece las hamacas;
larva que busca, transparente y pálida,
un corazón para su sepultura.
Y entonces el pelícano piadoso
rasga la propia entraña, y al seno de la onda
suelta y desploma el ancla.

Acapulco, 17 de enero de 1940.—VS.

COPLAS *

1

ANDABAS con sed de gozo,
como hija de la pena.
¿Sí o no?
Y yo,
debajo de tu rebozo
me pasé la Noche Buena.

2

SIRENA que entre las olas
se esconde para no verme,
¿con quién habla a solas,
con quién duerme?

3

BORDADO de la almohada
que castigaste su orgullo
y la dejaste marcada:
cuéntame si está en capullo
o si es que duerme casada.

México, 26 de febrero de 1940.—VS.

VILLA DE UNIÓN

(4 de julio de 1880)

A MI HIJO

I

LÁPIDA

EL SOL difuso de la tarde, sobre
las losas y las yerbas y las cruces.
Tiembla de alivio el camposanto pobre,

*** Omitido inpensadamente en *OP*.**

tiembla entre las tibiezas y las luces
y, envuelto en una lágrima salobre,
a tu imperio, Memoria, lo reduces,
de suerte que ya duda la conciencia
si es un recuerdo, si es una presencia.

El humilde obelisco se levanta
no mayor que la gloria. Una corona.
Un pájaro que llora más que canta.
El suelo vegetal se desmorona
para guardar la huella de una planta;
y alguna enredadera retozona
la piedra abraza —viéndola dormida—,
terca y gozosa, en fin, como la vida.

En el tímido vaho que, al relente,
el seno mismo de la tarde exhala,
se deja adivinar la heroica gente
segada por el filo y por la bala.
Al oírse nombrar gritan: "¡Presente!"
Llevan fusiles a la funerala,
y ceñidos del pálido laurel
aguardan a su rubio Coronel.

—Enrique Marín,
Capitán del 5º Batallón.
—¡Presente!
—Antonio Patrón,
Teniente del 6º Regimiento.
—¡Presente!
—Juan Hernández,
Alférez del 6º Regimiento.
—¡Presente!
—Veintisiete fantasmas de valientes
de a caballo y de a pie.
—¡Todos presentes!

Cierra la noche el cerco. En escuadrones,
a su relevo acude lentamente

la tropa fiel de las constelaciones.
Y para que otra vez arda la mente
entre presencias y alucinaciones,
atraviesan el cielo transparente
reflejos de centellas azuladas,
alas de aceros, vago son de espadas.

¡Oh, rubio Coronel, tu guardia espera!
Tú que allí conjuraste la derrota,
atajando la muerte de manera
que la doblabas con la mano rota,
descansa ya. La sangre persevera
y en otras fuentes se levanta y brota.
¡Oh, duerme, Fama, y cuelga el sable rudo!
Quiso el tiempo vencerte, y nunca pudo.

II

El narrador

Era niño en los tiempos de la hazaña
Carlos Tostado, el narrador del caso.
Hoy, recordando como viejo, el paso
de las horas engaña.

Es el consuelo soledoso, cuando
la carrera suspenden los sentidos:
la gente moza no le presta oídos,
pero él sigue contando.

Narrador que en tu propio cuento subes
y que te sirve de pegaso el cuento,
¿quién te quiere escuchar? Tal vez las nubes,
los pájaros, el viento.

¡Fascinación de sangre! Nunca falta
un viejo así, con la mirada fija,
que a solas se divierte y sobresalta,
se asusta y regocija.

Fascinación de sangre tu destino,
donde queda cuajada la memoria:
mientras los otros siguen su camino,
cuéntame a mí tu historia.

III

El relato

De Mazatlán al Presidio
se fue acercando la gente.
Era el Sexto Regimiento,
famoso entre los valientes.
Todos dragones probados,
todos cumplidos jinetes,
todos hijos de leones
que asustaban a la muerte.
Su poeta y coronel
los adiestraba de suerte
que ahuyentaban a las tropas
al grito de: "¡Aquí va Reyes!",
aquel "León Colorado",
como le llamó su hueste.
¡Qué gusto verlos cargar
como carga el viento fuerte!
¡Qué tempestad de mandobles
y qué alaridos alegres!
¡Qué envidia de los varones,
qué orgullo de las mujeres!
¡Si hasta sus mismos caballos,
que racionales parecen,
les ayudan a su modo
con las pesuñas y dientes!

De Mazatlán al Presidio
se fue acercando la gente,
cabalgando entre la noche
por veredas y traveses;
que quieren burlar la astucia

de los enemigos jefes,
y no caer en celadas,
porque también son prudentes.
Por aquellas rancherías
se dio un "¡Alto!" de repente;
se mandó aliviar las bestias,
aflojar cinchas y arneses,
y se previno a los hombres
que afilaran sus machetes,
que así se luchaba entonces
y no con humo y cohetes.
¡Válgame, lo que decían
para entretener la fiebre,
que hasta las malas palabras
son buenas cuando entretienen!
Al tocar el botasilla,
todos confiesan y sienten
que se aguzaron las almas
al tiempo que los machetes.

Antes de la madrugada
cruzan el río en buen orden,
y en tan buen orden lo cruzan
que el primer triunfo conocen;
pues la vanguardia enemiga,
sólo al mirarlos en bloque,
se repliega y se desbanda
en vez de batir el cobre.
¡Lástima que el tiempo mude
y que el cielo se encapote
y que empiecen a caer
unos cuantos goterones!
Porque ésta fue la ocasión
de que al portal se amontonen,
sin dar tiempo a que los pisen
los pencos en sus galopes.
"¿Hay alguien que tenga miedo?"
Pero ninguno responde.
"Sepan que hay en los portales

infantería y cañones.
Ellos con armas de fuego,
aleros, resguardos, torres.
¡Nosotros, con los machetes
y con estos corazones!"

Cien vidas costó la lluvia
a los ardidos dragones,
que entre ráfagas de plomo
tres veces se descomponen,
y tres veces se rehacen
para descargarse sobre
los portales de la plaza
donde los otros se esconden.
Y como siempre hay desgracias
y nunca faltan traidores,
sólo del primer encuentro
escapa un par de cabrones,
gritando que están perdidos
a todos los que los oyen.
A varias leguas del pueblo
un general los acoge,
que por no manchar su raza
es mejor que no lo nombre.
Éste, en vez de socorrerlos
con tropas y municiones,
dándolos por derrotados
vuelve grupas con sus hombres,
mientras los otros atacan
como hijos de leones.

El coronel a caballo
rompe en medio de la plaza
entre infantes y cañones,
y grita: "¡Abajo las armas!"
como si apagara el fuego
con el brazo que levanta.
Y cuando levanta el brazo,
ya el sable se columpiaba

suspendido en la correa,
porque la mano le sangra.
"¡Abajo las armas!", grita;
tocar parlamento manda,
que intenta recuperar
sus muertos con sus palabras.
El enemigo es artero:
lo recibe otra descarga,
que él parece detener
con la mano atravesada.
Uno de los adversarios
en el portal se destaca:
"¡Alto el fuego! ¡No se tira
sobre un hombre que nos habla!"
Que de lances como éstos
la guerra entonces se honraba.

En los adversarios mismos
una disputa se entabla:
si rendirse o no rendirse,
si dar el pecho o la espalda.
Mide el campo el coronel,
ve que son muchas sus bajas;
los que se arrastran heridos,
con los ojos los levanta.
Siente la ocasión propicia,
a sus oficiales llama,
y entre aquella media tregua
órdenes fingidas lanza:
que se acerquen los del río,
que vengan los de las casas;
y con este simulacro
a los otros amilana.
Aquel hijo de león,
Felipe Neri se llama,
caracolea el caballo,
pica espuelas, se adelanta.
Como ha entendido la treta,
recibe órdenes, se cuadra;

tiende la brida y se aleja
como última esperanza.

"¿Para qué matar valientes
si está perdida la causa?
Se les perdona la vida
con tal que rindan las armas."
(Según movía la mano,
la mano le goteaba.)
"Dejen sus cuatro cañones,
sus fusiles y sus balas.
Todos esos engañados,
que se vuelvan a su casa."
(Según movía la mano,
la mano le goteaba.)
De arriba de los portales,
sin oír lo que les mandan,
van arrojando los rifles
que se apilan en la plaza;
que así los pudo vencer
el perdón con la amenaza,
y a la vez que los machetes
la presencia y la palabra.
Todos los ojos lo vieron
y lo repite la fama:
cuando dispersó a su gente,
Ramírez Terrón lloraba.

A pocos meses del caso,
le hicieron una celada:
otros, que no los del Sexto,
lo atacaron a mansalva.
Se defendió como bueno,
se metió la última bala.
Cuando buscaron el cuerpo,
le encontraron una carta
dirigida al coronel
que lo derrotó en la plaza:
"Un tiempo fuimos amigos

y compañeros de armas.
Como enemigos leales,
nos compartimos la hazaña.
Dejo pobres a los míos:
te los doy, si los amparas."
El coronel recogió
la familia que quedaba.
Hoy ya nada los divide,
ya no los divide nada.
Así fue: los dos retratos
adornan la misma sala,
y hoy en el mismo trofeo
se besan las dos espadas.

Villa de Unión, febrero de 1940.—México, Fábula, 1940, dibujos de R. Gaya, 50 ejs.—VS.

FRONTERA DEL DOLOR...

¡FRONTERA del dolor y el pensamiento,
alma hecha de carne todavía,
ave engañada que en sus alas fía
y es prisionera cuando cruza el viento!

¿Dónde está el rumbo, dónde está el momento
de libertad, y la "derecha vía"?
No vueles, ave, que te cansaría
el vago errar, el angustiado intento.

No vueles, ave: quieta en el engaño,
en medio del mudable desatino,
deja al tiempo girar año tras año.

Confía sólo en la virtud del trino,
y guarda sólo, en tu desdén huraño,
una dulce quietud ante el destino.

México, 22 de marzo, 1940.—VS.

LA VIEJA-LIRA

I

En la mitología de los niños
—espantajos de aire,
masas de sombra en el jardín nocturno,
cabeceo de copas,
cortinas a la luna,
chasquidos de la cómoda,
cuarto cerrado a piedra y cal, objetos
intocables, dañosos y sagrados—,
no todo es miedo, no todo es prohibición.

Risueño dios menor, modula el grillo
su historia de juglar; canta un romance
la cigarra gritona;
hay ratones amigos
que pueden visitarse en los tapancos;
muebles de buena fe, de grata compañía,
con los que hablar a solas,
y con razón llamaban "confidente"
al robusto sofá de seno blando.

II

Va el niño, solitario,
por aquel templo de naturaleza
donde, dice el poeta,
las cosas viven y se corresponden;
árbol que canta, pájaro que habla
y fuente de colores rumbo al cielo.

Un cubo de agua al sol lanza un reflejo,
telaraña de luces tembladora;
la mano se hunde con placer y agita
el baile del espectro sobre el muro.
Esto es la "vieja-lira".
El nombre se lo daban los humildes,
la servidumbre y la cocina.

Hacer danzar la "vieja-lira" era
un juego favorito
para las horas muertas —¡vivas!—
en que el niño es más niño,
sin contaminación de personas mayores,
esos estorbos a la poesía,
aguafiestas gruñones.

La "vieja-lira" se deshace toda,
imagen del relámpago;
columpio cada vez más lento, acaba
por aquietarse, alma de las aguas,
espíritu exhalado.

Con deleite cruel, la manecita
la desbarata cada vez que nace;
sobresaltado corazón que, a poco,
va recobrando su reposo.

Escardillo paciente, "vieja-lira"
de quita y pon, tú andas todavía
en el reducto último de nuestro corazón.

México, 31 de marzo de 1940.—VS.

HAMADRÍADA

El pájaro burlón de árbol en árbol
va persiguiendo las caballerías.
Ídolo vegetal, de bosque en bosque
ha muchos siglos, tú, que me seguías;
refrán de soledad, voz al oído,
premio de los trabajos y los días,
último peso en la conciencia de las
religiones y las mitologías.

Alma del roble, ninfa, novia trunca,
tal vez mortal como la misma tierra,
al hacha y al invierno condenada,
vapor de savia que el capullo encierra,
vengadora de Eurídice que agota

la miel de los panales, cuando en guerra
con el afán lascivo de Aristeo
la tumba misma de su tronco cierra.

¿Te acuerdas, ninfa, en las Metamorfosis,
cómo tejida en el ramaje creces,
hojosa de cabellos y de musgo,
y luego, por diciembre, palideces,
y desvaída al pie de tu soporte,
abrazada a tu cruz, al fin pereces?
Y otras veces te vas de copa en copa,
en el intento de salvarte a veces.

¿Te acuerdas, novia? En la materna Sierra,
de fiebre te encendías y de infancia.
Fantasma fiel, viajabas en el polen:
el Pardo de Madrid, San Claudio en Francia,
el Tigre, ilustre por Rubén Darío,
todo el Brasil rendido en su abundancia,
y el solemne Chapultepec vetusto
son el refugio para tu constancia.

Ninfa, novia, consuelo sin palabras;
aparición allá de los sentidos;
haces las voces de la selva tuyas,
o viertes blanda cera en los oídos
para que brote la canción del sueño
que danzas tú, nodriza de los nidos,
líquida como sangre, pies de lama
y de humedad y de verdor vestidos.

Te busco, te persigo, te reclamo;
hundo mi frente por tus manos frías;
grabo mis letras en tu flanco para
qué cundan del vigor que les envías.
Contigo moriré, contigo aliento,
premio de los trabajos y los días,
último peso en la conciencia de las
religiones y las mitologías.

México, 6 de abril, 1940.—VS.

A ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

Por su aniversario

A CELEBRAR los años del poeta
se llena el río y la floresta canta,
rompe el pecho el bridón que lo sujeta
y la voz se acumula en la garganta.
La carta atravesada en la saeta
su mensaje de júbilo levanta
para que, hurtada por tu celosía,
salude, Enrique, venturoso el día.

Oh golosa del tiempo, dulce abeja
que labras otra miel: deja la rosa,
el blando prisma transparente deja,
si ya no les prefieres por golosa
la frente, las mejillas o la oreja
y los cabellos de la más hermosa.—
Todo tu oficio, madrigal, convierte
"al varón de virtud, sencillo y fuerte".

Años fueron en fin de sufrimiento
y de alegría igual a tu esperanza:
corona no de espinas, porque siento,
a cada grito que tu boca lanza,
en las agudas púas del tormento
manar el verso como sangre. Afianza
San Sebastián la túnica de dardos,
y son espigas y aromosos nardos.

El lloro en soledad, la voz furtiva,
suave sonrisa y elocuencia casta,
la palabra de amor que todo aviva
y la de compasión que dice: "¡Basta!";
la que redime cuando nos cautiva,
el hondo afán que la cadena gasta
y el generoso alivio que borbota
en el venero de la entraña rota.

Ley de sufrir y de cantar que ordena
la confusa agresión de los sentidos;
la mente contra el mundo, y la serena
mano sobre los vientos suspendidos.
Ahora que la vida se envenena
de cóleras y truenos y bramidos,
honrad al que gobierna su ganado
"más con el silbo que con el cayado".

Venerad al altísimo poeta
que en el turbión y en la procela canta.
Rompe el pecho el bridón que lo sujeta
y la voz se acumula en la garganta.
La carta atravesada en la saeta
su mensaje de júbilo levanta
para que, hurtada por tu celosía,
salude, Enrique, venturoso el día.

México, 13 de abril, 1940.—VS.

ARTE

PERFECTA rosa que adoro
y en sus pétalos de viento
lleva las aromas mudas,
suma los vórtices quietos.

Cifra y cápsula de mundos
que en mil años de secreto
ha juntado los arrobos
de lunas y de misterios.

Húmeda como creada,
fugitiva como sueño,
como las vislumbres rauda,
miedosa como el acecho:

Si a desvanecerte vas
en los ahogos del pecho,

bebe antes en mi sangre
toda la sal que te debo.

Llévate mi ser al fondo
de tus abismos de cielo:
no me dejes en el mundo
cautivo de mis deseos.

Número soy de tu cuenta,
danza de tu movimiento,
y a la vez que tu remolque,
ámbito soy de tu vuelo.

Cuando aspiras, cuando subes,
alondra de sentimiento,
para saciar tus auroras
la luz no tiene sustento.

Una leyenda de sabios
que hace mucho estoy leyendo
te esconde como mentira,
te desaira como cuento.

Mas yo que tus leyes sigo
y en tus aires me gobierno,
sé que en los usos del alma
eres el uso perfecto:

Que eres, como la música,
dulce plenitud del tiempo,
y maestra en ajustar
la voz con el pensamiento.

Que vives de no vivir
en otro vivir más cierto:
insaciable sed del agua
que no bebe su elemento.

Perfecta rosa que adoro:
para implorarte no encuentro
sino medir las palabras
con los latidos del pecho.

México, 1940.—RA. VS.

EN LA IMPACIENTE JUVENTUD...

EN LA impaciente juventud, un día
vale una eternidad por lo que anhela,
por lo que ofrece y por lo que recela,
por lo que aguarda o lo que desconfía.

Acorta el tiempo su horizonte. Cría
su ruta reiterada cada vela.
Se camina tal vez, ya no se vuela.
Al menos, ésta fue la historia mía.

Se vuelve soledad la compañía,
porque la soledad colmada vela
el rostro de las cosas, y no fía

sino en tejer y destejer su tela.
Al menos, ésta fue la historia mía,
y todo lo demás fue la novela.

México, 18 de marzo, 1942.—VS.

EL ABUELO

—DÍNOS, viejo galán de
la edad florida:
de todas tus nietas
¿la preferida?

—Una lleva el nardo,
¡y es tan altiva!

Mortecina en la luz, y en
la sombra, viva.

—Dínos, viejo galán de
la edad florida:
de tus netezuelas
¿la preferida?

—Otra lleva la rosa,
¡y es tan gallarda!
Fácil es a la risa,
y al lloro, tarda.

—Dínos, viejo galán de
la edad florida:
de tus nietas todas
¿la preferida?

—Otra lleva el jazmín, ¡tan
pequeñito!
Pero fresco aroma,
gozoso el grito.

Prósperos climas son,
benéficos cielos,
donde ya los hijos
nos hacen abuelos.

—¡Ay, abuelo galán!
¡Unos amores vienen
y otros se van!

¡Ay, quién vio la primera
uva que brotaba
de tu majuelo!

—¡Ay, que la primavera
no se me acaba,
aun siendo abuelo!

México, 27 de mayo, 1942.—VS.

OTOÑADA

Ha mucho que tiene octubre
la tema de perseguirme,
como no la primavera
ni el invierno, con ser triste.

Entre los climas dudosos,
entre ascensión y declive,
una como eternidad
dudosamente reviste.

Melancólico y sereno,
al par resignado y firme,
es propia imagen del ánimo
cuando empieza a despedirse.

Deja la rosa escarlata
y de oro seco se aflige,
pero en los más dulces soles
su sentimiento corrige...

(Canción: esta vez divagas.
Ten cuenta con lo que dices.)

México, 29 de octubre, 1942.—RA. VS.

LA CANCIÓN SECRETA

Al cabo de largas horas
que tuve el alma perdida,
comencé a encontrarme, cuando
apenas amanecía.

Sobresaltado el silencio
por rumores de fatiga,
no era posible saber
lo que los ruidos decían.

Chasquidos, pasos, jadeos
sobre la tierra dormida,
no acertaban a cobrar
las intenciones del día.

Un lenguaje sollozado
que nadie ordena y vigila,
niebla de figuraciones
que la razón no castiga,

extraños signos formaba,
raras señales hacía.
Suspenso escuché, sabiendo
que, cuando el hombre se olvida,

los fantasmas de las cosas
hablan, se acercan y atisban.
Era una canción acaso
hecha de toda la vida...

¡Ajá!
Yo no digo esta canción
sino a quien conmigo va.

México, 27 de marzo, 1943.—VS.

SILENCIO

Escojo la voz más tenue
para maldecir del trueno,
como la miel más delgada
para triaca del veneno.
En la corola embriagada
del más efímero sueño,
interrogo las astucias
del desquite contra el tiempo,
y a la barahunda opongo
el escogido silencio.
No es menos luz la centella

por cegar sólo un momento,
ni es desamor el amor
que enmudece por intenso.
Cada vez menos palabras;
y cada palabra, un verso;
cada poema, un latido;
cada latido, universo.
Esfera ya reducida
a la norma de su centro,
es inmortal el instante
y lo fugitivo eterno.
Flecha que clavó el destino,
aunque presuma de vuelo,
déjate dormir, canción,
que ya duraste un exceso.

México, 28 de marzo, 1943.—RA. VS.

MUCHACHA CON UN LORO EN EL HOMBRO

DE SOL quebrado y de trópico,
islas y frondas y mar,
traigo el cristal metafórico
y hasta el relumbre sensual.
Cetrería desigual
de caricia y algazara,
el gancho del pico labra
la madeja de la *mímesis*,
por ceñir el grito en síntesis,
dando alcance a una palabra.

(Si la flor se despedaza
cuando la espina la toca
¿cómo puede esa tenaza
besarse con esta boca?
¡Cómo la canción se enrosca
en el áspero gañido!
¡Y cómo, siendo tan híspido
este duro coqueteo,

basta a endulzar el deseo
y a derretir el sentido!)

México, abril, 1943.—VS.

CONSEJO POÉTICO

La cifra propongo; y ya
casi tengo el artificio,
cuando se abre el precipicio
de la palabra vulgar.
Las sirtes del bien y el mal,
la torpe melancolía,
toda la guardarropía
de la vida personal,
aléjalas, si procuras
atrapar las formas puras.

¿La emoción? Pídela al número
que mueve y gobierna al mundo.
Templa el sagrado instrumento
más allá del sentimiento.
Deja al sordo, deja al mudo,
al solícito y al rudo.
Nada temas, al contrario,
si en el rayo de una estrella
logras calcinar la huella
de tu sueño solitario.

México, 2 de abril, 1943.—VS.

CIMA

En este punto remoto
que sólo alcanzo un instante,
vivo como en un diamante,
estéril y duro, como
en una muerte de oro

y en andina soledad,
donde para respirar
hay que negar el resuello,
y olvida su curso el tiempo,
absorto de eternidad.

La vida predestinada
al término permanente,
en su gloria se suspende
como la paloma extática,
y se sabe castigada
a la sentencia sin fin,
pues viviendo de morir,
padece, con ser diamante,
el tormento de los ángeles
que nunca escapan de sí.

México, 5 de abril, 1943.—VS.

QUÉDATE CALLADO...

QUÉDATE callado y solo:
casi todo sobra y huelga.
De la rama el fruto cuelga
y la rosa del peciolo,
no a efectos del querer sólo,
sino a la inerte ceguera
que la visión exagera
en alcance y en sentido;
y lo que cantas dormido
es tu canción verdadera.

Quédate solo y callado:
casi todo huelga y sobra.
Ningún gasto se recobra,
ni vale el oro cambiado
la moneda que has pagado
por montones de vellón.
Que a hurtos da el corazón
los latidos que aprovechas,

y aunque imaginas que pechas,
lo debes al panteón.

México, 14 de abril, 1943.—VS.

ERA UN JARDÍN...

ERA UN jardín, era un rosal, y era
la fiesta de los pájaros un día,
y desbordaba el cielo de manera
que el sol temblaba y el capullo ardía.

Valía más morir, más me valdría
anonadarme en la embriaguez ligera
antes que fuera tarde, antes que fuera
fantasma el gozo, el esperar porfía.

Hora exquisita para poseerte.
¿Qué mano se alargó, codicia osada,
si para ser feliz bastaba verte?

Hoy sólo vales ya por agotada,
y acaricio la vida con la muerte
en la tristeza de la flor cortada.

México, 4 de marzo, 1943.—VS.

SAN ILDEFONSO

I

TAL VEZ no fui dichoso, pues contemplo
con dudosa mirada
las cosas del recuerdo,
las calles familiares,
los patios coloniales,
la luz que ríe desde las ventanas,
el cárdeno destello de la tarde
sobre la cresta de los monumentos,

las caras de unos cuantos amigos intentados,
los libros bajo el brazo,
la pasión y el estudio que llenaban mis horas.

Tal vez no fui dichoso.
Yo era otro, siendo el mismo:
yo era el que quiere irse.
Vuelvo a lo que creía ya olvidado,
y la marchita flor dice a mi oído:
"Yo soy. Tú me dijiste que era tuya.
Yo soy, aunque me veas desmayada.
Crecí en el tiesto donde me sembraste.
Haz de mí lo que quieras."
Volver es sollozar. No estoy arrepentido
del ancho mundo. No soy yo quien vuelve,
sino mis pies esclavos.

Tal vez no soy feliz si me detengo.
A pesar de los hábitos sencillos,
y del quieto reclamo de los libros,
tal vez tengo que andar, andar.
Sólo hay un término en la muerte.
Y en tanto, adiós.

II

¿PERO FUI yo quien tanto amó y sufría,
provocando la envidia que al amor no perdona
y esa obediencia que la pasión impone
a cuantos, desde lejos, la contemplan?

¿El niño delirante, poseído
de un fuerte dios?
¿El que afrontaba, solo, la crueldad y la mofa?
¿El que sólo encontraba algún alivio
en la diaria fatiga de su diario tormento?

¡Y las lecciones y la matemática
y la filosofía natural

no daban la respuesta al Fausto niño,
perdido entre el enjambre de la sangre!

Tengo piedad de mí. Yo me dormía
con las lágrimas secas
en el largo tranvía de regreso,
cruzaba una alameda
palpitante de bultos enlazados,
y soñaba sin ángel de la guarda,
sabiendo que es azote la caricia,
entrado al mundo por la puerta heroica,
combatiendo con armas no armadas todavía.

De entonces guardo para siempre
la hora solitaria,
desengañado antes del engaño.
—No quiero detenerme. Adiós.

III

CUNDE UNA gloria amarilla
de luz en las azoteas,
y abajo hay sangre cuajada
en el vetusto granito
de las fachadas.

Quiebra el aire sus agujas;
nubes que anuncian catástrofe
zurcen y rasgan un cielo
donde hay un azul tan tímido
como un vago anhelo.

Besa un sol horizontal
las cúpulas de colores.
Son mástiles en tormenta
las veleta y las cruces
que se ladean.

Los muros hundidos cargan
unos en otros la espalda:

instante del terremoto,
tarde en que tanto he bogado,
el corazón roto.

¡Que me borren la memoria
o que me lleven a donde
todos los días comienza,
húmeda aún de esperanza,
una vida nueva!

IV

Y AQUÍ vuelvo después de otras pasiones
y otros errores y curiosidades,
para echarme como animal cansado
en el revolcadero de la infancia.

¡Vergüenza de volver y haber vivido,
y este seguir amando todavía,
a pesar de la muerte viva en cada minuto!

—Un pájaro cantó: "La tierna rosa
es inmortal, es inmortal", gemía.
Fresca piedad de sombra iba cayendo,
grandeza de la noche mexicana
que arropa en vendas las febriles frentes.

Un pájaro cantó: "La madre noche
ha de llevarte a otra región", decía.
"Sueña como los árboles inmóviles.
Calla en la gritería de las aves.
Sostén los nidos que te fueron dados,
y mide el universo
desde la mano abierta de tus hondas
raíces."

1943.—VS.

CONTRA JERIGONZA

De la purga o lamedor
que los físicos fabrican
o de la explosión impúdica
que obra la lavativa,
no sé qué humores revueltos
con resabios de botica
revientan hoy de las letras,
que no por eso se alivian.

Por puntos encontrará,
quien al estudio se aplica,
términos sesquipedales
y una jerigonza inicua
volcados de la redoma
de lenguas mal traducidas;
empañados los sabores
ya de las palabras mismas;
toda una Babel confusa
que a la otra pone envidia;
y al cabo tantos dislates,
que la cuitada Castilla,
madre de unas veinte Américas,
no acierta a lograr sus crías.

—Claro maestro Cervantes
—desde el féretro le grita
Quevedo el de los quevedos
con su tétrica sonrisa—,
mira cómo nos agravian
y cómo nos burlan, mira;
álzate de tu modorra,
si es que duermes o vigilas.
Pronto será lengua muerta
la lengua que tú escribías,
o me ayudas a cerrar
con tan infames traíllas;
que ocioso neologismo

o yerta etimología
nos están mudando el habla
humana por la canina.

Cervantes se despereza,
dice que no lo sabía;
descuelga de la espetera
la pluma negra de tinta;
a Cide Hamete convoca,
garrapatea unas líneas...
Y en un lugar de la Mancha
que de lejos se divisa,
un pobre hidalgo solloza
al recibir la misiva.

—¡Jonás nos ampare —exclama—
en esta nueva salida,
que, por no andar en trabajos,
se vio condenado en vida
a danzar contra su gusto
de una ballena en las tripas!
¿Pero qué hazaña mayor,
nunca de Amadís prevista,
que meterse en los redaños
de esta nueva algarabía?
Viejo soy, cede mi brazo
al peso de la fatiga.
¡Oh, busca, ingenioso padre,
otro que mejor te sirva!
O deja que, a mojicones,
según la rústica lidia,
se las haya mi escudero
con esta gente perdida.

Cervantes nada responde;
Quevedo gruñe en su cripta.
¿No hay quien pueda con la lanza?
¿Todos callan, nadie chista?

México, diciembre de 1943.— RA. VS.

EPICEDIO

A E. D.-C.

Brota, oscuro, entre las cruces,
canto, y vuela sin gemido
para que nada disuene.
Apaguen todas las luces,
hablen paso y comedido,
según conviene.

Sea contrapeso exacto
del lloro la voz severa
que ni maldice ni exclama;
y quede el dolor intacto,
como lumbre que prospera
sin llama.

Quiero, para recordarte,
medirme por la mesura
con que ceñiste la vida:
tú que enseñabas el arte
de reducir la locura
en dulce brida.

En ti se envidió el tejer
gracia y virtud sin contraste
y perfección sin castigo;
pero el secreto de ser
tan sabio te lo llevaste
contigo.

Jardinero, cada fruto
de tu cosecha lograste,
y cada oveja, pastor;
oribe, cada minuto
alzabas en un engaste
de primor.

Y sucedió de manera
que éramos pocos, y sobre
ser tan pocos, te nos fuiste.
Y eso a todos nos espera:
dejar a la viuda pobre;
al hijo, triste.

Y aunque los doctos auguren
que en "verduras de las eras"
pára todo, y en espumas,
tú vivirás cuanto duren
los libros y las esferas
y las plumas.

México, junio, 1944.—OP

UNDECIMILIA

ATADAS atrás las manos
y dobladas las rodillas,
el cuello tronchado alarga
la virgen Undecimilia.
La cabeza rebotaba,
libre ya de las fatigas
de administrar las contiendas
de los sentidos en liza,
y el gozo de verse libre
por los ojos le salía.

Chorros de sangre manaban,
como de una fuente viva,
desde el cántaro del cuerpo
que el dorado barro inclina.
La sangre encharcaba el suelo
y al verdugo perseguía,
de manera que el verdugo
de una parte a otra iba,
mientras la roja serpiente
le va buscando la pista.

Ya salta el verdugo, y ya
a un lado se precipita;
ya sus cautelosos pasos
corren en miedosa huída.
Pero la sangre señala
toda la tierra que pisa,
en arabescos veloces
desenvolviendo su cinta...
Allá va la sangre en busca
de la mano y la cuchilla.

Todo el mundo es el volumen
para esta página escrita,
que empapada en sangre nueva
la historia toda rubrica.
De los getas y los hunos
con las flechas se santiguan
en los campos de Colonia
once mil senos de niñas.

Todos somos los verdugos
en esta carnicería,
y nos enlaza las plantas
la sangre de Undecimilia.

México, mayo, 1945.—RA.

BALADA DE LOS AMIGOS MUERTOS

(En mis 57 años)

Con mi tostón y mis siete centavos
yo no me tengo por pobre ni rico.
No sufro así —ni pretendo ni abdico—
las ambiciones ni los menoscabos
de los señores ni de los esclavos.
No son los años, que yo no me arredro,
los que me traen dolor y desmedro:
son los amigos que el tiempo me roba.

Tras de las puertas arrima su escoba,
y ahuyenta a Antonio y a Enrique y a Pedro.

Me voy quedando sin más compañía
que las reliquias y que los retratos.
¡Claras memorias, dulcísimos ratos!
Ya el vino viejo se acaba, y no cría
la viña nueva el sabor que solía.
¡Gratas lecturas, gustoso palique!
Todos lo entienden sin que yo lo explique.
¿Dónde se fueron tan plácidas horas?
¡Llora, alma mía, que es justo si lloras!
¿Adónde están Pedro, Antonio y Enrique?

¿Dónde el encanto de aquella velada
en que, anotando pasajes del *Fedro*,
los comentarios copiosos de Pedro
sólo escampaban a la madrugada?
¡Rapto de Antonio, o bien carcajada,
según lo inspiren el dios o el demonio!
¡Y el buen humor de apacible Favonio
que por la charla de Enrique fluía! . . .
¿A dónde estáis, regocijos de un día?
¿A dónde están Pedro, Enrique y Antonio?

Musa que escuchas sellados los labios:
suelta el lamento y entona el responso.
De Antonio y Pedro y Enrique y Alfonso,
perdura el necio, perecen los sabios.

† Enrique Díez-Canedo.
† Antonio Caso.
† Pedro Henríquez Ureña.

México, 17 de mayo de 1946.—OP.

INCENDIO DE LOS SIGLOS

LA MANSIÓN de los Huesos: ¡bien llamada!— Empezó con un chisporroteo, y a poco era un latir

de horno y locomotora, y avenidas de viento
que remecían en los armazones
los costillares de los mastodontes
y las elementales perchas de los colmillos;
los catoblepas y los diplodocus,
los ictiosaurios, los iguanodontes,
Hombres de Cromagnon, Erectos Pitecántropos,
y el Eslabón Perdido, y el artista
de las cuevas, y el constructor de las terrazas
neolíticas y de los dulces palafitos...

Silbaron como flautas las espinas dorsales
y echaron humo las cuencas de los ojos.
Largas fauces se abrían y masticaban fuego.
El incendio igualaba los siglos en despojos.

El guardián emprendió de pronto un raro giro
de saltaciones y de berrinches convulsivos,
agitando los brazos, trenzando y destrenzando
las piernas y lanzando cuaternarios bramidos.
—¡Loco! —dijeron, y era magia pura.

Al conjuro, se echaron escaleras abajo
—desiguales los trancos, salientes las caderas—
los esqueletos, como electrizados,
agitando banderas de llamas, con ruïdo
de crótalos y de bisagras entumidas;
y fueron derramándose en la calle:
danza macabra, pesadilla excelsa,
sueño del sabio y pavor de la gente.

Sólo se vieron montes de ceniza
entre filas de huesos militares,
como fusiles de campamento en pabellones.

Torciendo su cigarro, el guardián explicaba:
—Conste: lo hice por salvar a México.

México, 7 de noviembre, 1946.—OP.

ELEGÍA DE MAYO

Pótnia, pótnia nyx...
Eurípides, *Orestes,* 174.

I

LLUEVE, dulce Mayo, tibio consuelo derrama:
la tierra y el alma apuran con sed tus halagos.

El sol transflora apenas, y olvida la pálida nube
briznas y plumas por la fimbria de rotos flancos.

Resuella el campo húmedo, y traen las auras erráticas
los acres aromas que dio el renoval azotado.

Nave perdida, el lucero enciende su rosa de oro;
la luz exangüe con esfuerzo recoge su manto.

Penumbra y fatiga aquietan la rueda de ciegos afanes,
persuaden la mente como paz de oculto abrigaño,

y a prestar oído convidan, en esta irreal suspensión,
al eco íntimo que acobarda el rumor humano.

Aquí los ojos alzo, y a sólo beber su murmullo,
ofrezco la frente, grave de anhelos y años.

Allégate más a mí, huésped que tanto callas:
óyeme atenta, sombra que llevo al lado.

II

Duerme, devota lámpara, obrera de largo desvelo:
la augusta noche quiere ser escuchada.

Duerme, lámpara dócil: a la sola negrura confío
las formas ociosas que engendra en silencio el alma.

Todo ahogo respira, y toda esperanza aventura
vuelos furtivos, ensayando invisibles alas.

Penas y gozos ya inútiles golpean las puertas del pecho:
el pecho, de suyo, humea su voz sin palabras.

Tal rezuma el cántaro que el fresco relente acaricia,
y suda sus mieles la henchida colmena olvidada;

así llora rocío, confesando el rubor de su sueño,
la flor matutina al soplo insinuante oreada;

y el fuego extinto deja cundir el olor de resina,
último aliento que la leña vencida exhala.

Allégate más a mí, testigo de labios sellados.
Óyeme atenta, sombra que tanto callas.

III

Frente ceñida de intentos, ¿qué nueva guirnalda esperas?
¿Cuál victoria, mano que rige fantasmas?

Nada mejor que arder en la viva lumbre del mundo:
sólo es piedad la ceniza que fue llamarada.

¡Ay del que nunca supo soltar los nudos tenaces,
sin duelo entregándose al vaivén turbador de las aguas!

¡Ay del que nace preso y consume su efímera ruta
negado al peligro y al imán de la Isla Encantada!

Si fue juventud el vórtice, y valiente prueba el naufragio,
virtud la conquista que la orilla serena alcanza.

¡Loada sea la vida, razón disfrazada de engaños!
Sólo ella la justa sentencia declara.

Desnuda, oh noche, desnuda la verdad arropada en colores,
devuelve a su igual transparencia el mundo y la nada;

e incuba tú, vestal, tus espíritus de hembra dormida:
duerme vestal, duerme devota lámpara.

IV

Hoy Artuñuela dichosa recobró el recental de mis crías:
sesenta vellones junta desde hoy mi ganado.

Yo, con paciente marcha, al funesto portal encamino,
pastor de sueños, el tropel balador de mi hato.

Cuelgo al larario, en prenda, la hoz que educó mis macollas,
y —pese a la breña— la espiga frutal del trabajo.

No dude nunca el hombre del suelo que huella su planta,
no tiemble nunca el puño en el asa del jarro.

Llanto ni encono perturben al que va de jornada rendida;
despecho ni angustia, si los siglos comienzan su canto.

Alta esperanza germina, yedra en el muro ruinoso,
y el seno del tiempo guarda su tesoro inexhausto,

mientras, con paso seguro, al funesto portal encamino,
pastor de sueños, el tropel balador de mi hato.

(Llueve, dulce Mayo, tibio consuelo derrama:
la tierra y el alma esperan con sed tus halagos.)

México, 17 de mayo de 1949.—I.

A LOS AMIGOS MOZOS

SABER, amigos, pretendo,
ya que me premiáis así,
¿qué mérito halláis en mí
porque voy envejeciendo?
Mas, si envejecí, ya entiendo
el premio que he merecido:
bastante causa ha tenido,
amigos, vuestro favor,
pues el mérito mayor
del viejo es haber vivido.

Sólo quisiera entender,
para aliviar mis recelos
—dejando a una parte, oh cielos,
la virtud de envejecer—,
¿qué más pude merecer
para contentaros más?
¿No envejecen los demás?
Pues muchos hay que merecen
más triunfos cuando envejecen,
y que me dejan atrás.

Sois poetas, tenéis alas,
aunque de distinta pluma;
sabios, filósofos, suma
de las más preciosas galas.
¿Qué cohetes, qué bengalas
arden y suben así?
¿Qué mentido zahorí
puede opacar vuestras luces?
Me pregunto, y me hago cruces,
¿pues qué festejáis en mí?

Cede y se arruga la piel
de las mujeres más bellas,
y las llamadas estrellas
sólo emulan al clavel
gracias al docto pincel.
Mas de vosotros oí
que vencéis los años y
que atravesáis las edades.
Sepa yo entonces, cofrades,
¿pues qué festejáis en mí?

Necio el magnate si aspira
a los lauros de la fama,
pues ¡adiós a su soflama
en cuanto la pata estira!
Vosotros no, que la pira
superáis, vosotros sí

que valéis un Potosí
y pisáis terreno firme.
Queréis, entonces, decirme
¿pues qué festejáis en mí?

No cualquier menguado enhebra
razones y ata y desata
conceptos de oro y de plata
que la admiración celebra.
Que ni la pintada cebra
ni el ardiente colibrí
fueran tan hermosos, si
vuestra voz no lo propaga.
Juventud que así me halaga
¿pues qué festejas en mí?

Pero ¡silencio, atención!
Ya descubrí la charada:
que nadie me diga nada,
ya di con la solución.
Festejáis la vocación,
trazada en surco derecho,
y hasta la imagen, sospecho,
aunque en vil caricatura,
de una vida que perdura
sin dar asilo al despecho.

México, mayo, 1949.—OP.

AL PINTOR

1

¡QUÉ MADUREZ superior
la del que venció el halago
y sólo quiere por pago
la fiesta de su labor!
Digan si hay algo mejor,
si hay vino que más conforte,

si más agudo transporte
que el vivir para un afán
seguro como el imán
de la Brújula y el Norte.

2

Este nítido color
tan limpio como la idea,
este dibujo que asea
el desorden exterior,
esta alquimia del dolor
que lo muda en alegría,
esta magia o brujería
que paran en lucidez,
armonizan de una vez
equilibrio y fantasía.

3

Siendo voluptuosidad
son también inteligencia,
y lo que tienen de ciencia
lo tienen de libertad.
Galardón de voluntad
y victoria merecida,
cuando hasta la propia herida
contribuye su escozor
y se alimenta la flor
con la sangre de la vida.

4

Insobornable pincel,
certero como florete,
y que nunca se somete
ni al oro ni al oropel:
tal ha sido y tal es él,

Manuel Rodríguez Lozano,
buen pintor y buen hermano
en su arisca soledad,
porque lleva la verdad
en el pulso de la mano.

México, 18 de noviembre, 1949.—OP.

LA DÉCIMA

Copla del campo americano

PARA UN HOMENAJE A ESPINEL

TOQUE-TAQUE, toque-taca
por nuestras tierras de sol:
octosílabo español
en el trote de la jaca.
La guitarra el pecho saca,
la espuela es un cascabel;
brota del suelo un laurel,
dibuja el machete un tajo,
y América corta un gajo
para Vicente Espinel.

México, 6 de diciembre de 1950.—OP.

DESCONCIERTO DEL POETA

ATÓNITO, el poeta surgió desde sus mares,
enredado de algas;
mas la fosforescencia que traía en los ojos
no lo dejaba ver.

Hecho a su reino acuático,
el aire le agrumaba la garganta,
y quería nadar por el espacio,
dando sólo traspiés.

Lo rodeó la multitud a gritos,
y creyó ensordecer.
Lo coronaron de guirnaldas ásperas,
y creyó que le echaban cadenas de laurel,
cadenas en las sienes, las peores cadenas,
que ya nada dejan entender.

Y dijo a la Sirena:
—Huyamos prontamente a donde no nos vean
(la Sirena era su mujer);
tornemos a las grutas de ámbar cristalino
y al mar color de vino
que se solaza en los amaneceres
cuando, a la fresca, burbujea el pez,
"y arráncame estas trenzas de laureles
que me arañan la piel".

México, 9 de junio, 1951.—OP.

ADIÓS

A ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

DIO UN paso más el áspero hachero inexorable,
y fue despojo y lástima la torre vegetal.
Será mejor callarlo; cuanto menos se hable
será mejor en este careo con el mal.

Antes que alzar las crudas voces del desconsuelo,
mejor es desoír, mejor es olvidar:
la lámpara discreta que alumbró su desvelo
nadie la desengañe ni la ose apagar.

Aunque sepamos bien que se adelgaza el muro
y ya por transparencia se ve la eternidad,
juntemos nuestros ánimos en un postrer conjuro
y désenos la tregua que implora la amistad.

Porque el poeta ronda tan cerca todavía
que oímos sus pisadas, y aún cabe soñar

si no vendrá de pronto, así como solía,
en torno a nuestra mesa buscando su lugar.

Su fácil cortesía nos vence, nos sujeta
y no nos da ocasión ni tiempo de llorar:
¡Nos sonríe la cara cobriza del poeta
como una inmensa luna que asoma por el mar!

México, † 19 de febrero, 1952.—OP.

EL NIÑO EN EL VOLADERO

HASTA aquí me trajeron
las vueltas de carnero:
otra más, y me voy por el barranco,
que aquí llamamos voladero.

Magullado, arañado con las lajas del suelo,
las biznagas me habían clavado banderillas,
y estuve una semana rascándome y curándome
los piquetes de la ortiguilla.

Un puñado de tierra
sirvió para cerrar un rasgón de la mano;
cubrió una telaraña
la cortada del dedo.
Así se usa en la montaña:
ni hay otro modo, ni hay que tener miedo.

Era señora la naturaleza
y no la ciencia todavía.
Hoy suelo recordarlo con tristeza
y entonces me reía.

Al voltear, hice rodar las piedras,
que salían botando y que saltaban lejos:
mitológicas armas de guerras primitivas,
que aquí llamábamos conejos.

Hasta aquí me trajeron
las vueltas de carnero:
otra más, y me voy por el barranco,
que aquí llamamos voladero.

México, febrero, 1953.—I.

LA HUERTA Y EL NIÑO

En la huerta vagaban espíritus silvestres,
—sólo yo lo sabía—
y exhalaban mi nombre en voz tan baja
que apenas yo la oía.
Cuando yo tropezaba,
cuando yo me caía,
me alzaban por las arcas y así me suspendían.
—Ya se me pasó el susto, ya está bien—.
Y otra vez enredábamos ese baile sin música,
borrando las figuras con los pies.

Un pájaro solía provocarnos
y, dando tiempo a que lo persiguiéramos,
ya subía y bajaba
y, haciéndonos un palmo de narices,
guarecido detrás de los lampazos,
sacaba el pico y gritaba: —¡Aquí estoy!—
(¡Volátil dios bribón!)

Y al cabo, persuadidos de cansancio y calor,
abríamos los caños para aplacar la sed;
la frente nos mojábamos, las manos y la nuca,
y a la sombra de un árbol parasol,
íbamos a tumbarnos donde la brisa arrulla
las hojas, y perfuma el té limón.

Yo usaba de almohada mi propio corazón.

México, 1º de enero, 1953.—I.

OCTAVA EN SU MUERTE

Ya estás luchando con la sombra, hermano,
y yo que te observé día por día
sé que la suerte retiró la mano
y hurtó el tesoro que te prometía.
Te lo dije al oído, pero en vano:
te cegaba tu propia bizarría,
y te fuiste detrás de tu reflejo
como el que se perdió por el espejo.

3-VI-1954.—I.

EL LLANTO

Al declinar la tarde, se acercan los amigos;
pero la vocecita no deja de llorar.
Cerramos las ventanas, las puertas, los postigos,
pero sigue cayendo la gota de pesar.

No sabemos de dónde viene la vocecita;
registramos la granja, el establo, el pajar.
El campo en la tibieza del blando sol dormita,
pero la vocecita no deja de llorar.

—¡La noria que chirría! —dicen los más agudos—.
Pero ¡si aquí no hay norias! ¡Qué cosa singular!
Se contemplan atónitos, se van quedando mudos,
porque la vocecita no deja de llorar.

Ya es franca desazón lo que antes era risa
y se adueña de todos un vago malestar,
y todos se despiden y se escapan de prisa,
porque la vocecita no deja de llorar.

Cuando llega la noche, ya el cielo es un sollozo
y hasta finge un sollozo la leña del hogar.
A solas, sin hablarnos, lloramos sin embozo,
porque la vocecita no deja de llorar.

19-X-58.—I.

II

CORTESÍA

[1912–1958]

Moró mucho en Lombardía
para aprender cortesía.

Razón de Amor (siglo XIII)

Sabed por cosa cierta que ha venido
la curiosa princesa Cortesía.

LOPE DE VEGA (siglo XVI)

Amigo mío:

Marcial consagró buena parte de su obra a los "versos de circunstancias" o versos de ocasión. El exquisito Góngora escribía décimas y redondillas para ofrecer golosinas a unas monjas. No es lo menos bello de Sor Juana cuanto se le caía de la pluma como parte de su trato social. El recóndito Mallarmé dibujaba estrofas en los huevos de Pascua, ponía en verso las direcciones de sus cartas, hacía poemas para ofrecer pañuelitos de Año Nuevo y tenía la casa de Méry Laurent llena de inscripciones. ¿Y Rubén Darío? ¡Margarita, Adela Villagrán, etcétera! Para no hablar de tantos otros.

Hoy se ha perdido la buena costumbre, tan conveniente a la higiene mental, de tomar en serio —o mejor, en broma— los versos sociales, de álbum, de cortesía.

Desde ahora te digo que quien sólo canta en do de pecho no sabe cantar; que quien sólo trata en versos para las cosas sublimes no vive la verdadera vida de la poesía y las letras, sino que las lleva postizas como adorno para las fiestas.

Déjate convencer poco a poco. No hace ningún daño traer a la discreción cotidiana las formas de la cultura. Haz cuenta, simplemente, que queremos recopilar papeles biográficos y juntar memorias. Haz cuenta que charlamos un rato, y ponte cómodo.

A. R.

1

EN MÉXICO [1912-1913]

GAJO DE CIELO

A un pintor

ABAJO, la rabia:
arriba, la calma.
Las veletas claman,
lloran las persianas.

Lentas ascienden las celestes vacas,
de diáfanos corderos cortejadas.

1912.

ANCIANO TRISTE

ANIDADA de pájaros
la barba tormentosa,
lo vi llorar, gigante sacudido.

Y el viento hecho palabras
gemía entre el copioso
árbol de aliento de su corazón.

1913.

HAI-KAI DE EUCLIDES

LÍNEAS paralelas
son las convergentes
que sólo se juntan en el infinito.

1913.

2

EN ESPAÑA Y EN MÉXICO
[1915-1922]

PREGONES MADRILEÑOS

1

Los MELONES de Madrid,
según entendiendo voy,
si ayer los cataba el Cid,
los cata Jimena hoy.
  ¡Y a cala los doy!

2

Vendo unas anotaciones
a las obras de Cervantes
que, si tan ociosas antes,
son tan inútiles hoy.
  ¡Y a cala las doy!

3

De Juan Ruiz el Arcipreste
traigo unos comentadores
que vienen pidiendo guerra:
más agrestes que el agreste
requesón de Miraflores
  de la Sierra.

4

Traigo un serón hasta el tope
de picones-cotarelos,
para no decir blasfemias,

y es que ofrezco buen arrope,
pepitorias y buñuelos
de Academias.

1915.

TÓPICA

UNA MUJER que sonría,
con flores y a la ventana,
es de Andalucía.
Otra, color de manzana,
de guayaba y de sandía
es americana.

Madrid, 1918.

PROYECTO

de playa vascongada

MARICHU vestida de blanco,
boina roja —y mar azul,
y arena y sol y toldo y banco,
y nos hablamos de tú.

La cinta de la sandalia sube
haciendo cruces desde el pie...
—Marichu ¡qué alta va esa nube!
Y Marichu responde: —¡Pues!...

1922.

3

EN FRANCIA [1925–1926]

PARQUE

EN VERDE cuna el Parc Monceau
arrullaba sueños de estatuas,
y los lacayos al balcón
eran los dueños de las casas.

Mil veces deshecha a los pasos
errabundos del paseante,
la constelación de gorriones
se recompone junto al estanque.

¡No caiga la piedra del pájaro
en el leve cristal del charco,
que dice: "Frágil", en las alas
de los gansos de porcelana!

París, 1925.

AL SALIR DEL *JOCKEY*

LOS TECHOS de París exhalan
ya las primeras golondrinas
y en el bochorno azul que baja
sube una paz vegetativa.

Silencio, cuando la caricia
sus pétalos olvida por las frentes.
Miente quien dijo "todavía",
y quien dijo "ya no más" miente.

Desde cada pestaña, una
gotita de risa le tiembla,

mientras divaga el ala de la luna
entre la noche coqueta de estrellas.

París, 26 de mayo, 1926.

EPITAFIO
del perro Bobby

Pasa a través del corazón del niño
un hilo fiel de tu sangre sumisa,
y ronda las orillas de su alma
tu almita elemental, de hocico húmedo.

París, junio, 1926.

ANTOLOGÍA
del amor occidental

Te quiero como la retina bebe la luz.
Te quiero como espera el paladar el trago.
Te quiero como la oreja busca el silencio;
como acude la mano al asa de la jarra.

París, 1926.

TARDE

Leve piel de nube
donde anda clavada
la astilla de luna.

París, 1926.

4

POR EL PLATA [1927-1929]

AL PASAR POR RÍO

rumbo a Buenos Aires,
a bordo del "Vauban"

A Carlos Pellicer,
en París.

CARLOS querido: soy yo.
Recibí tu carta en México,
y no quise contestarte
hasta Río de Janeiro.
La bahía, el Pan de Azúcar,
todo me trajo recuerdos
de tus viajes, de tus gustos,
de tus charlas, de tus versos.
No necesito decirte
(como yo todo lo tuerzo)
que aunque el Brasil es de lumbre
y bien puede ser "brasero",
todo lo encontré brumoso
y tiritando de invierno;
pero, con todo, glorioso,
grande, olímpico, soberbio.
¡Si no fuera por la historia,
que es nuestro interior veneno,
sombra de la geografía
o su enemigo directo!
No nos basta ya el paisaje:
lo queremos con recuerdos.
Y no es que falten aquí,
sino que yo no los tengo.
Al fin somos mexicanos:
o ruinas, o monumentos.

Copacabana, suspiro
del pecho del Padre Eterno.
Gávea, monte con montera.
Y el Corcovado, derecho.
De noche, el Collar de Perlas,
triunfo del alarde eléctrico.
Y de día, ya se sabe:
el Botafogo echa fuego.
Aquí el maguey es un árbol,
en follaje, tronco y leño.
Como cuando el diplodocus,
son árboles los helechos.
Sopa de ardillas, chuletas
de agutí, y a lo que creo,
las pechugas de "pirú"
a veces son de flamenco.
En las solapas, diamantes,
y rubíes en los senos;
los ojos, aguamarinas;
nácares en. . . ¡bueno, bueno!
Y yo en el barco otra vez,
la proa a Montevideo.—
Y el abrazo que te mando
"en las alas del deseo".

A bordo del "Vauban", *20 de junio, 1927.*

LA CASA-BARCO

Misiva a Carlos Pellicer

No ESTAMOS lejos del río.
La casa, como hace quilla,
parte los vientos contrarios
que rompen sobre la esquina,
y a cada rato se abomban
como velas las cortinas,
se oye llamar a las puertas
y las persianas se cimbran.

Somos, entre la ciudad,
como una ilusión marina,
navío airado en resaca
o arrastrado a la deriva.
Dando voces de maniobra
andamos de abajo a arriba:
—¡Abre! ¡Cierra! ¡Cuida! ¡Pára!
¡Aferra la gavia, arría
el foque, agarra el trinquete,
amarra el estay y fija
los cabos en el bauprés! . . .
¡Y ancla ya, por vida mía!

Buenos Aires, 1927.

CANDOMBE PORTEÑO

Estilo 1840

LAS CALLES de Buenos Aires
tienen nombre tan gentil,
que dan ganas de bailar
cuando se las nombra así:

—Sarandí —Sarandí —Maipú—
—Tacuarí—
—Guanamí—
—Gualeguay y Gualeguaychú—

—Bamba —Jujuy —Bacacay—
—Barcalá —Boquerón —Bompland—
—Gaguazú —Curapaligüé—
—Tacuarí—
—Tacuarí—

—Guandacol —Guaminí —Guanacache—
—Guaraní—
—Toll —Timbó—
—Tala —Salta —Tuyú —Tuyutí—

—Yapeyú—
—Pepirí—

Que a mi negra le gusta la danza
mucho más que me gusta a mí.

—Acha —Achala —Achalay —Alianza—
—Lambaré —Calderón —Azamor —Camacuá—
que a las calles les gusta la danza,
Kikirikí y Cacarañá.

A JUAN MANUEL VILLARREAL

de La Plata

enviándole un artículo para la revista Don Segundo Sombra *y un ejemplar de los* Cartones de Madrid

JUAN MANUEL: aquí va el libro.
Es un libro ya muy viejo,
pero lo traigo amarrado
al ombligo del recuerdo.
Usted, cuando lo *perdone*
—cuando *lo lea*— le ruego
que no siga los renglones
sino los claros del negro.

Juan Manuel, para *Don Se-*
gundo Sombra, aquí va "eso":
parece a medio escribir,
pero está pensado y medio.
Sino que soy perezoso
de "empastar" lo que "diseño",
y para hablar a la antigua,
la verdad, me falta tiempo.

Juan Manuel Villarreal,
cuyo nombre está compuesto

con el *Conde Lucanor*
y con apellidos viejos
que a mí me traen memorias
de los nombres de mi pueblo
(porque soy de Monterrey,
lo más al norte de México):
hombre que tal nombre lleva,
tengo que tomarlo en serio,
tengo que hablarle en romance
y cumplirle lo que ofrezco.

Lunes, cinco de noviembre,
año de mil novecientos
veintiocho, y en Buenos Aires,
y siempre suyo sincero.

1928.

EL PÁJARO COLORADO

Representado por niños vestidos de papel de colores.

PRÓLOGO

LECHUZÓN

Árboles donde ha perchado
—pino, eucalipto, abedul—:
¡lloradlo, que lo han matado!

CARPINTERO

¿Acaso al pájaro azul?

LECHUZÓN

Sí: al pájaro colorado.

CARPINTERO

Lloren las aves en coro.

TODOS

Lloro, lloro, lloro, lloro.
¡Ay Churrinche, Churrinche!
¡que me tiene tu muerte con berrinche!

ACTO I

CHURRINCHE

Perezosos pajaritos:
entonad cantos y gritos,
que ya amanece.
Levantaos ya de la cama
(quiero decir: de la rama),
que eso enflaquece.

CARPINTERO

Hermanita, si me apura,
saldré, pero a media gala.
¿No ve usted que la alicura
me está repuliendo un ala?

RATONERA

Despacio, hermana Churrinche:
no sea, por Dios, tan chinche.
A poco, si me descuido,
me caigo del nido.

TODOS

Tiri-Tiri-Tiri-Lí:
¡Suerte ha sido
venir volando hasta aquí,
y no caerse del nido!

ACTO II

CHURRINCHE

Ven, amigo Carpintero:

hazlo por lo que te quiero,
    que Don Lechuzo
me acosa con furia insana:
me robó el copo de lana
    y el huso.

CARPINTERO

Ya me cansa tu monólogo:
"¡Ven y ven: te lo suplico!"...
¿No ves que el Doctor Picólogo
me está componiendo el pico?

TODOS

Tiri-Tiri-Piqui-Tío:
¡Llega el Lechuzo, Dios mío!
(Huyen)

LECHUZÓN

¡Hola, Maese Carpintero!
    No es a ti a quien busco.
Sal de aquí con vuelo brusco:
    No es a ti a quien quiero.

ACTO III

CHURRINCHE

Abuela Lechuza, diga:
¿Qué anda haciendo por Tandil?

LECHUZÓN

Descanso de mi fatiga
desde diciembre hasta abril;
que a mí la vida porteña
    ya nada me enseña.
Y el nombrado Mar del Plata
—la verdad— me da la lata.
(Voces a lo lejos)
¡Bicho feo! ¡Bicho feo! ¡Bicho feo!

LECHUZÓN

¿Por qué me tratas así?
¿No ves que soy tu abuelita?
¡Cuidado, Caperucita!

CHURRINCHE

Es aquella pajarita
que aletea por ahí.
Dime, abuelita, ¿por qué
siempre tan torva te veo?
Tú escondes algún deseo.
(Voces a lo lejos)
¡Bicho feo! ¡Bicho feo!

LECHUZÓN

¡No sé!

CHURRINCHE

¿Por qué tan corvo ese pico?

LECHUZÓN

No me lo explico. . .

CHURRINCHE

¿Y esas garras sarmentosas?

LECHUZÓN

¡Me preguntas unas cosas! . . .

ACTO IV

CAZADORES

Por allí, por allá.
¡Cuidado, que se nos va!
Pim Pam Pum.

LECHUZÓN

¡Alas, para cuándo os quiero!

PAJARITOS

¡Se escondió en el agujero!

CAZADORES

Pim Pam Pum.

TERO

¡Tero-Tero-Tero-Tero!

LECHUZÓN

¡Alas, para cuándo os quiero!

TERO

¡Tero-Tero-Tero-Tero!

CAZADOR

¡Ay, un ave ensangrentada!

CARPINTERO

Infame: ¿ves lo que has hecho?

CAZADOR

¡Caperucita Encarnada
murió de un tiro en el pecho!

TODOS

Lloro-Lloro-Lloro-Lloro.
¡Ay Churrinche, Churrinche,
que me tiene tu muerte con berrinche!

EPÍLOGO

LECHUZÓN

Ceperucita Encarnada,

pájaro de fantasía:
tú calla y no digas nada,
que aun de bala atravesada,
renaces al otro día.

TODOS

Cazador: ¡qué mal lo hiciste!
    ¡qué mal has quedado!
¿Cómo quieres hacer blanco
    —y valga el chiste—
si el pájaro es colorado?

Tiri-tiri-tiri-lío:
Tiri-Tiripi-quitío.

Tandil, Estancia "La Pascuala", febrero, 1928.

EN TRIZAS

GOTEAR de sílabas,
    pluma ociosa:
esto—nada—raudo—
    sangre de la hora.

Aprendí en la Vida
    de Napoleón
a volcar el té
    de un empellón.

Pero en cada vidrio
    se solaza el sol
y cada migaja
    convida un gorrión.

Buenos Aires, 1929.

PARA EL CATÁLOGO DE GREGORIO PRIETO

CÓMO VOY a contar de Gregorio Prieto
lejos de sus cuadros y de cuanto puede devolvérmelos.

Porque si yo anduviera por los pueblos de España
es seguro que, con sólo repetir su nombre en voz alta,
la luz en que nacieron sus telas
se prestaría —dócil a mis ojos— a recomponerlas.

El pintor no es más que una de tantas cifras
disueltas en la sustancia del Día,
y el Día los contiene a todos ellos
como cada rayo de sol encierra los tintes del espectro.

Y si un pintor no fuera más que sus telas y tablas,
entonces un poeta no sería más que sus palabras
y un viajero no sería más que las huellas de sus pisadas.

Y no: porque de nosotros —según parece—
importa más lo que sigue de frente,
y mucho más la realidad de irse quemando
que no la pobre ceniza del rastro.

Por eso Saint-Léger Léger me decía en París:
"Hoy vale usted más que la última vez que lo vi.
Entonces estaba usted como el cirio recién comprado,
Y hoy me lo encuentro lloroso de cera y flameado."

También me figuro que hoy Gregorio estará más hecho a la
[vida,
más duro y elástico y con la mirada más fija.
¡Cuando apareció por París era todavía tan muchacho!
Iba por la calle sin sombrero y con unos ojos azorados.

Vino a mi hotelito de Passy con cartas de amigos de España.
Los españoles de hoy son tan cabales que con una frasecita
[basta:
"Se lo recomiendo. Está bien." Y yo entendí lo que callaban.
Desde entonces Gregorio Prieto podía entrar y salir por mi
[casa.

Había inventado unas simples naturalezas muertas
para —entre frutas, flores, libros y pajaritas de papel—
[evocar a sus poetas.

De esta suerte dedicó unos cuadros a Juan Ramón,
a Alberti, a Lorca y a Jean Cocteau:
algo como un poema que a la vez fuera un bodegón.

Ahora veo que a mí me regala
con un tiesto de rosas, unos libros míos, un Rey de barajas,
una alusión a Corot y unos Reyes Magos de palo,
y tan colmado me siento que le envío este poema en pago.

Prieto ha comprendido que el poeta, siempre, como Mallarmé,
interroga los objetos que hacen señas en torno a él,
y que siempre entre nuestros versos pueden descubrirse
los fantasmas de las cosas entre las cuales uno vive.

Pero de entonces sólo me queda esta página de mi Diario:
"París, noviembre del Veintiséis, Exposición en la Casa de
[Blanco.
Los cuadros del chico Prieto son una delicia lograda:
Casas y paisajes manchegos en una luz clara,
casi imaginada.
En temblores de nubecitas giran los molinos de Criptana...
¡Y el pueblo aquel del Romeral,
donde, al pie de todos los muros,
una cinta azul ata el límite de la cal
—para que la cal no se venga al suelo, me figuro!"

Estos cuadros llegaron hasta Buenos Aires un día;
y yo acudí a la Exposición Española, Calle de Florida.
Pero he aquí que los Embajadores y el Presidente de la
[Nación
estaban formados en fila y no me dejaron ver lo mejor.

Buenos Aires, abril, 1929 (Catálogo de la Associazone Artistica, Roma, mayo, 1929).

A LUNITA MUÑOZ IZCUA

¡Mira, Luna, los trabajos
que pasa tu amigo Alfonso!

¿Cómo van a contentarte
los versos que yo compongo?
Lo que yo te doy en ganga,
tú me lo cambias en oro,
y prestas más fantasía
a las locuras que forjo.
¿Qué dirán, pues, mis palabras
cuando pasen por tus ojos?
Donde yo digo que ando,
tú vas a leer que corro;
donde yo arriesgo un "apenas",
tú vas a afirmar un "todo".
¡Mira, Luna, los trabajos
que pasa tu amigo Alfonso!

Era una luna de cobre
(tú la imaginas de oro)
que se moría de celos
por un querubín gracioso.
Voy a tratar de contarte,
si me dejas hablar solo,
las lástimas que gemía,
coqueteando a su modo:

"Luna, yo era una;
de hoy más, somos dos,
pues anda en la tierra
Lunita Muñoz.

A nadie le importa
si me ofusco yo,
en cuanto aparece
Lunita Muñoz.

Vana, a la ventana
saco mi fulgor,
porque luce más
Lunita Muñoz.

Luna, yo era Luna.
Hoy no sé quién soy,
pues me pone motes
Lunita Muñoz:

—'¡Vejestorio, ripio!
'¡Pompa de jabón!
'¡Cabeza de horca!
'¡Bola de alcanfor!'

Desde que ella vive,
yo no vivo, no.
Padezco jaquecas,
me sale un flemón.

Y, el carrillo hinchado,
consumo en dolor
toda la aspirina
que me manda el Sol."

Así se queja la Luna
(¡ya imaginas los sollozos!)
mientras que yo te contemplo,
bebiéndote con los ojos.
Si te digo: "Luna, niña:
el Sol sale para todos."
Tú dices: "Hágalo el Sol,
que yo salgo para pocos."
¡Feliz tu madre, que goza
tanta Luna de orto a orto!
(Tú has adivinado ya
que lo digo de envidioso,
y que cuando hago que río
es para esconder que lloro...
¡Mira, Luna, los trabajos
que pasa tu amigo Alfonso!)

Buenos Aires, 12 de septiembre, 1929.

5

BRASIL [1931–1934]

VERSOS SOCIALES

I

Estando próximo a embarcar para Europa el poeta brasileño Ronald de Carvalho (que vivía en la Rua São Clemente, 409) envió a Reyes la segunda serie de sus Estudios Brasileiros. *Reyes le contesta:*

EL SOBRE:

A RONALD DE CARVALHO. Urgente.
Antes que el barco nos lo lleve.
En la calle de San Clemente
Número cuatrocientos nueve.

LA CARTA:

Tus *Estudios Brasileños*
—geometría sutil—
dejan ver todo el Brasil,
siendo anteojos pequeños.
Les sacrifico mis sueños:
los leo de gallo a gallo.
Hallo que me gustan. Hallo,
en esta Segunda Serie,
toda tu gracia y tu serie-
dad, Ronaldo de Carvalho!

Como le objetara un amigo que eso del gallo no venía más que a dar una consonante al muy portugués empleo del "hallo" (acho), *Reyes se defendía diciendo que también en el Poema del Cid se mide el tiempo siempre con referencia a los gallos; de gallo a gallo, vale: de una a otra aurora, los días con sus noches.*

Río de Janeiro, 1931.

II

A Nicolás Rangel, por sus **Nuevos datos para la biografía de José María de Heredia**

José María de Heredia
gana doblada merced:
ayer fue Chacón y Calvo,
hoy es Nicolás Rangel.
(Nicolás Rangel ya sabe
lo que yo siento de él,
ni es fuerza que se lo diga
con letras en un papel.)
El cubano mexicano
cantor del Teocali, el
cantor del Niágara, el mismo
que fue tío del francés,
está de plácemes: ¡tantas
plumas tejen su laurel!

Río de Janeiro, 1931.

III

Para agradecer a José de J. Núñez y Domínguez su **Bolívar y México**

Gracias, Vate Núñez, gracias
por el libro y el recuerdo:
éste lo he guardado intacto
y el libro lo estoy leyendo.
La campana de la historia
da un claro toque patético:
el cometa de Bolívar
entra en el cielo de México.
(El cometa de Cortés
fue por los Mil y Quinientos:
a tres siglos se responden
las consonantes del cielo.)
Gracias, Vate Núñez, gracias
por el libro y el recuerdo.

Río de Janeiro, 1931.

IV

Para agradecer a Pedro Salinas su libro de poesía Fábula y Signo

Por la mañana me persigno
y por la noche me encomiendo,
y todo el día estoy leyendo
Fábula y Signo.
¡Oh momento único y digno
de aplicar el "ambo" y el "sendo"!
Ambos a dos, Salinas, recuerdo y poesía,
abrieron sendas sendas dentro del alma mía.

Río de Janeiro, 1931.

V

TRIOLETE

Para agradecer a Jean Cassou el envío de su libro Sarah, *que llegó después de otros dos o tres libros del mismo autor*

Como juega el calidoscopio
juega tu amistad con la mía:
a nueva sorpresa por día,
como juega el calidoscopio.
Sarah vuelca el cofre, y yo acopio
luz y calor y fantasía.
Como juega el calidoscopio
juega tu amistad con la mía.

Río de Janeiro, 1931.

VI

Para agradecer a Francis de Miomandre su poema Caméléon

L'un a connu la Salamandre
et l'autre le Caméléon:
Benvenuto Cellini et mon
ami Francis de Miomandre.

Río de Janeiro, 1931.

VII

Obsequio de un carnet a Madame Barcianu, novelista, diplomática y pintora rumana, que vive por aquí cerca

PETIT carnet, mieux que mon âme
tu connaîtras le bonheur, si
tu vas près d'ici, chez Madame
Barcianu: Pars vite! Obéis!

Río de Janeiro, 1931.

VIII

A Francis de Miomandre, para agradecerle su libro de poemas en prosa **Samsara**

Adivinanza

¿QUÉ SERÁ? ¿Qué no será?
Asoma y pasa y se va.
¿Quién me lo adivinará?

En el filo de la vida,
una Eurídice dormida.
¿Quién me lo adivinará?

Oh abismo, tú eres la ley:
Panta rei, panta chorei...
¿Quién me lo adivinará?

Razonable sinrazón,
música que hurta el son
al tiempo que lo prodiga,
flor sin tallo y sin espiga:
¿Qué será?
Solución:
Samsará!

Río de Janeiro, 1931.

IX

Para agradecer a Salomón Wapnir su libro A izquierda y a derecha

BIENVENIDO con las dos manos
tu libro *A izquierda y a derecha:*
garzas, tórtolas y milanos,
a cada uno hay una flecha.

A unos toca de costado
y a los otros de refilón.
Yo soy el más afortunado:
la recibo en el corazón.

Río de Janeiro, 1931.

X

Para agradecer a Carlos Pellicer sus 5 poemas

ABIERTAS flores, galas del manojo,
frutas que esencias dan y sudan gomas:
tómalas y no cuentes las que tomas,
que, siendo para ti, no me despojo.
Mi ofrenda vegetal —mieles y aromas—
en pago a tus racimos de palomas.—
Hoy, para Carlos, en el cesto escojo
el higo azul y el ahuacate rojo.

Le hicieron decir a Reyes que eso del "higo-azul" sonaba al Iguazú y contestó: —¡Tanto mejor! Carlos es el poeta del Iguazú.

Río de Janeiro, 1931.

XI

Para agradecer a Bernardo Ortiz de Montellano su Primero sueño

POR EL Consulado abajo,
tus caballos de madera:
arco de flores —y un gajo
de cielo de primavera.

El sombrero —y la sombrera
que tiende, al sol de la tarde,
donde ande López Velarde
entre romeros (tomillos),
y entre cirios amarillos
se nos muera y se nos muera. . .

Río de Janeiro, 9 de enero, 1932.

XII

Para agradecer a Xavier Villaurrutia sus Dos nocturnos

PUNTO —y Xavier de cristal.
(Que viene después del punto
lo diáfano del asunto:
lo diáfano, y lo final.

En los *Nocturnos* es tal,
que crece de transparencia,
y el humo de la conciencia
se cuaja en aire mejor. . .
¡Éter! —Si no fuera por
la voz, ronca de impaciencia.)

Río de Janeiro, 1932.

XIII

Para agradecer a Francisco Monterde su Proteo, *y pensando en su fábula*

¡OH FLUIDEZ! Haber vivido
es ser tósigo y ser triaca:
la mano derecha saca
lo que la izquierda ha metido.
¡Oh qué malabar lucido
que, en prestidigitaciones,
Proteo, a pares y nones
juega máscara y virtud,
sin ver que pierde en salud
lo que gana en ovaciones!

Río de Janeiro, 1932.

TU NOMBRE

Las flores, que se abren solas,
dicen tu nombre
Las granadas que revientan
dicen tu nombre.
Y dondequiera que salta
—libre— la naturaleza.

Río de Janeiro, noviembre, 1931.

INSOMNIO

La cítola en el molino
toda la noche cantaba.
—¿Qué pájaro como éste?
—le dije a mi alma—
¿Qué pájaro como éste,
que canta cuando trabaja?

Teresópolis, 20 de noviembre, 1931.

A RÍO

En un abanico

¡Oh, mi San Sebastián de Río de Janeiro!
¡Cómo me vas gustando, cómo te voy queriendo!

Porque yo no sabía que eras Última Tule,
sola entre tus angélicas aguas, verdes y azules.

Y al alivio de aquella hora gustosa y blanda
en que tu gente sale desnuda y entra al agua,

se me iban en vaho los afanes y empeños,
y me sentí cuajado en el cristal de un sueño.

¿Qué hacer con tu palmera y con tu estrella,
sino jugar a cuál es la más bella?

Luz ya sin fin y paz ya sin objeto:
todo te hallas en ti, como el contento.

¡Oh, mi San Sebastián de Río de Janeiro,
cómo te voy queriendo!

Florón de luz que cambia cuanto dura,
un Ave Fénix tu corazón se me figura.

Esmalte leve, a fuego y a sol, de mariposa,
pavo real, tu naturaleza abre la cola.

Y va la oxidación feliz de cinco siglos
por tu historia de espectro solar en abanico.

Río de Janeiro, 1931.

A MANUEL MORENO-SÁNCHEZ

y sus Notas desde Abraham Ángel

I

Moreno-Sánchez, ¿qué haremos
de la pintura, a no ser
que la dejemos vencer
los dos ojos cuando menos?
O que vencer la dejemos
plano, diseño y color
y —sorbida en el calor
del alma que la fecunda—
ser Galatea segunda
con otra vida mejor.

II

Érase un niño. Pintaba
con su tierra mineral.
La tierra, como leal,
dicen que se le entregaba...

(Toca con temblor la aldaba
Moreno-Sánchez: no sea
que surja la Galatea
cargada en luz de la muerte,
y a su vez te deje inerte,
fulminado por la idea.)

Río de Janeiro, 8 de agosto, 1932.

DISCULPA AL *BODOQUE*

—grupo literario que usaba seudónimos en lengua india— por no concurrir al banquete-aniversario de su primer "cacique" Rafael Pinheiro, en que sería simbólicamente inmolado Annibal Bomfim.

SIN SENTAR jurisprudencia,
para que nadie la invoque,
quiero —amigos del BODOQUE—
pedir perdón de mi ausencia.
Es mi excusa una dolencia
muy difícil de rimar,
como no vaya a buscar
consonantes en "Sergipe":
mi mal se llama la *gripe;*
mi remedio es ayunar.

¡Oh RAFAEL devorado
que entre los espectros vagas!
Caciques, Piagés y Piagas
evoquen hoy tu reinado
—y guárdenme algún bocado
(o que sobrar para mim)
del grande ANNIBAL BOMFIM
que hoy será guisado y frito:
que también tiene apetito,
y es vuestro,

IAPUCANIM.*

Río de Janeiro, 1º de septiembre, 1932.

* Quiere decir: "El risueño".

LOS PAÚLES

De una carta a Paul Morand

EN LA Poética Suma,
como sin darle importancia,
los Seis Paúles de Francia
se me vienen a la pluma:
si Verlaine es todo espuma,
Claudel fuego, y Valéry
cristal, y Fargue benjuí,
y Éluard literatura,
Morand, queda la flor pura
para apellidarte a ti.

Río de Janeiro, 20 de septiembre, 1932

A RICARDO E. MOLINARI,

poeta argentino y artista de la edición —autor del Imaginero, El pez y la manzana, *el* Panegírico—, *para agradecerle el obsequio y la dedicatoria de su poema* Delta

I

LLAMAN: —un libro, un amigo,
los dos de igual calidad.—
Al uno le digo: "Entrad",
y al otro: "Empezad", le digo.
—Molinari, si contigo
he de poder departir,
ya no me importa el morir
ni me asusta el fuego eterno,
que también en el infierno
anda el Demonio Elzevir.

II

Alfa, Beta, Gama, Delta:
tiro las letras al río,

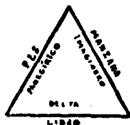
y que me las traiga fío
con la marea de vuelta.
Cada una es onda suelta
—Eta, Zeta, Iota, Kapa—.
Conforme el agua las tapa,
las vierte sobre la vega,
y así —del Alfa al Omega—
se rehace todo el mapa.

III

Pero lo mejor del cuento
—Ómicron, Ró, Sigma, Táu—
está en que, sin decir: "¡Miau!",
"¡Agua va!", "¡Sus!", "¡Guarda!", "¡Atento!",
cambia el río el movimiento
y en una letra se afianza,—
y esa letra es la esperanza
de tu poema (del mío),
porque el delta es para el río
lo que el escudo a la lanza.

IV

Te quisiera agradecer
con todo el abecedario,—
con todo el río: rosario
que echa cuentas a correr.
Y tengas hoy como ayer
—para no hablar de mañana—
en libro, en *pez*, en *manzana*
—*delta* del *imaginero*—
la fe con que tu severo
panegírico se ufana.



Río de Janeiro, septiembre, 1932.

PASO A NIVEL DE GENARO ESTRADA

(Libro con algunas erratas ¡como todos!)

¡Qué envidia de poseer,
igual que Genaro Estrada,
una desinteresada
virtud, un modo de ser
libre del acontecer,
de "anankes" y de "mahtubes"!
Porque tú, Genaro, subes
burlando la gravedad,
y tu libro es en verdad
Paso a nivel... de las nubes.

No amargan tu buen humor,
oh ejemplar Genaro Estrada,
Secretaría, Embajada,
penas, amor ni rencor.
Tú cantas, tú eres mayor
que el acto de cada día.
Valiente quien desafía
con un *sí* todos los *noes*.
¡Oh historia, tú nos corroes!
¡Tú nos salvas, poesía!

(La errata no te atosigue,
no te duela su punzada;
pues sabrás, Genaro Estrada,
que aunque la vista se obligue,
el espíritu no sigue
la letra sino la idea
—sino la sangre— y sortea
cada *u* cambiada en *ene*,
porque el espíritu tiene
libre estrada en que campea.)

Río de Janeiro, 15 de junio, 1933.

NUEVO DIÁLOGO DE JULIETA Y ROMEO

Álbum de Aurora Díaz Paúl

A LONDRAS cantan, y ya
U n ansia de amanecer
R emece la noche y da
O ro y plata y rosicler.
R espóndeme: ¿Quién será?
—A urora ¿quién ha de ser?

Santiago de Chile, 11 de septiembre, 1933.

A RICARDO E. MOLINARI

por su poema Una rosa para Stefan George, *con un dibujo de Federico García Lorca*

HOY es día de gracia suma.
¡Gracias, rosa; gracias, pensil!
García Lorca con su buril
y Molinari con su pluma!

¡Hasta me parece una cosa
de adivinación
aquel verso de Juan Ramón:
"Sí, pero aquella rosa..."!

¡Qué bien va la espiga del nardo
con el ceibo gustoso y rico!
¡Qué bien se juntan Ricardo
y Federico!

Porque fuerza es que se me otorgue:
no cualquiera puede ser digno
de dejar la cruz con el signo
en la tumba de Stefan George.

Río de Janeiro, 31 de enero, 1934.

A IGLEA MACEDO SOARES,

enviándole un pandero de Carnaval, segundo que se le envía después del Carnaval del año pasado

GOZOSA entraña el pandero
(más discreta que la mía,
que me acosa todo el día),
late sólo cuando quiero.
Hoy sirve de mensajero
para darte la señal
de una inclinación leal,
tan ancha de corazón
que alarga la pulsación
de uno a otro Carnaval.

Río de Janeiro, Martes de Carnaval, 13 de febrero, 1934.

EN CABO ROTO

HACE siglos que procu-
la roca del Corcova-
dejarse caer de bru-
para bañarse en el a-;
y aunque el mar le abre los bra-,
tan clavada está en el sue-
que no logra alzar el vue-:
así ando yo por la vi-,
tan pegado a la menti-
que mis burlas son mis ve-.

Me dicen que el Pan de Azú-
endulza del mar la ta-;
yo digo que nadie sa-
si es amargura o dulzu-
Pero lo que ofrece du-
es que el terrón no decre-,
y es que en eso se pare-
a mi amor y a mi fati-,
que por más que tú me hosti-
yo sigo mi centine-.

El Dedo de Dios relu-
en el sol de la maña-.
¡Bien haya el Dedo y bien ha-
la sentencia que dibu-!
La sentencia dice mu-
a quien entenderla pue-:
dice que este mundo es gue-
en que gana el que persi-;
por eso, aunque tú me hosti-,
yo sigo mi centine-.

Hago hablar las rocas mu-
que cercan a Guanaba-,
para arrojarte a la ca-
tu desdén inicuo y du-.
Mas no te llenes de orgu-,
porque equivocarte pue-:
sólo Dios y yo sabe-
lo que en ello hay de menti-:
ya te lo dije al princi-,
que mis burlas son mis ve-.

Río de Janeiro, 1934.

DÉCIMAS EN ACRÓSTICO

para una niña peruana: "A Margarita Ulloa Elías"

A UNQUE muy de "tierras lejas",
M argarita, quiero aquí
A consejarme de ti
R evelándote mis quejas.
G anarás, si así me dejas
A provechar la distancia,
R imas que, en su consonancia,
I miten mi voluntad,
T erca en la dificultad,
A trevida en la constancia.

U na niña del Perú
L ocos afanes traía,

L o que la niña pedía
O jalá lo entiendas tú:
A cabar un verso en *u;*
E nmendar, cerrando un ojo,
L os pies de un poeta cojo;
I mponerle, en fin, con tretas,
A crósticos por muletas.—
¿S abes si logró su antojo?

Río de Janeiro, 12 de marzo, 1934.

PARA AGRADECER

a Genaro Estrada sus **Senderillos a ras**

GENARO andando en España,
un libro se le cayó:
se le cayó de maduro,
como la fruta en sazón.

¡Oh, qué fiesta en las veredas
y en los senderillos,
cuando Genaro decía
sus versos sencillos!

Guetaria, Zumaya, Córdoba,
Málaga, Ronda y Toledo,
San Sebastián y Behovia,
Toro y Aranda de Duero,
también San Fernando y Cuenca
y Jerez de la Frontera,

lo vieron pasar alegre,
por los senderillos,
cuando Genaro decía
sus versos sencillos.

Málaga disuelta en aire,
Ronda y su campo sombrío,

los altos chopos de Cuenca,
Toledo suelta en el río,

Córdoba deshecha en luna;
ola y sardina y manzana
y viento en San Sebastián
—que flechas le hinca y arranca—,

y entre flores de Aranjuez,
grave silencio español,
y por Zamora y Aranda
la gloria, que es "polvo y sol";

y el caballito de sal
y la barquita velera,
y hasta el cielo amontillado
de Jerez de la Frontera,

lo oyeron cantar, lo oyeron
por los senderillos,
cuando Genaro decía
sus versos sencillos.

—"Madre, llévame a la feria:
Maese Genaro canta."
—"Hija, no te acerques mucho:
tiene anzuelo en la garganta."

Río de Janeiro, 11 de abril, 1934.

PARA UN MORDISCO

Propio camaleón de otros cielos mejores,
a cada nueva aurora mudaba de colores.

Así es que prefiriera a su rubor primero
el tizne que el oficio deja en el carbonero.

Quero decir (me explico): la mudanza fue tal,
que iba del rojo al negro lo mismo que Stendhal.

Luego, un temblor de púrpura casi cardenalicio
(que viene a ser también el tizne de otro oficio)

se quebró en malva y oro con bandas boreales,
que ni el disco de Newton exhibe otras iguales.

Es muy de Juan Ramón esto de malvas y oros,
o del traje de luces de un matador de toros.

Y no sé si atreverme, en cosa tan sencilla,
a decir que hubo una "primavera amarilla",

con unas vetas verdes, con unos jaspes grises
en olas circunflejas como en el mar de Ulises.

¡Ulises yo, que apenas de Caribdis a Escila
—de un vértice a un escollo— saciaba la pupila!

Porque como es efímero todo lo que es anhelo,
el color se evapora y otra vez sube al cielo,

y ya sabemos que poco a poco se va
aun la marca de fuego de la infidelidá.

Y se acabó la historia.—Tal era la mordida
que lucía en el anca mi querida.

Río de Janeiro, 12 de julio, 1934.

6

MÉXICO, RÍO Y EL PLATA
[1935–1937]

I

Para el libro de Monina, Libros en la Mesa

MEDICINA para el sano
sin almirez ni alquitara:
Libros en la mesa, para
cuando la frente en la mano.
Este galeno galano
brinda la triaca mejor,
que para quien pena por
la falta de un compañero,
los libros son los primero.
(¡Claro! después del amor.)

II

Para el libro de Monina, Poesía y Realidad

UNA misma melodía
cantada en distinta edad:
aprender — *Realidad,*
desaprender — *Poesía.*
Que hoy disfrute a saciedad
cada flor y cada ave:
mañana, como la nave
de Molinos, ya en el puerto,
recoja el velamen muerto
y abandone lo que sabe.

III

Para el libro de Monina, Historia Menor

MUSA de comba y de aro
la de la historia menor,

toda es juegos, y no es raro
porque anda en la edad mejor.
Monina con el primor
de los ojos la convida,
y las dos van por la vida
en fiesta de colegialas,
como si fueran dos alas
de una sola flor partida.

México, enero, 1935.

A MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

por su "Fantomima Jitanjáfora" **Émulo Lipolidón**

ÉMULO Lipolidón,
gallardo retozo estético
de bigotuda sintaxis
y apellido farmacéutico;
ungüento para el costado,
para el torozón ungüento,
y también para pulir
los marcos de los espejos;
pasta de lustrar el sable,
mantequilla de coquetos
que almi —las pecheras— dona
de los pasados perfectos:

¿Quién te viera y quién te vio,
hoy en teatro sintético,
de noches y de gallinas
tajos dando en los pescuezos?
A mí que doy en bogar
donde no me sirven remos,
me trajiste un cuarto de hora
muy gustoso y "rabelero",
que no hay "Rabel" como el "ais",
ni Asturias sin pastoreo.

Río de Janeiro, 9 de enero, 1936.

A MIGUEL N. LIRA

Para el Álbum de su Editorial Fábula, que publicó el libro de Reyes Otra Voz

FÁ cil es que un impresor,
BU ceando en las matrices,
LA bre páginas felices,
PROS cribiendo todo error;
PE ro que alcance el primor
RE gio que en Stols se mira,
Y cual Miguel N. Lira,
PER feccione aun lo excelente,
DU do que sea frecuente,
RE conozco que me admira.

Río de Janeiro, 5 de agosto, 1936.

AQUÍ

comienza el popular romance de Victoria en el Mar del Plata, que dice así:

MAR del Plata y mes de enero,
cuando las grandes calores.
Sale a paseo Victoria
con sus cuatro entrenadores.

El uno le habla de guerras
y el otro le habla de amores,
y el tercero, como niño,
le corta y le junta flores.

El cuarto nada decía,
que iba recordando, porque
en otras tierras dejaba
su alegría y sus dolores.

—"¿Por qué callas y no escuchas,
ni te quejas, ni das voces,
ni dejas salir del pecho
ni tus penas ni tus goces?"

—"Tú no lo sabes, Victoria;
Victoria, tú no conoces
lo que es andar por el mundo
peregrino entre los hombres."

Victoria nada decía,
viendo lo que le responden.—
De lejos, temblaba el mar,
en la luz del horizonte.

Mar del Plata y mes de enero,
cuando las grandes calores,
sale a paseo Victoria
con sus cuatro entrenadores.

Tréboles le brinda el campo
y espadañas como estoques;
diamantes de voluntades,
todos los que la conocen.

La Reina de la baraja
va entre sus triunfos y honores:
los diamantes, las espadas,
tréboles y corazones.

Mar del Plata, 17 de enero, 1937.

LA CANCIÓN DEL EQUIPAJE

Para Bitácora, *revista de los más jóvenes*

No todo ha de ser vivir,
y vivir para jamás cantar.

Era, pues, un nuevo equipaje,
que cantaba al hacerse al mar.

La nave, como era tan leve,
partía por la vertical.

Los que se quedaban en tierra
no se lo van a perdonar.

"¡Suba el que quiera!" —gritan ellos,
pero el recelo puede más;

y aunque muchos los envidiaban,
no se querían arriesgar.

Que aunque hay Islas Afortunadas
y muchos reinos que buscar,

también hay Mares Tenebrosos,
caníbales y lo demás.

¡Mejor es largar las amarras
y que nos dejen ir en paz!

Esos que cuentan con los dedos
¡que nos dejen en paz!

Quédense ahí con sus disputas,
con su rabia y su porfiar.

Después de todo y a la postre,
no los vamos a contentar.

Porque está más allá del sueño
lo que queremos conquistar;

está más allá de la noche;
está más allá

de las manos y de los ojos;
está más allá

de los espacios y los años;
está más allá

de las raíces y del humus;
está más allá

de las lágrimas y la sangre;
está más allá.

Buenos Aires, 25 de marzo, 1937

SÁTIRA

de las Armonías de Bastiat

¡Armonía natural
que reina en mi gallinero:
cada vez que canta el gallo,
pone la gallina un huevo!

Buenos Aires, 26 de marzo, 1937.

SÁTIRA DEL SISTEMÁTICO

Dice el bobo:

Yo quiero mirar el mundo
por aquel agujerito:
como estará más redondo,
parecerá más bonito.

Buenos Aires, 27 de marzo, 1937.

RECUERDO

País, el de mis recuerdos;
tiempo, la hora mejor.—
Eran Amalia y Otilia
jugando en el corredor.
Las peinaban con el pelo
liso en el "abarcador"
o con trenzas tan tirantes
que les causaban dolor
y aun les rasgaban los ojos
a la moda del Japón.
Andaban con medias negras
y botitas de botón,
el tinte medio dudoso
entre bronce y tornasol;
y jugaban con el aire,

con el agua, con el sol
y a cortar con las tijeras
los papeles de color.

Los señores todo el día
se vestían de chaqué,
bastón y sombrero alto
y botines de glacé;
agua-florida al pañuelo;
plastrón, leontina y rapé.
La luz, velas de estearina;
las camas, con rodapié.—
Todavía se acentuaba
—por la escritura se ve—,
con la disyuntiva *ó*,
la copulativa *é*.

Buenos Aires, 25 de abril, 1937.
Versión corregida.

7

MÉXICO, RÍO Y MÉXICO
[1938–1947]

A MERCEDES JUNCO

QUIERO de Mercedes Junco
sumar las gracias aquí,
más que afortunado si
no dejo el sumario trunco.
Mi fin se reduce en un co-
mienzo, y el comienzo *(apud*
Platón, que da en plenitud
la síntesis que persigo),
en dos palabras lo digo,
que son: belleza y virtud.

México, 13 de abril, 1938.

HUMORADAS PARA AUTÓGRAFOS

AUNQUE a mí me llaman loco,
yo me río para mí.
¡Ojalá que llueva un poco,
a ver si así. . . !

¡Tanto me ha dicho la gente
que me voy a arrepentir!
Y yo, tan alfonsecuente,
me lo he dejado decir!

Por mucho que me acautelo,
la muerte mis pasos mide:
¡Echo un nudo en el pañuelo,
no se me olvide!

Río de Janeiro, 25 de octubre, 1938.

¡POR FAVOR...!

BRASIL ¿me das a la moza
que ha tiempo he dado en querer?
(El Brasil me la prestaba,
no me la quiere ceder.)
Mira, Brasil, que de siempre
fui tu devoto y fiel;
mira bien que te he tratado
en verso y en prosa, y que
la historia del Rey Candaulos
en mí se cumple otra vez;
que tanto en mi tierra dije
y tus gracias alabé,
que todos con mucha envidia
te han querido conocer:
sólo abandono la plaza
porque otros piden la vez.

Brasil ¿me das a la moza
que ha tiempo he dado en querer?
Mira que si me la niegas
enloquezco, y yo no sé...
La espada de mis mayores
descuelgo de la pared,
y entro a tajos por el mundo
como el que se va a perder.
La pido por cortesía,
cédemela tú por ley.
No se diga que desoyes
a los que te quieren bien;
no se diga que no sabes
pagar y corresponder;
no se diga que me pierdo
por culpa de una mujer.

Río de Janeiro, 1938.

CRISIS

OJOS de azúcar quemada,
no te quiero ver sufrir.
Boca diminuta hecha
de pellizco y de mohín,
no te quiero ver sufrir.
Como saltaba tu cuello
en un ahogo sin fin,
dos tórtolas asustadas
se te querían salir.
Ojos de azúcar quemada,
no te quiero ver sufrir.
Manos nerviosas, delgadas,
pies que temblaban así,
pequeños hombros redondos
que me llegan hasta aquí,
los taloncitos helados
y el vientrecito febril.
¡No te quiero ver sufrir!
¡No te quiero ver sufrir!

Río de Janeiro, 26 de octubre, 1938.

MEDIO SIGLO DE ÁLVARO MOREYRA

QUÉDATE, Álvaro, en tus trece;
es decir, en tus cincuenta,
que quien esta cuenta aumenta,
en vez de aumentar, decrece.
Y es que, quien mide una cuenta
(si es que Einstein no exagera),
según tarda o acelera
en más o en menos la estima.
Y el saldo es —según la rima—
el fruto de tu morera.

Río de Janeiro, diciembre de 1938.

CARA Y CRUZ DEL CACTO

A Carlos Pellicer, para agradecer su ofrenda botánica

I

CARA

EN LUGAR del olivo virgiliano,
la planta de cuchillo y de ganzúa,
y el árbol sirve de potencia y grúa
para izar por el cuello al hortelano.

¿Por qué brotan del suelo mexicano
la cólera, la víbora, la púa,
la espadaña que en pica se insinúa,
la garra en guante adentro de la mano?

Torva mitología nos espera,
y el crudo mineral nos solicita
más allá de la miel y de la cera.

Y la alquimia es adusta de manera
que la sangre en tezontle precipita
y sube en amarilla tolvanera.

II

CRUZ

NO ADMITE que se mueva ni se acabe
aquel solar misterio de infinito,
y el ojo que la mira de hito en hito
la purifica en oro verde y suave.

Así, serpiente reposada, grave,
hecha cristal de su primer delito,
sorbida por el cacto de su mito,
vacunada en su duelo con el ave.

En la tarde solemne, en el austero
valle tendido junto al ventisquero,
tan alto que la luz y el tiempo mudan,

Eva se inclina sobre el compañero
compadecida de su frente. Pero
la Serpiente y el Hombre se saludan.

México, otoño, 1939.—VS.

ÁLBUM

Fresca la rosa temprana
rompe en el amanecer,
ansiosa de ser mujer
para toda una mañana.
Hija de Justo Santa-Anna,
guarda tu perfume huraño
del aire del desengaño,
porque yo, sin ser un lince,
adivino que tus quince
sólo han de durar un año.

México, 27 de diciembre, 1939.

A VERDAD SABIDA Y BUENA FE GUARDADA

Para decir verdad, no aguanto a nadie,
y yo sólo respiro junto al mar.
Les dejo ahí mis trajes, lo que llaman "trapitos
de cristianar",
mi colección de pipas, de bastones,
de plumas-fuente, de láminas Gillette,
mi radio, los teléfonos en marcha,
el alquiler pagado,
la luz, el gas, los libros, las visitas,
los vecinos; les dejo el automóvil;
todo les dejo, a cambio
de una butaca al estribor

a donde cante el mar y pegue el sol.
Ya yo me arreglaré: déjenme en paz.
Sé muy bien lo que quiero cuando me quedo solo
Olvídense de mí, que yo me entiendo
en cuanto dejan de pedirme el alma
prestada para esto y para estotro.
¡Y ya me tienen harto,
y déjenme dormido junto al mar!

México, 30 de diciembre, 1939

A SYLVANUS GRISWOLD MORLEY

Despedida de Berkeley

SÓLO EN el nombre Silvano;
en el perfil, Don Quijote,
¡qué bien le acomoda el mote:
Quijote Californiano!
Otro no vi más urbano,
más sabio ni más cortés;
que al recordarlo después,
no se le alcanza la edad,
pues en breves horas es
Matusalén de bondad!

25 de mayo, 1941.

GRACIAS A S. G. MORLEY

por la fotógrafia a colores de Bolton y Reyes, en togas doctorales, estadio de la Universidad de Berkeley, 24 de mayo de 1941

LLEGA, Silvano, hasta mí
la imagen de los Doctores,
cuervo y faisán los colores:
ébano, armiño y rubí.
Ya tengo, gracias a ti
—para vivir advertido—,
el parangón desmedido

del sabio y del mentecato,
que es un consejo el retrato,
no un "engaño colorido".

México, 17 de junio, 1941.

ÁRBOLES

Los ÁLAMOS y los sauces,
los enebros, los encinos,
los robles, los abedules,
hayas, mangles, cedros, pinos...

Árboles, árboles, árboles,
parasoles de beduinos,
o policías formados
al borde de los caminos.

Trocad las hojas, los frutos;
equivocad los destinos,
que no es la pera en el olmo
cifra de los desatinos.

Que yo sé de algún rosal
que mudó rosas por trinos,
y sé de los italianos
que acaban en argentinos.

Cuando se nos canse Dios
de leyes, normas y sinos,
hará de los vinos panes,
hará de los panes vinos.

México, 22 de julio, 1941.

¡MUERA EL TABACO!

TORCER el cuello a la elocuencia,
desentenderse de la música,

desviar la mano a los amigos,
hacerse de la vista gorda,—
—son soledad acompañada,
son exhibición, son alivio,
son como un no querer queriendo:
voy a donde está y no la busco,
si te miro no te conozco—
media virtud untada en vicio,
ser y no ser, esencia floja
buena para la comistión,
como el faisán que se desprende
en punto de pata manida.

Pero aquello de "estoy a solas
y renuncio sin que lo vean",
y no a tesoros ni dorados
techos, ni cosas de lujuria,
sino a pequeños mecanismos
del hábito, de la inconsciencia,
como el negarse al parpadeo,
como impedirse los reflejos,
el tragar saliva, el rascarse
la picazón que deja el cínife,
el mover los dedos del pie
cuando molesta el calcetín,
el aprovechar el descuido
de la gente para arreglarse
el ángulo del pantalón. . .
¡éstas sí que son privaciones,
esto sí que es duro y heroico!
No es el aroma, no es el humo
—todo ese placer mentiroso,
cosas del siglo XIX,
tontería de los *pompiers,*
como lo es el imperialismo
de Kipling, cantor del habano.
No: lo profundo, lo terrible
es que falta algo en la mano,
en la boca y entre los dientes,

algo en que emplear el resuello:
¿Qué hago de mi respiración?
¿Qué hago de mis manos, qué hago
de mis narices, de mis labios. . . ?
Y una diminuta nidada
de inusitadas perversiones
comienza a pulular adentro
del hueco que deja el cigarro,
como intención, como invención,
como risa en la soledad.

México, 10 de julio, 1942.

A E. G. M.

en sus 50 años de médico

Poeta, médico y. . . poco
de lo que habla la opinión
(pues Demócrito y Platón
sienten que el poeta es loco).
El poeta está en el foco,
y en la penumbra el galeno.
Muy bueno, dos veces bueno,
si la triaca, por igual,
del cuerpo remedia el mal
y del ánimo el veneno.

México, 12 de mayo, 1943.

A EDUARDO VILLASEÑOR

banquero y poeta

No quites hilo ni añadas,
en esa malla que enredas
de las contadas monedas
y las sílabas contadas.
No discutas, no persuadas:
sigue tus gustos amenos,

y la envidia y sus venenos
no te amarguen o intimiden,
que son pocos los que miden
y los que premian son menos.

México, 23 de septiembre, 1943.

A JUAN MANUEL RUIZ ESPARZA

por su Desierto iluminado

DEL "desierto iluminado",
poesía y amistad
son soles que lado a lado
juntan mitad y mitad.
Llegad, sílabas, llegad
al desierto del papel,
y que luzca todo él
entre los rayos que flecha
cada verso, cada endecha
del segundo Juan Manuel.

México, 11 de octubre, 1943.

COMPLEJO

AMIGOS, dondequiera que voy me sigue un oso,
un oso que se ve con el rabo del ojo.
Ni soporta ser visto de frente, ni lo puedo
descubrir cuando quiero mirarlo en el espejo.

No se oyen sus pasos, porque van con los míos.
Es como una amenaza constante: es un testigo.
Nada busca; pero me tiene medio loco
saber que dondequiera que voy me sigue un oso.

México, 1945.

A E. G. M.

El alma en soledad está indefensa,
la ruta desconoce todavía:
todavía me pierdo en tan inmensa
desolación y en la quietud tan fría.

Amanezco a cantar, y la suspensa
canción se ahoga como en agonía:
yo no sabía que el dolor dispensa
de cantar y llorar, no lo sabía.

Si ayer me hacían las palabras fiesta,
y el ruido de la gente, compañía,
hoy pregunto sin voz, y no hay respuesta.

Enrique, pon tu mano con la mía.
Tú dijiste: —Callar, la ley es ésta.
¡Cuánta razón tu corazón tenía!

México, 1939. Sólo publicado en 1947.

8

[1948–1958]

MÉXICO *

Aparece Norma Micaela

PÁRVULOS escapados de la escuela,
ángeles en travieso torbellino
saludaban a Norma Micaela.

Al umbral de la puerta que se abría,
descargaba sus dones el destino
y la curiosidad se detenía.

Y eran un cuadro humano a lo divino
ella tendida y los cabellos flojos,
él con su aire de profeta chino.

Risas, besos y llantos y sonrojos
celebraban las fiestas paternales. . .
¡Loada sea la mujer de hinojos

en la sencilla ofrenda de pañales,
y loado el varón junto al pesebre
que fuma su cigarro en espirales!

Yo, poseído de gozosa fiebre,
quiero cantar a gritos mis loores,
aunque la coronaria se me quiebre
y luego me reprendan los doctores.

29 de septiembre, 1948.

* **En esta sección, versos inéditos o no recogidos antes: I.**

UN AÑO DE ANA FRANCISCA

TODOS los sufragios gana
        Ana;
todo el cariño confisca
        Francisca,
y a todos hace feliz
        Ruiz.

Adiós crisis económica
o hibridismo del maíz
u horror a la guerra atómica,
ante una carita cómica
de Anita Francisca Ruiz.

29 de octubre, 1949.

RECADO A SALVADOR NOVO

"AMISTAD intermitente"
ha llamado Salvador
a la de un viejo escritor
que se aísla de la gente.
Sea Salvador clemente
y considere el ingrato
que la vida es breve rato
para la pluma glotona,
y a cambio de la persona,
guarde consigo el retrato.

3 de marzo, 1950.

PALIERS

a Émilie y José Carner

CLARA imagen de Romania
en dos luces revestida,
deja encantado mi ánimo

y mi admiración vencida.
Musa de hablar en secreto:
díles a José y a Emilia
que el tiempo no los aleja,
la amistad no los olvida,
no los borra la distancia,
y mi corazón se obliga
a velar junto a los dos
compañeros de mi vida.

15 de marzo, 1951.

A AGUSTÍN MILLARES CARLO

que resolvió en versos latinos una consulta médico-erudita

Gracias te sean dadas, Millares Agustino,
aunque tenga que dártelas en román paladino
como el que usa el pueblo y usa cualquier vecino,
pues soy poco letrado y soy menos latino.

Quedaron encantados Purgones y Sangredos,
el Doctor Don Clisterio, Maese Aliviamiedos;
calaban el birrete, montaban los quevedos
y con grande alborozo se chupaban los dedos.

Se ha salvado el decoro de nuestra Facultad
merced a tus servicios y a tu latinidad.
Gracias te sean dadas.— Cultiva tu heredad,
bebe tu vino, guárdate, no olvides mi amistad.

22 de marzo, 1951.

A JOSÉ MORENO VILLA

por Los autores como actores

Para admirarte, José,
me bastó darte la mano,
porque el oro yo no sé

computarlo grano a grano.
Me importa el valor humano
sin disfraz ni afectación,
y "en llegando a esta pasión",
olvido principio y forma
y no conozco más norma
que el grito del corazón.

31 de marzo, 1951.

A JUAN MANUEL VILLARREAL,

en La Plata, por varias publicaciones

Claro ingenio y pluma fuerte,
Juan Manuel Villarreal,
tu *Burlador de la Muerte*
me ha deleitado al igual
que el *Fantasma*, el *Medallón*
y la *Transfiguración*,
Ojos de perro, el *Amante*
y hasta *Las uñas del Diablo*.
Aquí renuncia el vocablo
y atajo la consonante,
que, para celebrarlos con decoro,
habría que decir: "cuentos de oro".

21 de junio, 1951.

A DOLORES DEL RÍO

que me pidió un ejemplar de la Ifigenia cruel *con "dedicatoria expresiva"*

Tu soberana presencia
luz despide, esencia mana.
Tu presencia soberana
mana luz, despide esencia.
Entre dudas y temores,
se ingenia el alma y se afana,
se afana el alma y se ingenia

—¡ay, Dolores!—
por ver cómo se combina
la aspereza de Ifigenia
con tu tersura divina.
¡Ay, Dolores;
ay, Lolita!
Hijas de cielos mejores,
no conozcas tú la cuita
de abjurar de tu corona,
como la pobre proscrita
de mi cuento,
que escapa de su persona.
Mas que conozcas intento
que uno como dulce aliento
de paz, aunque tú lo ignores,
baja de tu ser al mío,
¡ay, Dolores
del Río!

Agosto de 1952.

A MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

por sus páginas sobre "el patagón" y la métrica de la Biblia

YO QUE no soy "patagón"
—jactancias del "pie pequeño"—
ni he practicado jamás
la métrica del hebreo,
a celebrar me dispongo
y a felicitar me ofrezco
a María Rosa Lida
de Malkiel, en su Año Nuevo.
Le mando en esta "postal",
como justo rendimiento,
la imagen del *belvedere*
donde recogerme suelo,
arriba de mi azotea,
donde alcanzo a ver el cielo
y donde algunas vecinas

me avisan con el pañuelo
que ya se acaba diciembre
y que ya comienza enero.

27 de diciembre, 1952.

AL ABATE J. M. G. de M.

(a consonante forzada)

Yo, QUE ayer fui diplomático,
aunque un tanto morganático,
y hoy las doy de catedrático
de lo español y lo ático,
temí parar en maniático
entre el trajín burocrático,
y huí, como del tifo exantemático,
del trato chirle y del estilo enfático.

¡Ay Abate magnífico y simpático!
Es dura la pensión del diplomático:
él llora siempre su destino errático
y, para que le sea más umbrático,
la Superioridad, monstruo miasmático,
le acorta el pienso y le recorta el viático.

19 de marzo, 1953.

A MAX AUB,

por su perplejidad ante los parecidos familiares entre dos generaciones

¡OH MAX, oh Max, oh Max!
Si el tiempo está al revés,
será que dio el carcax
la flecha obtusa, pues

la flecha de Zenón,
(usted ya me comprende)

vuela, pero pretende
volar sin impulsión.

¿Que si mi nieta explica
los rasgos de mi faz,
los crea, los duplica
o bien los deja en paz?

El raro paradigma,
nacido antes que yo,
enreda con su enigma
las flechas del reló.

4 de agosto, 1953.

A MI AHIJADA

Melisa Rosa

Nombre de abeja, Melisa,
y Rosa, nombre de flor:
virtud habrá en tu sonrisa,
y en tu alegría, calor.
Harás un mundo mejor
dentro de tu pensamiento;
vivirás en el contento
de sentirte tan cabal,
que aun los intentos del mal
vencerás al solo intento.

Quiero para tu existencia
el coraje de vivir:
ni el temor del porvenir,
ni menos la indiferencia.
Tus padres te den la ciencia
de andar por el mundo, y
aprende a escucharte si
necesitas de consejo;

mas si lo quieres de un viejo,
Rosa, acuérdate de mí.

22 de julio, 1953.

EL TIEMPO DE PROTROMBINA

(Impresionaron al P. Alfonso Méndez Plancarte ciertos análisis médicos a que estaba yo sometido, y me dio este pie forzado)

Padre Alfonso, Padre Alfonso,
te diré lo que sabía,
que muchas cosas suceden
sin que nadie las impida.
Pues hete que los políticos
andan a la rebatiña
porque dicen que no dicen
lo que dicen que decían.
Hete que casi revientan
de embustes los periodistas,
y no hay respeto al decoro
de vecinos y vecinas.
Hete que anhelar la paz
resulta cosa dañina,
y el bien social se revuelve
entre no sé qué malicias.
Hete que los mozalbetes
la gramática descuidan
y se vuelven escritores
por artes de brujería.
Ayer, cuando yo era mozo,
las cosas eran distintas,
que aunque siempre ha habido fraudes
y siempre hubo mentiras,
ayer el mal cabalgaba
a caballo o en berlina,
en bicicleta a lo más,
nunca en máquina más viva,
y hoy el mal circula en auto,
en aeroplano camina,

anda en cohete de chorro
y en radio se comunica.
Éramos ayer tan cándidos
como la virtud quería;
hoy no, que vivimos en
el tiempo de Protrombina.

Padre Alfonso, Padre Alfonso,
tú que los libros practicas,
ayúdame a descifrar
esta nueva algarabía;
tú que al bien te has consagrado,
bríndame la medicina
para llevar con paciencia
tanto enredo y tanta insidia;
tú que, sin darlas de santo,
en la gracia te iluminas,
mándame un rayo furtivo
que me encienda una sonrisa.
Ayer yo miré con sorna
lo que hoy contemplo con ira,
tal vez porque los resortes
se me han gastado en la lidia.
La consabida "inquietud
de la época" me irrita,
porque me parece sandia,
por Dios, esta consabida
inquietud; y el "dinamismo"
y toda la bobería
moderna sólo han logrado
sacarme de mis casillas.
Ayer tanto disparate
la verdad, me divertía,
aunque eran tiempos mejores
que daban tiempo a la risa,
daban tiempo a los solaces
y a las doctas disciplinas,
a las sabrosas lecturas,
a las charlas divertidas.

Hoy el tiempo, Padre Alfonso,
es otro, es tiempo de cuita,
porque hoy vivimos en
el tiempo de Protrombina.

28 de julio, 1953.

A MARGARITA Y A MANUEL TOUSSAINT

en sus Bodas de Plata

De Margarita y Manuel
las hazañas contar quiero,
hoy que su Luna es de Plata
y echa barbas Himeneo.

Penélope-Margarita
labraba el manto con celo,
mientras sorteaba sirtes
su Manuel (o su Odiseo),
que, entre Caribdis y Escila,
presa de tumbos siniestros,
por el mar de la salud
bogaba que daba miedo.

Vuelve a los brazos amantes,
vuelve al suspirado techo,
vuelve a los huérfanos libros,
vuelve a los papeles huérfanos;
sigue levantando entonces
el edificio severo
donde sus timbres registran
las Nueve Musas de México.
La Catedral reconstruye
como haciéndola de nuevo;
pide a la ciudad vetusta
sus actas de nacimiento;
de cinceles y pinceles
nos va dictando el secreto,

y es mago que un mundo evoca
y lo saca del sombrero.

Doña Margarita, en tanto,
bordaba el manto con celo,
porque aquí días y noches
se daban a igual empeño
y no había para qué
ir deshaciendo lo hecho.

Manuel, constante Manuel,
recuéstate en ese pecho:
bien merecen tus afanes
recoger tan dulce premio.
Junta a tu cara de bronce
la blanca faz de tu dueño:
Anch'io sono pittore,
y así retrataros quiero:
tú, con tus ojos de lince;
ella, los ojos de ensueño;
tú, dibujando un palacio;
ella, bordando un pañuelo;
una rueca, un facistol,
un abanico, un tintero...
y arriba, un vuelo azulado
de los númenes domésticos.

Penélope-Margarita:
¡vítor! Manuel-Odiseo:
¡vítor! La Luna es de Plata
y echa barbas Himeneo.

8 de septiembre, 1953.

A SALVADOR NOVO

por su discurso ornitológico en la Academia

No, NI la "calandria triguera"
de la Egipcíaca María

trinaba de mejor manera.
¡Venga esa mano: ésta es la mía!

17 de febrero, 1954.

AL POETA DE "GIRALUNA"

GLORIA de Andrés Eloy Blanco
—un Bolívar de perfil—,
que ayuda a pasar las Mil
Noches y una Noche en blanco.
El verso salta el barranco
de una aurora en otra aurora,
y al amanecer ya es hora
de oír de nuevo el profundo
himno con que ofrece al mundo
su promesa bienhechora.

Pues ¿qué promete el poeta?
Nos dice el amor y el mar,
la tierra y el cielo al par,
la esposa, la prole inquieta,
la madre inmóvil. Secreta-
mente nos dice al oído
que no hay empeño perdido
en el empeño del bien,
y el triunfo será de quien
convierta en canto el gemido.

Lejos del suelo natal,
toda la familia humana
es suya, porque la hermana
en una nobleza igual:
leño que huye el temporal
arrimándose al convoy.
Y yo a confesarle voy
que envidio hasta sus dolores,
porque los vuelca en fulgores
la gloria de Andrés Eloy.

Navidad de 1954.

A FERNAND BALDENSPERGER,

enviándole un folleto, para agradecer su dedicatoria en verso sobre 'Denina'

A BALDENSPERGER, el Maestro,
mago de las literaturas,
a cuya frente acude el estro
en caricias, no en mordeduras.

20 de abril, 1955.

A MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL,

que jugaba con temas y metros de Sor Juana

MARÍA, Rosa y Estrella
—¡qué radiosa trinidad!—
prestan su radiosidad
para alumbrarme con ella.
Si Sor Juana se querella
de quien hoy la desafía
cantando en su compañía,
díganle al punto a Sor Juana:
—No es tu rival, es tu hermana,
Estrella, Rosa, María.

22 de febrero, 1957.

PARA JOSÉ BERGAMÍN

y su

Cancionerillo del duende

MAESTRO del aforismo
que gota a gota derramas
cuanto tu filosofía
ha acendrado en epigramas:

al regusto de la miel
y de la abeja en las alas,

son más justas tus verdades
y tu ciencia más galana.

Perdón haya el aguijón
que como jugando clavas,
si hay perdón para el acierto
que es, en fin, una estocada.

Al revuelo de tus coplas
y con andaluza gracia,
parece que abres y cierras
los donaires de la capa.

Marcial con las banderillas,
si Séneca con la espada,
y al cabo Juan Español
en el resuello y el alma,

¡vítor José Bergamín,
que el mexicano te alaba,
donde se juntan dos sangres
de valor y de templanza:

una en guerra con la otra,
pero en pugna que es alianza,
porque no quita la una
cuanto la otra declara:

—lo cortés y lo cuauhtémoc,
como tú lo bautizabas!

México, junio, 1957.

A MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL,

que andaba entre mis libros a la vez que leía a Alfonso el Sabio y a otros de sus autores

PRENDA de María Rosa,
de su pluma y de su labio,

correspondo a su gustosa
misiva con emoción,
que, sin ser Alfonso el Sabio,
soy el de la soledosa
recordación.

22 de marzo, 1958.

III

IFIGENIA CRUEL

POEMA DRAMÁTICO

[*1923*]

BREVE NOTICIA

A diferencia de cuantos trataron el tema desde Grecia hasta nuestros días, supongo aquí que Ifigenia, arrebatada en Áulide por la diosa Artemisa a las manos del sacrificador, ha olvidado ya su vida primera e ignora cómo ha venido a ser, en Táuride, sacerdotisa del culto bárbaro y cruel de su divinidad protectora. El conflicto trágico, que ninguno de los poetas anteriores interpretó así, consiste para mí, precisamente, en que Ifigenia reclama su herencia de recuerdos humanos y tiene miedo de sentirse huérfana de pasado y distinta de las demás criaturas; pero cuando, más tarde, vuelve a ella la memoria y se percata de que pertenece a una raza ensangrentada y perseguida por la maldición de los dioses, entonces siente asco de sí misma. Y, finalmente, ante la alternativa de reincorporarse en la tradición de su casa, en la vendetta *de Micenas, o de seguir viviendo entre bárbaros una vida de carnicera y destazadora de víctimas sagradas, prefiere este último extremo, por abominable y duro que parezca, único medio cierto y práctico de eludir y romper las cadenas que la sujetan a la fatalidad de su raza.*

I

El primer tiempo del poema, el que yo prefiero y me parece relativamente mejor logrado, expone el estado de ánimo de Ifigenia, olvidada de su pasado, aterrorizada y sorprendida por sentirse diferente de las mujeres de Táuride, y a quien éstas consideran con cierto pavor religioso y en vano desearían amar. El tema genético de la tragedia griega —el coro que, en danza circular, engendra o hace aparecer al dios o al héroe a fuerza de invocaciones— cobra de pronto un nuevo sentido; Ifigenia pide al coro de mujeres que, entre todas ellas, y con el ardor de sus almas juntas y de sus recuerdos, creen para ella un pasado humano, la sustancia natural que le falta. El prodigio sólo se opera a través de agente vicario: su hermano Orestes, que viene a dar a la costa de Táuride.

II

El segundo tiempo es un compás de reposo, que intenta aliviarnos de las abstracciones del primer tiempo recurriendo a la visualidad y al color, a la descripción en suma, donde aparece el tema del mensajero o narrador, apacible lugar común de la antigua tragedia que puede considerarse como un residuo de la épica transportado al drama.

III

Orestes aparece. Su lamentación —guiño de inteligencia a los usos de la Comedia Española— asume la forma de un casi-soneto.

El tercer tiempo ofrece un movimiento doble. La primera parte presenta a los nuevos personajes encargados de traer a Ifigenia la revelación de su pasado, y provoca entre Ifigenia y Orestes un diálogo en que me atreví, sin remedio, al anacronismo, pues claro está que, en aquellos tiempos heroicos, las perspectivas y contrastes históricos no se apreciaban como lo hacemos hoy, merced a la distancia que significa a la vez recuerdo y olvido. En este diálogo se expone el choque entre Grecia y los bárbaros. Ifigenia habla en nombre de los bárbaros, y Orestes en nombre de Grecia. Apliqué la estética de aquellos pintores que vestían a la Virgen con los atavíos femeninos del siglo xv. Hice como el autor del Poema de Aleixandre, que suele llamar a Aristóteles "El conde don Aristótil"; o como Mme. Dacier, que, en su traducción homérica, da también a los guerreros títulos de la nobleza moderna, o como el autor teatral que ponía estas palabras en boca de una de sus figuras: "Nosotros, los hombres de la Edad Media..." Hacia el final de la imprecación de Ifigenia contra los helenos, se trasluce el tema de la lucha entre los Titanes y los Olímpicos.

En el segundo movimiento, cuando Ifigenia se apresta a sacrificar a los náufragos, comprendiendo que toda discusión con Orestes es tiempo perdido, comienza la anagnórisis o mutuo reconocimiento, otro lugar canónico de la antigua tragedia, en que dos amigos o parientes, largo tiempo alejados uno de otro y que se abordan como extraños, acaban por reconocerse, ya por inferencia o por accidente. Para que esta situación pueda acumular toda su fuerza patética, el tiempo cuarto la suspende unos instantes. Respecto a la exhibición de formas lógicas mediante las cuales Orestes llega a comprender que Ifigenia es su propia hermana, no se carguen solamente a mi

cuenta, sino a cierta pedantería filosófica y raciocinante, propia del griego en vías de definición que es Orestes, como nos lo hubiera pintado un griego de los tiempos clásicos: otro anacronismo. Aquí oímos a Pílades pronunciar la única palabra que ha de pronunciar en todo el poema: el monosílabo "No".

IV

En este cuarto tiempo, el rey Toas hace su entrada a manera de diversión lírica. Hay aquí una ironía secreta. El nombre de "Toas" quiere decir "el Impetuoso". Yo me complazco en pintarlo como el más dulce de los hombres, y algo alambicado por la conciencia de sus responsabilidades. Su llegada ocasiona todavía otro compás de espera, por su disputa o "agón" con Ifigenia: breve torneo o lance de pelota. Ifigenia no desea ya sacrificar a los náufragos, pues de ellos espera la revelación de su propia identidad, a la vez que la teme como se teme siempre lo que más se codicia.

V

En el tiempo quinto, Orestes se dispone a monologar y emprende su discurso. Ante todo, como buen discípulo de la oratoria, pide que lo desaten para acompañar sus palabras con los ademanes adecuados. Comienza entonces una explicación teogónica desde los orígenes de la creación, conforme a mitos mezclados de varias tradiciones, que me fue grato combinar a mi manera, según el ejemplo de Hesíodo; y así se cuenta la maldición de la estirpe a que está sujeta Ifigenia. Es un fragmento pesado y voluminoso, al estilo de la poesía genealógica. Así quise que fuera porque, en la arquitectura del poema, siento la necesidad de esta pieza enumerativa con magnitud de basamento. La sola concesión que he podido hacer a la veleidad del gusto moderno fue el desarticular y quebrar aquí y allá la torre de hexámetros en que escribí la primera versión del monólogo. Ifigenia, conforme adelanta el relato de Orestes, va penetrando poco a poco y sin darse cuenta en sus recuerdos.

Aquí comienza un segundo movimiento: por una parte, lucha de Ifigenia entre la ternura fraternal y la dulzura de las memorias juveniles, afectos e inquietudes familiares de otros días —lo que comunica a mi personaje altivo y cruel una suavidad momentánea—;

y, por otra parte, el espanto de sentirse brote de la rama maldita. Nótese que, si a los comienzos, es Orestes quien cuenta, después será ella quien complete su narración.

Adviértase que mi anagnórisis o agnición (el reconocimiento entre los dos héroes) cobra así un sentido profundo. En las versiones de la tragedia ateniense, Orestes e Ifigenia saben bien quiénes son, y simplemente se reconocen el uno al otro. En mi interpretación, Ifigenia se ignora, y sólo se identifica a sí misma al tiempo de reconocer a Orestes. La anagnórisis cala hasta otro plano interior, como cuando, en Sófocles, Edipo descubre que él es el matador de su padre y el esposo de su propia madre, condiciones que antes ignoraba.

Cuando Ifigenia opta por su libertad y, digámoslo así, se resuelve a rehacer su vida humildemente, oponiendo un "hasta aquí" a las persecuciones y rencores políticos de su tierra, opera en cierto modo la redención de su raza, mediante procedimientos dudosamente helénicos desde el punto de vista filológico —aunque también hay en la lírica griega instantes en que el yo íntimo se subleva contra los símbolos étnico-religiosos y aun hace mofa de ellos en nombre de la libertad personal—, pero procedimientos que, en forma sencilla, directa, y en un acto breve y preciso de la voluntad, bien podrían, creo yo, servir de alivio a muchos supersticiosos de nuestros días.

IFIGENIA CRUEL

PERSONAS:

IFIGENIA, *sacerdotisa y sacrificadora.*
ORESTES, *náufrago.*
PÍLADES, *su amigo.*
TOAS, *rey de los tauros.*
PASTOR, *mensajero de noticias.*
CORO *de mujeres de Táuride. Gente marinera y pastores, adornados con cuernecillos.*

TARDE. COSTA DE TÁURIDE. CIELO. MAR. PLAYA.
BOSQUE. TEMPLO. PLAZA: EMPIEZA LA CIUDAD

I

IFIGENIA

que ha perdido la memoria de su vida anterior:

Ay de mí, que nazco sin madre
y ando recelosa de mí,
acechando el ruido de mis plantas
por si adivino adónde voy.

Otros, como senda animada,
caminan de la madre hasta el hijo,
y yo no —suspensa del aire—,
grito que nadie lanzó.

Porque un día, al despegar los párpados,
me eché a llorar, sintiendo que vivía;
y comenzó este miedo largo,
este alentar de un animal ajeno
entre un bosque, un templo y el mar.

Yo estaba por los pies de la Diosa,
a quien era fuerza adorar
con adoración que sube sola
como una respiración.

—Y pusiste en mi garganta un temblor,
hinchiendo mis orejas con mis propios clamores;
me llenabas toda poco a poco
—jarro ebrio del propio vino—,
si ya no me hacías llorar
a los empellones de mi sangre.

De tus anchos ojos de piedra
comenzó a bajar el mandato,
que articulaba en mí los goznes rotos,
haciendo del muñeco una amenaza viva.

Tu voluntad hormigueaba
desde mi cabeza hasta el seno,
y colmándome del todo el pecho,
se derramaba por mis brazos.

Nacía entre mi mano el cuchillo,
y ya soy tu carnicera, oh Diosa.

CORO

Respetemos el terror
de la que se salió de la muerte
y brotó como un hongo en las rocas del templo.

A osadas pretendía hablar
como no hablan viento y mar,
sacudiendo ansiosa los árboles
que respondían a gritos de pájaros,
o arrancando caricias rotas
en el reventar de las olas.

—Hija salvaje de palabras:
¿quién te hizo sabia en destazar la víctima?

¿Quién te enseñó el costado donde esconde
su corazón el náufrago extranjero?

Íbamos a envolverte compasivas,
a ti, montón de cólera desnuda,
cuando nos traspasaste con los ojos,
hecha ya nuestra ama.

IFIGENIA

Otros se juntan en fáciles corros
apurando mieles del trato:
yo no, que si intento acercarme,
huyo, de mí misma asustada,
como si otro por mi voz hablara.

Otros prenden labios a labios
y promesas se ofrecen con los ojos,
gozando en conciliarse voluntades:
yo no, que amanezco cada día
al tronco de mí misma atada.

Otros, en figuras de baile
alternan amigos y familias,
contrastando los suyos con los pasos de otros:
y yo no, que caigo cada noche
en mi regazo propio.

CORO

¿Te dio Artemisa su leche de piedra,
mujer más fuerte que todos los guerreros?
¡Qué cosa es verte retorcer los brazos
en el afán de ahogar a un hombre!

Prefieres la víctima iracunda,
vencida primero y luego abierta,
para que Artemisa respire
la exhalación de sus entrañas.

¡Oh cosa sagrada y feroz!
Una fuerza que desconoces
está anudada en tu entrecejo.

Y con todo, entre temor y antojo,
te amamos como a fiera joven,
y mil veces, señora, vamos a acariciarte,
cuando he aquí que de pronto nace el rayo
por la sobrehaz de tu piel.

¡Oh cabellera híspida que no puedo peinar!
¡Oh frente y nuca broncas de besar!
¡Brazos redondos, piernas ágiles,
pies elásticos y perfectos!

¡Vaso precioso de mujer arisca:
dínos, dínos al menos
si no puedes ser dulce un solo instante;
díme si al fin podré besarte
las leves puntas de las manos!

IFIGENIA

Y, sin embargo, siento que circula
una flúida vida por mis venas:
algo blando que, a solas, necesita
lástimas y piedades.

Quiero, a veces, salir a donde haya
tentación y caricia.
Pero yo sólo suelto de mí espanto y cólera.
Y cuando, henchida de dulces pecados,
me prometo una aurora de sonrisas,
algo se seca dentro de mí misma;
redes me tiendo en que yo misma caigo;
siendo yo, soy la otra...
Y me estremezco al peso de la Diosa,
cimbrándome de impulso ajeno;

y apretando brazos y piernas,
siento sed de domar algún cuerpo enemigo.

¡Oh amor mejor que vuestro amor, mujeres!
Os corre un vigor frío por la espalda:
ya son las manos dos tenazas,
y toda yo, como pulpo que se agarra.

Y en la gozosa angustia
de apretar a la bestia que me aprieta,
entramos en el mundo
hasta pisar con todo el cuerpo el suelo.

Libro un brazo, y descargo
la maza sorda de la mano.
Hinco una rodilla, y chasquean
debajo los quebrados huesos.

¡Ya es mío! ¡Ya es tuyo, Artemisa!
Y subo, con un grito, hasta la eterna oreja.

Pero al furor sucede un éxtasis severo.
Mis brazos quieren tajos rectos de hacha,
y los ojos se me inundan de luz.
Alguien se asoma al mundo por mi alma;
alguien husmea el triunfo por mis poros;
alguien me alarga el brazo hasta el cuchillo;
alguien me exprime, me exprime el corazón.

CORO

Respetemos el dolor
de la que se salió de la muerte
y brotó como un hongo en las rocas del templo.

Sacerdotisa pura en traza de mujer,
nunca divagaré por sus dos senos
de virgen atleta,
ni gozaré tejiendo sus cabellos.

Nunca disfrutarán su piel mis manos,
ni ha de tocarla sino el aire,
o el agua donde suele romper con el contento
del caballo sediento.

—Y te envidio, señora,
el agrio gusto de ignorar tu historia.

IFIGENIA

Es que reclamo mi embriaguez,
mi patrimonio de alegría y dolor mortales.
¡Me son extrañas tantas fiestas humanas
que recorréis vosotras con el mirar del alma!

Cuando, en las tardes, dejáis andar la rueca,
y cantáis solas, a fuerza de costumbre,
unas tonadas en que yo sorprendo
como el sabor de algún recuerdo hueco;
canciones hechas en el hilo lento,
canciones confidentes y cómplices
que, siempre con iguales palabras,
esconden cada vez hurtos distintos
y mordiscos secretos en la pulpa de la vida;
que, mientras manan sin esfuerzo de la boca,
dan libertad para otros pensamientos—,

entonces yo adivino que andáis errando lejos
de la labor que ocupa vuestras manos,
dueñas de lo que sólo es vuestro
y que en vano atisban los maridos
en la joya robada de los ojos.

Ninguna costumbre os sujeta
y, en lícita infidelidad,
abrís con la llave que lleváis al cinto
una cerradura sin chirridos.

Y os envidio, mujeres de Táuride,
alargando mis manos a la canción perdida.

(¿Veis? Magníficamente nace del mar la sombra
cuando, en las colinas violetas,
asoman, de regreso, los pastores de toros. . .)

CORO

Canta, con aire monótono:

Cantemos, dando al tiempo
alma y copo, rueca y voz.

Horas inútiles tejen
tierra y cielo, tarde y mar.

Arañita de la casa,
no me dan oficio mejor.

Consejos me da la rueca,
sintiéndome a solas reír.

Hay quien de noche duerme,
y hay quien de día trabaja.

Hay quien aún se acuerda,
y secretea y calla.

Hay quien perdió sus recuerdos
y se ha consolado ya.

Calla un instante. Dice luego:

¿Callas, señora? ¡Solamente callas!
Y, como a aquel que canta contra el aire,
nuestra canción parece caernos en la cara,
queriéndose volver de nuevo al pecho.

¡Oh mujer de rodillas duras!
No acertamos a compadecerte.
Fuerza será llorar a cuenta tuya,

a ver si, de piedad, echas del seno
ese reacio aborto de memoria
que te tiene hinchada y monstruosa.

No hay de nosotras quien no ceda a la canción,
poniendo en ella lo que cada una sabe a solas,
si no eres tú, pregunta sin respuesta,
a quien vivimos parteando el alma con afán.

No hay de nosotras quien a las lágrimas no acuda,
con esa gula íntima de probar un secreto,
donde comienza el juntarse de las almas
en un temblor de miedo y amistad.

¡Pero tú, que ni nos engañas siquiera!
Tú que nos das la nada que te llena,
¿no harás, al menos, por forjar un sueño,
una memoria hechiza que nos pague
la sed de consolarte que tenemos?

No; rechina entre tus dientes la voz:
ni recordar ni soñar sabes,
ni mereces los senos en el pecho,
ni el vientre, donde sólo crías la noche.

IFIGENIA

Os amo así: sentimentales para mí,
haciendo, a coro, para mi uso, un alma
donde vaya labrada la historia que me falta,
con estambre de todos los colores
que cada una ponga de su trama.

El coro engendra al héroe

Tal vez me apunta un resabio de memoria
hecha de vuestras ansias naturales,
y en el imán de vuestras voluntades,
parece que la estatua que soy arriesga un pálpito.

Pero soy como me hiciste, Diosa,
entre las líneas iguales de tus flancos:

como plomada de albañil segura,
y como tú: como una llama fría.

Sobre el eje de tu nariz recta,
nadie vio doblarse tus cejas,
ni plegarse los rinconcillos
inexorables de tu boca,
por donde huye un grito inacabable,
penetrado ya de silencio.

¿Quién acariciaría tu cuello,
demasiado robusto para asido en las manos;
superior a ese hueco mezquino de la palma
que es la medida del humano apetito?

¿Y para quién habías de desatar la equis
de tus brazos cintos y untados
como atroces ligas al tronco,
por entre los cuales puntean
los cuernecillos numerosos
de tu busto de hembra de cría?

¿Quién vio temblar nunca en tu vientre
el lucero azul de tu ombligo?
¿Quién vislumbró la boca hermética
de tus dos piernas verticales?

En torno a ti danzan los astros.
¡Ay del mundo si flaquearas, Diosa!

Y al cabo, lo que en ti más venero:
los pies, donde recibes la ofrenda
y donde tuve yo cuna y regazo;
los haces de dedos en compás
donde puede ampararse un hombre adulto;
las raíces por donde sorbes
las cubas rojas del sacrificio, a cada luna.

II

CORO

Pero callemos, que un pastor color de tierra,
vago engendro de lanas y hojarasca,
se acerca aquí, como bulto que echa a andar,
filtrando una mirada de ansia y susto
por entre el heno de la barba y las cejas.

Con el cayado sólo bate el aire,
y parece irradiar palabras con la honda;
que al hombre cogido entre sorpresas
no hay útil cuyo oficio no se esconda;

y —todo él lanzado ariete—
devuelve al alma oscura la luz de los sentidos,
y es ya todo intenciones, todo oídos,
todo aspavientos, todo interrogación.

En vano la pesuña elemental
se articula en los cinco dedos ágiles,
ni el unánime ruido animal
se distribuye en cortadas palabras.

Ya olvida el habla, ya descuida el andar;
de su vetusta cojera no se acuerda,
y de lejos nos tiende la mano temblorosa,
como si en esa mano sus noticias trajera.

Entra el

PASTOR

Náufragos, náufragos hay, señora,
si lo es el que pisa tierra ingrata a sus plantas,
aun cuando no lo ruede el mar hasta la orilla,
ni el barco entre en la playa con el costado abierto.

IFIGENIA

¿De dónde son?

PASTOR

Helenos.

Uno llamaba Pílades al otro.
Son dos amigos como dos manos bien trabadas;
donde pregunta el uno, el otro le contesta;
donde uno dicta, el otro le obedece.

Son como un alma repartida en dos cuerpos;
cuando habla el uno, calla el otro,
y se completan como dos porciones
de una misma necesidad.

IFIGENIA

¿Y los habéis cazado?

PASTOR

Nuestros y tuyos son.—Y de la Diosa.

IFIGENIA

Pero ¿qué harán los pastores en el mar,
a deshoras corriendo tras las olas
y enloquecidos por vellones de espuma?

Pero ¿qué andáis juntando los rebaños del agua?
¿De dónde trocasteis los oficios,
confundiendo remos y cayados,
redes y ondas, maldiciones y canciones?

Oh padres apacibles de la tierra
domesticada y quieta,
médicos de zampoña y melodía
y abuelos de la oveja preferida:

¿Qué hacíais entre el sobresalto sin fondo
que se burla con velas y con leños,
cuerdas y puños y gritos de furor?

PASTOR

Íbamos a bañar las reses en la cueva *Mensaje*
que sirve de refugio al pescador de púrpura,
porque el toro, señora, vuelve al mar como el río,
para cobrar allí sangre, valor y brío.

Muge el novillo; late el can. Es hora
en que la última tarde se dora,
y el mar se deja traspasar el pecho
por un haz de espadas de plata.

Hiere la luz, pero no alumbra;
y sorda sensación de una presencia humana
nos cohibe de pronto, al saludar las cuevas.

Sobrecogido retrocedo entonces,
de puntillas y haciendo la señal del silencio,
de miedo que algún dios desconocido
habite el mar que bate las Simplégadas,
hijo de la marina Leucotea,
Palemo —o algún otro poeta de las aguas.

Y es verdad; que, al rumor que alzamos,
salta en figura de doncel armado
y, echando espumarajos por la boca,
a tajos y a mordiscos cae sobre las reses,
gritando: "¡Oh Furias, oh Dragón,
oh mala hembra que muerta me persigues,
oh vergüenza de Micenas de oro,
oh baño ensangrentado en sangre del esposo!"

El otro, Pílades, en vano lo sujeta,
como a demente que mira sólo el fuego
profundo de su alma, y finge formas
y torna objetos, y cambia el sueño de los ojos
por el sueño de su corazón.

Y, sea que el instinto nos avise
que bajo su locura humana alienta un dios,
o que las armas vibren respetos en su mano,
huímos, como huían los ganados,
para sólo volver y dar sobre el intruso
cuando el otro lo tiene ya sujeto.

Y es fuerza que les valga algún conjuro
o que vengan ungidos de aceites prestigiosos,
para que no perezcan en los nudos
de brazos de pastores y gente campesina
que se junta al tumulto.

Gracias que estamos ilesos unos y otros
y que tu sacrificio, Madre, será perfecto.

III

Entran hombres con los dos cautivos atados.

ORESTES

atado, apedreado,
delira así:

Cabra de sol y Amaltea de plata
que, en la última ráfaga, suspiras
aire de rosas, palabras de liras,
sueño de sombras que los astros desata;

al viejo Dios leche difusa y grata,
y, del reflejo mismo en que te miras,
hacendosa hilandera, porque estiras
en hebra y copos el vellón que labras;

tarde, en fin, quieta como impropicia y dura:
prueba pues, ya que a tanto conspiran mis estrellas,
a exaltar otra vez mi razón en locura,

para que yo, que vivo amamantado en ellas,
no sufra el tacto de otra piedra impura
sin estallar mil veces en centellas.

IFIGENIA

(Dice, a solas, palabras que apenas se tienen unidas,
como el que sale, bandeando, del torpor de un sueño;
mas hay una oscura voluntad que atisba
—perro fiel— junto a la embriaguez de su dueño.)

—Helenos: *Grecia y los bárbaros*
¿De dónde traéis carga de destinos,
para dar en playas donde mueren los hombres?
¿Qué irritados espíritus tenéis sedientos
de sal y aceite que apaciguan hambres del cielo?

Helenos: la fortuna está en no buscarla,
y habéis tentado todos los pasos del mar.
No os basta la ciudad medida a las plantas humanas
y, rompiendo los límites del cielo,
¿os sorprende ahora caer en la estrella sin perdón?

Helenos: forzadores de la virgen del alma:
los pueblos estaban sentados, antes de que echarais a andar.
Allí comenzó la Historia y el rememorar de los males,
donde se olvidó el conjugar
un solo horizonte con un solo valle.

La sabiduría ya estaba descubierta;
los brazos ya estaban cruzados sobre el pecho;
los ojos se escrutaban a sí mismos
para desanudar en su revés el mundo;
y el índice de piedra
sujetaba en racimos el espacio profundo.

Se apaciguaba, helenos, el gotear del agua eterna;
y en el reló dormido del estero
lanzasteis la bellota profana.

Y cedisteis al inmenso engaño
partido en diminutas y graciosas mentiras;
y con el bien y el mal terribles
hicisteis moderadas apariencias
para cebar la codiciosa bestia,
oh falsificadores de lágrimas y risas.

Os acuso, helenos, os acuso
de prolongar con persuasión ilícita
este afrentoso duelo, esta interrogación...

Así deis con la frente en las esferas últimas, *Titanes*
y os sienta el último fantasma
rodar entre peñascos en declive,
surtiendo por el pecho maldición de volcanes,
¡oh instrumentos de la cósmica injuria,
oh borrachos de todos los sentidos!

ORESTES

grita:

¡Raza vencida de la tierra:
reconoce a tu domador!
¡Tú que temblabas, gusanera aplastada,
bajo los Siete Días orientales
de la Creación!

Tú que apenas usabas como alma
un escozor de pánico,
y que desfallecías, heredera
de todos los pavores animales;

devuelta con arrobamiento al fango;
lodacero que criabas raíces
para enredar los talones bailátiles
de los hijos de Prometeo:

¿Qué me acusas, ojos de arcilla?
Frentes hacia abajo, ¡qué sabéis

de levantar con piedras y palabras
un sueño que reviente los ojos de los dioses,

otra simiente de naturaleza,
hija pura y radiosa del humano deseo,
oro de eternidad, diamante pleno
    labrado en los martillos
    impecables del corazón!

IFIGENIA

En vano, por primera vez, aguardo
que me sacuda en cólera la Diosa.
—Librad al griego; recoged mi manto:
sobran horas al tiempo.

Apercíbese Ifigenia con vasos lustrales. Pílades, atado, da un paso hacia Orestes, como a socorrerlo.

ORESTES

Comienza la anagnórisis

Detente, Pílades, que siento
el indeciso vaho de los dioses;
y, entre los ojos de la carnicera,
me sorprende el halago de una mirada rubia.

No en vano las aguas se abren y se juntan;
no en vano los vientos y el elástico mar,
no en vano gimen y aúllan
en torno a la nave del griego que sabe esperar.

No fue ciega la ira que me devolvió a Micenas,
incubando en el monte mis furores de niño;
nodriza ruda me criaba para el cuchillo,
y soy dardo de mano derechera.

¿Nada te dice, amigo, el portento que te sale al paso?
¿Dónde está la tierra de las Amazonas guerreras?
¿Cuándo viste, Pílades, combatiendo brazo a brazo
a la sacerdotisa con las víctimas extranjeras?

Bien que la barbarie, educada en el desorden del mundo,
pisotee los prodigios como las yerbas,
confundiendo árboles y fieras y hombres y sexos,
sin distinguir lo propio de lo desorbitado y súbito.

Pero tú, filósofo en cuyos brazos descanso,
¿me enseñaste acaso a concebir mujeres
como la Quimera, con garras y crestas y fauces,
o sacerdotisas mezcladas de leonas?

Sólo cuando el dios anda rondando los montes
miras volar los árboles y oyes hablar a los pájaros.
Así me devuelves, mujer, la confianza en Apolo,
sólo con tu furia y con tu locura sólo.

No está lejos, no, la fuerza que me trajo rodando:
y ya no vacilo, que estoy en tierra de Tauros.
De Artemisa es, Pílades, el templo que venimos buscando,
y esta mujer —

IFIGENIA

—¡Oh calla, por tus enemigos dioses!
Mira que estás por quebrar la puerta sorda
donde yo golpeo sin respiración.
Mira que me doblo con influjos desconocidos,
juntas en imploración estas manos mías tan ásperas.

Tengo miedo, calla, la Diosa nos oye.
Ella me implica toda: yo crecí de sus plantas.
Si tú sabes más, tejedor de palabras
—pues así adivinas tierras y hombres
ensartando lo que ignoras con lo que conoces—,

calla, por tus amuletos; calla, por tus cabellos,
en los que reclavo con ansia mis dedos;
calla, por tu mano derecha;
calla, por tus cejas azules;

y por ese lunar que hay en tu cuello,
gemelo —mira—,
gemelo del lunar que hay en mi hombro.

Calla, porque me aniquila el peso del nombre que espero;
oh vencedor extraño, calla, porque, al fin, no quiero
saber —oh cobarde seno— quién soy yo.

ORESTES

¿Callaré, Pílades, cuando vine a decirlo?

PÍLADES

No.

CORO

Dos animales de la misma cría
no se juntan mejor. Uno conduce,
y la otra le sigue —antes tan fiera.
Manda el varón, y al fin es hembra ella.

Pero ¿esas miradas que se hunden
la una en la otra, como en propio elemento?
Y la gota negra de aquel cuello
resbala aquí, camino de este seno.

Un mismo arte de naturaleza
concertó los dos sones de gargantas...
¡Mil cosas misteriosas nos relatan los viejos,
y yo, sin serlo, he visto tantas!

IV

Toas y el séquito.
Suspensión entre los que llegan y los que estaban presentes.

TOAS

Soy el rey Toas, de leves pies como las aves.

Como quien manda, olvido mis cuidados
por oír el rumor que corre el pueblo.

Hecha de mar y roca, alta señora,
sacerdotisa que llevas la clava
desde que el cielo apedreó a la tierra
con el poder de la nocturna Diosa
—Díctina de la selva, hija de Leto:

Prepárense los vasos y los cestos,
y arda el fuego de la salsa mola;
echad el llanto, hombres oscuros:
la Diosa no perdona.

Ejércitos de abejas amarillas
aplaquen —cediendo miel— las tumbas.
Iras de Inmortales reclaman
la miel salobre y roja de otra ofrenda.

IFIGENIA

Oye la voz de tu sacerdotisa,
rey de nombre de ave:
éstos me vencieron sin manos
y me ataron con la amenaza.

No los quiere la Diosa; traen a cuestas
el nombre que he perdido.

TOAS

El nombre que tenías lo has perdido en el mar.

IFIGENIA

Éstos, del fondón de los mares
llegan, vomitados de olas.

TOAS

Náufragos son, ley igual los condena.

IFIGENIA

Ley que un hombre trazó y otro quebranta.

TOAS

Escrita está en las plantas de Artemisa.

IFIGENIA

—Que es superior a ella y con los pies la pisa.

TOAS

¿Qué pretendes?

IFIGENIA

Que hablen.

TOAS

Hablad, hombres oscuros.

V

ORESTES

¿Diré, Pílades, el nombre que azuce
las bandadas de nombres temerosas?
Evitaré más bien el torbellino
que alzan los vientos súbitos,
y habré de conducirla paso a paso,
como a ciega extraviada que tantea el camino,
hasta dejarla donde la perdí.

—Oye, sacerdotisa: devuélveme las manos,
porque no sé contar sin libertad mi historia.

Ademán de Ifigenia. Desatan a Orestes, que continúa:

Dos veces Urano engendraba en el seno de Gea, *Teogonía*
ensayando monstruos que la vergüenza rechaza.
Voluntad oscura, sus intentos multiplicando,
mezclaba impetuosos crímenes con virtudes severas.
En los Cíclopes era espanto la mal trazada frente
y los brazos de Briareo eran fuerza desperdiciada.
Y el Padre deshacía sus horripilantes juguetes,
bien como alfarero que ensaya el jarro dos veces.

Perra ululante, Gea sus cachorros le disputaba.
—¡Hijos del Padre loco! ¿Quién me vengará? —les decía—
Y el último, Cronos, contraído bajo sus tetas,
tiembla de furor y designios.
Era creada ya la raza del blanco acero.
Cronos esconde la hoz, y Urano un deseo aventura;
pero, segadas a punto las informes flores del sexo,
la sangre del Padre loco fecunda todavía el suelo.

Erinies y Gigantes y Ninfas brotan y Diosas,
y sobre el mar, la deseada rosa:
Afrodita la llaman, hija de las espumas;
Citerea, vecina de la isla;
Kiprigenia, porque llega a Chipre batida de olas;
Filomedea, en fin, hija de los anhelos.
Así la vital angustia, derramada en sangría,
Gea, perra ululante, sigue fomentando tus crías.

Ya está mezclado el crimen en la masa del mundo.
Dioses recelosos de sus proles indeseadas
acechan a las diosas que se acuestan con hombres.
Los padres de tribus a los mancebos devoran,
y el justo Edipo, testigo insobornable,
se descuaja los ojos contra el error del cielo.

Hubo un rey en Lidia cuya casa honraba el Olimpo,
¡y osó hacer festín de las carnes de su hijo!

Como torres gigantes, los Inmortales, mudos,
contemplan la ofrenda de Tántalo mezclada de horrores.
¿Qué hacías, Diosa hambrienta, olvidadiza Deméter,
devorando, sin saberlo, el hombro arrancado de Pélope?
Zeus Tempestuoso hinca los ojos en Tántalo,
que entra desbarrancado en los Infiernos,
donde con boca reseca jadea tras el agua que huye;
donde, por hurtárselas, los árboles sus pomas degluten.

Júntanse las partes, y Pélope vuelve a vivir;
se alza cetro en mano, y el hombro de marfil.
Pero la maldición vuela, contaminando
a todos los brotes de su gente.
Niobe deshijada, piedra que llora ríos,
ve traspasados sus hijos con flechas de oro,
y Tiestes y Atreo, en festines horrendos,
vomitan, desfallecidos, la sangre criminal del abuelo.

Y nacieron, uno de otro,
Tántalo, Pélope y Atreo,
y Agamemnón, castigador de Troya
y hermano vengador del zaino hermano.
Igual deslealtad les esperaba
con Clitemnestra, hembra matadora del macho,
y con Helena, por quien tiene hartazgo
de cadáveres la ciudad de los pájaros.
Mientras las naves huecas deshacían la ruta de Ilión,
tramaba Clitemnestra con Egisto;
y Agamemnón cayó a mansalva,
vencido entre los brazos de su casa.

Entre los que crecían en palacio,
el mayor de los hijos
era menor que la venganza: Electra,
hermana blanca; pero, providente,
me hizo nutrir de tierra y de raíces,

abrigado de cuevas y de pieles,
montaraz y distante,
intacto cazador de Apolo.

Y, en la incertidumbre de sus noches,
el sueño de la madre dio presagios:
me veía dragón, me padecía
estrujando y sorbiendo en sus pezones
fango de leche y sangre.

Y al fin, entre relámpagos de crimen,
bajo el furor de Apolo cómplice
y la tronante cólera del cielo,
y bajo las legiones espantadas
y saltonas de Furias,
el cazador cazó a la madre adúltera.

¡Oh vino soberano
que un día me embriagaste para siempre!
¡Nunca probara yo de tu delirio,
y no me persiguiera
la indignada caterva de mi madre!

IFIGENIA

Los nombres que pronuncias irrumpen por mi frente
y se abren paso entre tumultos de sombra;
y, por primera vez, mi dorso cede
con un espanto conocido.

Me devuelvo a un dolor que presentía;
me reconozco en tu historia de sangre,
y gime, sin que yo lo entienda todavía,
un grito en mis orejas que dice: "¡Áulide! ¡Áulide!"

CORO

Asisto a los misterios —y callo.

IFIGENIA

Siento, como en la ácida mañana,
madrugar el pavor de estar despierta:
cenizosa conciencia
que torna a la mentira de los días
con una lumbre todavía de sueño,
hecha de luz funesta que transparenta el mundo.

ORESTES

Te asiré del ombligo del recuerdo;
te ataré al centro de que parte tu alma.
Apenas llego a ser tu prisionero,
cuando eres ya mi esclava.

En Áulide, los vientos no prosperan
o los adversos dioses redoblan el resuello;
y para que los leños flotantes de las naves
sigan el curso, piden sacrificios.
La sangre de una virgen Artemisa reclama.

IFIGENIA

¡Oh Diosa, voy a ti, pues tú me llamas!

ORESTES

Aguarda, hay tiempo aún.—Ya los oráculos
designan a Ifigenia.

IFIGENIA

¡Oh Diosa!

ORESTES

Aguarda.

La casta de adivinos es ávida de males.

Hija de Agamemnón: fuerza es traerte
engañada hasta el sitio de la ofrenda,
donde adelanta en pago de lágrimas la madre
el crimen que ha de cometer más tarde.

IFIGENIA

Al fin es madre, Orestes;
y espera, en las edades de la hija,
que la fruta de nietos se le rinda.
Al fin es madre, Orestes, y prolonga
hasta la pubertad el gusto de mi cuna.

Al fin, en cada hora presentía
la cosecha de una caricia nueva;
porque es todo inquietudes y sorpresas
el logro minucioso de la hija.

Odiseo me trajo prometida
al lecho de un valiente —Aquiles.— (Oye:
al crear este nombre con esfuerzo,
tengo piedad yo misma de mis labios.)

—Pero ¿qué hago, Diosa? ¿Salgo de tu misterio?
Amigas, huyo: ¡esto es el recuerdo!
Huyo, porque me siento
cogida por cien crímenes al suelo.
Huyo de mi recuerdo y de mi historia,
como yegua que intenta salirse de su sombra.

Sujétanla.

ORESTES

Sujetadla y que beba la razón
hasta lo más reacio de sus huesos.
Hínchate de recuerdos,
óyelo todo: En Áulide fuiste sacrificada;
pero Artemisa te robó a su templo

a la hora en que Calcas descargaba el cuchillo,
y cayó en tu lugar, forjada de tu miedo,
cierva temblona que mugió con muerte.

IFIGENIA

Orestes, soy tu hermana sin remedio,
y en el torrente de la carne, siento
latir la maldición de Tántalo.

Pero contéstame, pues me castigas
de envidiar la miseria de las hijas de Táuride
y desear la vida compartida
—humano pan de donde todos coman—,

¿no me estaba yo bien, guijarro de esta roca,
arista desgajada de la Diosa?
¿No me fuera más dulce la sombra en que yacía
y el destazar continuo de las víctimas?
¿A qué trajiste el rayo de mi casa
a la ribera en que estaba yo perdida?

¡Ay hermano de lágrimas, crecido
entre la palidez y el sobresalto!
¡Déjame, al menos, que te mire y palpe,
oh desvaída sombra de mi padre!

CORO

Entran los ojos en los ojos. Andan
tentándose las manos con las manos.
Y en la arena, la huella de la hermana
acomoda a la huella del hermano.

ORESTES

Y déjame que alivie tanto llanto
—¡ay hermana que fuiste mi nodriza!—

viendo rodar mi lloro por tu cara
y latir en tu cuello mi fatiga.

CORO

¡Señora! ¿Y te acaricia? ¡Y tú te doblas
debajo de su barba! Y nos pareces
más pequeñita, al paso que reviven
y te van apretando las memorias.

IFIGENIA

¡Suelta, suelta, que mi dolor no importa!
No me abandones, Diosa,
y permite que huya de mí propia
como yegua que intenta salirse de su sombra.

ORESTES

¿Recuerdas?

IFIGENIA

Sí.—Llegamos en el carro:
mi madre —porque es mi madre, Orestes—,
tú, tierno niño que sólo ríe y llora,
yo, y los presentes de mi boda.

Me bajaron en brazos las muchachas de Calcis,
como a la prometida del nieto de Nereo;
y a ti, con delicadas manos,
para no sacudir tu frágil sueño;

que eran asustadizos los caballos,
y no obedecían a la voz.

Saltamos como terneras sueltas en prado.
Ignorando las rudezas del campamento,
yo, corazón nupcial, fiesta hacía de todo.

Y he visto a los dos Áyaces, amigos de armas;
y a Protesilao y Palamedes
que jugaban con unas figurillas;
y a Diomedes, hecho a lanzar el disco;
y al portentoso Merión, raza de Ares;
y al hijo de Laertes, engañoso;
y al hermoso Nireo, el más hermoso.

A pie, de lejos, disputaba Aquiles
—oh sienes mías hechas al dolor—
victorias de carrera a la cuadriga
de Eumelo, que acosaba a los caballos
blancos del yugo,
y a los rojos manchados que iban a larga rienda.

CORO

¡Oh Paris, Paris, que con la flauta frigia
apacentabas novillos en el Ida!
¡Oh juez de diosas y ladrón de hogares,
cómo va a perecer por ti la flor del año!

ORESTES

Dí, ¿conociste a Aquiles?

IFIGENIA

No, sino en el relato de mi madre
que, con estrago de dolor y miedo,
se echó a sus pies, pudores olvidando.

Alumno de Quirón, hijo de diosa,
era ajeno al engaño, y fue a salvarme.
Lloraba sin rubor: ¡era tan joven!
No negaba el pavor: ¡era tan bravo!
No quiso conocerme: ¡era tan casto!

ORESTES

Prosigue.

IFIGENIA

¡Infierno, Infierno!
Tu boca misma habló por Clitemnestra.
Me hizo llegar, trayéndote en el manto,
y a mí, que lo quería más que todos,
me redujo a escuchar lo que le dijo al padre.

CORO

Un gran dolor ahoga la vergüenza.

IFIGENIA

Dijo: —"Me arrebataste a mi primer marido;
y, arrancándomelo de los pechos,
estrellaste a mi primer hijo contra el suelo.
Mi padre hizo la paz en los hermanos,
y fui casta y sobria en tu palacio.
Tres hijas y un hijo te he dado.
Te sales de tus tierras por ajenos agravios,
y, además de tu aposento vacío,
¿quieres que llore ahora la muerte de Ifigenia?
¿Y qué frente ofrecerás mañana
al beso de tus hijos sin hermana?
Que ceda Menelao a su hija Hermione:
suya es la ofensa, no son ciegos los dioses.
¡Oh mano que mandas de lejos!
¿Arrastrarás tu propia hija por los cabellos
hasta el ara de la Divina Cazadora,
y yo la seguiré, sin soltar sus vestidos,
hecha consternación de tus ejércitos?"

ORESTES

¿Y yo, entretanto?

IFIGENIA

No sabías hablar, ¡oh el más amado!
Con lágrimas y brazos implorantes
tú me ayudaste, en fin, cuanto podías.
Estreché con el tuyo el cuerpo de mi padre,
como con elocuente rama de suplicantes:

—"Yo la primera te he llamado padre;
tú la primera me llamaste hija;
gozosas nupcias prometiste un día,
y yo soñaba en acogerte, anciano,
entre próspera bulla de la prole.
Insano afán de navegar a tierras bárbaras
te hace dejar la tierra
donde cortan jacintos y rosas los que dio a luz mi madre.
Mas yo no debo amar demasiado la vida.
—¡Dispón, oh Calcas, de mi ración de sangre!"

Y desvié los ojos
del bulto convulsivo de mi madre.
Calcas alzó la mano: ¿se oyó el golpe?

ORESTES

He aquí que te encuentro muerta y viva,
sacrificada y sacrificadora.

IFIGENIA

Con sospecha:

¿A qué viniste, dí?

ORESTES

En busca tuya.

IFIGENIA

Recobrando su arrogancia perdida:

¿Para que siga hirviendo en mis entrañas
la culpa de Micenas, y mi leche
críe dragones y amamante incestos;
y salgan maldiciones de mi techo
resecando los campos de labranza,
y a mi paso la peste se difunda,
mueran los toros y se esconda la luna?

¿En busca mía, para que conciba
nuevos horrores mi carne enemiga?
¿Para que aborten las madres a mi paso,
y para que, al olor de la nieta de Tántalo,
los frutos y las aguas huyan de mi contagio?

ORESTES

Por el sello que llevas en la frente,
hija de Agamemnón, ante los tauros
oye la orden que traigo de Apolo:
Me seguirás hasta Micenas de oro,
y volverás a la casera rueca,
y cumplirás con dar los brotes nuevos
a la familia en que naciste hembra.

Fuerza será que, complaciente esposa,
te alimente en su casa algún príncipe aqueo.
No se corta la sangre sin mandato divino.

IFIGENIA

Huiré de mí propia,
como yegua acosada que salta de su sombra.

ORESTES

Me seguirás, y ceñirás la vida

a que las altas normas te condenan.
Cualquier dolor pasado
es, a los mismos dioses, duro espanto.
¿Quieres romper con la Necesidad,
vuelta contra el latido que llevas en el vientre?
¿Y qué harás, insensata,
para quebrar las sílabas del nombre que padeces?

IFIGENIA

¡Virtud escasa, voluntad escasa!
¡Pajarillo cazado entre palabras!
Si la imaginación, henchida de fantasmas,
no sabrá ya volver del barco en que tú partas,
la lealtad del cuerpo me retendrá plantada
a los pies de Artemisa, donde renazco esclava.

Robarás una voz, rescatarás un eco;
un arrepentimiento, no un deseo.
Llévate entre las manos, cogidas con tu ingenio,
estas dos conchas huecas de palabras: *¡No quiero!*

Refúgiase en el templo, desapareciendo de la escena.

TOAS

He aprendido a llorar ajenos males
y a gozar con mesura el bien que alcanzo.
No puede el noble decir lo que le plazca.
¡Qué vanas apariencias nos gobiernan!
Cierto es que servimos a la plebe.
Licencia tienen otros para clamar a voces,
no el monarca prudente,
que sólo con el ceño engendra nubes.

CORO

Nadie que no sea sensato
mande en las plazas de los hombres.
Oh rey de leves pies de ave:
hay sed de tu clemencia.

TOAS

Como dirigiéndose a Ifigenia:

Todo lo sé: la onda cordial desata,
voluntad que anulaste la porfía
del bien y el mal; dureza generosa,
basa de templos, muralla de ciudades.

Boca de dictar leyes,
mano de hacer y deshacer cadenas,
frente para corona verdadera,
¿qué nombre te daremos?

Todo lo sé: la onda cordial desata,
cólmate de perdón hasta que sientas
lo turbio de una lágrima en los ojos:
Mata el rencor, e incéndiate de gozo.

CORO

Alta señora cruel y pura:
compénsate a ti misma, incomparable;
acaríciate sola, inmaculada;
llora por ti, estéril;
ruborízate y ámate, fructífera;
asústate de ti, músculo y daga;
escoge el nombre que te guste
y llámate a ti misma como quieras:
ya abriste pausa en los destinos, donde
brinca la fuente de tu libertad.

TOAS

Destuerzan la senda los náufragos.
Dadles, tauros, remos y velas.
Oh mar: tuyo era el mensaje:
guárdalos tú de tus procelas.

Seguidos del pueblo, aléjanse hacia el mar Pílades y Orestes, brazo en el hombro, dobladas las barbas sobre el pecho.

CORO

¡Oh mar que bebiste la tarde
hasta descubrir sus estrellas:
no lo sabías, y ya sabes
que los hombres se libran de ellas!

Ha anochecido. Las primeras luces se atreven.

COMENTARIO A LA *IFIGENIA CRUEL*

I

LA AFICIÓN DE GRECIA

Por el año de 1908, estudiaba yo las "Electras" del teatro ateniense. Era la edad en que hay que suicidarse o redimirse, y de la que conservamos para siempre las lágrimas secas en las mejillas. Por ventura, el estudio de Grecia se iba convirtiendo en un alimento del alma, y ayudaba a pasar la crisis. Aquellas palabras tan lejanas se iban acercando e incorporando en objetos de actualidad. Aquellos libros, testigos y cómplices de nuestras caricias y violencias, se iban tornando confidentes y consejeros. Los coros de la tragedia griega predican la sumisión a los dioses, y ésta es la única y definitiva lección ética que se extrae del teatro antiguo. Hay quien ha podido aprovechar su consejo. La literatura, pues, se salía de los libros y, nutriendo la vida, cumplía sus verdaderos fines. Y se operaba un modo de curación, de sutil mayéutica, sin la cual fácil fuera haber naufragado en el vórtice de la primera juventud. Ignoro si éste es el recto sentido del humanismo. Mi Religio Grammatici *parecerá a muchos demasiado sentimental.*

Tenemos derecho —una vez que por cualquier camino alcanzamos la posesión de un módulo— para manejarlo a nuestra guisa. ¿Y qué otra cosa han hecho los trágicos de todos los tiempos, sino volver a contar a su modo una historia conocida en lo general? Lamento tener que referir una triste anécdota. Cierto amigo, no ayuno de letras, me dijo cuando leyó la Ifigenia*: "Muy bien, pero es lástima que el tema sea ajeno." "En primer lugar —le contesté—, lo mismo pudo usted decir a Esquilo, a Sófocles, a Eurípides, a Goethe, a Racine, etc. Además, el tema, con mi interpretación, ya es mío. Y, en fin, llámele, a Ifigenia, Juana González, y ya estará satisfecho su engañoso anhelo de originalidad."*

Sucede en esto lo que con el libro de cabecera: es tan nuestro, que rueda por las sillas y por las mesas, le anochece en el velador y le amanece a los pies de la cama. Al libro predilecto lo tratamos —en nuestro fuero interno— con todas las veleidades de la sinceridad: reñimos con él, le exigimos más que a ninguno. Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra. Entonces, ya era dable arriesgarse a sus asuntos sin tono arcaizante, y aun sin buscar compromisos líricos entre lo antiguo y lo moderno. Esto, con ser más sincero, es a la postre más valiente: exhibición no disfrazada de nuestras ininteligencias o aciertos, nos vende, nos entrega; si la obra emprendida fracasa, no podemos recuperarnos. Somos uno con ella: no es Grecia, es nuestra Grecia. Tanto riesgo solicita a todo corazón templado.

Además de que hay una Grecia cotidiana, una perspectiva de ánimo que nos capacita para humanar hasta los mitos más rígidos y arcaicos. Los pintores supieron adorar a la Virgen María en traza de señora flamenca. La afición de Grecia es tan imperiosa o más. Helena vivió por las páginas caprichosas del Fausto *con más verdad que Ifigenia, en el drama que Goethe le consagró.*

Al tiempo de estudiar la evolución de Electra —Esquilo, Sófocles, Eurípides—, íbamos divagando sobre tal o cual motivo paralelo: hoy sobre Hécuba o Casandra, y mañana sobre Ifigenia. Y estas divagaciones —entonces verdaderos reposos y bostezos de la atención— se han quedado ahí, por los cuadernos de notas, en estado de disjecti membra, *esperando que tronara el clarín del ángel.*

Antes de que mi Ifigenia pudiera alentar, había de cerrarse un ciclo de mi vida.

II

IDEA DE LA TRAGEDIA

De entonces acá no he vuelto a pensar sobre la tragedia clá-

sica en sí misma, y mis meditaciones de entonces pueden resumirse así (Cuestiones estéticas, *París, 1910, pp. 54-66):*

La tragedia griega es, desde luego, humana, pero universalmente humana, en cuanto sumerge al hombre en el cuadro de las energías que desbordan su ser. Hoy, Emerson ha podido decir: —Venimos a perturbar el optimismo de la naturaleza. Pero al griego sus propios dolores se le representaban como ecos de un mal general: él no era más que una oreja en la conciencia dolorida del universo. Éste era, precisamente, el consuelo, ésta la alegría fundamental de la vida griega: que el hombre no estaba a solas con su dolor, que su dolor mismo no era exclusivamente suyo. Esto era también lo que hacía posibles la desesperación y el desahogo dionisíacos: el duelo era comunicable al mundo. En el caso superior del héroe, el héroe y el mundo se cambian influencias universales, y la suerte de un pueblo no es más que un reflejo de las contaminaciones, del diálogo entre Edipo y la Esfinge. Vivo él, suceden catástrofes a su paso. Muerto, sus huesos abonarán la gloria de la tierra que le dio sepultura.

Para los aspectos más individuales de su pasión, el griego usaba de la Lírica. Al Teatro no quería llevar más que un diálogo cosmogónico, aunque revestido en pretextos humanos ciertamente, porque sólo al modo humano tenemos noticia de la agencia de los destinos. Y el griego prestaba al Teatro, por lo demás, la misma imaginación colorida que tuvo para su religión. Por muy abstracto que sea el propósito, a un griego no le será dable rodar por las aberraciones estéticas del teatro medieval, y especialmente de aquellos extraordinarios "autos sacramentales", delirios del frenesí teológico.

Hasta el mecanismo de las antiguas representaciones favorecía esta concepción cósmica: la tragedia griega se gobernaba por una fórmula simétrica, dentro de la cual el poeta iba labrando. Los acontecimientos habían de sucederse en un proceso siempre regular: el prólogo *de los autores,* los parodoi *del coro, los* episodios *de los actores, los* stásima *del coro, y los finales* éxodos, *todo ello se entretejía con un ritmo fijo. El coro se movía a compás y en tiempos predeterminados. El protagonista debía tener al deuterogonista a la derecha y al tritagonista a la izquierda, y cada uno entraba y salía por*

cierto lugar del proscenio. Los diálogos mismos parecen obedecer a una norma: 1) largo parlamento del héroe; 2) comentario rápido del coro; 3) amplia respuesta del interlocutor o adversario; 4) rápido comentario del coro; 5) charla apresurada, en fin, donde los disputantes se arrebatan la palabra y se completan mutuamente las frases, torciéndolas y esgrimiéndolas como en el teatro español (sticomythia).

Todo lo cual hace de la tragedia una escena de danzas, marchas, discursos equidistantes, en que fácilmente se descubre el ánimo ritual, el ánimo de superar lo social e inmediato para más bien representar un objeto de filosofía religiosa, una suerte de misa. Sin que esto excluya, por supuesto, los rasgos de sátira que cada vez van invadiendo más la tragedia. Aquellas escenas sugieren, pues, un universo regido por leyes armoniosas, musicales, mucho más que un drama individual.

La misma figura humana se agigantaba por el uso del coturno, se inmovilizaba en el gesto de la máscara; la voz se alteraba en los resonadores, y el actor era como una expresión visible y audible de la fuerza mística. Los personajes no son sino conciencias que cavilan en los destinos, a través de símbolos objetivos y humanos. Los haces místicos vuelan por el aire oscuramente; pero se tiñen y se hacen perceptibles en ese pretexto de voluntad: la figura humana.

Desde luego que yo no intentaría conservar aquí el mecanismo de la tragedia; pero, por lo menos, su abstracción. Mi parodia no tiene escenario muy definido, ni retrata tipos sociales, ni alardea con los pueriles encantos del color local. Sus caracteres mismos muy posible es que sean meras sombras de seres cargados con una misión ética. Fueron concebidos con sencillez. Unos frente a otros, suscitan conflictos, como los mordedores reactivos de la química al encontrarse; pero, en sí mismos, viven bajo la complicidad de sus corazones. En tal sentido, la obra es una alegoría moral.

La Ifigenia, *además, encubre una experiencia propia. Usando del escaso don que nos fue concedido, en el compás de nuestras fuerzas, intentamos emanciparnos de la angustia que tal experiencia nos dejó, proyectándola sobre el cielo artístico, descargándola en un coloquio de sombras.*

III

FUNCIÓN DEL CORO

Con todo, no hemos querido privarnos de algunos elementos felices del teatro griego. Desde luego, del coro.

Por razones de orden material, por la dificultad de hacer salir y entrar al coro constantemente, resultó que éste viniera a participar en los secretos del héroe. El generoso espíritu de los griegos lo entendió sin malicia: el coro, por regla, no sería traidor; el protagonista casi podría definirse como el personaje simpático al coro, aun en los casos en que le lleva la contraria.

El coro es embrión de la tragedia y representa, arqueológicamente, las danzas de sátiros alucinados. Sus alucinaciones engendran al dios, al héroe, al actor trágico. En el coro se conserva el principio lírico, pues la narración épica ha quedado confiada a los mensajeros, y la acción presente, a los personajes. Así pues, en el origen, el coro produce a los actores. Pero creado ya el Teatro, la representación y la escenificación de episodios son lo que el Teatro tiene de propio, su aportación nueva y especial. Los actores pasan, entonces, al primer término, y los coreutas al segundo. La ley genética va a invertirse, y ahora, según lo explicaremos, los actores producen al coro:

El coro funciona periódicamente, como un instrumento dinámico por donde estalla, en cantos, en gritos, en ololygmoi, *el sedimento o carga emocional precipitados por los episodios de la tragedia. Por eso es fuerza que el coro esté presente a todos los acontecimientos y que penetre los secretos del héroe: para así conocer el drama íntimamente, para vivir de su contacto y, de cuando en cuando, desahogar —con lírico desahogo y donde precisamente lo requiere el ánimo de un espectador ideal— esa emoción, ese* pathos *acumulado por las acciones dramáticas; esa piedad, ese terror. El coro es, pues, el instrumento de la* kátharsis *aristotélica: la purificación de las pasiones por la danza y el grito, por la ejercitación y la mimesis artísticas. El coro es un agente oportuno, rítmico, lírico, que permite aliviar la plétora de los sentimientos.*

Aparece, pues, la tragedia antigua, como una completa representación del alma en su dinamismo pasional: en medio del torbellino de la vida, solemos alzar la cabeza, valorar victorias y derrotas, y prorrumpir en exclamaciones y lamentos, en ololygmoi *—desahogos líricos, llantos y cantos— como el coro mismo; y de esos gritos se mantiene la vida. Privarse de esta válvula hubiera sido quitar a la obra su respiración, untarla en el papel sin prestarle virtudes vivas. El coro es el dios que lo ve todo, eres tú, soy yo, y es —más que nada— la conciencia misma del drama, enfrentada con su propio espectáculo. Así se procura engendrar un animal perfecto. Y ¡qué deleite si lográramos verlo andar por sí, escapar a nuestro pensamiento, llevarnos en rastra, a pesar nuestro, a donde el poema solo tiene su natural recinto!*

Faltaba saber si, a nuestro capricho, el coro había de ser fiel, traidor o indiferente. Bien mirado, un coro traidor deja de ser coro para convertirse en actor, siquiera colectivo. De ser actor, sería interesado: no nos convenía que la opinión pública fuera parcial. Ese desahogadero de la acción dramática, ese pueblo perfecto, debería conservarse puro, para ser capaz de toda la razón. En cuanto a un coro indiferente, no pasaría de ser un adorno externo, una retórica ociosa en redor de los acontecimientos. Hacía falta un coro fiel —y pasivo—. Contempla con dolor el desastre e, incapaz de evitarlo, el coro se desahoga por la boca. Le hemos tronchado pies y manos, de modo que ni obre ni huya. Y está condenado al sacrificio parlante.

—Como el poeta.

IV

IFIGENIA

Conocida es la historia: transmitióse la maldición de Tántalo por toda la familia. Tántalo contagia a Pélope, y éste a Tiestes y a Atreo, sus hijos. Agamemnón y Menelao, los hijos de Atreo, nacen malditos, y la Helena de Menelao se encarga de propagar el mal a toda la raza de los hombres, mientras que la Clitemnestra de Agamemnón, adúltera y "sponsurici-

da", muere apuñalada por su hijo Orestes. Según la sencilla interpretación clásica, a Orestes toca redimir la maldición. Persíguenlo las Erinies o Furias de la madre, y por sus padecimientos y ruda justicia, lo absuelve un consejo de ancianos que tiene poder sobre las cosas del cielo. Es decir, que el pecado se redime por la expiación. Y esto pudiera parecer admisible a un cristiano; pero sólo desde un punto de vista individual. La expiación de Orestes puede ser que redima a Orestes; pero ¿por qué a toda la raza? A los hombres no nos redimió la expiación de Adán —dice el cristiano—. Los antecesores de Orestes sufrieron también por sus crímenes, y no anularon la maldición. En cuanto al consejo de ancianos, es una mera ficción plástica.

A Ifigenia, hija de Agamemnón y de Clitemnestra, hermana de Orestes y de Electra (y de Crisótemis, a quien nadie recuerda), he querido confiar la redención de la raza. Es más digna ella que aquel colérico armado de cuchillo. Además de que me inclino a creer que lo femenino eterno —molde de descendencias— es más apto para este milagro cosmogónico de las depuraciones que no el elemento masculino. Concibo a Ifigenia como una criatura combatiente, en la tradición de Atalanta y otras vírgenes varoniles.

Sigamos con la historia: en Áulide, las naves de Agamemnón que se dirigen a Troya han sido azotadas por el viento, o acaso no logran vientos propicios. Los dioses, para aplacar su cólera, han pedido el sacrificio de Ifigenia. En vano interviene Odiseo con sus piadosos engaños (la virgen helénica no entenderá nunca esta piedad) e Ifigenia será ataviada para unas fingidas nupcias. En vano. Eurípides nos la presenta, espantada y terrible, lanzando aquellas palabras de dudoso helenismo: "Vale más vivir miserablemente que morir con gloria." Cuando Ifigenia, en fin, se inclina bajo el cuchillo de Calcas, la diosa Artemisa (satisfecha con la intención como en el Sacrificio de Abraham) la hace desaparecer, la arrebata y la transporta a la tierra de Táuride, donde la consagra para su sacerdocio. Aquel pueblo brutal adora a Artemisa, y sacrifica en su templo a los extranjeros. Un día, los tauros encuentran, al pie de la Diosa, a la nueva sacerdotisa, que canta las

excelencias del sacrificio humano como pudo hacerlo algún oficiante de los sagrarios aztecas.

Y ésta, en Eurípides, en el teatro francés, en el alemán y el italiano, en todos los imitadores de la Ifigenia en Táuride, *recuerda su vida anterior y se lamenta de tener que preparar sacrificios humanos, interrogándose sin cesar sobre la suerte de su familia y de su patria. Al fin llega Orestes, acompañado de Pílades, el providencial. Viene afligido por la locura del matricidio y, en estado de enajenación, combate a los ganados, como Ayax y como Don Quijote. Los dioses le han pedido el rapto de la Artemisa que se adora en Táuride, prueba final de sus expiaciones. Se opera la agnición o anagnórisis, el reconocimiento de los hermanos, en unos diálogos que no olvida quien los ha leído una vez. Y Orestes y Pílades huyen, llevando consigo a Ifigenia y a la Artemisa, la cual es libertada así al culto de sus adoradores bárbaros. La maldición de Tántalo ha sido redimida.*

No admite ya nuestra inteligencia estos medios de salvación. Creemos que una maldición no se redime sino con el choque de otra fatalidad. Cargamos a Ifigenia de un dios tan rudo y tan altivo, que en ella rematará el daño de la raza, como una flecha que rebota contra un escudo.

Y ante todo, queremos que Ifigenia, sacerdotisa de Táuride, viva como en sueños, sin el recuerdo de su vida anterior, el cual una divinidad sabia, armónica, habrá cuidado de arrebatarle al envolverla en el vaho sagrado que la ocultó. Que sea Orestes quien venga, como la fulminación del rayo, a encender en ella la memoria de su vida anterior, irritando —con la alegría de la conciencia cobrada— el horror de saberse hija de una casta criminal. Que Orestes robe en buena hora la estatua de la diosa (este rasgo nos resultó inútil), pero que no logre convencer a Ifigenia. Ella, superior a la vendetta *de Micenas, aprovecha la hora en que los destinos vacilan y, escogiendo la emancipación, se niega a volver a la patria. Ha anulado la maldición. Vive en sus entrañas el germen de una raza ya superada.*

En un principio, se nos ocurrió solamente la idea de la pérdida de la memoria: la verdadera tragedia de Ifigenia no nos parecía compatible con el recuerdo de su vida anterior.

Había que guardarla en el misterio de su desaparición y su reaparición, como a una estrella disimulada tras una nube, y hacer que Orestes, provocando en ella el conocimiento del pasado, vertiera en su alma todo el horror de la certeza.

Poco a poco, la antigua fábula se fue desvistiendo a nuestros ojos de sus atavíos inútiles, y se redujo a un poema sin arqueología, donde pierde todo su valor la historia del rapto de la imagen. Y nos sedujo la idea de tratar el asunto con cierta escasez verbal y en un solo estilo de metáforas. Una obsesión por determinadas palabras muy concretas podía hacer de brújula estética: mano, brazo, pie, fuerza, oro, piedra, sangre, leche; vocabulario de entrañas, verbos de estallido y agitación, adjetivos de dureza; reiteración de ciertos términos que un oído habituado percibirá fácilmente. . . , y aun algunos provincialismos felices.

Era menester escoger una dirección muy precisa para, con la preparación —o mejor, la impreparación— actual, abordar un tema de esta especie. Y menos mal en los trozos líricos; pero ¿y las narraciones inevitables? Un alto testigo del pensamiento poético contemporáneo, Paul Valéry, confiesa, comentando el Adonis: *"Cierto es que, en los versos, todo lo que es necesario decir, casi es imposible decirlo bien." Así andamos ahora. Opté por estrangular, dentro de mí propio, al discípulo del Modernismo. Suprimí todo lo cantarino y lo melodioso; resequé mis frases, y despulí la piedra. Nadie podrá decir que engaño.*

¿Qué final dar al episodio? ¿Ifigenia había de huír de Táuride, como en mis grandes modelos? No lo sabíamos aún hace unos cuantos años. Un súbito vuelco de la vida vino a descubrirme la verdadera misión redentora de la nueva Ifigenia, haciendo que su simbolismo creciera solo, como una flor que me hubiera brotado adentro.

En este retiro plácido del verano —al que agradecemos tantas horas de contemplación junto al mar, y el consejo de sus colinas— entrecerramos los ojos, para dejar nacer, en redor de la sacerdotisa, a sus compañeros necesarios. Poco después, el otoño de Madrid, consejero inquieto, tuvo, sin embargo, piedad de nuestras cuartillas comenzadas.

IV

TRES POEMAS

1

Minuta

2

Romances del Río de Enero

3

Homero en Cuernavaca

1

MINUTA

JUEGO POÉTICO

[1917-1931]

Pero cenemos Inés
Si te parece primero

BALTASAR DEL ALCÁZAR

EPÍGRAFE

ENTRE las opacas sombras
y opacidades espesas
que el soto formaba de olmos
y la noche de tinieblas
se ocultaba una cuadrada
limpia y olorosa mesa
a lo italiano curiosa
a lo español opulenta

DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN
Y MENDOZA
La verdad sospechosa

I

LOA DE LA COCINERA

EL VECINO y la vecina
el ahorro semanal
el honor de la Cocina
la tradición nacional

Hoy es cuando la raqueta
hoy es cuando las machoides

el afán de la silueta
y el mito de las tiroides

Edad pálida y enjuta

quién come y bebe hoy en día
—de la abolida minuta
oíd la filosofía

II

APERITIVO

Colaboración exquisita
de la señora y del señor
funde el hielo de la visita
el copetín del buen humor

III

ENTREMESES

Cuadrilátero rombo disco
C.G.S. Ley Decimal
la sal proterva del marisco
y la casta del vegetal

IV

BODEGÓN

(Décima primera)

"Aquí tengo destas costas
por cuantas desiertas playas
descubren las atalayas
con sus fuegos y sus postas
las centollas y langostas
sabogas ostias tortugas
verderoles y lampugas

que comerás con toronjas
apretando como a esponjas
sus mal formadas verrugas"

LOPE DE VEGA
El peregrino en su patria

V

JARDÍN DE AGOSTO

(Una cesta de flores)

"... UNA LEGÍTIMA cesta de flores de pleno estío tendrá que tomar de la naturaleza misma de sus plantas ese aspecto polvoriento, vencido y palidecido de calor que todas las cosas deben ofrecer en este instante.

"Tal el que reviste el primer arriate de la derecha, según se entra al Parque de la Muette por la Avenida de la Reina Hortensia.

"La laxitud entera de la hora está expresada por la *Centaurea Candidissima,* follaje pálido y mate, casi blanquecino de polvo y descuidadamente igual en las dos caras rugosas de la hoja. Todo el efecto de la cesta dependerá de esta planta y de otra: la *Obelia Erinens* que, seca y delicada, con sus florecillas de un azul duro, va a perderse, por entre los intersticios de la verdura oval, hacia la cima de la colinilla. Tono principal: empañado. Ahora, reavivarlo: algunas manchas, bruscas y sencillamente rojas y de fuego, son necesarias. He aquí el *Pelargonium Diogenes* (rojo) cuyos cinco pétalos consumidos y algo deshechos también dejan sitio a la hoja del *Coleus, primor de Vilmore,* vinosa y verde y como herida ya de otoño. Todo esto, amontonado sin un dibujo preciso, encuentra una armonía que se produce sola y que desafía, hábilmente ornada de sus tintes, los mediodías y siestas de agosto."

STÉPHANE MALLARMÉ
En su revista *La Última Moda*

VI

EL PAN EN LA SERVILLETA

Qué paloma   qué cotovía
sobre el mantel sabe anidar
y deja tibio todavía
el huevecillo singular

Encarrujado el lino esconde
o bien plegado en alcatraz
el misterio de harina donde
la ley de Dios germina en paz

Oh paloma   Oh cotovía
nunca faltes donde yo estoy
El pan nuestro de cada día
dánosle hoy

VII

SOPA

...Entre los pucheros anda el Señor...

Santa Teresa

En buen romance casero
de verdura y de calor
con los brazos remangados
me siento a la mesa yo

Tierra terrena   terruño
del fondo del corazón
Bien haya el caldo y bien haya
la madre que lo parió

VIII

PLATITO DE ALMENDRAS

(Décima segunda)

AL HUÉSPED que se concentra
siempre tu piedad le acuda
oh cápsula diminuta
de plata para la almendra

Como se rompe la hembra
o abre la reja el terrón
entra el diente de rondón
hasta la pulpa cautiva

La sal llama la saliva
y ésta   la conversación

IX

JEREZ

DEDALITO de gualda
  que incita   escalda
"Entre pecho y espalda"
  que escalda   incita

  Ay que si escalda
suena la campanita
  de la Giralda

X

REMINISCENCIA

"EMPEZÓ primero el coro
de chirimías   Tras ellas
el de las vihuelas de arco
sonó en la segunda tienda

Salieron con suavidad
las flautas   de la tercera
y en la cuarta cuatro voces
con guitarras y arpas suenan"

RUIZ DE ALARCÓN

XI

PESCADO

SI "los moluscos reminiscencias de mujeres"
y unos y otras la radioactividad dormida
los peces   el amarga espuma de Citeres
y el aroma de cuando comenzaba la vida

XII

VINO BLANCO

PIENSAN que la rubia es menos mujer
que beber del blanco es menos beber
Para error tan craso
burla y punto omiso

Mas   oh vino blanco   salta del vaso
Lo mejor que puedes hacer
Es derramarte en el jugo del guiso

XIII

CARNE

LA CERCENADA gloria de San Juan
los astutos colmillos de Caín
Héroes   Napoleón y Calibán
Sitios   Wagram   Bailén   Verdún   Junín

XIV

MADUREZ

(Escolio de un caballero a su vecina de la izquierda)

—Me estoy pasando del Burdeos al Borgoña

Si me estaré volviendo romántico
"yo que siempre de los novios me reí"

XV

VINO TINTO

Fui general de airón y charretera
tizón de amores y trueno de alarmas
lancé estentóreo por la carretera
frente a Château Lafite

PRESENTEN... ARMAS

XVI

AVES

... algún palomino de añadidura los domingos ...

Cervantes

De torcaz o de "pularda"
que ahora se llama así
o de cualque perdiz parda
rastreada por ahí

y hasta de la altiva Juno
el pavón
en trufa y tufo oportuno
o mechado de jamón
sean por siempre mi ayuno
y mi parva colación

QUE   como tengo al Físico abolido
me alivian el humor y la desgana
tierno el pavón de nueces imbuído
y el pollo con regusto de avellana
Oh Museo Flamenco reducido
cuando no en salsa mola mexicana

Y negra pierna o cándida pechuga
el vino empapa lo que el pan enjuga

XVII

LEGUMBRES

DICE aquél   —Si el amor tiene espinas
eso es ley de las flores más finas

—Mas   por qué la amistad   —dice ésta—
si es tan sólo legumbre modesta

XVIII

APLOMO

(Escolio de otro caballero a su vecina de la derecha)

—COMIENZAN por decirme   *Tengo las manos frías*
Yo lo compruebo   y
SIEMPRE
sé que van a ser mías

XIX

ENSALADA

LECHUGA   tomate   escarola
cebolla honesta y ajo vil
de generoso aceite un ola
y náufragos de perejil

Rábano de alcanfor y almagre
y pimiento de bermellón
y al desorbitado vinagre
preferid el cuerdo limón

XX

QUESO

... muchos quesuelos friscos
que dan de las espuelas a los vinos bien tintos

ARCIPRESTE DE HITA

A LA ida y a la vuelta
ciudadano campesino
tienes la moral tan suelta
que no pierdes el camino

Síntesis de polo a polo
vulgaridad refinada
—Yo siempre con mermelada
—Y yo con vino
—Y yo   solo

XXI

RONDEL DE LOS POZOS DE NIEVE

PERO MEJÍA   *siglo xvi   los cita en sus "Diálogos"   Eran populares a principios del xvii con* PEDRO CHARQUIAS *De aquí nuestros helados*

DE ALFÓNSIGO   es decir pistacho
sinople y gualda las colores
y el frío cuaja otros sabores
regaliz y kummel borracho

Es mejor cortar sin empacho
donde están los gajos mejores
de alfónsigo   es decir pistacho
sinople y gualda las colores

Cedan las bodas de Camacho
y cedan las telas mayores
del Veronés y otros pintores
al fausto del frío pistacho
sinople y gualda las colores

XXII

FRUTAS Y CONFITURAS

De la cesta y del pote
hermanas enemigas
carmín de las mejillas
palomas del escote

Rousseau y el mito griego
la fresca y la jugosa
Ridícula Preciosa
la que ha llorado al fuego

Cansagren los manteles
en lienzo de pintura
las que han vivido en una
constancia de pinceles

XXIII

AMOR

(Secreto de una dama a otro vecino de la derecha)

Y cuando ya lo tengas todo
desaparecerás   de modo
que en la liga   que no te enrede
ni una sola pluma se quede

Deja tu cigarro encendido
yo entenderé que ya te has ido

XXIV

DE OTROS POSTRES Y GOLOSINAS

"El celestial humor recién cuajado
que la almendra guardó entre verde y seca
en blanca mimbre se lo puso al lado
y un copo en verdes juncos de manteca

En breve corcho pero bien labrado
un rubio hijo de una encina hueca
dulcísimo panal a cuya cera
su néctar vinculó la Primavera"

Góngora
Fábula de Polifemo y Galatea

XXV

BOMBONERA

Gloria y punzada minúscula
en cualquier tiempo que sea
cuando el electrón de azúcar
el hígado bombardea

XXVI

CHAMPAÑA

Jabón por lo leve
tinta porque escribe
hada porque vive
mientras se le bebe

Si de aquél la espuma
de ésta el sabor
de estotra la bruma
de sueño y fulgor

Ahora del tango
ayer del cancán
a fe que se dan
las flores en fango

Pecheras ahitas
y suspiros del arco y la cuerda
Perlas margaritas
para los animales de cerda

XXVII

RUIDO EN LAS COCINAS

1

(Murmura el marmitón)

CELEBRIDAD Qué disparate
aquí todo lo iguala el trillo
venga la paciencia y nos mate
mientras cuelo por el gaznate
el vinillo agrillo y ralillo

2

(Dice entre las fregonas el pinche escéptico de Madrid)

LO DIJO el sabio Cendubete
son las hembras demonios malos
para vivir de rechupete
mojar en riojano y clarete
el reverendo Cantimpalos

3

(La vieja al fuego que no hace nada concluye)

"... TENGA yo lleno el brasero
de bellotas y castañas

y quien las dulces patrañas
del Rey que rabió me cuente
y ríase la gente"

GÓNGORA

XXVIII

BRINDIS

Tín-tín-tín

LLEGÓ la fecha   y tus amigos
te ven despojarte de años
como de erizos los castaños
y como la higuera de higos

Tiende tu boca a nuestro afán
tu boca   —dice Mallarmé—
"Où la nature prend le soin
de te rajeunir d'une année"

XXIX

SOBREMESA

(Historia de enredo)

—CON PERMISO de las faldas
voy a comenzar un cuento
el final   si no lo acabo
buscadlo en *El Patrañuelo*

En la noble Alejandría
y las dos a un mismo tiempo
dos vecinas retoñaron
cada una su renuevo
De una nodriza del campo
se criaron a los pechos
y crecían tan iguales
que los juzgaban gemelos

La gente para llamarlos
les llamó Los Tolomeos

Uno tenía una hermana
ella jugaba con ellos
Sólo por las vestiduras
acertaba a conocerlos
Si ellos cambiaban los trajes
válgame Dios cuánto enredo
. . . Las "bellaquerías"   Góngora
y todo lo que sabemos. . .
No me atrevo con la historia
punto final   No me atrevo

XXX

SOBREMESA

(Historia de caza)

—De ésta se olvidó Timoneda
en su *Alivio de Caminantes*
Era un Doctor   nadie se ofenda
de aquellos que se usaban antes

El Doctor se iba de caza
luciendo calzas de gamuza
perro y hurón   cuerno y compaña
y en el gorro la airosa pluma

—Cata la liebre   la raposa—
gritaban los ojeadores
pero a la escopeta doctora
le fallaban los perdigones

De súbito un grito que anuncia
—Cata el enfermo   cata el cliente—
De esta vez el Galeno apunta
y deja tendido al paciente.

XXXI

SOBREMESA

(Evocación de Madame de Staël)

LLORA la dama su destierro
Bonaparte hincó la centella
pero fue su más grande yerro
fulminar la tertulia aquella. . .

Acometía el Rey de Espadas
a la Dama de Corazón
que llora lágrimas cansadas
huérfana de conversación

Charla   El último rendimiento
el arte prima y soberana
No hay otra flor   la flor de aliento
y el tallo de la voz humana

XXXII

CAFÉ

(Décima tercera)

CUENTAN que con filtro igual
y con idéntico tueste
y untando   porque más cueste
el butiro candeal
lo que uno acierta mal
otro a derechas lo acierta
y que si a unos despierta
a otros rinde el café—
guerrero árabe que
corre su pólvora incierta

XXXIII

LICORES

ALEGORÍA de blasones
y de banderas nacionales
En barquitos de pabellones
da sus armamentos iguales
la Sociedad de las Naciones

Quinta-especia de sensaciones
ronda de aromas espectrales
mentas cacaos y limones
Deshechos en inhalaciones
los apetitos vegetales

El sumiller tasa el licor
El engaño de los espejos
hace de multiplicador
y Marconi enciende de lejos
los cien globitos de color

XXXIV

TABACO

(Traducción de STÉPHANE MALLARMÉ)

TODA el alma resumida
cuando lenta la consumo
entre cada rueda de humo
en otra rueda abolida

El cigarro dice luego
por poco que arda a conciencia
La ceniza es decadencia
del claro beso de fuego

Tal el coro de leyendas
hasta tu labio aletea

Si has de empezar suelta en prendas
lo vil por real que sea

Lo muy preciso tritura
tu vaga literatura

XXXV

POLOS DEL EXCESO

(Pequeñas décimas Grandes remedios)

I

HORA ceniza Y se pega
la lengua en el paladar
cuando sabe a rejalgar
la acidez que nos anega
Como un cuchillo juega
por la entraña el acre flato,
y el doliente timorato
disimula y secretea
pidiendo la panacea,
pidiendo el bicarbonato.

II

OTRA tan menesterosa
feligrés de la aspirina
reclama a la medicina
lo que a la higiene no osa
Traga el botón presurosa
y es prestidigitación
el agua que en un rincón
apura con ligereza
porque es tabú la cabeza
en cena de invitación

XXXVI

CASI BALADA DE LA SED

(Media noche)

GIRAN las puertas   Empezó la marcha
de los lacayos de cola y pechera
Juegan al corro las copas de escarcha
cambia de oficio la rubia ponchera
Cuando rebaña ya la faltriquera
el campeón de las conversaciones
y pasa un ángel   y la sed asalta
Escocia surte su fervor de malta
y el trópico naranjas y limones

Una cortina que el viento menea
al entornado balcón se solaza
y que lo cierren otra vez   no sea—
y otra vez el bullicio y la algaraza
Oh piedades de árnica y linaza
para las intestinas contusiones
Trago que al par que domestica exalta
Escocia surte su fervor de malta
y el trópico naranjas y limones

ENVÍO

Príncipe   Nada sobra y nada falta
Se van apaciguando los salones
Ya ni en la soda la burbuja salta
ni Escocia surte su fervor de malta
ni el trópico naranjas y limones

XXXVII

VESTUARIO

(Ideas de fatiga)

No ES ilícito soltar
el grifo al alma un momento

Neblina de pensamiento
que nos cura de pensar

Fácil divagar así
Ficha símbolo moneda
vale un sombrero de seda
la cifra que traigo aquí

Miren la fuerza que ata
un talismán de cartón
De armiño nutria y visón
sendos ejércitos mata

. . . Por ensalmo se despeja
de repente la neblina
Suena sobre la bandeja
el timbre de la propina

XXXVIII

DESPEDIDA

"Ya los caballos están
viendo que salir procuras
probando las herraduras
en las guijas del zaguán"

Alarcón

XXXIX

ORACIÓN

(Estampa popular)

Baile en mi fogón
San Pascual Bailón
Oiga mi oración
mi santo patrón

Era por media mañana
y era   en el huerto   Pascual
que si fregaba la loza
o lavaba el delantal
Las monjas   a sus oficios
ocupadas en rezar
y el cocinero sonríe
porque oye un ave trinar
Pronto vuelve el cocinero
que era tiempo de guisar
Se hace cruces   y no encuentra
la cocina conventual
Ay que pasaron cien años
en ese instante fatal
y hoy en vez del monasterio
hay un cuartel militar

Cocinero   cocinero
que en vino de consagrar
emborrachas y cocinas
la fritanga espiritual
Santo de la Eucaristía
que saltas ázimo el pan
en el boliche o balero
del copón trascendental
y en la sazón absoluta
—sin azúcar y sin sal—
haces que el manjar más pobre
sea el más rico manjar
Tú que en la mesa de Pedro
con la paloma de Juan
mechas el guiso-Manuel
de tu cordero   Pascual

Cocinero   cocinero
te olvidas de cocinar
Un ave cantaba   y todo
se te iba en escuchar
Pasaban meses y años

y tú no volvías más
De fijo los caminantes
se asombraban de mirar
al que   en mandil y bonete
cándida estatua de sal
ya casi echaba raíces
de tanta inmovilidad
creciéndole por los suelos
aquella barba caudal

Cocinero   cocinero
de ti nos vino este mal
Arréglatelas ahora
para hacernos perdonar
El diecisiete de mayo
dicen que es día fatal
Los que en tal fecha nacieren
nacidos en día tal
creen que les habla el cielo
cada vez que oyen cantar
se olvidan de sus provechos
dejan su casa y lugar
de su nombre no se acuerdan
Qué se habían de acordar
cuando canta para ellos
el pájaro celestial

Baile en mi fogón
San Pascual Bailón
Oiga mi oración
mi santo patrón
y de mis pecados
me dé remisión

... Hecha es la cena
Levántense los manteles
ALCÁZAR

NOTA SOBRE SAN PASCUAL BAILÓN

La mejor hagiografía consulta la leyenda en labios del pueblo, sin pretender apurarla demasiado. Así crece la vida sobrenatural de los Santos: ya que no

realidad histórica, folklore a lo divino, flor indecisa de todas las imaginaciones. Acaso la vida de un elegido se contamina o confunde con la de otro. Los tratadistas confiesan ignorar las razones que pueden hacer de San Pascual algo como un celeste mayordomo de casa y boca o Santo Varón del Trinchante y Cuchillo. ¡Como si no vieran que el mayor cocinero es el que adereza y sirve, en el sacrificio de la misa, el pan sagrado! Porque San Pascual es, por antonomasia, el Santo de la Eucaristía. ¡Qué más da! El San Pascual que me enseñaron de niño gentes humildes y sencillas —un San Pascual con sus ribetes de Rip Van Winkle y "cocinero antes que fraile"— es más eficaz a manera de virtud del alma que el verdadero hijo de Martín Bailón e Isabel Jubera, nacido en Torrehermosa, provincia cesaraugustana, el 17 de mayo de 1540.

2

ROMANCES DEL RÍO DE ENERO

[1932]

RÍO DE OLVIDO

Río DE Enero, Río de Enero:
fuiste río y eres mar:
lo que recibes con ímpetu
lo devuelves devagar.

Madura en tu seno el día
con calmas de eternidad:
cada hora que descuelgas
se vuelve una hora y más.

Filtran las nubes tus montes,
esponjas de claridad,
y hasta el plumón enrareces
que arrastra la tempestad.

¿Qué enojo se te resiste
si a cada sabor de sal
tiene azúcares el aire
y la luz tiene piedad?

La tierra en el agua juega
y el campo con la ciudad,
y entra la noche en la tarde
abierta de par en par.

Junto al rumor de la casa
anda el canto del sabiá,
y la mujer y la fruta
dan su emanación igual.

El que una vez te conoce
tiene de ti soledad,
y el que en ti descansa tiene
olvido de lo demás.

Busque el desorden del alma
tu clara ley de cristal,
sopor llueva el cabeceo
de tu palmera real.

Que yo como los viajeros
llevo en el saco mi hogar,
y soy capitán de barco
sin carta de marear.

Y no quiero, Río de Enero,
más providencia en mi mal
que el rodar sobre tus playas
al tiempo de naufragar.

—La mano acudió a la frente
queriéndola sosegar.
No era la mano, era el viento.
No era el viento, era tu paz.

VAIVÉN DE SANTA TERESA

VA TEJIENDO el emparrado
—espada de lanzadera—
enramada, "corretona"
luna de Santa Teresa.

Entre pestañas prendidos,
mientras huyen en pavesas,
presos y libres los ojos
convidan paz y dan guerra.

Y tiembla un negrito enjuto
y en su guitarra se enreda,

novio en fuga que se abraza
con una mujer pequeña.

Mujer trabada en la hora,
libre aunque se da, y ajena...
¡Cómo todo fluye, y todo
se va de donde se queda!

De las copas de los árboles
escurren gotas de esencia:
a la vez que se consume,
otra vez toda comienza.

Abajo se escapa el mar
en la misma luz que entrega,
y aunque se escapa, no sale
de las manos de la tierra.

Pasa el jinete del aire
montado en su yegua fresca,
y no pasa: está en la sombra
repicando sus espuelas.

¡Eso que anda por la vida
y hace como que se aleja!
¡Eso de ir y venir, eso
de huír y quedarse cerca!

¡Eso de estar junto a mí,
y hace años que estaba muerta!
¡Eso de engañar a todos
como Zenón con su flecha!

Se enlaza el tiempo en la voz:
la canción tiene pereza.
Con ágiles pies, los ángeles
se dejan venir a tierra.

—Voladora y quieta luna,
garza de sí misma presa,

entre arabescos de hojas
va y no va, rueda y no rueda.

CASTIDAD

Mentía con las ojeras
escarbadas de calor,
atajando con los ojos
como con un resplandor.

Si en la cosquilla del habla
era toda insinuación,
la voluntad no seguía
las promesas de la voz.

La mano se le olvidaba
entre la conversación,
pero volvía por ella:
no se le olvidaba, no.

Le reventaba en el seno
cada estrujado botón,
escondiendo y ostentando
a cada lado un limón.

Era por medio diciembre,
cuando pesa más el sol,
y de repente la brisa
se metía de rondón.

De sonajas de cigarras
todo el aire era un temblor,
y en las pausas de silencio
el silencio era mayor.

La tierra juntaba mieles
en mansa fecundación.
Lenta y abundante vida
latía sin expresión.

Adiviné que las aves
no acababan la canción,
en lo mismo que ensartaban
una y una y otra voz.

Adiviné que las nubes
erraban sin dirección;
adiviné que las cosas
arrepienten su intención.

Que también la audacia roja
pára en el rojo rubor,
y que en la naturaleza
es casta la tentación.

—Hallo que ahora la gozo
y la rodeo mejor;
la miro, y la dejo hablar,
sin prisa, y sin dilación.

CONTRASTE Y SUEÑO

¿Para qué buscar alivio
—no lo sé, yo no lo sé—
en la asfixia del cigarro
y el amargor del café?

Al doliente cabaquiño
van a pedirle placer:
nadie da lo que no tiene:
sólo sabe llorar él.

No quiere el enamorado
más consuelo que tejer
con frágil malla de lágrimas
una imagen de mujer.

El otro muere de anhelos,
y en vez de buscarla ¿qué

se le ocurre sino andar
borracho por el burdel?

Pongan a la pasión música
y al gato su cascabel;
den tiempo para que escape
lo que iban a coger.

¡Oh qué insípida desgana,
oh qué desmayar! ¡Oh qué
poco ánimo de asir
lo que confiesan querer!

Cuando medio nace el día
y medio va a amanecer,
el medio afanoso medio
deja el lecho de una vez.

Medio sabe lo que intenta,
medio anda en lo que va a hacer...
Y cuando medio anochece,
ya lo que se fue se fue.

¿Será que el agua soñada
es la que apaga la sed?
¿La que retumba escondida
y nadie la puede ver?

Sabio, entonces, aquel sabio
que no se queda en la miel,
y busca para su gusto
el contraste y la acidez.

—Aquiles da en desandar;
Penélope, en destejer.
Yo tenía que decir
algo, cuando lo olvidé.

SAUDADE

¿Qué procuras, jardinero,
si cada plantel deshaces
y sólo siembras y arrancas
arbustos de voluntades?

¡Qué solo vas por la vida,
amigo de cien ciudades!
En todas criabas amores,
pero todas las dejaste.

Desde el Cerro de la Silla,
al pie de la Sierra Madre,
corre el hilo de tu cuna
como un invisible estambre.

Se enreda entre las memorias
de los años que pasaste,
la Ciudad de los Palacios
que tiene un cielo tan grande.

Si allá junto a Guadarrama
deja tu amistad señales,
junto a Santa Genoveva
hay los recuerdos que sabes.

Fulva la onda del Plata
—de arcilla y no de cristales—
propia urna de tus lágrimas,
tenga piedad de tus males.

Tenga cuita el Corcovado,
donde hoy tu bandera plantes,
de tus talones heridos,
de tus manos implorantes.—

Dicen que en el mar del trópico
anda una errabunda nave;

dicen que el mar la enamora,
dicen que le ayuda el aire.

Dicen que el grano de arena
se pierde entre sus iguales,
y se confunden las caras
de las hojas de los árboles.

Aquí se ha perdido un hombre:
dígalo quien lo encontrare.
Entre los hombres bogaba,
ya no lo distingue nadie.

—Ironía del recuerdo,
que entra por donde sale:
¡lloraba sus horas muertas,
y las tenía cabales!

MORENA

TRIGUEÑA nuez del Brasil,
castaña de Marañón:
tienes la color tostada
porque se te unta el sol.

De las algas mitológicas
en el marino crisol,
como la sal se te pega
tienes tostado el color.

Ilesa virgen de aceite,
lámpara de hondo fulgor:
sales a apagar el día,
ya diamante, ya carbón.

En el vaho de la arena
¿no se consume la flor?
No se consume: se alarga
el tallo, rompe el botón.

Misterio: ceniza y fruta;
ceniza sin amargor,
fruta áspera con acres
aromas de tocador.

Mirra y benjuí por los brazos,
gusto de clavo el pezón:
quien hace la ruta de Indias
corta la especia mejor.

Cierto, tenderé la vela:
me siento descubridor,
alumno de Marco Polo
y de Cristóbal Colón.

—¡Tierra! —grito, y en el seno
del barro que te crió,
hinca ya la carabela
la quilla y el espolón.

Tierra oscura me recibe,
en sorda germinación,
en la que saltan los árboles
como rayos de explosión.

Truena Dios, y mi ventura,
al tiempo que truena Dios,
está en volver a la sombra
donde he nacido yo.

—Callen las onzas de plata
cuando se escucha esta voz:
"Hijas de Jerusalén,
el sueldo de cobre soy."

DESEQUILIBRIO

A POCO el agua se hiela
¡y son diecisiete grados!

Las normas se han confundido,
parece que estoy temblando.

Parece la luz siniestra
de un país escandinavo,
sólo porque un nubarrón
se enrosca en el Corcovado.

Parece cobrar la tierra
todo su horror planetario,
sólo porque un mar plomizo
la suspende en el espacio.

Parece que está la ira
todas sus viras vibrando,
sólo porque el sonreír
de pronto se te ha cansado.

Y aunque resuello, parece
que me ahogo y que me acabo;
parece que, aunque te sigo,
ni me acerco ni adelanto.

Columpiábase la vida
en otro nivel más alto,
y era toda como vértigo
y anhelo en el aire vago.

¿Si era la tempestad
o era tu rostro nublado?
¿Si eras tú quien sacudía
la tralla de los relámpagos?

Tan muelle, tan regalón
y tan mal acostumbrado,
el paisaje era polar
porque no era dorado.

Y tú como las almendras
dejabas el gusto amargo,

conforme se disolvía
tu sabor garapiñado.

(Será que tarde y mujer
se me iban entregando,
serias, azoradas, tímidas,
que así es el gozo apurado.)

—Y cuando vino la noche,
que todo estaba callado,
no estaba callado todo
porque reía el orvallo.

BERENGUENDÉN

"Toma y no le des a nadie,
que es secreto para ti,
y cuélgatelo en el pecho
donde tiene que lucir.

"De Mozambique y de Angola
llegaron hasta el Brasil
siete misterios labrados
que te voy a descubrir.

"De la cepa bahiana
este racimo es la vid:
acuérdate de la sangre
que la tierra esconde en sí.

"Dicen que aquel cascabel
hace a los tristes reír:
porque la semilla guarda
del árbol del frenesí.

"Éste es el jacarandá,
palo de mucho vivir:
la raza de los morenos
nunca puede tener fin.

"La mano en figa es cerrojo
que nadie lo sabe abrir:
cierra el cuerpo al sortilegio
y al veneno más sutil.

"El agua se te ha de dar
sin tenerla que pedir:
el cuenco de la avellana
te lo hace saber así.

"Los sellos de Salomón
y el sol y la luna y
las monedas de Don Pedro,
son riqueza y buen dormir.

"La granada reventada
que creció en tu puerta, si
nació contigo es señal
que contigo ha de morir.

"Ya oíste lo que te importa:
te lo voy a repetir.
Luego que ya te lo sepas,
tú me lo dices a mí."

—La vieja la aconsejaba,
y ella la escuchaba sin
chistar. Y yo, caviloso,
y sin poderme reír.

EL RUIDO Y EL ECO

RONDAS de máscara y música,
posadas de Navidad:
México, su Noche-Buena,
y Río, su Carnaval.

Allá, balsas de jardines,
vihuelas para remar,

y sombreros quitasoles
que siguen el curso astral.

Acá, en la punta del pie
gira el tamanco al danzar,
y las ajorcas son "cobras"
que suben del calcañar.

Si aquí el coco de Alagoas
labrado en encaje, allá
la nuez de San Juan de Ulúa,
calada con el puñal.

Dan las mulatas del Mangue,
desnudas a la mitad,
de ahuacate y zapotillo
la cosecha natural.

¡Y yo, soñando que veo
piraguas por el Canal,
rebozos y trenzas negras
en que va injerto el rosal!

Entreluz de dos visiones
refleja y libra el cristal;
dos madejas enlazadas
se tuercen en mi telar.

¿Dónde estoy, que no lo acierto,
que no me puedo acordar?
Ando perdido en la calle,
náufrago de la ciudad.

Válganme los dos patronos
en tanta perplejidad:
válgame la Guadalupe,
válgame San Sebastián.

Válganme. —Pero no quieren
mi delirio disipar,

que lo huyo y lo persigo,
y lo tengo que saciar.

—Esto cantaba un sencillo,
afanándose en juntar
la Estrella y la Cruz del Sur
y el Águila y el Nopal.

EL BOTÁNICO

El-Rey Don Juan VI trajo
una palmera de Cuba.
Para besarle los pies
todas las plantas se juntan.

De los indianos lanceros
—al cielo el morrión de pluma—
las guardias trazan la senda,
la senda corre entre juncias.

Las randas de samambaya
levanta un bambú de alcurnia.
Los democráticos cactos
se entre-palpan con las púas.

Yace un tapiz de nenúfares
sobre el agua que se oculta,
pero el agua se estremece
sabiendo que está desnuda.

La hoja del papagayo
de tantos colores muda,
que ya flamea en granates
o llora de nieve pura.

Un hidalgo, el alcanfor;
una villana, la ruda:
Don Alonso exhala esencias,
y Aldonza Lorenzo suda.

Victoria Regia, de bronce
ofrece a Moisés la cuna:
bandeja sobre el estanque,
blanca flor toda de bruma.

Y hay otras, latiniparlas
como las preciosas cultas,
hijas de cien apellidos
que ni ellas mismas pronuncian.

Cola de pavo real,
toda la flora fulgura,
y la luz cambia de cálices
como el día de postura.

De codos en la montaña,
señora desde su altura,
con su escuadrón de furrieles
la noche espera y escucha.

—Los pájaros la consigna
gritaban de punta a punta.
Ya se han cerrado las rejas.
Ya sólo queda la luna.

ENVÍO

MERCEDES, Río, mercedes,—
soledad y compañía,
de toda angustia remanso,
de toda tormenta orilla.

Y porque nunca pensé,
y porque yo no sabía
que hay en el mundo una raya
donde el mundo es lejanía;

una zona en que las sienes
se curan de las espinas,

y el mismo dolor se envuelve
y a sí propio se acaricia;

las lágrimas se deshacen
con el calor de la vista,
y no digo las memorias,
que ésas nadie las alivia.

En feliz continuación,
de tantos siglos henchida,
quema la historia tu cara,
tu esperanza la abanica.

Y juegas las apariencias
como la criolla sabida
que, más que en sus amuletos,
en el tiempo se confía.

Esmaltes de mariposa,
cosa tan liviana y fina,
bastan a rasgar el sol
en siete espadas furtivas.

Así tú, con el encanto
de tu leve cortesía,
encadenas voluntades
y las perdonas cautivas.

Tus calles se van al mar
cargadas de carne viva,
y en tus angélicas aguas
te siembras y te bautizas.

Ancha, generosa nave,
con San Telmo, a la vigía,
sirtes venzas, salves vórtices,
salgas a la gloria un día.

—Llego al fin de mi canción,
que es ya más tuya que mía,

y no pude, Río de Enero,
decirte lo que quería.

NOTAS

Alguna vez, dar la espalda a las dichosas libertades —no son más que abandono— y estudiar, humildemente, la geometría en Dante.

Once romances, de once cuartetas cada uno, procurando que todos acaben en la décima estrofa, para que la undécima cuelgue, arete o broche.

El romance nos transporta a la mejor época de la lengua, trae evocaciones tónicas; la lengua, desperezada, ofrece sola sus recursos. Además —ventaja para aprovecharla ahora mismo— el romance deja entrar en la voz cierto tono coloquial, cierto prosaísmo que se nos ha pegado en esta época, al volver a las evidencias.

Rima asonante: privilegio para no abandonarse. Lo bastante suelta para no mutilar la arborescencia poética de hoy en día. Lo bastante sujeta para que la imaginación crezca al castigo y se nutra con el obstáculo.

Partir el flujo del romance en estrofas, sin duda cediendo a la tendencia estrófica del corrido mexicano, hijo del romance peninsular.

De cuando en cuando, darse el gusto de deslizar uno que otro lusismo. Estas contaminaciones entre el portugués y el español —se lo decía al joven Juan Valera no menor persona que el purista Estébanez Calderón— dan sazón al caldo.

Aproximadamente, un principio común, descubierto en las experiencias poéticas de Ríojaneiro: una como ley del péndulo, una oscilación, una bifurcación de emociones. La idea —siempre— parte y llega a término; luego vuelve atrás y se anula. Si fuere posible, destacarlo en la estrofa apendicular de cada romance; hacerlo en balanceo de frase.

Cada cuarteta debiera repetir la idea general del poema, volver a dibujarla, aunque con objetos siempre diferentes. Tal reiteración, y la catacresis que de ella resulta —distintas imágenes se obligan a expresar la misma cosa, la misma cosa que carece de nombre hecho— son los dos recursos de la poesía. Las ciento veintiuna estrofas pondrían sitio a la misma emoción vaga, que nunca se entrega del todo: "No pude decirte lo que quería."

Once romances que quisieran encerrarse en uno; y éste, en su cuarteta final. Si yo diera con esta síntesis, me ahorraría todo el desarrollo. En el desarrollo —puesto que estoy obligado a él— procurar, al menos, no entregarme a la casualidad, único precepto de la higiene.

Y, a lo largo del trabajo, hacerme la ilusión de que, por transparencia y evocadas de lejos, se adivinan —sin nombrarlas nunca— esas estampas viejas en que cuaja la realidad: las empresas de bandeirantes, la abolición de la esclavitud, el Emperador que dice adiós, desde el barco...

Y ve con buen viento, poema, que yo te veré desde la playa.

3

HOMERO EN CUERNAVACA
[1948-1951]

Este recreo en varias voces —prosaico, burlesco y sentimental—, ocio o entretenimiento al margen de la Ilíada, *se dedica a la buena memoria del sabio, inolvidable amigo y probo sacerdote Gabriel Méndez Plancarte, honra y luto de nuestras letras, desaparecido ha poco en plena labor.*

Los quince sonetos escritos entre septiembre y noviembre de 1948, y generosamente acogidos por la revista Ábside, *aparecen hoy muy retocados. Al corregirlos recientemente (abril y mayo de 1951), se me fueron ocurriendo los otros quince. El orden en que los presento obedece a consideraciones muy largas de explicar y hallo más fácil admitir que es caprichoso.*

México, 17 de mayo de 1951.

A. R.

Je veux lire en trois jours l'Iliade d'Homère.

RONSARD

I

¡A CUERNAVACA!

1

A CUERNAVACA voy, dulce retiro,
cuando, por veleidad o desaliento,
cedo al afán de interrumpir el cuento
y dar a mi relato algún respiro.

A Cuernavaca voy, que sólo aspiro
a disfrutar sus auras un momento:
pausa de libertad y esparcimiento
a la breve distancia de un suspiro.

Ni campo ni ciudad, cima ni hondura;
beata soledad, quietud que aplaca
o mansa compañía sin hartura.

Tibieza vegetal donde se hamaca
el ser en filosófica mesura...
¡A Cuernavaca voy, a Cuernavaca!

2

No sé si con mi ánimo lo inspiro
o si el reposo se me da de intento.
Sea realidad o fingimiento,
¿a qué me lo pregunto, a qué deliro?

Básteme ya saber, dulce retiro,
que solazas mis sienes con tu aliento:
pausa de libertad y esparcimiento
a la breve distancia de un suspiro.

El sosiego y la luz el alma apura
como vino cordial; trina la urraca
y el laurel de los pájaros murmura;

vuela una nube; un astro se destaca,
y el tiempo mismo se suspende y dura...
¡A Cuernavaca voy, a Cuernavaca!

HOMERO

De cara a los volcanes, hoy prefiero,
pues la ambición y la ignorancia igualo,
deletrear las páginas de Homero,
que me acompaña para mi regalo.

Ensayo, me intimido, persevero,
aquí tropiezo y más allá resbalo:
otro volcán viviente y verdadero,
otro fastigio y otra cumbre escalo.

Pronto el cielo se opaca y estremece,
y el aguacero se desencadena.
Septiembre ruge, la nubada crece,

y cada vez que el horizonte truena,
la soberbia de Aquiles resplandece
y el viento gime con la voz de Helena.

GALOPE DE LA *ILÍADA*

TESALIA, Pilos, Élide, Sición, Laconia, Creta
—yeguadas conocidas de larga tradición—,
sus ágiles corceles brindaron al poeta
para atronar los llanos de la ventosa Ilión.

Hay brutos de crianza divina o de secreta
generación olímpica, y a los del Pelión
el Céfiro y la Arpía dieron su sangre inquieta
y gozan un instante de habla y de razón.

Entre el cielo y la tierra cruzan los Inmortales,
las bridas sacudiendo de oro y marfil trenzadas.
Dioses, demonios, númenes, humanos y animales;

nubes, olas y piedras y árboles; y espadas,
picas, flechas y carros, arneses y metales
cabalgan un océano de sílabas rizadas.

TREGUA ESPONTÁNEA

¡INSÓLITA quietud en la troyana tierra!
Bajo su toldo, Aquiles olvida sus pasiones;
se oye temblar la lira, se escuchan sus canciones;
y un hálito de paz adormece la guerra.

El tumbo de las olas por el espacio yerra.
Con discos y venablos juegan los mirmidones
en los embarcaderos; y pacen los bridones
loto y palustre apio traídos de la sierra.

Yacen las negras flotas en muda formación.
De una y otra hoguera suben las humaradas,
y lejos se divisan las murallas de Ilión.

Desata sus sandalias ocioso Agamemnón,
y revista Odiseo sus naves embreadas,
únicas que lucían proas de bermellón.

LOS EXÉGETAS

1

NO JUZGUÉIS que el arguto alejandrino,
partiendo en dos a Homero, como al santo,
fue tan impío ni ha pecado tanto
como peca el moderno desatino.

Que el Janto absorba y beba en su camino
tal afluente, y se revuelva el manto,
¿en qué perturba la unidad del Janto,
en qué lo deja menos cristalino?

Ha muchos siglos maduró la yema,
enfriada la masa temblorosa
hasta cuajar en su virtud extrema.

Duerma el embrión su vida penumbrosa:
no importa el balbuceo, sí el poema;
no la oculta raíz, sino la rosa.

2

DE MODO que la *Ilíada,* según Monsieur Mireaux,
es la occisión del amo, que en otro tiempo fue
un rito riguroso, y al cabo se atenuó
en despeñar a un *fármakos* o darle un puntapié.

¿Acaso, en vez de Aquiles, Patroclo no murió?
¡Pues ya están explicados la causa y el porqué!
Y añado por mi cuenta: Tersites padeció
a nombre de la tropa, según claro se ve.

"... Muchacho, no te encumbres, que toda afectación
es mala", y el sensato la juzga con desdén.
También a Don Quijote le han hecho sinrazón

buscándole mil trazas, y yo puedo también
probar que este soneto nace de la intención
de abatir a un coloso hiriéndolo en la sien.

MATERIALISMO HISTÓRICO

Si al Occidente se buscó el estaño
o bien por Anatolia y el Euxino,
las tribus espaderas del camino
tienen por fuerza que buscarse daño.

¿Hoy el pirata, y el bribón antaño?
¿Helena hoy, si ayer el Vellocino?
¡Ladronerías que, olvidado el tino,
dan en poemas como por engaño!

Cuatro términos hay: Ilión y Esqueria
aduanas son de la explorada vía;
mercado es Tracia, y el Egipto es feria.

Mas queda otro sendero todavía
que purga la codicia y la miseria:
la ruta vertical, la poesía.

GENEALOGÍAS TROYANAS

Zeus lo engendró, lo hubo alguna de las Pléyades:
tal es la dignidad de Dárdano el epónimo.
Su vástago, Erictonio, en Dardania fue rey — a — des-
pecho de quien lo toma por su ateniense homónimo.

Su hijo Tros, el padre de Ilo, impuso ley — a — des-
perdigadas comarcas de aquel lugar anónimo;

y de Tros y de Ilo heredó la epopeya — des-
pués los nombres de "iliano" y "troyano" el sinónimo.

Ilo tuvo, entre otros, un nieto ilustre: Príamo,
viejo rey de la *Ilíada,* decente aunque polígamo.
Crió cincuenta príncipes; mas Paris, mala pécora,

le salió mujeriego y vano y sin escrúpulo. . .
—Puedo seguir; no sigo: me canso del esdrújulo
y, cerrando los párpados, dejo caer la péñola.

ENTREACTO:

A una Afrodita núbil

AFRODITA de oro, renacida
para desazonar los corazones,
diosa precoz que brotas a la vida
entre sospechas y adivinaciones;

que a toda garatusa desmedida
el gesto huraño y la reserva opones,
y niñeando y como distraída
sabes amedrentar a los fisgones:

A quien ya no presume de galano
y empieza a descender el precipicio,
otórgale la prez del veterano

que con razón rehusas al novicio:
déjame que te tome de la mano
mientras con la mirada te acaricio.

II

DE AGAMEMNÓN

¿QUIERES decirme, Agamemnón, qué saca
de tanta terquedad el mundo aqueo?

Pues a mí no me cuentes que es la jaca
de Aquiles Pelión tu solo empleo.

Pero es verdad que si, en el toma y daca,
te desquitas más bien con Odiseo
—"hombre de mundo"—, a esta hora yo no leo
las páginas de Homero en Cuernavaca.

Tú te empeñaste en exigir por eso
que, para compensarte de Criseida,
el intocable Aquiles pierda el seso.

Porque al fin lo de menos es Briseida,
con tal que, de un exceso en otro exceso,
la *Ilíada* se fragüe —¡y aun la *Eneida!*

MENELAO Y LA SOMBRA

¡Qué torpe Menelao cuando hasta Ilión venía,
mezclando a tantos pueblos en una culpa ajena,
si es cierto que en Egipto lo esperaba su Helena,
si Estesícoro acierta, si Homero desvaría!

Suspéndase el dictamen; importa todavía
esclarecer los cargos antes de la condena:
a veces una historia se traslada de escena,
y la verdad consiente bostezos de ironía.

¿Es una sombra el lauro de tamañas peleas?
¿Helena es sólo un grito, Helena es sólo un eco?
Pues, en torno al presunto simulacro de Eneas,

¿no combaten las huestes, ludibrios de un muñeco?
Y tú, lector, ¿no acudes, por muy sutil que seas,
en pos de una esperanza o de un embeleco?

DICE HERA:

—¡Corre, Atenea, que se va la gente!
¡Que se nos quiere ir la gente aquea!
¡Cosas de Agamemnón! ¡Corre, Atenea,
que se acaba el poema de repente!

¡Cosas de Agamemnón el imprudente,
que se desboca y luego titubea!
¡Mira tú que incitar a la pelea
haciendo lamentar la patria ausente!

Este Segundo Canto sin salida
amenaza dejar solo al teatro.
Homero suda. ¡Ayúdalo, querida,

por las barbas del Zeus que idolatro!
¡Díle a Odiseo que, si no se cuida,
no llegamos al Canto Veinticuatro!

PARIS

Paris gandul: la nube que te arropa,
si la diosa te nos escamotea,
me alegraré que como esponja sea
y que te haya dejado hecho una sopa.

Irrumpes con dos lanzas por la tropa,
creces al acercarte a la pelea,
ya llenas todo el campo. . . Y no se crea
que llenas de pavor a quien te topa.

Guerrero de opereta y de chiripa,
tu alegórico bulto se disipa
en cuanto te columbra Menelao.

Muchos hay como tú que obran portentos
a la hora del baño y los ungüentos,
y al combatir son aire y humo y vaho.

DE HELENA

—HELENA: soy tu ciego enamorado
y a confesarlo sin rubor me atrevo,
pues te descubro en cada rostro nuevo,
a poco que merezca mi cuidado.

Me río yo del pobre porfïado
que investiga si Leda puso un huevo:
yo, para bien o mal, mi sed abrevo
en el presente y nunca en el pasado.

El amor no conoce más victoria
que disfrutar la dicha transitoria,
¡y arda Troya después, no lo deploro!

—Tal presumía un escolar jumento
y, dislocando todo su argumento,
soltó un rebuzno que paró en un lloro.

PARIS-ALEJANDRO

ante Helena

—HELENA que hoy te muestras tan esquiva
y que solías serme tan devota:
acepto humildemente la derrota
a trueque de tu mano compasiva...

Quiero que guardes y alimentes viva
la luz de aquella Cránae remota
donde, por gracia de la Chiprïota,
siendo mi reina fuiste mi cautiva...

Recuerda nuestro amor; el ceño deja,
desoye la malicia y la conseja,
y a media voz repite que me amas...

(Y al abrazarla, vislumbró Alejandro
en los ojos de Helena, el Escamandro
rojo de sangre y encendido en llamas.)

LLANTO DE BRISEIDA

DICE Briseida más o menos: —¡Ay
Patroclo que a deshora sucumbiste!
Soy sin ti como ave sin alpiste,
carro sin rienda, mástil sin estay.

En tanta confusión y guirigay,
tú mi refugio y mi sustento fuiste,
y el único en dolerte de la triste
que tiene que vivir de lo que hay.

Mi dueño el otro, tú mi confidente,
comprendías que soy viuda en resaca
y que, para mi bien, más conveniente

que mover tanto ruido y alharaca
es que Aquiles hiciera lo decente,
casándose conmigo en Cuernavaca.

HERA

INIQUIDAD profunda en que todo reposa,
espíritu del tiempo, reina del torbellino,
sañuda, inexorable, inmensa y procelosa,
menos adicta al Crónida que fïel al destino;

a veces, irritable como engañada esposa
y artera en sus astucias contra el varón divino,
nadie puede implorarla como a cualquiera diosa
que diariamente hallamos a vuelta del camino.

De Hera se nos dice que ríe con los labios,
pero no con los ojos,* y aseguran los sabios
que la risa es la propia salud del corazón.

* *Il.*, XV, 101.

¡Quién sabe los secretos de esta deidad vetusta
que vino de las sombras y que tal vez ajusta
nuestras razones frágiles a la eterna razón!

HÉCTOR

BIZARRO es Héctor, aunque no gigante,
pero nos embelesa y nos imana,
pues, bajo la altivez de su semblante,
su abnegación es casi cristïana.

No supera en la lid al rudo Ayante,
si lo derrota en pulidez urbana;
no triunfa de Patroclo, que el triunfante
ha sido Apolo, y sin razón se ufana.

En Glauco, en Sarpedón, mejor se aprecia
al capitán, y lo aventaja Aquiles,
sólo cruel por serlo entonces Grecia.

Mas canta, diosa, y a los pueblos díles
que contra Héctor la censura es necia
medida con sus prendas varoniles.

AL ACABAR LA *ILÍADA*

DESENGAÑADO Aquiles, sólo a la muerte aspira.
Su madre acecha, atónita, la hora malhadada
en que habrá de ceder sus restos a la pira;
padre, hijo y esposa son grey abandonada.

No queda quien comparta su duelo ni su ira:
su dulce sierva llora, mas llora al camarada;
Atrida es falso, esquivo Ayante, y mal velada
la sorda emulación que Diomedes transpira.

Último caballero de la virtud antigua,
le deja la venganza una embriaguez ambigua,
y sólo de la tumba espera la piedad.

Ya le acude la gloria con los brazos abiertos,
único amor que templa, como un sol de los muertos,
su frío desamparo, su arisca soledad.

III

UNA METÁFORA

"LAS CIGARRAS de voz de lirio", dice Homero. . .
Le pesa al preceptista, le duele al traductor.
La audacia del poético y voluntario error
de escolios y de notas ha juntado un rimero.

Algo hay en Apolonio que es del mismo acero,
y algo en el viejo Hesíodo que tiene igual sabor.
No creo que se pueda decir nada mejor,
y juzgue cada uno lo que dicte su fuero.

¿Pues no ha osado un moderno hablarnos del clamor
rojo de los clarines, y no es valedero
si otro habla del negro redoble del tambor?

Transporte sensorial, Vocales de color,
Sinestesia —perdónese el terminajo huero—,
Suprarrealidad, Cantos de Maldoror. . .

¡Se asusta el avispero!
Mientras zozobra el crítico, digamos con valor:
—¡Bravo por "las cigarras de voz de lirio", Homero!

TERSITES

(y Alarcón)

AL BUEN Tersites yo lo conocía. . .
Como nuestro Alarcón era de feo,
salvo que éste supo dar empleo
a su corcova y su melancolía,

y el otro no, por esa lengua impía
que le ganó el famoso zarandeo:
¡como que hizo Alarcón lo que Odiseo,
en todas las comedias que escribía!

Yo quebranté una vez con mi ganzúa
el pecho de Alarcón. Su voz fluctúa
del AY grosero al refinado EHEU,

y en el dolor se templa y se acentúa.—
Pedro Henríquez Ureña lo insinúa,
Castro Leal también, y Ermilo Abreu.

REFLEXIÓN DE NÉSTOR

INTENTARÉ vestirlo en un soneto,
aunque sospecho que lo deterioro,
y me pregunto para mi coleto
si no resultará como incoloro:

Nuestro Alarcón, el sufridor discreto,
cuya frecuentación es un tesoro
por su trato sencillo y su decoro,
su tono conversable y su respeto,

piensa que "Dios no lo da todo a uno";
y he aquí que Néstor, elocuente anciano
—gárrulo, pero nunca inoportuno—,

sus años llora y sus vicisitudes,
y exclama, casi como el mexicano:
"Los dioses no dan juntas las virtudes." *

INSTANTE DE GLAUCO Y DIOMEDES

UNA PALABRA, un claro pensamiento
detuvo el mal, "como la miel del higo

* *Il.*, IV, 320.

cuaja la leche",* y arrastró consigo
la odiosa fiebre y el fragor sediento:

una palabra a cuyo encantamiento
se reconoce amigo el enemigo.
Y era el cielo de Tróade testigo,
y la palabra se llevaba el viento.

Sombra somos delgada y desvaída;
muy antes que Manrique lo dijera,
lo dijo Glauco y lo escuchó el Tidida:

Que somos la verdura de la era,
marchitas hojas que la fronda olvida
a cada turno de la primavera.**

FILOSOFÍA DE HELENA

CUANDO me orillo a contemplar la fuente
que salta entre parleros borbollones,
no entiendo al mago que gritó: ¡"Detente"!,
ni al loco que le dicta condiciones.

¿Si será que se vive solamente
para ver alejarse las pasiones,
y acaso la memoria diligente
es la más justa de las mediciones?

Corre la sangre su fangosa vena,
y sólo en el recuerdo se depura
y decanta su linfa y la serena.

Y el luto y el afán y la amargura
apenas sirven, como siente Helena,
"para ilustrar la fábula futura".†

* *Il.*, V, 902-4.
** *Il.*, VI, 146.
† *Il.*, VI, 357-8.

LA VERDAD DE AQUILES

Si me preguntas lo que yo más quiero,
te diré que se muda con el día
y que lo va llevando el minutero
y el curso de las horas lo desvía.

No es inconstancia, no: la suma espero,
el desenvolvimiento y la armonía
que prestan intención al derrotero
en una espiritual geometría.

Mas si preguntas lo que yo aborrezco,
en una sola frase te lo ofrezco
que recogí en los labios del Pelida:

"pensar y hablar dos cosas diferentes",*
miedo del mundo, engaño de las gentes,
menoscabo del arte y de la vida.

CASANDRA

En torno a las imágenes de Homero
siempre se conformó mi fantasía.
Era yo niño aún, era el primero
de mis arrojos en la poesía;

cuando, borrada y diáfana, al postrero
latido que la tarde difundía,
Casandra vino a mí. Blanco y severo
y rozagante manto la envolvía.

Miróme sin hablar; pero en sus ojos
de fatal inquietud, yo adivinaba
piedad y espanto. Yo caí de hinojos,

* *Il.*, IX, 312-3.

yo no sé más. Sentí que me besaba.
Cantó el viento —y sonaron los manojos
de flechas agitándose en su aljaba.

DE MI PADRE

De Alejándro y de César y de otros capitanes
ilustres por las armas y, a veces, la prudencia,
yo encontraba en mi padre como una vaga herencia,
aliento desprendido de aquellos huracanes.

Un tiempo al Mío Cid consagré mis afanes
para volcar en prosa sus versos y su esencia:
la sombra de mi padre, rondadora presencia,
era Rodrigo en bulto, palabras y ademanes.

Navegando la *Ilíada,* hoy otra vez lo veo:
de cóleras y audacias —Aquiles y Odiseo—
imperativamente su forma se apodera.

Por él viví muy cerca del ruido del combate,
y, al evocar hazañas, es fuerza que retrate
mi mente las imágenes de su virtud guerrera.

DE MI PARÁFRASIS

1

No está en las letras cuanto yo adivino
del duelo del troyano y del aqueo,
ni sólo en el poema peregrino,
ni en lo que cautamente escribo y leo.

A sobresaltos de la sangre, atino
con el oculto parangón, y husmeo,
no las palabras disecadas, sino
el tufo de la guerra y del saqueo.

Por gracia o maldición —otro lo acierte—,
un patrimonio traigo en la memoria
de valentía y de dolor y muerte.

Gritos y llantos, pánico y victoria,
todo lo tuve junto a mí, de suerte
que todo es sentimiento más que historia.

2

Oí CLAMAR a Andrómaca privada del esposo,
oí la imploración de Hécuba en la torre,
y he visto al viejo Príamo, nocturno y tembloroso,
que cruza el campamento y al hijo muerto acorre.

Llorar ajenas lágrimas fuera un afán ocioso
si abunda el propio llanto que tal engaño ahorre,
y el relato hago mío sin miedo a lo que oso
para que viva en mí y nunca se me borre.

A siglos de distancia la sangre es siempre una,
e igual es la congoja e igual es el contento.
Oh tierra que me diste la norma con la cuna:

A tu regazo —prenda de mi consentimiento—
de mis pacientes números confío la fortuna,
pues hallo que recogen tus quejas y tu acento.

Lingua, sile; non est ultra narrabile quidquam.

Ov. *Ep.*, 2, 61

V

JORNADA EN SONETOS

[1912–1956] *

* Estos sonetos han sido escritos en México, salvo indicación diferente.—OP.

1

CHARLA

1

A LA MEMORIA

DEL

LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS

¡Albricias, Licenciado, que solías
con pluma y con tintero y con marmaja
ir dibujando en limpio la baraja
que mezclan los afanes y los días!

La humilde Musa de las fruslerías,
para la que no hay materia baja
—esa "ilustre fregona" que trabaja
hasta en ocios y en haraganerías—,

del brazo me tomó, salió cual digo
la peina puesta y el mantón terciado
para traerme a discurrir contigo:

el verdadero amor fue siempre osado:
fui tu devoto, quiero ser tu amigo;
de que te pido albricias, Licenciado.

1947

2

JUANA

La rubia Juana, desabrida y útil,
como viejo retrato desteñida,
hada de cocinar, ser inconsútil,
cierto, es tan útil como desabrida.

Su alcoba, en el rincón, la obra fútil
deshace de la araña presumida,
y el trino perdonando al grillo inútil,
caza la mariposa sorprendida.

El plumero fantástico pasea
—mientras en lienzos la cabeza arropa—
del cielo raso hasta la chimenea.

Nunca derrama el agua de la copa,
y sólo algunas veces titubea
para contar los ajos de la sopa.

Pedro y Julio la admiran:
ni pueden darle más, ni a más aspiran.

1912.

3

DESAIRE

ÉSTA, Fabio —¡ay dolor!— es la bahía
de cielo y mar que nos juntaba entonces.
Lo que llama el chileno "tomar onces"
en este grato albergue acontecía.

Volví para probar si me quería
y —¡oh pechos femeninos que sois bronces!—
entre un ingrato chirriar de gonces
echó el cerrojo como cortesía.

—¿Y así podré vivir? —Vive, si quieres,
para que te consuelen tus memorias,
o para que te hastíen las mujeres,

o para que las pongas en historias.—
Fabio: ¡y decir que acaban los quereres
en tamo y en aristas y en escorias!

Río, 1938.

4

IMPACIENCIA DEL PACIENTE

JUEGA la Medicina sus pares y sus nones,
su águila o sol —su cara o cruz— y su "qué sé yo";
y entre tantos atisbos y rectificaciones,
seguimos en las mismas del buen Rey que rabió.

Jeringas y lancetas, potajes e infusiones,
radiogramas, análisis, baños de H^2O...
Se hartan de proezas Sangredos y Purgones.
Las técnicas mejoran; pero el paciente, no.

Amenguan los reflejos, los nervios no responden,
las vísceras no cumplen lo que les incumbía.
Los efectos se aprecian y las causas se esconden.

Y es que no basta toda la ciencia de hoy en día
para esas inefables auras que corresponden
al paso de un fantasma por una biología.

1940.

5

CERES CASERA

FUE UNA Ceres casera quien decía:
—Subo al balcón para regar mi tiesto,
y al hora del lucero azul del día
me voy al mar con lo que traigo puesto.

Como aquella que apenas se atavía
ando por el mercado con mi cesto,
y sólo pago donde no se fía,
porque para ofrecer me basta un gesto.—

Si eres madrugador, Julio, te invito
a verla cuando vuelve de la plaza,
propia figura del arcaico mito,

sin aderezo casi ni añagaza:
misterio natural del apetito
que en su sola fragancia se solaza.

1944.

6, 7 y 8
EN TRES VOCES

I

—Último amor, último amor —decía
con tenue voz y con dudoso intento,
cuando toda la vida en un momento
suspensa de sus labios parecía.

La urgencia de apurar en sólo un día
largos años de afán, dio al pensamiento
aquel vertiginoso movimiento
que el tiempo anula y la demencia cría.

En blando azul y en oro tremulento,
desmayaba la tarde en su agonía
de confesión y de presentimiento.

Un alma se enlazaba con la mía:
y descubrí que el corazón sediento
guardaba la esperanza todavía.

II

Uno vende metales, y otro, vinos:
los vinos, chirles; los metales, vanos.
Y, aunque se los disfrace, los villanos
conservan siempre su aire de porcinos.

Enfrentados con dos ojos divinos,
aunque varones y aunque mexicanos,
no saben lo que traen entre manos,
y hablan de sus negocios anodinos.

Es justo que algo quede a los poetas;
pues mientras ellos tratan en dineros,
nosotros disfrutamos las secretas

miradas, que son vinos verdaderos,
y el filoso metal de las saetas
que se disparan de los dos arqueros.

III

DESPUÉS del "copetín", caldo caliente
y arroz y barbacoa y huacamole
y frutas y café y —¡ole con ole!—
licores y coñaques y aguardiente.

Su poquillo de charla impertinente
y de caricias a la nueva prole;
¡y qué ocasión para tomar el tole
cuando se dedicaba al *bridge* la gente!

De noche, en casa, al duermevela vago,
el dulceamargo de las emociones,
y aquel paladearlas trago a trago;

suspirar, revolcarse en los jubones,
y ver que siguen vivos —aunque apago—
dos ojos, como dos palpitaciones.

18 de noviembre, 1945.

9

DOLOR MUDO

ENAMORADA Safo, sin falsía
abre su corazón y nos lo entrega,
y no sabemos ya si nos anega
en música, pasión o poesía.

Siglos después, lloraba y se reía
a un tiempo el ruiseñor Lope de Vega:
gime sus gozos, con sus cuitas juega,
cambia de humor de uno en otro día.

¿Y qué decir de la sin par Sor Juana
que hace de los dolores argumento,
gimiendo triunfa y lo que pierde gana?

Mas ¡ay de aquel a quien el sentimiento
sella los labios, y en mudez devana
los hilos del ovillo del tormento!

1947.

10

USOS DE AMOR

¡GÁRRULO Casanova, que aburrías
a tus amantes con discursos lentos!
Salvo que sólo fueran arterías,
redes o treguas o adormecimientos.

Unos dan en beber vinos violentos;
otros, aguas posadas o tardías.
¡Tantos habrá como en el año días,
o como hay horas, o como hay momentos!

Lord Byron, a lo pálido; a lo rojo,
el Arcipreste aquel del Guadarrama.
A éstos, la flor; a aquéllos, el abrojo. . .

Yo me pregunto si el varón que ama
no será como todos en manojo,
ramillete, compendio y amalgama.

1947.

11

EDADES DE AMOR

¡CUÁNTAS edades tiene amor, y cuántas
cuentas ensarta su collar de oro,
miel en los pechos, nudo en las gargantas,
quiebro en la voz y en las mejillas lloro!

Desde el niño que Horacio vio a las plantas
de Pirra la inconstante, hasta el canoro
viejo de Marienbad ¡cómo levantas,
cómo abates, amor o meteoro!

Héracles cincuentón perdió la clava,
y el mancebo Endimión entró contento
en un sueño de amor que no se acaba.

¿Quién es osado a declarar que miento,
si en el muro troyano Helena alzaba
las siete edades en su seguimiento?

1947.

12

EL CARDENAL DE BERNIS

—"SI NO ha de haberte, amor, quien te procura,
déjate, al menos, admirar secreto."
Así, según la crónica asegura
(y ella merece todo mi respeto),

decía el de Bernis a la criatura
que unos días lo tuvo tan sujeto.
Le daba libertad, le daba hartura,
espiándola desde un rincón discreto.

¡Pobre Bernis, con esa cara boba
y esos gustos de vieja Celestina!
Menos mal que la crónica lo adoba

y lo exculpa a la vez que lo acrimina:
si aura de pecado halla en su alcoba,
olor de santidad en su cocina.

1947.

13

COMENZÓ LA HISTORIA

Un salvajillo en pobre aduar vivía,
a quien silvestre ayuno sustentaba.
En dulce paz, del mundo no sabía
y con sólo vivir se contentaba.

Sobrevino, ay de mí, la que faltaba,
de sedas adornada y pedrería.
Y comenzó la historia, y aún no acaba,
antes sigue su curso todavía.

Y aquí de la lujuria, aquí del vientre,
y quimeras, codicias y ambiciones. . .
Dejad que tal ponzoña se concentre:

veréis nacer las civilizaciones.
—Esto leí en Rousseau, y al que lo encuentre,
en albricias le dejo estos renglones.

1947.

14

POETAS DE AMOR

De Íbico de Reggio ¿quién diría
—por sus adulaciones cortesanas—
que padeció tan hondo la sangría
o la fiebre de amor, o las cuartanas?

Ello es que el poeta se veía
huerto rico de viñas y manzanas

que el Septentrión doblaba y sacudía,
arrebatando sus primicias vanas.

Pero Mimnermo fue quien, sin rubores,
soltó el primero al corazón la rienda.
De entonces más, ya osan los cantores

confesarse de modo que se entienda.—
Y en la tumba de todos los amores,
que Simónides labre la leyenda.

1947.

15

VARIANTE A SEGISMUNDO

¿QUÉ LE pasa a Boscán, qué le acontece
cuando descubre la melancolía
y dice, como aquel que está en sus trece,
"Tristeza, yo soy tuyo, tú eres mía"?

Yo he visto al sabio que se desvanece
y equivoca sus máximas un día,
y a un astrónomo vi que se perece
comprando estrellas en la joyería.

¿Qué será lo que pasa cuando pasa
que es una eternidad cada minuto
y el fuego hiela y aun la nieve abrasa?

Cherchez la femme como el francés astuto;
que una cósmica Eva igual nos tasa
al hombre como al ave, al pez y al bruto.

1947.

16

FATIGA

Per troppo variar natura è bella,
pero no sabe dónde se ha metido
quien anda como Ulises a la vela
de una y otra hechicera perseguido.

¡Antes cuidar la próvida parcela
que no, como escribía el advertido
Lope, seguir mudando la secuela
de sábanas, de aliento y de quejido!

Mejor es cultivar una violeta
que no pisotear todo un parterre;
y como dijo bien otro poeta,

esto de remachar, erre que erre,
hincado y arrancando la saeta,
líbrelo Dios —y el Diablo que lo encierre.

1947.

17

CLIMAS DE AMANTES

Lope, viejo, al de Sessa le decía:
—Yo soy, señor, como los ruiseñores,
porque, cantando siempre sus amores,
no aman ni de noche ni de día—.

¡Injusta pretensión! ¿Qué más quería
si, en el común sentir de los autores,
fue su vida una hoguera, y sus fulgores
encienden voluntades todavía?

¡Tantos, en cambio, muestran su locura
pregonando miseria por hartura,
sin someterse nunca al fiel contraste!

Pero hay uno que otro que no chista,
y ni pierde ocasión ni pierde pista.
Quédese así: para advertencia, baste.

1947.

18

GOETHE Y LOPE

YA Juan Lope de Goethe, arrepentido
como Fausto también, de tanta ciencia,
en sus últimos años, la experiencia
recoge del sendero recorrido.

—¿En qué misterios no me habré perdido?
Filosofía —oh Dios—, Jurisprudencia,
Botánica, Anatómica... Impaciencia
de conocer aun lo desconocido.

Si yo, en lugar de interrogar las pocas
verdades de la Mineralogía
consultara en los ojos y en las bocas,

como Lope de Vega, hoy juntaría
en mis dominios las fulgentes rocas
y los diamantes de la poesía.

1947.

19

¡CELESTE ADELAIDA!

HANME dicho, Adelaida, que es tu mente
muchas tintas mezclar en el tintero,
y si esta vez no soy impertinente,
no veo cómo puedo ser sincero...

—¡Necias habladurías de la gente!
¿Con siete amantes piensan que exagero?

—¿Por qué aceptas a Luis? —Es mi pariente.
—¿Y a Filemón? —Es un gacetillero.

—¿Y a Juan? —Tener un viejo es conveniente.
—¿Y a Sebastián? —Por asno con dinero.
—¿Y a don Fermín? —Porque es hombre influyente.

—¿Y a Paquiro? —Paquiro es gran torero.
—Y a mí ¿por qué? —La cosa es diferente:
a ti... pues nada más porque te quiero.

1947.

20

NECEDAD DEL SABIO

¿QUÉ SABES tú de mí, cuerpo chiquito,
almita de libélula, conciencia
elemental, *lusus naturae*, ciencia
sin libros y cabeza de chorlito?

¡Si tú adivinas lo que yo medito,
si usar de la razón te da impaciencia,
si opones tu mutismo a mi elocuencia,
tus gracias a mi fárrago erudito!

Del trivio y del cuadrivio en mala hora
me quiero prevaler con la doctora
que ni el error conoce ni la duda...

¡Oh, mal hayan la toga y el birrete!
¡Y quiera Dios que mi ansiedad sujete
por triturarte como a nuez menuda!

1947.

21

PENURIA EN MUERTE

En la orilla de sombras, el barquero
con el remo a las almas detenía
y a cada una el óbolo pedía,
que hasta el morir es cosa de dinero.

¿Ignorancia u olvido? Yo no quiero
saber si es culpa ajena o culpa mía,
mas la verdad es que yo no traía
as, copec, dobla, rubia ni talero.

Andar tan desprovisto desprestigia
aun entre el equipaje de la Estigia,
papas y reyes, cómitres y esclavos.

"¡A pie y a casa, porque aquí no hay coche!
Ya volverás aquí cualquiera noche
en cuanto juntes dos o tres centavos."

1947.

22

RIMA IMPOSIBLE

Cuenta Quevedo maliciosamente
que, habiendo en un terceto dicho "lío",
a un hidalgo injurió, tan solamente
porque el verso acabó bien en "judío".

Tal es el caso, y ríase la gente.
Mas hay algo peor, y yo lo fío,
y es cuando andan, "a lo subconsciente",
las travesuras en oculto río.

Yo les escribo en verso a mis amigas
que espero, rusticando en Cuernavaca,
olvidar ajetreos y fatigas

y expulsar... (¡No lo mientes! ¡Oh bellaca
traición del consonante, a lo que obligas!)
la murria y la Camboya y la Camchaca.

12 de septiembre, 1948.

23

AMOR PEDANTE

REINA de mis reflejos automáticos,
no sólo de mi mente y mi razón,
resorte de mi córtex y mi tálamo
y coronaria de mi corazón.

Flor de sorpresas y raíz de hábitos,
quietud mía, y mi precipitación:
así vives en mí, como en los rápidos
latidos dura la circulación.

¡Ya ves! Ocioso trazo este soneto,
y entre sus burlas se me va el secreto
del amor y de su continuidad.

¡Oh qué apoderamiento de mi esencia,
si me dictas con sola tu presencia
pautas de esclavitud y libertad!

9 de enero, 1949.

24

BARBIPONIENTE

OYE, DONCEL, que te reprocho y digo,
adelantando tus exculpaciones,
que nunca la mollera ni el ombligo
se cierran para ciertas ocasiones.

Sí, madura la mies, madura el trigo,
no el tierno arbusto de las tentaciones,

que siempre anda el corazón mendigo
perdiendo a pares y perdiendo a nones.

¿Qué te lamentas si te ves ridículo,
y cómo quieres no pagar escote
o que te vendan gratis el artículo?

Óyelo bien: cuando el amor te azote,
de poco ha de valerte ese adminículo,
esa insolencia del primer bigote.

18 de abril, 1951.

2

CAPRICHO

25

BLASÓN

UN IMPETUOSO amor funde y levante
sobre el mecido lago un alta roca.
Nazca vegetación arisca y poca,
lira de púas donde el viento cante.

En la corona del nopal punzante,
en el temblor de sol que la sofoca,
una serpiente de sedienta boca
padezca bajo el águila un instante.

En garra, en ala, en pico, en ojo, en fuego,
en rapto de furor estremecida,
el águila se enrede y trame; y luego,

de su propio deleite sacudida,
sea divinidad, al rudo juego
de dar la vida y de quitar la vida.

Buenos Aires, 1928.

26

SONRISA DEL CACTO

EN TIERRA dura, bajo esquivo cielo,
ásperamente un cacto verdecía
y una púa brotaba cada día,
imagen de su largo desconsuelo.

Helo desesperado y mudo, helo
retorcido de sed; y parecía

náufrago que porfía todavía
y alza los brazos desde el mar del suelo.

Impaciente y siniestro dios arcano,
a maldecir tu condición te orillas
cual otro Balaán, pero es en vano:

Honda gracia vital te torna ufano,
y bendices con flores amarillas
y un hisopo de sangre en cada mano.

27

ENIGMA

En una sola rama —caso extraño—,
un ave y una fruta, de manera
que ni las distinguía quien las viera
ni las mezclaba sino por engaño,

me revelaban una vez el daño
de forjar monstruos de primor: no fuera
que la fugacidad del caso hiciera
bajar las apariencias un peldaño.

Y aconteció, por cierto, que aquel ave
se lanzó al aire, mientras que la fruta
se vino al suelo con su pulpa suave;

y no hubo lugar a la disputa,
que suele confundir al que no sabe,
del ente inútil —o del agua enjuta.

28

ALITERACIÓN

Segura mensajera del Aurora
que entre oros te miras, de manera

que quien te adora como mensajera
por dorada parece que te adora:

ora en la orilla de la tembladora
y granada de brotes primavera,
ora en la hora de que Othón dijera:
"la parda grulla en el erial crotora",

etéreas eras are tu mancera
y en aérea pirámide tu pira
entre oros se mire, de manera

que al aura mañanera, si suspira,
arda el pecho de amor, como en la hoguera
Héracles al furor de Deyanira.

Septiembre, 1947.

29

AMANECER

¡TENER una ventana preferida
de donde avizorar el mar al hora
en que se deja sorprender la aurora
al beso de la fresca amanecida!

El lucero le da la bienvenida
al paso que se abisma y descolora,
y poco a poco, así como a deshora,
se queda atrás la luna adormecida.

Empieza el ave a sacudir la pluma,
sus blandas perlas el rocío fragua,
la savia en las corolas se rezuma,

cinabrio y azafrán tiñen la bruma,
y deslíe sus múrices el agua
entre ligeras ánforas de espuma.

1948.

30

AL BUEN TUNTÚN

La flava luz transflora el cono del volcán,
que al beso del crepúsculo chorrea de carmín,
y por la madrugada, se incendia en azafrán
entre los negros lomos que trazan el confín.

Por las gargantas, fina gola de gorgorán
en iris momentáneo desfleca su jazmín,
y un cuchillo de sol, rasgando en el hilván,
hace subir al cielo las plumas del cojín.

Y cuando las campanas tocan a somatén,
las cohortes de nubes van acudiendo al son;
las carruchas del viento se oyen cantar, según

se va corriendo el toldo, y nunca falta quien
ruede por las laderas el carro del armón
y oculte la maniobra con manchas de betún.

Cuernavaca, 12 de octubre, 1948.

31

CONSCRIPTOS

Los galli-pollos "hacen escoleta".
Quiero decir, la banda se ejercita.
Truena el parche, chirría la trompeta;
aquél cojea y ésta regurgita.

Cambian nota y compás su cuchufleta
y nunca acuden juntos a la cita;
y el Paso Redoblado hace una treta
y se enmaraña con La Chaparrita.

Mas importa educar a la recluta,
y usando aquí la ruda palabrota,
la autoridad (leed: "la fuerza bruta")

acude al argumento en que se nota
que no todo argumento se refuta:
la *che* nefanda y la insolente *jota*.

Cuernavaca, 13 de octubre, 1948.

32

CARICATURA DEL HOMBRE

NARICES, manos, pies, ojos, orejas;
dos casi siempre, y de repente, uno:
un corazón pagando cuentas viejas
y nada claras, no; y el uno, ayuno.

El uno siempre non; el yo, entre rejas,
cautivo, desigual, inoportuno,
siempre soñando encaramar parejas
para seguir la historia de consuno.

Y la historia, y el pueblo, y la persona,
en lucha, en desazón superlativa;
y un dios que carga siempre lo que abona

para dejarse abierta la evasiva,
sin más fin que aturdir con la intentona,
con el retruque y con la disyuntiva.

1948.

3

PROSODIA

33

¡LA SINALEFA!

SERÉIS, versos, mis últimas locuras,
y tú, prosodia, mi final arrimo,
ahora que, de fútiles, suprimo
los arrebatos y las aventuras.

Las perlas reventonas y maduras
dejo que se desprendan del racimo,
y por juntarlas solamente rimo
cuando me brindan ocios mis lecturas.

Cual remendón poeta de los cuentos,
bordo mi manto, coso la cenefa,
a la medida de mis rudimentos.

Desoigo los rumores de la befa
y voy sacando mis atrevimientos
indemnes de la torpe sinalefa.

29 de diciembre, 1949.

34

EL PELIGRO

ATERRADOR el aniquilamiento,
y más aterradora la demencia
de pretender salvarnos por la ciencia
sin guardarnos del atolondramiento.

Ya nos contó Protágoras el cuento
de Prometeo que, por impaciencia,

nos dio la sola forma sin esencia,
las industrias sin el entendimiento.

Y si la voluntad por sí no vale
—infierno de las buenas intenciones
que juegan el albur de lo que sale—,

menos valen aún las invenciones
mientras la voluntad no las iguale
con el anhelo de los corazones.

8 de octubre, 1949.

35

VIRTUD DEL RECUERDO

CUANDO la soledad me da licencia,
repaso con la mente mi destino,
ansioso de buscar la consecuencia
en tan aventurado desatino.

Ni quiere ni resiste la conciencia
ceder al trance que jamás previno,
aunque se burlan de su resistencia
todos los sobresaltos del camino.

Me desesperan los torcidos trazos,
en la madeja del azar me pierdo
y pugno por soltarme de los lazos.

Pero renazco vencedor y cuerdo,
porque juntan y zurcen los retazos
los virtüosos hilos del recuerdo.

28 de diciembre, 1949.

36

¡ASÍ VENGAS DE PAZ!

AMOR que rondas y que solicitas
portillos y ventanas y cerrojos;
amor que sólo fías a los ojos
las imaginaciones que meditas;

amor que bebes lágrimas y cuitas,
celos, anhelos, ansias y sonrojos:
deja mis años, que ya son despojos,
y ni te buscan ni los necesitas.

Aquí silabizando te convido
a que me des el poso de tus mieles;
las que se paladean al descuido,

esas que se nos sirven a manteles
entre cada bostezo del olvido
y sin el amargor de los laureles.

29 de diciembre, 1949.

37

LOS DOS AMIGOS

POETA de nativo sentimiento,
dulce prosa del arte corregida,
pureza de cristal el pensamiento,
ingenio superior, callada vida;

que traes la pasión tan escondida
que la reduces a contentamiento:
concede, Julio, que con voz medida
acabe de decirte lo que siento.

Como dos afanosos Odiseos
los dos buscamos la feliz orilla
por encontrados rumbos y rodeos.

Hoy sigo con mi balsa tu barquilla
y me consuelan de mis devaneos
tu firme ruta, tu virtud sencilla.

Cuernavaca, 29 de diciembre, 1949.

38 y 39

SIN REPOSO

I

INSOBORNABLE pensamiento mío,
atento celador de mi cuidado,
¿cuándo me dejarás algún desvío,
desaprensión, olvido, desenfado?

Ceñí las aguas del bullente río
como por duro cauce bien labrado,
y pasmo fue si cada desvarío
halló la ley del oportuno vado.

Sufrí, gocé, fíé la puerta franca
a las rojas imágenes del mundo,
que no mancharon mi morada blanca;

y digo, como nuevo Segismundo,
que sueño lo que vivo
y que vivo de sólo pensativo.

II

NO DELIRABA Góngora por cierto:
La brújula del sueño vigilante
me trae desvelado bogavante
de mi celoso corazón despierto.

No duermes, corazón: entreabierto
el claustro de la noche vacilante,

filtra su luz la voluntad constante,
y ni reposo ni quietud concierto.

No se me da la gracia del olvido,
no se me da la dulce flor de loto
que mitigue mi ánimo rendido.

Forzado soy si me soñé piloto,
y voy despierto cuando más dormido
entre las risas del velamen roto.

26 de enero, 1950.

4

CONFIDENCIAS

40

AÑOS DESPUÉS

CUANDO vuelvas a verme, Julio, tarda
en acercarte hasta las confidencias;
que el temple con los años se acobarda
y las distancias fundan diferencias.

¡Cuántas veces, rumiando mis ausencias,
temblé por esa prueba que me aguarda,
la de restitüirme a mis querencias
y apreciar mi jardín desde la barda!

Cuando vuelvas a verme, Julio, evita
esas intimidades agresoras,
prendas de una juventud marchita;

y despacio y con arte, a ver si exploras
esa zona hechizada que limita
la inefable cortina de las horas.

Madrid, 1923.

41

NOCHE DESNUDA

LLORA la noche como amargo riego
que asea el alma, pero la desnuda,
y enfrentado conmigo mismo, entrego
todas mis confesiones a la duda.

Hay una complacencia, hay un despego
en la mentira que se desanuda,

cuando el mundo, en las burlas de su juego,
sólo nos pide la aquiescencia muda.

Y así, desengañados los sentidos
y en una sumisión desengañada,
mis remos, más ociosos que rendidos,

tocan, en fin, la orilla deseada:
insomnio de colores desvaídos,
ópalo y ámbar en la madrugada.

Madrid, 1923.

42

AMOR VICARIO

Cada mañana vuelvo a imaginarlo
y cada noche sé que desvarío,
y mi secreto, a fuerza de guardarlo,
muere sin aire y se entumece al frío.

Voy a nombrarte cada vez que charlo,
y temo si el nombrarte es descarrío.
Mudo afán, como no puedo cantarlo,
al canto de los pájaros lo fío.

Sueño que el sol te dice mi esperanza,
el nublado te anuncia mi tristeza
y te recita el viento mi alabanza.

Y en suma —la metáfora se cansa—,
finjo que toda la naturaleza
por mí te asedia y para mí te amansa.

Buenos Aires, 1928.

43

MAGDALENA

De las yerbas mejores que guarda mi alacena,
los jugos y virtudes quiero mezclar aquí,
para que en los estragos del tiempo, Magdalena,
se preserve la cara que yo te conocí.

Escucha tu razón, pero también la ajena;
piensa que hay muchos "noes" y que hay un solo "sí"·
no tiembles ante el mundo, porque la misma pena
tiene que ser graciosa si ha de llegar a ti.

Estampo aquí tu nombre, no para que presumas,
ni para prometerte, como Ronsard decía:
"Vivirás mientras vivan los libros y las plumas"

—que yo tampoco espero subir a tal honor—
sino para que digan: Alfonso la quería
como sólo se quiere al ave y a la flor.

Río, 1936.

44

COMPAÑÍA ESPECTRAL

Burlan tu austeridad las fantasías,
y el huésped soy de tus figuraciones:
sé que rondo tus noches y tus días
cruzando, espectro, el muro que me opones.

También tú me frecuentas, y porfías
contra el destierro mismo que me impones,
pues las ausencias y las ansias mías
las coloras con tus apariciones.

¿En qué lugar se alza la morada
donde discurren nuestras sombras juntas?
¿En la tierra, en el cielo o en la nada?

¡Ay, mucho más allá de las presuntas
fronteras de la vida limitada!
¡Ay, mucho más allá de las preguntas!

1938.

45

MEMORIA

¿Qué buscas, ave fiel de la memoria,
si el cristal fatigado de tu cielo
tus ámbitos recorta, y es tu vuelo
la reincidencia de tu misma historia?

Terco vaivén y sin escapatoria,
no sale de una órbita tu anhelo
y, halcón sin garza, vuelves al señuelo
desengañada ya de la victoria.

Presa el ave de presa, llega un día
en que declinas tus empeños vanos
y todo galardón de altanería.

¿Y cómo te han de castigar mis manos,
cuando sabes que soy, memoria mía,
el más piadoso de los mexicanos?

1945.

46

ALMA VENCIDA

El alma, que se queda atrás, decía:
—No te puedo seguir, cuerpo impaciente.—
El alma, que se queda atrás, gemía
por sus manos, sus ojos y su frente.

¡Horror de la palabra ya vacía,
aberración del acto sin oriente,

la brújula sin norte, anomalía
de ver rodar la mole sin la mente!

Incauto el tiempo ensaya crïaturas
desgarrando la entraña que las cría
y haciendo cunas de las sepulturas.

Y el alma, que se queda atrás, no fía
ya ni en las normas, ni en las estructuras
ni en la armonía, ni en la jerarquía.

1946.

47

AMIGA MÍA

AMIGA mía, el tiempo nos acerca,
y nuestras voluntades cada día
se acomodan mejor, amiga mía,
al martilleo de la hora terca.

Así se viene abajo aquella cerca
que las dos heredades dividía
o más se baña el cielo todavía
según se posa el agua del alberca.

Hay otra juventud en la constancia,
y sólo en el rosal de cien veranos
brotan las flores de mayor fragancia.

¡Loada la virtud, amiga mía,
que enlazó para siempre nuestras manos
para más enlazarlas cada día!

1946.

48

A GABRIEL MÉNDEZ PLANCARTE

Sacro pastor de pueblos, que en florida
edad, pastor, gobiernas tu ganado,
más con el silbo que con el cayado,
y más que con el silbo con la vida: *

No corras tras la oveja distraída;
espérala que vuelva a tu collado,
bajo el haya de Títiro posado,
donde tu dulce acento la convida.

Del Ménalo las ásperas laderas,
su curso indócil, su bravío anhelo
van reduciendo mientras tú la esperas.

Es verdad que anochece; pero el cielo
enciende sus antorchas duraderas:
premio y alivio para tu desvelo.

3 de julio, 1948.

49

LAILYE

LAILYE ¿cuándo vuelves a México y me buscas,
ya sea en Cuernavaca, ya sea en Tepoztlán?
Juntos recordaríamos aquellas cosas bruscas
del asno, el indio, el loro, la araña, el alacrán. . .

A ti que te sorprendes —aunque jamás te ofuscas—
con nuestros usos y nuestra agua y nuestro pan
¿qué te parecería si vuelves y me buscas,
ya sea en Cuernavaca, ya sea en Tepoztlán?

* Góngora, a don Sancho Dávila, Obispo de Jaén.

¿Te acuerdas? Era entonces tu ser surco en amagos,
flor en capullo, germen de amores y pasiones.
Y ahora que te abriste al triunfo y los halagos

—¡oh suma de los pueblos, compendio de naciones!—,
díme: ¿a qué te sabría volver por estos pagos,
estrella de los rumbos y de las tentaciones?

Cuernavaca, 12 de agosto, 1948.

50

LOS DOS VIEJOS

JULIO, ya la amistad que nos unía
suelta la ganga y beneficia el oro
que en los veneros de la edad se cría
y más se ahonda cuanto más la exploro.

Corre celoso el tiempo y nos espía;
pero no ignoras tú ni yo lo ignoro
que arde mejor la leña todavía
si los años le prestan su decoro.

El mosto deja para el barbilindo
y prefiere la copa en que te brindo
licor de tantos cónsules añejo.

Y a ver si hay quien ose discutirme:
no hay más sólido abrazo ni más firme
que el abrazo de un viejo y otro viejo.

27 de junio, 1949.

51

AUSENCIAS

DE LOS amigos que yo más quería
y en breve trecho me han abandonado,

se deslizan las sombras a mi lado,
escaso alivio a mi melancolía.

Se confunden sus voces con la mía
y me veo suspenso y desvelado
en el empeño de cruzar el vado
que me separa de su compañía.

Cedo a la invitación embriagadora,
y discurro que el tiempo se convierte
y acendra un infinito cada hora.

Y desbordo los límites, de suerte
que mi sentir la inmensidad explora
y me familiarizo con la muerte.

6 de octubre, 1949.

52 y 53

LA SEÑAL FUNESTA

I

SI TE dicen que voy envejeciendo
porque me da fatiga la lectura
o me cansa la pluma, o tengo hartura
de las filosofías que no entiendo;

si otro juzga que cobro el dividendo
del tesoro invertido, y asegura
que vivo de mi propia sinecura
y sólo de mis hábitos dependo,

cítalos a la nueva primavera
que ha de traer retoños, de manera
que a los frutos de ayer pongan olvido;

pero si sabes que cerré los ojos
al desafío de unos labios rojos,
entonces puedes darme por perdido.

II

SIN OLVIDAR un punto la paciencia
y la resignación del hortelano,
a cada hora doy la diligencia
que pide mi comercio cotidiano.

Como nunca sentí la diferencia
de lo que pierdo ni de lo que gano,
siembro sin flojedad ni vehemencia
en el surco trazado por mi mano.

Mientras llega la hora señalada,
el brote guardo, cuido del injerto,
el tallo alzo de la flor amada,

arranco la cizaña de mi huerto,
y cuando suelte el puño del azada
sin preguntarlo me daréis por muerto.

1950.

54

A ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

En sus ochenta años

MUCHAS sendas hollé, muchos caminos
solicitaron el afán creciente
de contrastar los usos de la gente
y confundirme con los peregrinos.

Mezclaba los sabores de los vinos
en cada clima caprichosamente,
y yo no sé si ello fue prudente
o si mis pasos fueron desatinos.

Había que buscar la ruta cierta
y ceñir el desborde con el dique.
Volví cansado, procuré la puerta...

Y déjame, poeta, que lo explique
como quien se despoja y se liberta:
tú estabas a la puerta, claro Enrique.

13 de abril, 1951.

55

EL VERDUGO SECRETO

VIVES en mí, pero te soy ajeno,
recóndito ladrón que nunca sacio,
a quien suelo ceder, aunque reacio,
cuanto suele pedir tu desenfreno.

Me quise sobrio, me fingí sereno,
me dictaba sus máximas Horacio,
dormí velando, festiné despacio,
ni muy celeste fui, ni muy terreno.

Poco me aprovechó vivir alerta,
si del engreimiento vanidoso
hallaste tú la cicatriz abierta.

Hoy quiero rechazarte, y nunca oso.
¡Válgame la que a todos nos liberta,
y al orden me devuelva y al reposo!

25 de abril. 1951.

56

VISITACIÓN

—SOY LA Muerte —me dijo. No sabía
que tan estrechamente me cercara,
al punto de volcarme por la cara
su turbadora vaharada fría.

Ya no intento eludir su compañía:
mis pasos sigue, transparente y clara,

y desde entonces no me desampara
ni me deja de noche ni de día.

—¡Y pensar —confesé— que de mil modos
quise disimularte con apodos,
entre miedos y errores confundida!

"Más tienes de caricia que de pena."
Eras alivio y te llamé cadena.
Eras la muerte y te llamé la vida.

Agosto, 1951.

57

A MARIANO BRULL

MARIANO, así nació la poesía:
humo de sangre que la vida exhala
y luego se depura todavía
y asume voz al remontar el ala.

Sus raudos hijos la palabra cría:
risas y llantos en el trino iguala:
siendo victoria, vive de agonía,
y se agota de austera siendo gala.

Dureza blanda, eternidad ansiosa,
tesoro esquivo pero nunca vano,
fugitivo cristal, perenne rosa...

Tú lo sabes de sobra; tú, Mariano,
que sueles suspender la mariposa
con el encantamiento de tu mano.

1º de febrero, 1956.

58

A EUGENIO FLORIT

FLORIT, la primavera se desborda
y vuelca Flora el azafate henchido,
y la naturaleza en cada nido
lanza un temblor y hace la vista gorda.

¿Qué pasa entonces, cuando el viento asorda
y el campo es todo asombro y todo ruido,
y aun el más recatado y retraído
toma el alma y la echa por la borda?

¿Qué arcaico rito o gresca dionisíaca,
qué endiablada, o mejor, paradisíaca
celebración de las celebraciones?

Es que el poeta cumple el mandamiento:
hacer razones con el sentimiento
y dar en sentimiento las razones.

1º de febrero, 1956.

VI

ROMANCES SORDOS *

* Aquí por primera vez recogidos en libro.—*I.*

JUSTIFICACIÓN

1. "El romance nos transporta a la mejor época de la lengua, trae evocaciones tónicas; la lengua, desperezada, ofrece sola sus recursos. Además —ventaja para aprovecharla ahora mismo— el romance deja entrar en la voz cierto tono coloquial, cierto prosaísmo que se nos ha pegado en esta época, al volver a las evidencias." Notas finales a los *Romances del Río de Enero*, 1933.

2. "Desde ahora te digo que quien sólo canta en do de pecho no sabe cantar; que quien sólo trata en versos las cosas sublimes no vive la verdadera vida de la poesía y las letras, sino que las lleva postizas como adorno para las fiestas." Preliminar de *Cortesía*, 1948.

3. "Yo soy el primero en saber que, a veces... Le diré lo que me pasa: no creo en el sentido antológico, aunque es sin duda el más aristocrático. Quiero que la literatura sea una cabal *explicitación*, y, por mi parte, no distingo entre mi vida y mis letras. ¿No dijo Goethe: *Todas mis obras son fragmentos de una confesión general?* Con lo único que no transijo es con el mal oficio, con la técnica deficiente." México, 31 de agosto de 1953. Carta inédita a E. Rodríguez Monegal, de Montevideo.

4. Pero, sobre todo, ¿hace falta justificarse?

A. R.

LA CORONA

TE FALTABA este dolor,
esta pasión te faltaba.
Hija del suelo más dulce,
vivías toda la gracia.
Tuve que venir de lejos
como la sazón amarga,
tuve que traer los ácidos
de mi tierra mexicana
para revolcar en lloro
la paz con que te engañabas.
Sólo sabías reír,
no te entristecía nada.
Te faltaba este dolor,
esta pasión te faltaba.

No culpes al mensajero
que te dio la voz de alarma.
No te arrepientas del día
en que ha nacido tu alma.
Sorbe la vida en tu copa
sabiendo que se te acaba;
y, cuando llegue la hora
sin alivio ni esperanza
y sientas el acicate
de ti misma espoleada,
cuando toda te despojes
porque ya toda te bastas,
no culpes al mensajero
que te dio la voz de alarma.

Río, 18 de octubre, 1938.

EL FRAUDE

¡Ay, amor, quién me dijera,
amor, quién me lo diría
que sólo estrujas el alma
para dejarla vacía!
Una por una te apropias
las razones de la vida,
y, en cuanto fundas tu imperio,
dejas ver que era mentira.
Otros mares he corrido,
otras sirtes conocía,
otras sirenas vencí,
triunfé de otras fantasías;
bebí mi ración de llanto,
supe de otras porfías,
y no dejé que los goces
alteraran mis medidas.
Porque, entre los torbellinos
y las sirtes enemigas
nunca me engañó la brújula
que en el corazón traía.
Me desnudaba del tiempo,
del mundo me desvestía
y, al consuelo de mi lámpara,
era el estudio mi guía.
Lo que me hurtaba el dolor,
la pluma lo devolvía.
¡Consuelo de la palabra,
graciosa prenda divina!
¿Cómo es que llenando páginas
tanto duelo se mitiga?
¿Cómo, que la soledad
nos colma de compañía?
Que yo alcancé aquella hora
en que no se necesitan
más amigos que un papel
y algunas gotas de tinta.
Pero tú rompiste, amor,
con tus armas escondidas,

y toda mi fortaleza
quedó en despojos y trizas.
Dijiste que me bastabas,
me dijiste que me henchías
para mejor encubrir
tu vanidad y tu envidia.
Me alejabas de los libros
todo el tiempo que querías,
y me cegabas de abrojos
la senda que ya era mía.
Y ahora que te conozco,
yo no sé lo que te diga:
que me devuelvas el frágil
cabello de que pendía,
que me le has quitado el gusto
al sabor de cada día,
que te alejes y no vuelvas. . .
¡Que vuelvas como solías!

Río, 1º de enero, 1939.

CERRO DE LA SILLA

Atlas soy de nueva hechura,
aunque de talla menor,
y a lomos del alma cargo
otro fardo de valor.
Por mares y continentes
y de una en otra región,
si no alzado entre los brazos,
sí con la imaginación,
llevo el Cerro de la Silla
en cifra y en abstracción:
medida de mis escalas,
escala en mi inspiración,
inspiración de mi ausencia,
ausencia en que duermo yo:
ora lo escondan las nubes,
ora lo desnude el sol;

ya amanezca de mal ánimo
o tal vez de buen humor,
o entre las cambiantes luces
finja ser camaleón,
barómetro de los climas
y de las horas reló.
Por tanto que lo recuerdo
persisto siendo el que soy;
por él no me desparramo,
aunque sangre el corazón.
(¡El corazón! Urna rota.
¡Qué juguete el corazón!
¡Pobre jarrito rajado!
Cerro mío: te lo doy.)

México, 1941.

PESADILLA

ERAN las cuatro en la tierra
según los gallos decían.
Con siete dagas, Orión
las nubes acometía.
Los oráculos del cielo
es dudoso si dormían,
porque volaban señales
como palabras furtivas
y la lluvia echaba augurios
en relentes de la brisa.
Cuando violando cerrojos,
con fueros de aparecida,
me estrujó con ambos brazos,
de pronto, la pesadilla.
Yo me defendí gritándole:
—No soy tuyo, tú eres mía;
te di el ser con mi resuello
igual que a mi poesía;
con mi sangre te forjé
como se forja la vida.

Eres mi arte y mi parte:
no me asustas, atrevida.

1943

DEJADEZ

BOEDROMIÓN se atufa
y el cielo relampaguea,
y empieza a narrar la lluvia
sus patrañas indiscretas.
La nube, de tan oscura,
me obliga a encender la vela,
y Cuernavaca se muda
en el país de las Eddas,
y al día, que poco dura,
sigue la noche de cerca;
cuando echo mano a la pluma
para ver lo que me cuenta,
y ella con su habla muda
sus agravios me confiesa.
Mayúsculas y minúsculas
acierto a entender apenas,
pero no me cabe duda
que ella está pidiendo treguas.
Como aporreada mula
que sudó de feria en feria,
tal traigo a la sin ventura
con los renglones a cuestas.
¡Los "¡pesiatales!" que jura,
los "¡hasevistos!" que inventa!
Se diría que le punzan
de escribir las agujetas.
A los laureles renuncia
y al triunfo de los poetas;
dice que la tinta es sucia
y las asonantes necias,
y no vale la escritura
una bien dormida siesta.

A descansar me conjura,
a haraganear me aprieta;
y yo, que ya tengo hartura,
al fin le respondo: —¡Sea!

Cuernavaca, 2 de octubre, 1950.

LA VELADORA

NIÑA BOBA, veladora
que noche a noche me aburres
con la incómoda insistencia
de tus atenuadas luces;
tú que en la vigilia duermes
y en el entresueño acudes,
pintando por las tinieblas
borrosas caras... y cruces;
a ti, boba, te convido
a compartir las volubles
locas imaginaciones
que la soledad difunde.
¿Dónde están aquellos ímpetus
corajudos y salubres
que me sacaban del lecho
para obedecer al numen?
Dejo que en el duermevela
mis anhelos se columpien,
mas no sé si son anhelos
o ya sólo pesadumbres.
Negro jardín que frecuentan
como duendes los perfumes,
nocturno cielo en que apenas
las estrellas dan vislumbres,
todo es recuerdo y despojo,
todo rüina y derrumbe.
¿Qué piensas tú, veladora?
Dílo y no lo disimules.
—Que no te conozco, Alfonso;
tú no eres el de costumbre.

27 de julio, 1953.

VII

APÉNDICES



1

TONO MENOR
(Inéditos)

PARA EL ÁLBUM DE LA ARTISTA ENRIQUETA SANCHO

INCITA por la cautela,
por el misterio que guarda,
ansia que no se rebela,
pero tarda.

Tarda, pero más florece,
que es el freno un acicate,
y la espera fortalece
el ansia con el rescate.

Con la savia silenciosa,
el brote que persevera
sale.
¡Santa yema laboriosa!
Prematura, no valiera
lo que vale.

Miel añeja y sin fragancia
mata, y nueva, da locura:
no la descuides a rancia,
no la obligues prematura.

Imita, por la razón,
a la abeja:
no gustes nueva ni añeja,
gusta la miel en sazón.

Rinde a tiempo la cautela
y el misterio que te guarda;
y si el ansia se rebela

y es llama que cunde y vuela,
¡que arda!

Germinal, *Monterrey,*
febrero de 1908.

FIGURA DE MÉXICO

La verdad no padece porque la digan muchos,
y es suerte que a los lerdos persuada y a los duchos.
Nadie ignora que México vuelca su cornucopia
—irónica figura, naturaleza propia—
sobre las ensanchadas tierras del Septentrión,
para mejor servirlas con su contribución.
Pero hay otros misterios en su geografía
que, por ventura nuestra, se aclaran cada día.
Con el sajón arriba, con el latino abajo,
hace de centinela, aunque no sin trabajo.
¡Y ojalá que concilie desigualdad tamaña
que todo lo confunde y todo lo enmaraña!
Paso de los efluvios entre uno y otro mar,
de Oriente y de Occidente solicitado al par,
tiende su masa oblicua por los contrarios puntos
y alarga sendos brazos para enlazarlos juntos.
¡Puedan Europa y Asia ceder al mismo imán
por Baja California o bien por Yucatán!
Tal es el jeroglifo que esconde la figura,
que confirma la historia, que ostenta la escritura
en esa persistente *equis* de los destinos,
estrella de los rumbos, cruce de los caminos.
Si tiene algún sentido la cara del planeta,
el sabio lo interrogue y suéñelo el poeta.

México, 16 de septiembre, 1949.

PRIMAVERA TARDÍA

La trabajosa primavera envía
con lento pulso sus renuevos,

y en la vejez reacia del invierno
punzan como con duelo las mazorcas y espigas.

Estremecidos en la zona fría
y mal recuperados de su sueño,
los brotes, con paciente desperezo,
salen a un mundo que desconocían.

Disparate del clima, estalla en polvo
la esperanza de pólenes cautivos
y se duerme la hoja en el cogollo.

Y el hombre, que venía buscando su destino,
no encuentra dónde solazar sus ojos
y se tumba, cansado, en el camino.

México, 28 de febrero, 1950.

BAJO EL OMBÚ DE ADÁN

Los MUERTOS tienen mucho que contar. Estos días
apuraban su mate bajo el ombú de Adán.
Inútil es negarlo, que todos se reían,
lo cual, en ultratumba, da mucho en qué pensar.

Uno tira los dados, los otros interpretan:
jugaban a la historia de lo que pudo ser.
Están fuera del tiempo, ya nada los sujeta;
mañana, para ellos, es lo mismo que ayer.

Hay unas avenidas de posibilidades
que la diuturnidad no logra percibir,
porque salvan los límites de todas las edades
y no podrán ser nunca o son el porvenir.

—¿Qué hubiera sido, díganme, si, en vez de la Esperanza,
la urna de Pandora guarda un trozo de pan?—
Y con estas y otras tontas adivinanzas
los muertos se entretienen bajo el ombú de Adán.

Mas no todo es patraña ni es mitología,
pues que la historia misma la vuelven de revés,
y cuentan del asombro que México sería
si cruzan el Pacífico las naves de Cortés;

si, fiero, el Padre Hidalgo, del Monte de las Cruces
se lanza sobre México y fusila al Virrey;
o si en vez de esconderse como las avestruces
se pone Comonfort al frente de la Ley;

si se va don Porfirio antes de que lo echen,
cansado de obediencia y de reelección,
sin dar tiempo a que tantos laureles se cosechen,
ni al sufragio efectivo, ni a la revolución.

A veces toma otros rumbos el acertijo
y quiere convertírseles en arbitrariedad:
—Fuerza será —se dicen— que de hoy en más los hijos
renieguen los respetos de la paternidad,

pues no puede vivirse de cara hacia el pasado,
y toda vida quiere valor de ingratitud.
Fuerza es que se olviden y se dejen de lado
las formas paralíticas de la antigua virtud.

De tanto soporífero, la historia está reumática,
privada de aire libre y audacia y corazón.
Hay que abolir las torpes reglas de la gramática,
el "dos y dos son cuatro" y la gravitación.—

Los muertos van pasándose por turno la "bombilla"
(que dio por "bomba atómica" un engaño local).*
La lengua se les pone amarga y amarilla,
le dan gusto a la lengua —y no lo pasan mal.

1951.

* Y fue cuando un gobierno creyó hacer maravillas
anunciando por bombas las que eran bombillas.

DE UNOS VECINOS

¡CUÁNTO acerca la muerte! Los amables vecinos,
aunque eran muy apuestos, no solían ser finos.
Los tuvimos a una respetable distancia
como a fieras domésticas que es mejor no abordar.
Nadaban —como dice la gente— en la abundancia,
festejaban su nueva riqueza sin cesar,
vivían entre música y alcohol y gentío,
al modo bullanguero del pueblo tapatío.
Él era de apariencia levemente agresiva;
ella, una rosa fresca, hembra provocativa,
llena de luz, de risa, de gracia incontenible,
fruta en buena sazón, bocado comestible...

Murieron, y murió toda la tribu entera
de un vuelco de automóvil en una carretera.
Hoy todo el barrio en masa llora a doña María;
la llora quien apenas la vio ni conocía;
la llora quien la vio reír con esa cara
que lucía el encanto de su Guadalajara.
Y el duelo es cosa propia para todos, de suerte
que todos confesamos: ¡Cuánto acerca la muerte!

México, 11 de julio, 1953.

2

POESÍAS CASTIGADAS

a) EN EL *REPASO POÉTICO*

1907. Sonetos de la serie del *André Chénier:*
"Caminan con su grey...", H.
"El poeta pastor sigue...", H.
"Bardo pastor, nos deja...", H.
1908. "Llamas adonde yo me consumía", H.
1909. *Erígona,* H.
Fantasía de luz, H.
"Siente, dijiste suavemente, siente", H.
A la mesa de un amigo, H.
Ecce Deus..., H.
Himno de las cigarras, H.
1910. *Salmo doméstico,* H. pp. 35-36.
En las viñas de Galaad, H.
1911. *Lo que dijeron los amantes,* H.
1912. *Gritos del alma solitaria,* H.
Despedida, H.
1913. *La canción de mis ventanas,* H.
La musa ronca, H.
1917. *Mañana de junio,* H.
1918. *Voces al viento,* H.
1919. *Tarde-bruma,* H.
Charca de luz, H.
Íntima promesa, H.
1923. *Matinal,* P.
1926. *Aria en la tarde,* VS.
Metáfora del amor profano, OV.
1928. "Negra, no me importa nada", VS.
1932. *Corrido militar,* OV.
1938. *Vale más,* VS.
1940. *En suma,* VS.
1943. *"Flor sobre la oreja",* VS.

b) EN *CORTESÍA*

Además de todas las poesías ajenas que figuran en la primera edición de Cortesía, *se han omitido aquí las siguientes.*

A una señora de Monterrey.
Chatita.
Álbum del ama de casa.
Sobre un espadín.
La muda.
A Humberto Esquivel Medina.
A Jules Romains.
Hálito.
Fe de erratas.
Misiva a Genaro Estrada.
Hai-kai.
El prejuicio de las razas.
En "La Cigogne".
"*Nest-ce pas?*"
La niña de harina.
A Genaro Estrada.
Tráfico.
Carta a Genaro.
Jadeando.
A Genaro Estrada.
A los Henríquez Ureña.
Mensaje y respuesta.
Un libro a María do Carmo.
Dedicatoria. . . a Palma.
Ocios de la Undécima Musa.
Consultas a Genaro.
Álbum de Paulo Portugal.
El color de Toledo.
A Luc Durtain.
Xenia del mal maestro.
El "Otro".
A Vicente Aleixandre.
Álbum de Eduardo Martín Pastor.
Para. . . la Biblioteca Nacional de México.

A los cincuenta y tantos de E. Díez-Canedo: Mensaje y respuesta.
A Osvaldo Bazil.
A los amigos.
Dijo Palma.
Acapulco.
Hércules de feria.

3

POESÍAS PERDONADAS

Entre los que llamé "Poemas omitidos" en el tomo *Obra poética* (1952), y aquí, en el apéndice núm. 2, llamo "Poesías castigadas", puedo salvar algunas páginas, por la elasticidad del concepto de "obras completas", a costa de unos leves retoques y bajo el disimulo de apéndices.

CORO DE SÁTIROS EN EL BOSQUE

Estrofa I

Agotad los racimos rojos
suspendidos sobre vuestras frentes,
y sea la tierra encanto a los ojos
y mane la vida como las fuentes.

Nos saludan los cañizales
y las yerbas nos abren caminos;
se nos brindan las uvas cordiales;
nos sueltan ramos los nobles pinos.

Antistrofa I

Por el reino familiar
de la selva el sátiro yerra;
por el mar
los tritones, y por el cielo
la raza de Olímpicos. A nado o en vuelo,
van sobre la espuma, van sobre la nube.
Nuestra pesuña, al suelo
—dúplice raíz— se aferra,
por donde el vigor de la tierra
sube.

Épodo I

Cantad en honor de Leneo.
Resucitad con vuestras bocas
la canción mágica de Orfeo
que sabe persuadir las rocas.

Cantad el racimo maduro,
y resucitad la canción
con que, en Tebas, se alzaba el muro
al son de la lira de Anfión.

Estrofa II

¡Ay! Mas ¿quién desconoce el llanto?
El mismo dolor que envenena el fruto
hiere las mejillas, apaga el canto,
golpea el pecho en señal de luto.

"¡Hilas!", plañe la voz del llano,
y el viento gime secreto dolor,
y Pan, el dios alegre y ufano,
—oh Pitis— oculto llora desdenes de amor.

Antistrofa II

Acuitado en los inviernos
y, con el calor vernal,
jovial,
la frente caprina ornada de cuernos
fiero yergue el sátiro o mustio la rinde,
y a sazón del año se ríe o se llora,
según los influjos que brinde
la suerte de Cora.
Aire cálido, aire frío:
rueda o pára el agua del río.
Mas todo año tiene su estío:
zumban los insectos, renace la furia del estro.
¡Oé, oé!

Sólo sigue inmutable el pino.
Llega la vendimia, ¡oé!
Y es nuestro
el triunfo del vino:
¡Evoé!

Épodo II

Raza que a la tierra abandonas:
renueva hoy la antigua alianza.
Hombres, reclamad las coronas
y el delirio de vuestra danza.

Hoy que la tierra se prestigia
con nueva flora y nueva mies,
al clamor de la flauta frigia
agitad los rápidos pies.

Estrofa III

La canción de la flauta oíd,
hombres, escuchad la canción sin lira
a la cual Dióniso, dios de la vid
y dios de la llama, delira.

Elevad un canto acordado
con el latir del corazón;
vuestras plantas gocen el tibio prado,
y el ansia vital brote en canción.

Antistrofa III

Hombres, escuchad
la antigua sabiduría
y sembrad
un temblor de vida en el surco eterno
de la hembra. Que vuestra alma ría
al consejo plácido que da la cigarra.
¡Gloria a la pesuña y al cuerno!
El vientre del mundo pulsa y se desgarra

y surgen seres que viven de gozo y martirio.
¡Regocijaos! La tierra
aún guarda calor y encierra
poderes para el delirio.

Épodo final

Hijo que a la madre abandona
¿adónde irá que no tropiece?
El laurel de vuestra corona,
hijos torpes, ya no florece.

Pero el vientre del mundo encierra
regeneradora virtud.
¡Ah, venid a besar la tierra
para que retoñe salud!

México, 24 de diciembre de 1908.
Nacimiento de Dióniso.—H.

LA CANCIÓN DE MIS VENTANAS

LUZ DE mis ventanas que, a la calle oscura,
sales publicando mi oculta ventura:
luz hospitalaria, faro que me guía:
afuera es la noche, adentro es el día.

Voces de la calle, lejano revuelo
de pasos y charlas, arrullo y canción...
Desde mi ventana, mi trozo de cielo
ostenta, temblando, los ojos de Orión.

Lejos se retuerce la eterna quimera,
por donde comienza la turbia ciudad.
Una paz balsámica me llega de afuera,
y adentro del alma navega Simbad.

O bien, por las tardes, al Héspero claro
y a la rutilante hora del pastor,
¡con qué intenso júbilo saludo mi faro!

La reverberante lumbre de mi faro
abre el abanico de su resplandor.

Ventana, refugio, mirador del mundo
desde donde oteo las calles de sol,
desde donde asomo yo, meditabundo,
cautelosos palpos como un caracol.

Desde donde escucho lo que dice el viento
y ausculto la noche como un corazón:
imagen confusa de mi pensamiento
que es una perenne interrogación.

Cuando, con los años, próspera la casa
de la inquieta prole se alegre al rumor,
tenderé las manos al tiempo que pasa,
pediré a los cielos todo su esplendor,

haré que se enciendan todos mis hachones,
soltaré la fiesta de mi corazón.
Dos caudas de palmas, como bendiciones,
cruzaré en las rejas del alto balcón.

México, enero, 1912.—H.

¿QUÉ TE DIRÉ?

A un joven poeta

¿QUÉ TE diré que merezca tu verso,
hecho de luz y olor de azahar,
si para el canto me siento perverso,
o de sufrir o de pensar?

¿Qué te diré que no sea bronco
y que se acuerde a tu voz de cristal,
si para el canto me siento ronco,
desapacible, desigual?

Viejo laúd, caja sonora:
si es que no tienes el pecho exhausto,
saca del pecho la voz cantora,
haz que parezca que mi alma no llora,
haz que mi hoguera parezca holocausto.

Viejo laúd, sonoro marfil:
temo que tengas el pecho exhausto.
Teje en tu boca la araña sutil
y eres de insectos morada vil
como la toga olvidada de Fausto.

(Aquí se oye el coro de insectos)

Gloria a la vida minúscula,
gloria al átomo fanal,
a la aguja diminuta
y al invisible puñal.

Gloria a la plaga que inunda,
gloria al capullo que crece,
gloria al polvo que fecunda
y al ala que fosforece.

Gloria al arte con que engaña
la natural invención
en las pinzas de la araña,
de la avispa en el punzón.

Gloria a la vida invisible,
gloria al pulso del embrión.
Gloria al mal imperceptible
y al bien sin ostentación.

En el laúd que enmudece
y en la cuerda que dormita,
hay un alma que padece
y una angustia que no grita.

Y la canción contenida,
soñando con ser canción,
tiembla en átomos de vida
y vibra en germinación.

Y el trémolo palpitante,
desgarrado de temblor,
cunde al éter anhelante
en enjambre zumbador.

Yo, de la voz que se apaga
y la cuerda que reposa,
soy la libélula vaga,
la flotante mariposa.

¡Gloria! Si el vate enronquece
vencido de la pasión,
la antigua cigarra crece
del vate en el corazón.

Gloria a la vida invisible,
gloria al pulso del embrión.
Gloria al mal imperceptible
y al bien sin ostentación.

¿Qué te diré que merezca tu verso,
hecho de luz y olor de azahar,
si para el canto me siento perverso
o de sufrir o de pensar?

Que las mujeres te sean vampiros
y que te quemen sus ojos de hurí,
para que sepas amar tus suspiros,
para que vivas en un frenesí.

Que los dolores coronen tus sienes
y las virtudes derrames de ti,
para que sientas el alma que tienes,
para que vivas en un frenesí.

Que del licor que tu copa rebosa
sepas y quieras beber hasta el fin. . .
¡y que halles adentro la perla preciosa
—ay— que yo quisiera hallar para mí!

París, octubre, 1913.—H.

LOS PAVOS DE SUSANA

Coeo, coeo.
Vuelan por el aire flechas del deseo.
Aura de mañana, tiempo de recreo.
Tiemblan mariposas, pero no las veo.

Coeo, coeo.
Me dicen amores, pero no los creo.

(En el aire flotan guirnaldas de rimas,
y hay un palpitar de incierto deseo,
como si el jardín —granadas y limas—,
como si el estanque, cuando te aproximas,
soltaran, al verte, como un centelleo.)

Coeo, coeo.
Me dicen amores, pero no los creo.

Aura de mañana, tiempo de recreo.
Siento que me siguen palabras canoras;
oigo que me llaman, pero a nadie veo;
pienso que me acechan, hay un cuchicheo;
y hasta el abanico que sopla las horas
late vagamente como un aleteo.

Coeo, coeo.
Me dicen amores, pero no los creo.

(Y te abandonabas, Susana, al mareo
de atraer los ojos y hurtar el deseo.
—¡Ay, celosas rabias! La pierdo y la veo—.

Y, entre desazones, el ave Linceo
sangra de canción como de puñal
—*Coeo, coeo*— . . .

Y, ante la explosión de pudores rojos,
se estremece toda de ser toda ojos
y beber tan hondo tu imagen total.)

París, 1913.—H.

LOS PAVOS DE MI INFANCIA

LUZ TEMBLOROSA, manto recamado;
fuego azul, fuego añil, fuego dorado.

Fuego dorado, alquimia venenosa;
pintado polen de la mariposa.

Vibrátil salamandra incandescente,
y licor de color y olor caliente.

Fabulosa constelación de ojos,
verdes en sí y en el recuerdo rojos.

Garganta tersa que a estrujarla incita;
pico anhelante, exacto y sibarita,
hendido y fácil para que permita
que sangre el ave, cuando el pecho grita
el grito que oigo renacer en mí.

A mi recuerdo —torre o minarete—
llega el tañir de su tenaz bocina
y miro desgranarse en un cohete
el éxtasis de luz que lo ilumina.

Ave, el ventalle de tus plumas ábreme.
Ave, las púas de tus gritos clávame
y sean dardos que vibrando graben
cifras y letras en mi corazón.

¡Así, al cantar, el corazón me labres,
para que sean joyas mis palabras
y ensarte perlas en el hilo árabe
de mi canción!

París, 1913.—H.

4

NOTICIA DE VERSOS QUE FIGURAN EN LIBROS DE PROSA

"Cartero, malas entrañas", en *De cómo Chamisso dialogó con un aparador holandés*, 1913. *El plano oblicuo*, Madrid, 1920, p. 19; 2ª ed.: *Verdad y mentira*, Madrid, 1950, p. 49. Chamisso es nombre caprichoso, y nada tiene que ver con el conocido autor franco-alemán (1781-1838). El "Churrimpamplí" que aparece en este cuento procede del poeta veracruzano José María Esteva (1818-1904).

A Hardenberg, padre de Novalis: "A Hardenberg, que tuvo la juventud de fuego", en el cuento *En las repúblicas del Soconusco*, 1912. *El plano oblicuo*, pp. 54-65; 2ª ed.: *Verdad y mentira*, pp. 107-108.

Versos del Calvo: "Deleites de los sentidos", en *Los restos del incendio*, 1910. *El plano oblicuo*, p. 111; 2ª ed.: *Verdad y mentira*, pp. 166-167.

"Cada una tiene su aroma", en *La prueba platónica*, ¿1916? *Cartones de Madrid*, México, 1917, p. 76; 2ª ed.: *Las vísperas de España*, Buenos Aires, 1937, p. 51.

"Tinaja de Chindasvinto", en *El Ventanillo de Toledo*, ¿1917? *Las vísperas de España*, p. 72. Entre las inscripciones murales del Ventanillo había otras que aquí no pueden recogerse.

Las tres hipóstasis: María pecadora, María asceta y Santa María, modernización de algunos pasajes de la *Vida de Santa María Egipcíaca*, poema español del siglo XIII, en *Horas de Burgos*, 1918, Río de Janeiro, 1932, pp. 24-28; 2ª ed.: *Las vísperas de España*, pp. 84-87.

"Los años de pisar el mosto", "Esta canción de renovar deseos", "La Virgen, que está de guardia", "Nación que miras por la estética", "Una tarde al llegar a Niza", "Plazas de glorias ecuestres", "La Scala alterna con la jazz-band", "A Génova, tan ostentosa", "¡Oh frontera, Minotauro", "Maleta, fiel entre las fieles" y "Arriba de la ciudad", en *Rumbos*

cruzados, 1925, aunque todos estos fragmentos fueron escritos entre 1920 y 1921. En *Las vísperas de España*, pp. 185, 186-187, 187-188, 192, 193, 195, 196-197, 198, 211.

"La xenia, Xenius, te diga", notas finales. *Las vísperas de España*, p. 274; 2ª ed.: *Cortesía*, pp. 183-184.

"Bernardo Ortiz de Montellano", en dos versiones, ¿1930?, en *Mallarmé postal. Tren de ondas*, Río de Janeiro, 1932, p. 133; 2ª ed.: *Calendario y Tren de ondas*, México, 1945, pp. 185-186.

"En la poética Suma", a Paul Morand, 1932, en *El reverso de un libro*, 1939. *Pasado inmediato*, México, 1941, p. 119; reproducido en *Cortesía*, p. 204; y también en este volumen: *Los Paúles*, p. 269.

"Las jitanjáforas" que aparecen en el ensayo así llamado. Revista *Libra*, I, Buenos Aires, 1929, pp. 7-11; y *La experiencia literaria*, Buenos Aires, 1942, pp. 231-234.

"¿De dónde vienes, viajero?", en *El llanto de América*, 1941. *Los trabajos y los días*, México, 1945, pp. 39-40.

"Oprima el duelo, la pasión aturda". *La Casa del Grillo*, México, 1945, p. 34; 2ª ed.: *Verdad y mentira*, p. 216. Es de fecha muy anterior, pues se publicó en alguna revista de Buenos Aires en torno al 1930.

"Cuentan de un vate que un día", a Osvaldo Bazil, en *Psicología y no crítica*, 1939. *De viva voz*, p. 63; recogido después en *Cortesía*, p. 286.

"Quédate, Álvaro, en tus trece", a Álvaro Moreyra, en *Medio siglo de Álvaro*, 1938. *De viva voz*, p. 99; y en *Cortesía*, p. 286.

"Sámfora, Copatías, Copaforo", en *Un ateniense del siglo IV a.* c. *La crítica en la edad ateniense*, México, 1941, p. 256; recogido después en *Junta de sombras*, México, 1949, p. 258.

"Ayer fueron diez, hoy son nueve", *La casta del can*, 1945. *Ancorajes*, México, 1951, p. 65.

"Traten otros de la esencia", "Me importa tener paciencia", "La mónada es el secreto" y "Una abstracción, grado primero", en *Transacciones con Teodoro Malio*, 1944. *Ancorajes*, pp. 94, 95 y 117.

Debate entre el vino y la cerveza, en colaboración con Enrique Díez-Canedo. Revista *Índice*, Madrid, 3º, 1921, supl. 3: *La sirenita del mar;* recogido después en *Burlas literarias*, Archivo de A. R., B-1, México, 1947, pp. 31-43.

5

NOTICIA DE TRADUCCIONES POÉTICAS

Se prescinde de versos sueltos (ejs.: Chesterton, *Grata compañía*, o Cocteau, *A lápiz)*; se prescinde también de intentos que han quedado en viejos cuadernos manuscritos: cuatro sonetos de Heredia (1906), uno de Ronsard (1910), un *Milagro de Santa María*, del gallego-portugués, de Alfonso el Sabio (1911), etc.

El Castellano de Coucy, del francés del siglo XII. H, pp. 163-165.

Goldsmith, *Elegía a la muerte de un perro rabioso (El Vicario de Wakefield)*. H, pp. 166-167. La trad. está fechada en 1919.

Browning, *Los gemelos*. H, pp. 168-169.

Mallarmé, *El abanico de Mademoiselle Mallarmé*. Tres versiones anotadas. *La Pluma*, Madrid, 1920. La tercer traducción, en H, p. 170 y en P, pp. 33-34. Las tres, en *Mallarmé entre nosotros*, Buenos Aires, 1938, pp. 53-59.

Mallarmé, varias traducciones anotadas: *Saludo, Aparición, Suspiro, Tristeza de estío, Brisa marina, Dos consejos caseros (Jarabe para la tos* y *Jardín de agosto)*: en *Mallarmé en castellano (Revista de Occidente*, Madrid, X, CX, agosto de 1932, pp. 190-219) y en *Mallarmé en Espagnol*, trad. de Mathilde Pomès *(Revue de Littérature Comparée*, París, X, 3, Juillet-Septembre, 1932, pp. 546-568). *Jardín de agosto* y *Tabaco (El cigarro)*, en *Minuta*, Maestricht, 1935, pp. 17-18 y 54. Y todas las traducciones mencionadas, en *Mallarmé entre nosotros*. Buenos Aires, Edit. Destiempo, 1938. 2ª ed., México, 1955.

Poesía indígena brasileña: 10 poemitas de caníbales, según Montaigne, Spix y Martius, Couto de Magalhães y Barbosa Rodrigues. *Norte y Sur*, México, 1944, pp. 108-111.

Goethe, "Tú, América, lo pasas mejor", en *Goethe y América. Grata compañía*, México, 1948, p. 88.

Epigramas alternos de Marcial y de Mallarmé, en *Transacciones con Teodoro Malio. Ancorajes*, pp. 115-117.

Dante, *Tanto gentile e tanto onesta pare*, trad. en burla a estilo de Cejador, en colaboración con E. Díez-Canedo, en la sección "El fondo del baúl", *España*, Madrid, 23 de enero de 1919. (Reproducido en *Rassegna*, Florencia, XXVI, 6; y después, en *Burlas literarias, 1919–1922*. Archivo de A. R., B-1. México, 1947.)

El panal rumoroso o la redención de los bribones, paráfrasis de Mandeville, México (*La Flecha*, nº 2), 1957.

Traslado de la *Ilíada* de Homero: Primera parte, *Aquiles agraviado* (rapsodias I a IX). México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

6

PRÓLOGOS Y EPÍGRAFES

a)

Prólogo de *Huellas*

Reúno en este libro versos escritos entre 1906 y 1919. De los versos antiguos, he procurado salvar cuanto era posible, esforzándome dolorosamente por respetar y aceptar lo que ya apenas es mío. De los versos nuevos sólo doy algunas muestras aisladas.

Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos. Voy de prisa. La noche me aguarda, y está inquieta.

En este libro hay mucho de recuerdo: prefiero que vuelva hasta mí, como un recuerdo, en los barcos que me traen a Europa las memorias de mi familia y mis amigos lejanos.

(¿Os acordáis, amigos? —Los altos balcones se abrían sobre una avenida espaciosa, donde bailaba la luz artificial. A un lado, la silueta de la Catedral —¡ya la llevo impresa en el alma!—, y a otro, cabeceando, los árboles de la Alameda, negros en la noche, graves en la noche. Se oía la música de los pensamientos. Hablábamos a coro... ¡Oh, mar del tiempo, mar del recuerdo! ¡Oh, vida, vida vertiginosa!)

b)

EPÍGRAFES DE *PAUSA*

Todos inventados por mí

A la sección *Huellas:*

Gusto de releer; y, sobre todo
lo que no estaba impreso de igual modo.

P. L. Bibliophile Jacob.

A la sección *Pocas sílabas:*

Las letras son las imágenes;
las sílabas, la emoción:
poema en que la palabra
hace vez de corazón.

Frag. Orf., X-23.

A la sección *Ventanas:*

. . y abriendo otras nuevas ventanas, vio nuevas tierras...

Fray Jimeno, Manual de Torreros.

c)

PRÓLOGO A *OTRA VOZ*

Carta a Miguel N. Lira

Amigo Miguel N. Lira:

Estos poemas no van afinados en un solo tono de voz, pero en la mezcolanza está el toque, el toque neurálgico, el toque de reacción, según se explica más o menos en la "Teoría prosaica".

Los hay que parecen alcances al volumen *Pausa,* llegados tarde a la colección: "Tonada", "Metáfora", "Apenas...", "Jardín". Algunos hasta me recuerdan las notas más opacas de *Huellas:* "Sufrir", "Morir", dos verbos que se conjugan aquí en arte mansa. Lo demás, ello dirá: el airecillo ambicioso de "Consagración", las locuras de la "Visita", "Copacabana", etc.; lo pintoresco cursi del "Pandero", la ramplonería del "Doblete", el intento medio abortado del "Corrido".

Verá Ud.: a veces me asusto de que pueda llegar la hora de la cristalización. Entonces, para sentirme vivo, hago versos a contrapelo, fuera de mi estilo habitual y un poco al sabor de la conversación, a modo de estrujón contra la estética. Ud., complaciente, ha querido juntar unos cuantos hijos de esta familia pobre. Se lo agradezco. ¡Allá Ud. con su conciencia!

A. R.

P. S. Inútil decir que no me dejo ir al azar, sino que —con más castigo del que confieso— voy siguiendo cierta ley de creación verbal exigente y dura. Pero eso no voy aquí a explicarlo, por aquello de que

yo, llegando a Torrejuana,
de todos me despedía.

Río, junio de 1935.

d)

EPÍGRAFE A *LA VEGA Y EL SOTO*

La vega es llana e intrincado el soto.

Ldo. Tomé de Burguillos.

ÍNDICE GENERAL

2 : 1913–1924

3 : 1925–1937

4 : 1938–1958

II. CORTESÍA [1912–1958]

6 : *México, Río y El Plata* [1935–1937]

7 : *México, Río y México* [1938–1947]

8 : *México* [1948–1958]

III. IFIGENIA CRUEL [1923]

IV. TRES POEMAS

1. *Minuta* [1917-1931]

2. *Romances del Río de Enero* [1932]

3. *Homero en Cuernavaca* [1948–1951]

I

II

III

V. JORNADA EN SONETOS [1912–1956]

1 : *Charla*

2 : *Capricho*

3 : *Prosodia*

4 : *Confidencias*

VI. ROMANCES SORDOS

VII. APÉNDICES

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de mayo de 1996 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 3 000 ejemplares.

Colecciones del FCE

Economía
Sociología
Historia
Filosofía
Antropología
Política y Derecho
Tierra Firme
Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis
Ciencia y Tecnología
Lengua y Estudios Literarios
La Gaceta del FCE
Letras Mexicanas
Breviarios
Colección Popular
Arte Universal
Tezontle
Clásicos de la Historia de México
La Industria Paraestatal en México

Colección Puebla
Educación
Administración Pública
Cuadernos de La Gaceta
Río de Luz
La Ciencia desde México
Biblioteca de la Salud
Entre la Guerra y la Paz
Lecturas de El Trimestre Económico
Coediciones
Archivo del Fondo
Monografías Especializadas
Claves
A la Orilla del Viento
Diánoia
Biblioteca Americana
Vida y Pensamiento de México
Biblioteca Joven
Revistas Literarias Mexicanas Modernas
El Trimestre Económico
Nueva Cultura Económica

Por encima de modas más o menos personales, más o menos afortunadas de ciertos poetas y de ciertas retóricas, los poemas de Alfonso Reyes (1889-1959) son, en el complejo panorama de la lírica de lengua española, distintos y únicos. En ellos encontrarán los lectores atentos, y también los propios poetas, junto al placer estético, la enseñanza esclarecedora y el alto ejemplo humano. En Alfonso Reyes la poesía se reconcilia con el mundo, el poeta con la dicha de vivir. Sus poemas entran de lleno en lo que él mismo ha llamado en alguno de ellos "historia viva"; son poemas en los que se advierte, como en las obras de otros grandes escritores de su misma naturaleza, "un exceso de salud", un horror a la "vaguedad pura". Funden —dice Reyes— el "habla vulgar" y las "palabras escogidas", la tradición y la modernidad.

Estas características de Alfonso Reyes confieren a sus versos extensa variedad de estilos y temas, pues a veces cambia de voz con los asuntos, y recibe las múltiples incitaciones que la realidad le va ofreciendo con cierta docilidad congénita que lo salva de los extremosos ensimismamientos y las monotonías del que sólo se ve a sí mismo en el espejo de su poesía. En tal sentido, bien puede decirse que, para él, el mundo exterior existe real y verdaderamente, lo que asegura a sus versos, en la crisis actual del individualismo, un porvenir dilatado. La seguridad técnica es, en el caso, garantía de estabilidad. Y no deja de ser revelador el que, en medio de verdaderas curiosidades y exquisiteces eruditas, se dejen oír algunas voces épicas y aparezcan imágenes de sensible objetividad.

El autor ha llamado a este tomo *Constancia poética* porque desea se considere como prueba o "constancia" de su continuidad o "constancia" en las labores poéticas. Reúne las poesías agrupadas en *Obra poética* (1952), añade algunas más no comprendidas en aquella ocasión y, desde luego, las posteriores. Ni en el tomo llamado *Obra poética* ni en el actual *Constancia poética* ha querido Alfonso Reyes hacer una antología o selección; pero mucho menos en éste, que corresponde al concepto de las "obras completas", y abarca lo más posible, fuera de las páginas que prefirió suprimir, dejándolas guardadas en anteriores ediciones de sus versos.

Sobre una colección que recorre medio siglo de poesías no es fácil fundar generalizaciones, y acaso haga falta la depuración del tiempo para de veras apreciar el conjunto. Estamos todavía en el momento en que los árboles no nos dejan ver el bosque; y los versos de Alfonso Reyes, por la inmensa difusión de su prosa y aun por no haber sido recogidos a tiempo o haberlo sido en colecciones limitadas, no siempre fueron acompañados por la crítica que día por día ayudara a pulsarlos.


00396
9 789681 608637